

A woman with her eyes closed, her hand on her shoulder, and a man's muscular torso in the foreground holding a pocket watch.

Vidas Infinitas
A. R. Cid

Vidas Infinitas

A. R. Cid

No dejes que tu pasado condicione tu futuro o cometerás los mismos errores.

Título: Vidas Infinitas

© 2018, A.R.Cid

1ª edición

Todos los derechos reservados

Este libro va dedicado a mi familia por ser mi gran apoyo. También mencionar a mi amiga y consejera Virginia Rodríguez Moreno. Gracias a todos.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38. \(12 horas antes\)](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

Prólogo

El tiempo no hace más que desafiar mi cordura. La ropa se pega a la piel, el aire es irrespirable y da igual por donde camines que no encuentras sombra.

He pasado muchas noches fuera. En verano prefiero vivir de noche. Salir, disfrutar, recorrer las calles vacías y volver junto a mi querido aire acondicionado cuando llega la mañana. A veces, incluso un poco más tarde.

Me aprovecho de mi profesión para llevar un horario diferente, una vida diferente. Hace mucho tiempo que dejé de ser como los demás.

Es increíble cómo pueden cambiar el punto de vista de una persona. Hace no mucho buscaba la gente, no soportaba sentirme sola, ahora camino por una ciudad desierta en las horas más intempestivas buscando soledad.

Hoy la noche es más fresca de lo habitual y decido salir a correr. Me sé el recorrido de memoria y mi cuerpo toma el control, fija mis pasos mientras avanzo. Disfruto a pesar del cansancio. Me gusta notar la tensión en mis músculos e intensifico el ritmo. A medio camino ya descansaré y luego la vuelta, quizás la parte más complicada.

Dentro de poco tendré que elegir. No puedo seguir posponiéndolo. ¿Puedo? El dinero apenas cubre los gastos, da igual cuantas horas dedique siempre hacen falta más. Sin embargo, soy feliz, mucho más feliz que en años y sé que echaré de menos la tranquilidad, seguir mi propio ritmo.

Llego al pequeño parquecito y me tumbo sobre la hierba. Jadeo y me mido el pulso. Elevado. Debería dejar de forzarme, pero no puedo. ¿Cómo mejoraré sino?

Siempre puedo elegir asociarme, el problema es que no me fio. Hay demasiadas lagunas en la propuesta y no quiero acabar de mierda hasta arriba.

Noto la humedad en mi espalda y un escalofrío asciende con rapidez. Podría pernoctar allí mismo. Cerrar los ojos y dormir. Lo haría sino fuera porque llegaría la mañana y la gente me miraría como si estuviera loca. Sería

tan fácil... ¿Cuándo hemos dejado de hacer esas cosas? Ahora uno ya no puede fiarse de descansar al aire libre. ¿Pudo realmente hacerlo alguna vez? Cualquier desconocido era un peligro potencial, incluso los amigos...

Unas pisadas en la acera. Me levanto. Son tacones y eso hace que me sienta más tranquila. Las mujeres no son un peligro, un pensamiento sexista, pero la realidad es que no temo tener que defenderme contra una tratando de violarme y si quieren robarme siempre pueden llevarse el MP3 que llevo en el bolsillo. No creo que las llaves de casa le sirvan para nada.

Los pasos se acercan. Ya puedo ver una sombra. No parece ser alta y se mueve con sigilo. Me pongo en movimiento en sentido contrario. Corro y los pasos se aceleran. Corro todavía más rápido y creo dejar de oírlos.

Unas manos me atrapan. Son pequeñas y me estrujan los brazos mientras me retuerzo de dolor. Tengo miedo y me siento estúpida. Los estereotipos me acaban de estallar en la cara.

- ¿Qué haces? ¡Déjame en paz! – La mujer me mira de cerca y sonrío. No parece tener prisa ni estar preocupada por el jaleo. Por allí no pasa ni un alma. Se encoje y sonrío todavía más.

Sus dientes son blancos y sus ojos negros, muy negros. No puedo ver el blanco de sus ojos... ¿Cómo es posible?

Estoy petrificada. Quiero luchar, ordeno con todas mis fuerzas a mis piernas, a mis brazos que se muevan. Es ahora o nunca. Sigo mirándola, no logro apartar mis ojos de ella.

Es hermosa. Demasiado. Me duele el pecho, ¿estaré a punto de tener un ataque al corazón? Quizás fuera lo mejor, tal vez se asustase y me dejara en paz. Nadie mataba a nadie, no en esta época, no en este país, no sin motivo.

- Llevo tiempo buscándote. – Se acercó todavía más y me olisqueó. – Te escondes muy bien. - ¿Esconderme? No me estaba escondiendo. ¿Por qué habría de hacerlo?

- Por favor. Me confundes con otra.

- Imposible. – Me soltó el brazo derecho y aun así no podía moverme. Con calma recorrió mi cuello y llegó a mi seno. – Puedo olerte.

Estiró el índice y con fuerza me lo clavó en el pecho como si fuera una navaja. Quería gritar, lo hice, pero nada salía de mi garganta.

Ella me besaba, notaba sus labios sobre mi boca absorbiéndolo todo. No podía evitar cerrar los ojos y me dejé llevar. El dolor se iba y eso no estaba tan mal. No recordaba hacia donde iba ni por qué estaba allí. ¿Quién era yo?

- Despierta. – Abro los ojos y la miro. No la conozco, pero parece feliz. - ¿Cómo estás? – No logro entenderla. Huele a algo metálico y noto el pecho mojado. Deslizo las manos y éstas se vuelven rojas, están impregnadas en algo. ¿Sangre? Recuerdo la sangre. ¿Es mía? Aquello no podía ser bueno. ¿Me muerdo? ¿Es eso? ¿Debería sentir dolor? ¿Miedo?

- No lo sé.

- Tranquila. Estás bien. Me alegro de volver a verte.

Cierro los ojos. Me duele la cabeza. Siento que estoy enferma y vomito sobre la acera. Mis piernas no tienen fuerza para sostenerme y caigo con fuerza. Estiro las manos y trato de mantenerme a cuatro patas.

- ¿Quieres ayuda? – Silfrid, no recuerdo como sé su nombre, no se mueve. ¿Necesita que le diga que sí? ¿Acaso no ve que no puedo mantenerme en pie? Asiento y al momento me coge en brazos como si no pesara nada. Me siento liviana y me dejo envolver. Su piel está caliente y el calor me adormece. – Deberías descansar.

- Tengo que volver a casa... - Pienso en mi cama, en mi habitación y en la cocina. Tengo hambre. Nunca he tenido tanta hambre.

- Sí. Llevan mucho tiempo sin verte. Deberías descansar. Los recuerdos volverán, te lo prometo. - ¿Los recuerdos? Lo recordaba todo, ¿no? ¿Quién me estaba esperando? Yo ya no tengo a nadie en el mundo y los amigos que todavía conservo no me esperan.

- Tengo que dormir... - Solo pensaba en eso y en comer. Hambre, tenía demasiada hambre. Silfrid dejó que apoyara la cabeza sobre su cuello y la olisqueé. Su olor me parecía conocido y delicioso. Quería probarlo. Quería sentirla en mi interior, discurriendo con fuerza por mis venas. Introducir los dientes bajo su piel y desgarrarla. Ser yo quien la marcara.

- No puedes hacer eso. - ¿El qué? No podía contestar. Ya tenía los ojos cerrados.

- No puedes morderme. Te mataría.

- ¿Matarme? – Silfrid suspiró cansada. Demasiadas noches

buscándome. Era hora de descansar, pasar el báculo a la siguiente. Dejar aquel mundo por un tiempo le vendría bien. ¿Cómo podía saber yo eso? Y sin embargo sabía tantas cosas, bajo la superficie, demasiado escondidas para poder acceder a ellas en ese momento.

- Estoy demasiado cerca de la fecha y mi sangre está corrompida. Mi piel apenas se mantiene ya pegada a los músculos. Noto como todo se degrada con rapidez. Es hora de que el siguiente ciclo comience.

- No entiendo nada.

- Lo sé y ese es el problema. Nunca me había sido tan difícil encontrarte. Tenemos poco tiempo para ponernos al corriente. – Quería seguir con aquella conversación. Mi cerebro quería información, quería aquel detalle que comenzara a darle sentido a tantas incoherencias. ¿Llevaba tanto tiempo sin dormir para estar tan cansada?

- Creo que estoy enferma.

- Lo estás. Deberé destrozarte antes de poder reconstruirte y darte forma.

Capítulo 1

El dolor era intenso. Gritaba, aullaba y suplicaba. Su cuerpo, incapaz de soportarlo, perdía la consciencia y la recuperaba, un círculo vicioso e interminable.

- Es la tercera vez que la matamos. Debemos darle tiempo para recuperarse. – Aquel hombre parecía nervioso. Xin quería darle la razón, pero sus labios estaban reseco y su garganta ya no era capaz de emitir sonido alguno.

- No tenemos tiempo. Lo entenderá. – Aquella era su agresora. Silfrid...

- La vas a volver loca. De poco nos servirá en ese estado.

- Eres un estúpido. Somos mucho más fuertes que los de tu especie. No te atrevas a compararnos.

- Lo siento mucho señora. – Su tono sumiso hizo que Xin tratara de abrir los ojos. Odiaba las injusticias, odiaba... pero no podía.

El tiempo era un bucle sin fin. Ya no sabía dónde estaba. Se perdía en recuerdos que no le pertenecían, en historias que recorría una y otra vez sin que pudiera hallarle ningún sentido.

Ahora era una joven, pelirroja. Demasiado baja para su gusto. Caminaba con prisa, se sabía perseguida, y zigzagueaba entre las pestilentes calles francesas. Era el año 1756. ¿Cómo podía saberlo? Sin embargo, no había duda.

Sentía sus músculos moverse bajo la piel. Podía oír las pisadas de los cuatro hombres que corrían tras ella. Y sus ideas eran lo que más la aterraban. Estaba demasiado cerca del cambio, no podía dejar que la atraparan. Aquellos hombres podían terminar con el equilibrio.

- ¡Cogedla! ¡No dejéis que escape! – Aquel hombre era su líder. Todos le seguían por puro miedo, temían que un día se volviera contra ellos y

preferían mantenerse a su sombra.

- *Sí señor. – El que le contestó era apenas un muchacho. Huérfano. No podía dejar de preguntarse si en verdad estaba en el bando correcto. ¿Se perdonaría alguna vez si asesinaba a una mujer indefensa? Su madre no lo habría querido, quizás por ello no ponía demasiado empeño en cogerla. Quizás podía recurrir a él.*

Cerró los ojos y se concentró. Seguía corriendo, su cuerpo se movía y al mismo tiempo estaba lejos. Un mapa mental la guiaba mientras trataba de conectarse con aquel muchacho. Sus pensamientos eran inconexos, no era muy inteligente, una simpleza que aprovechó para confundirle.

Notaba como le fallaban las fuerzas mientras trataba de seguir. En otro tiempo aquella encerrona habría hecho que se riera por el intento. Eran ingenuos al subestimarla de esa manera o tal vez lo era ella al no haber tomado medidas antes de empezar el siguiente ciclo.

“Ha girado a la derecha” No dejó de repetírselo, una y otra vez, el muchacho estaba confundido. Sus sentidos le decían que no era cierto, que aquellas palabras no le pertenecían, pero Xin lo gritó tan alto que de pronto sus pasos se detuvieron.

Los demás iban detrás, quizás porque eran bastante mayores que él y, por mucho que no se había esforzado al máximo, les costaba seguirle el ritmo.

- *¿Qué haces muchacho? – El líder estaba molesto. Estaban desperdiciando un tiempo precioso. Si la perdían por su culpa lo mataría.*

- *Ha girado a la derecha señor.*

Xin se detuvo y miró hacia atrás mientras su mente volvía a repetir aquellas palabras. “Si la perdían por su culpa lo mataría.” No era culpa suya, pero ¿podía dejarle morir? Realmente era un ser demasiado inocente para la época que le había tocado vivir.

“No lo hagas” Aquella no era su voz, era Mantra. Le avisaba del peligro. Debería hacerle caso, se lo decía su instinto.

Volvió sobre sus pasos y sacó el puñal de lava. Era doloroso sostenerlo. Apenas le quedaba energía para evitar los daños. Era un arma demasiado poderosa para su estado y su piel comenzó a arder. El dolor hacía que tuviera que esforzarse en no dejarlo caer.

Los minutos corrían en su contra. Debía atrapar a aquellos tipejos y matarles rápido.

- *Ashnigt buris. – Susurró instantes antes de que su ropa de evaporase. Su cuerpo se volvió níveo y translúcido. Era una sombra y se movía con rapidez. Sus ojos negros rastreaban la zona, tratando de abarcarlo todo.*

Ya no se oían sus pasos, se había convertido en el depredador perfecto, y no tardó mucho en situarse tras ellos sin que llegasen a notar su presencia.

Cuando deslizó la daga por el cuello del jefe este tembló. No dijo nada, la verdad es que no fue capaz. Perdió la vida en cuestión de segundos.

Una gota, una sola gota de lava, líquida se introdujo en su torrente arrasándolo todo. Llegó a su corazón, siempre lo hacía y allí ardió con fuerza. Cuando él murió la gota se enfrió.

La pelirroja cerró los ojos y el puñal se desvaneció. De un salto se encaramó a un árbol. Le ardía la mano con intensidad, podía oler la carne quemada, pero ni siquiera la miró.

No la habían visto. Se movía demasiado deprisa para sus ojos. Ni siquiera eran capaces de entender lo que le estaba ocurriendo a su compañero. ¿Brujería? ¿Era posible?

Simplemente vieron las marcas negras extenderse tan rápidamente que ni trataron de sostenerle antes de que cayera muerto.

No se dieron cuenta, pero todos, por diferentes motivos, suspiraron aliviados.

Volvía estar de vuelta. Oía a su torturadora a lo lejos. Palabras sueltas. Quería, trataba por todos los medios de ordenarlas. ¿Ciclo? ¿Por qué no dejaba de oír aquella palabra? Incluso en su mente... Sin embargo, no se reconocía a sí misma. Ella no era ella, ¿tenía sentido?

- *A...yuda.... Por favor. ¿Por qué...? – Al fin. Xin notaba el sabor de su propia sangre en la boca. El dolor era tan intenso que ya no podía decir qué le dolía exactamente.*

- *Te estamos curando.*

- *Tortura...*

- No. De verdad. Te estamos curando. – Aquel hombre se acercó y le acarició el pelo. Parecía preocupado. Fue algo efímero.

- ¡No te atrevas a tocarla! – Oyó un golpe. El hombre gruñó en bajo y más sangre, pero no era la suya. La olía, la oía caer. ¿Se estaba volviendo loca? Silfrid volvió a su lado y vertió un líquido en su boca. – Petra, llevas demasiado tiempo aferrándote al futuro.

- Deja de torturarme. – La voz volvía. No obstante, estaba cansada y temía volver a perderse.

- No te torturo. Debes morir todas tus vidas.

- Eso no tiene sentido. Yo no soy Petra. Me llamo Xin. Te has confundido de persona. – No le hacían caso. Daba igual cuantas veces lo repitiera.

Silfrid cogió un puñal y lo clavó con fuerza en el abdomen de Xin.

- Muerte número siete. Aarón comienza a contar.

Y de nuevo las imágenes. Siempre en diferentes tiempos. No seguían un orden lineal. Las fechas no tenían sentido. Lo poco que quedaba de su parte racional trataba de entender, de sacar algo en claro de todo aquello.

Apenas era una niña y vestía una simple toga de lino. Era cómoda.

Caminaba sin miedo por el bosque. Sabía que nada de lo que había allí podía hacerle daño y respetaba a cada una de las criaturas que había en él.

Estaba en Sinope. ¿Año? 116 a. c ¿Antes de cristo? Sabía que era verdad y aun así inspeccionó la zona con curiosidad.

Habían llegado los romanos y lo estaban arrasando todo. A pesar de que la reina regente Laodice no oponía resistencia, los invasores se ensañaron con su pueblo, las carnicerías y violaciones se sucedían. No hacían distinción de sexo o edad. Ni siquiera en su mente era capaz de imaginar tanta maldad. Aquellos días aprendió a temer a los hombres, a esconderse cuando alguno se acercaba y a caminar sola.

Temía más a los hombres que a los animales.

No usaba sandalias, le gustaba sentir la hierba y las ramas bajo las plantas de los pies. Una costumbre vieja que los había ido fortalecido. Algo había aprendido de su amigo Mitridates. ¿Dónde estaría? Se había obsesionado con la muerte de su padre, no dejaba de insistir con que los

asesinos seguían en palacio. Quizás tuviera razón, sentía que el peligro estaba cada vez más cerca.

Aún recordaba cuando se había reído de él por tomar pequeñas dosis de arsénico para tratar de inmunizarse a dosis letales. Ni siquiera sabía cómo lo había averiguado. Apenas era unos años mayor que ella y sin embargo ya parecía un viejo. La vida corría para él. Sin embargo, para ella el tiempo se había detenido, estaba atrapada en el cuerpo de una niña que avanzaba muy despacio.

Un hombre se acercaba. Según parecía quería evacuar la vejiga, pero no era un simple campesino. Podía oír el metal, olerlo. Era mucho más silencioso de lo normal, sus pisadas eran tenues, comedidas. Tenía miedo de algo, pero no llegaba a comprender el motivo.

Saltó hacia un árbol, con gran agilidad, y le observó desde arriba. Giró la cabeza y se concentró lo máximo posible. No había margen posible de error.

Era demasiado gordo, probablemente un noble. ¿Cómo era que estaba solo? Algo iba mal. Aquellos engreídos jamás se separaban de su escolta.

Trató de entrar en su mente. Eran los mismos pensamientos, como si no dejara de repetirse un mantra para que ella no pudiera leerle... ¡Era imposible! Ningún humano podía eludirla de esa manera, había alguien más allí con ellos.

- *Ashnigt buris.*

Saltó sobre él y le partió el cuello. El hombre cayó a sus pies. No estaba sola.

- *Muy bien pequeña. Veo que vas aprendiendo.*

Era Sael. Debería haberle matado cuando tuvo la oportunidad.

- *¿Qué haces aquí? Sabes que no puedes interferir en cuestiones humanas.*

Sael sonreía. Se creía vencedor. Quería atraparla y sellarla. Quería mantenerla unida a aquel cuerpo de por vida, o lo que esta le durase.

- *Sael. Si me tocas tendré que matarte. – Tenía miedo. Apenas habían pasado dos años desde el cambio. No sabía usar correctamente sus habilidades.*

- *¿Matarme? Yo voy a destriparte. Voy a torturarte y verte morir. Estoy harto de vuestras estúpidas normas. Si tú caes el resto caerán por sí solos. Ya no podrás protegerles más, en realidad te estoy haciendo un favor.*

- *Las normas son necesarias y lo sabes. No puede volver a ocurrir...*

- *¿Volver a ocurrir? Deseo que vuelva a ocurrir. ¿No lo entiendes? – Sael tan solo era un infante cuando todo pasó. No podía recordar el hambre de su especie ni la devastación causada.*

- *No solo les destruirás a ellos. Piensa...*

Se había transformado de nuevo, era una sombra desde hacía unos minutos. Sael no dejaba de mirarla pensando que había entrenado lo suficiente. Siglos de entrenamiento deberían haberle preparado.

La pequeña saltó y usó cada gramo de su fuerza para llegar hasta él. Sael no contaba con que lo que tenía de inexperiencia lo suplía con energía. Ni siquiera fue capaz de verla llegar.

Saltó sobre su cabeza y como quien quita un tapón se la arrancó de cuajo. No contenta con ello sacó el puñal de lava e hizo dos cortes en la frente del hombre que ya parecía muerto.

- *Adr fentis dri.*

Al momento estalló en llamas.

- *No será un vulgar chupasangres el que acabe con mi linaje. – La niña estaba furiosa y pateó con fuerza la cabeza sin importarle que estuviera en llamas. La bola de fuego rodó y fue a parar a un arbusto. Ambos ardieron durante horas sin que ella le quitara los ojos de encima.*

Lo cierto es que no recordaba con exactitud lo ocurrido. Incluso ahora sentía que se le escapaba algo, pero lo que sí sabía es que las muertes habían sido numerosas en todos los bandos. Humanos, wampiros, hermanos... cayeron sin distinción. Pasase lo que pasase tenía que evitar que pasara de nuevo.

Sin embargo, cada vez que pensaba en el pasado una sensación extraña se instalaba en su pecho. Sentía que había perdido algo importante, algo por lo que valía la pena morir.

Capítulo 2

Enloquecía. Solo podía ser eso. Aquellas imágenes, aquellas sensaciones y sentimientos no podían ser reales. Se escapaban a toda lógica, a su lógica. Quizás era esquizofrenia, tenía que ser eso. Era algo que se podía tratar, tan solo debía buscar ayuda. Si todo estaba en su cabeza podría levantarse y caminar, era ella misma quien se estaba bloqueando.

Lo intentó de todas las maneras posibles, pero fue inútil. Sentía las cuerdas rozándole la piel, lastimándola y finalmente desistió. Si aquello era una fantasía era la más real que había vivido nunca.

Necesitaba una tregua. Dormir. No podía seguir así. De vez en cuando alguien le echaba algo refrescante por la garganta, pero no llegaba a calmar su sed. Tan solo era una tirita para un mal mayor. ¿Por qué le hacían todo aquello? Nada tenía sentido. Ella no tenía enemigos, no había enfadado tanto a nadie para que la odiaran de esa manera.

- Shh. Tranquila. Te prometo que todo va a salir bien. – Aquella voz la reconfortaba. Creía recordarle de alguna parte. ¿Pero qué cojones le ocurría? ¿Estaba atada, de manos y pies, y pensaba que aquel hombre era un buen tipo? Era un demente al igual que la otra. Seguramente le estarían dando drogas y era eso lo que le estaba ocasionando las alucinaciones. Tenía que ser eso.

- Déjame ir. Te prometo que no se lo diré a nadie. – Por un segundo el silencio le dio esperanzas. Por un segundo se vio libre, corriendo, buscando ayuda. Ni de lejos pensaba cumplir aquella promesa. Cantaría tan pronto pudiera hablar con un policía. Quería que les encerraran para siempre. Quería que sufrieran una parte de lo que estaba pasando ella en esos momentos.

- No puedo hacerlo. Me lo agradecerás.

- Estás como una puta cabra. Jamás te agradeceré lo que me estáis haciendo. Putos dementes de mierda. Os mataré, te prometo que me liberaré y acabaré con vosotros. – El sujeto retrocedió y ella se vio sola de nuevo. En el fondo lo agradecía. Si contenía la respiración el dolor menguaba, se hacía casi

soportable. ¿Sería capaz de sobrevivir mucho tiempo en aquellas condiciones? Ni siquiera sabía cómo era capaz de aguantar tanto.

Oyó un cerrojo descorrerse. Ella había vuelto, su torturadora personal. Volvía al ataque con renovadas energías.

Lloró de frustración y miedo. Pavor.

- ¿Está despierta?

- Sí mi señora. Ha despertado hace unos minutos. Las heridas han comenzado a cerrarse. Parece que cada vez es más fuerte. - ¿Más fuerte? ¿Estaban hablando de la misma persona? Le costaba hasta mover los dedos de las manos. Sus párpados se habían vuelto pesados. ¿Qué cojones pasaba allí? ¿Una secta? ¡Necesitaba respuestas! Necesitaba saber dónde estaba...

- Podemos seguir entonces. Me estoy quedando sin fuerzas, debemos apurarnos. Revisa los datos por favor y tráeme el libro. – Oía ajeteo al fondo. Alguien removía papeles y otros objetos más pesados. – Aarón.

- ¿Sí?

- No vuelvas a acercarte a ella. No lo intentes siquiera. Soporto tu presencia, pero no me pongas a prueba. Llevo muchos años deseando acabar contigo y con todos los tuyos. Harías bien si no lo olvidaras.

- Eres tan culpable como nosotros.

- Cuida tus palabras. Nadie te echaría de menos. – Aarón bajó la cabeza y escondió su sonrisa. ¿Y quién se suponía que iba a extrañarla a ella?

Xin no les escuchaba. El deseo de morir era cada vez más intenso. Ya no quería más dolor, si aquella era la forma de descansar suplicaba para que la dejaran ir. Las voces eran cada vez más lejanas. Ya no intentaba comprender lo que decían ante el miedo a lo que podía descubrir.

No quería más imágenes en su cabeza. A pesar de que es la única zona de su cuerpo que no habían torturado, el dolor es inmenso. No abrir los ojos no le aseguraba no ver, porque la realidad es que por mucho que lo intentaba no dejaba de ir y venir.

- Necesit... descansar. Por favor. – Silfrid deseaba poder decirle que sí. Sabía que lo que le estaba haciendo era atroz y suplicaba en silencio que pudiera resistirlo, aunque no las tenía todas consigo mismo.

- No puedo. – Silfrid se inclinó sobre ella y le besó la frente. No le quedaba mucha energía y tratar de mitigar su dolor la dejó sin respiración. Sufría, podía sentir la debatirse. Lo peor es que cada vez luchaba menos por escapar y eso era una mala señal – Necesito que recuerdes. Necesitamos que vuelvas.

- Ya...stoy aquí. Por ...fv...

- Sé que no entiendes nada. Sé que es difícil y es posible que no llegues a perdonarme, pero lo comprenderás. Me estoy muriendo y nadie más podría hacerte volver. No puedo dejar que te pierdas. El pasado debe regresar. – Silfrid miró sobre su hombro, estaba buscando algo, al instante se acercó a su oído y le susurró. – Que vuelvas a ser quien eras, sin que ellos te impidan saber la verdad.

Xin sintió esperanza. Al parecer sus secuestradores no estaban tan unidos como parecía. Pensó en decir algo, quizás...

Sin previo aviso Silfrid cogió un cuchillo y le rasgó la garganta.

No podía respirar. Por más que lo intentaba el oxígeno no llegaba a sus pulmones. Aquella loca la había matado, era eso, y ahora se moría. ¿No era lo que quería? Sin embargo, dolía y la necesidad por respirar, la ansiedad, la llevaban a pelear con uñas y dientes.

Se debatía sin control aun sabiendo que apenas le quedaban unos minutos. Largos e interminables minutos. ¿Era eso lo último que viviría? Jamás tendría hijos, ni se casaría... aunque para ser sincera no había entrado en sus planes cercanos, pero nunca se lo había planteado seriamente. Siempre creyó que todavía estaba a tiempo de replantearse las cosas.

El agua está fría. ¿Agua? Xin se sentía perdida. Se estaba ahogando. Le ardían los pulmones y tan solo braceaba tratando de llegar a la superficie.

Unas manos, grandes y fuertes, la agarraron por los brazos y tiraron de ella. Se dejó arrastrar porque ya no le quedaban fuerzas para debatirse y porque sentía que venía para ayudarla.

El aire le golpeó la cara y trató de escupir toda el agua que había tragado, pero no lo conseguía. Por más que tosía y trataba de coger aire no podía respirar con normalidad.

- Tranquila. Respira. Ya estás a salvo. – Era un hombre sencillo. Posiblemente un campesino y la miraba con ternura, un aire paternal que la

hizo sonreír agradecida. Acababa de salvarle la vida jugándose la propia y eso tenía mucho valor para ella.

- *Gracias. – Hablar era doloroso. Trató de incorporarse varias veces dando siempre con el trasero en la tierra. El hombre viendo lo indefensa que se sentía la agarró de nuevo y la ayudó a incorporarse.*

- *Deberíamos alejarnos. – Tenía razón. Seguir allí era jugarse la vida. ¿Cuántas posibilidades tenía de eludir a la muerte? En otras condiciones no le habría costado llegar a la superficie, pero la pelea la había debilitado. La habían envenenado y sentía como el brebaje llegaba a sus venas e iba drenando lo poco que le quedaba de energía. Estaba harta de pelear. Daba igual cuántas vidas viviera, siempre terminaba igual. Las mismas personas en otros rostros, las mismas luchas interminables. Siempre con el peligro del fin del mundo en la punta de la nariz. No merecía la pena, ya nada lo merecía.*

- *Claro.*

Caminaron el silencio. El hombre no le preguntó que hacía allí, en medio del río y era lógico. La inundación había matado a mucha gente al igual que había estado a punto de hacerlo con ella. Era increíble que dada la cantidad de poder que tenía fuera tan mortal al mismo tiempo.

¿Dónde estaba el punto de inflexión? El mínimo error y ella desaparecería. Era un fantasma y eso le daba ventaja, pero un solo despiste y sería su final. Estaba harta de tener que cuidarse siempre las espaldas. Su existencia era solitaria.

El Danubio era realmente peligroso en 1342. ¿Quién podía esperarse que acabara inundando Viena por unas simples lluvias? Una inundación que había dejado encerrados en sus propios hogares a mucha gente condenándoles a muerte. Nadie acudió a ayudarles.

Más de 6.000 personas perecieron solas. Muchas madres, viendo que el agua les acorralaba, abrazaban a sus hijos esperando protegerles. Les asfixiaban contra sus propios senos incapaces de dejarles solos ante una muerte mucho peor. Sus corazones se desgarraban y agitaban. La injusticia de saber que no podrían salvarse y que todo parecía empeorar por momentos.

Tenía que recuperarse y buscarles. Atrapar a los demonios entre los

hombres y matarlos, o las muertes se multiplicarían exponencialmente. Luchaba siempre por los demás y jamás tenía tiempo para disfrutar. Aunque, viendo la devastación que la rodeaba comprendía que era algo necesario. No lo había elegido, la naturaleza se lo había impuesto, quizás porque era la única capaz de desempeñar un papel tan desagradecido.

- Tengo que buscar a mi mujer. – Era una disculpa. El hombre estaba nervioso. Tenía ganas de salir corriendo, por mucho que en el fondo supiera que no la iba a encontrar jamás. Con el paso de las semanas crearía una tumba fantasma para tratar de salvar su alma y poder acudir a algún lugar a rezar. Nadie se preocuparía por lo que hacía un hombre a la orilla del río día tras día. Le mirarían con pena, pero no interferirían.

- Ve pues.

No hubo despedida. Él se alejó y ella se dejó caer sobre la tierra mojada. Comprobó que no había perdido la daga y después cerró los ojos.

Si el sueño era real moriría inevitablemente en veinte cuatro horas y no podría detenerles a todos. Le habría gustado pensar que tenía una oportunidad real, pero la única con la que contaba es que la próxima vez que despertase pudiera aprender de sus errores. Confiar en uno de ellos no era una opción.

Mataría al líder para tratar de frenar las mutaciones. El número de aquellos seres debía reducirse todo lo posible. Sus hermanas se encargarían del resto, dentro de sus posibilidades, cuando sintieran su muerte.

El problema eran las fronteras. Creadas por ellas jugaban ahora contra sus propósitos.

Se levantó y miró al cielo. Lloraba por todos ellos y por lo que se les acercaba. Daba igual cuánta agua cayese, jamás podría borrar los pecados que se estaban cometiendo.

A veces, solo a veces, se preguntaba si mantener a tanta gente en la ignorancia era lo correcto. Quizás el tiempo les preparara para la verdad.

Caminó con rapidez y dejó caer las ropas. No era algo necesario, pero necesitaba sentir el aire sobre su piel. Ansiaba sentir la caricia del sol antes de morir. Cada sensación apurada para una muerte inminente.

Una a una, se fue quedando desnuda y siguió sin preocuparse por los que

se cruzaban con ella. La mayoría demasiado deshechos como para fijarse en su desnudez.

Su piel pálida y su pelo del color del fuego la hacían parecer un fantasma y ya tenían suficiente de eso.

Sabía dónde estaban los monstruos y corrió hacia allí.

- Ashnigt buris.

Le encantaba la sensación de libertad que la embargaba. Se volvía translúcida, como si tan solo fuera el reflejo que había quedado atrás.

Se movía con rapidez y el ojo humano era incapaz de detectarla a no ser que ella lo deseara. Aún recordaba la primera vez que la habían llamado fantasma, aunque para ser sincera era el nombre que más le gustaba porque en muchos sentidos se sentía identificada con el significado que le habían dado a la palabra y las historias que habían creado en torno a su existencia.

Unos decían que allí donde aparecía moría alguien, otro que venía a detener las muertes. Unos que era una dama bondadosa y otros que era la que recogía las almas. Historias dispares que absorbía allí a donde iba.

Salió de lo que quedaba de la ciudad y caminó hacia el bosque.

Allí, internados entre las sombras, tenían su escondite. Los seguidores de Set, así era como se hacían llamar, lo único que buscaban era esparcir su poder por todo el mundo. Multiplicarse como un virus que infecta de muerte todo lo que toca.

Ella podía respetar a muchos enemigos, pero no sería a aquellos. Simples hombres con ínfulas de dioses. El misticismo se había metido en sus cerebros, quizás el saber más de la cuenta, un claro ejemplo de que el ser humano no estaba preparado aún.

Llegó al límite de su guarida y se detuvo, tratando de reunir todas las fuerzas con las que contaba. Podrían haber sido humanos en su momento, ahora eran algo más. Tocarles directamente la destruiría. Un solo roce y estaba muerta. Tenía que acabar con cuantos pudiera y rezar porque no fueran capaces de seguir sus movimientos. Desgraciadamente la evolución de sus artes jugaba en su contra.

Aquellos seres infectaban a sus propios hijos. Los que sobrevivían se unían a ellos y jamás lloraban a los que perecían. La rareza de su sangre les

hacía únicos y un alto porcentaje era inmune al virus.

Corría con tanta rapidez que parecía desplazarse, surfear sobre el suelo. En su mano derecha el puñal de lava, en la izquierda un simple khopesh, un sable de hoja curva regalo del que había sido su amante hace muchas vidas y quizás el único hombre al que había amado.

Aprovechó que el Khopesh tenía el filo en su parte convexa para agarrarlo apoyándolo contra el brazo como protección adicional.

Tan pronto entró en aquella cabaña contó cinco, pero sabía que había más. No les gustaba la luz y muchos de aquellos clanes creaban cuevas bajo tierra para guarecerse. Odiaba tener que entrar en aquellos agujeros llenos de mierda.

El primero miraba a lo lejos absorto. Daba asco mirar sus venas negras surcando su piel blancuzca. Parecían enfermizos, y el olor era horrendo. Como si no fueran más que cadáveres en descomposición que seguían caminando.

Le cercenó el cuello sin contemplación y siguió adelante antes de que la sangre comenzara a brotar.

Ciertamente era mortífera. Los cinco cayeron sin que una sola gota de sangre la hubiera tocado.

Olía a tierra húmeda y orines. El aire era denso. Ella seguía investigando, comprobaba cada pared tratando de encontrar la abertura que le llevara a los túneles. El tiempo corría en su contra. Si se daban cuenta de lo que había pasado perdía el factor sorpresa.

Finalmente la encontró. Era difícil ver nada sin ventanas que filtraran algo de luz, pero al fondo de la estancia, tapada por un madero había un agujero redondo y del tamaño de una persona.

Se introdujo tratando de no rozarlo. Demasiado despacio y silenciosa como la muerte. Avanzó a ciegas, tratando de acostumbrarse a la penumbra total.

Su mente le dijo que había recorrido veinte metros, tal vez más, antes de acabar en una estancia algo mayor. Le costaba respirar. Al contrario de lo que se pudiera pensar seguía necesitando respirar, pero no con tanta frecuencia.

Había dos personas y algo más pequeño. Podía oír sus corazones y respiraciones aceleradas. Quizás sus ojos pudieran estar inutilizados, pero el resto de sus sentidos habían despertado más afilados que nunca.

Corrió hacia el primero y cortó, no apuñaló. Usó su daga de lava, prometiendo que sería mortal sin ninguna duda. Llegó al segundo bulto e hizo lo mismo, pero con el tercero... Su instinto le decía que pertenecía a aquel lugar, pero su tamaño... Un bebé. ¿Podía ella asesinar a sangre fría a un ser indefenso que ni siquiera había tomado la decisión de estar allí? ¿Era aquella la gran criatura que la mataría?

Debía acabar con él o ella. Sería tan sencillo... Un corte en el lugar adecuado y ni siquiera sufriría, no obstante, su corazón se negaba rotundamente. Ahora que no había peligro se había quedado a pocos metros de aquella criatura escuchándola respirar. Estaba dormida. Ni siquiera se había percatado que había acabado con toda su familia.

Si le dejaba allí, moriría irremediabilmente de hambre y sed. Si le tocaba, moriría ella en pocos días. Si le mataba... ¿Era la opción más piadosa? ¿Por qué la idea de sacrificarse por aquel ser parecía la correcta? Podía estar creando un mal mucho mayor, un enemigo que cuando supiera quién era o lo que llevaba en sus venas mataría a cientos, miles de personas.

¿Quién podría cuidar de él sin morir? ¿Qué ser era inmune a su veneno?

Las nueve inmortales... ¡Eso era!

Si lograba llevarle hasta ellas podría tener una vida humana pacífica y feliz. Ellas le guarecerían del mundo exterior. Incluso podría preguntarles si había cura posible para su afección. ¿Pero dónde se escondían en esa época?

Las nueve inmortales eran adivinas capaces de ver el futuro por lo que si aquello debía suceder estarían cerca. El problema era que para dar con ellas era necesario sacrificar lo que uno más apreciaba. Un favor de ellas era un regalo divino, pues en sus palabras ofrecían dones y maldiciones, sin embargo, el precio a pagar siempre era mayor. Debía tener cuidado con lo que decía cuando estuviera delante de las nueve.

Recogió al pequeño y salió fuera. Caminaba despacio, tenía miedo a despertarle. La luz hizo que tardase varios segundos en adaptarse a la

realidad.

Era una niña y era hermosa. Ojalá no la hubieran contagiado aún, no obstante, por la marca de su brazo era improbable. Pobre pequeña, también ella debía luchar por seguir adelante.

Aún quedaba otro clan a las afueras de la ciudad. Debía encontrar a las nueve y matarlos antes de morir. Un día para todo eso era muy poco tiempo.

La niña entreabrió los ojos y sintió que se derretía. Era una niña hermosa, un bebé divino con una sonrisa que la llenó de calor. Aquella no podía ser una mala decisión, allí solo veía bondad e inocencia. Si hacía las cosas bien podría ser feliz.

Siguió el camino y ascendió por la ladera. El tacto de la niña, el calor que desprendía, su risa llena de gorjeos le llenaban los ojos de lágrimas. Sentía que su corazón se estrujaba, quería protegerla a toda costa. Nunca podría tener algo así propio, le tocaba conformarse con ver a otras mujeres ser felices.

- Salid por favor. Necesito que salgáis. - Una mujer se acercaba por el bosque. Era hermosa y apenas iba cubierta con una túnica celeste que llegaba hasta el suelo. Su pelo negro volaba, entorno a ella, dándole un aire mágico. – Gracias por venir. – La reconocía. No era la primera vez que hablaban y en una vida tan inmensa no sería la última. Era Lillah. Se plegó lo justo para reconocer su presencia y se incorporó ante la preocupación de que el bebé sufriera algún mal.

- No debería estar viva. Toda su raza es un peligro. – Asintió. ¿Qué podía hacer o decir si la inmortal tenía toda la razón del mundo?

- Aún puede ser lo que desee. Solo necesita a alguien que guie sus pasos.

- Sus pasos están diseñados, todo su ser ha sido diseñado. Puede ser un gran regalo y una gran pérdida. El dolor la rodea. – Petra la apretó contra su pecho tratando de protegerla. No podía creerse que aquel ser fuera peligroso. La miraba con aquellos pequeños ojos tan fijamente, sin dudas ni engaños, que sentía que podía leer su alma. La inmortal las miró a ambas con ternura.

- Si la lucha ya está decidida, ¿por qué has acudido? – Petra no iba a darse por vencida. Había tomado una decisión y lucharía por ella hasta sus

últimas consecuencias.

- *¿Desistirías si te dijera que no? – Giró la cabeza y miró al suelo. No, no lo haría. No era de las que se echaban para atrás. Las inmortales no siempre tenían la razón.*

- *¿Por qué no están aquí tus hermanas? – Lillah, era la más joven de las nueve, pero en cambio era la más poderosa. No fallaba jamás. Era la voz que hablaba más bajo, pero a la que uno debía prestar más atención.*

- *No creen que vaya a hacer lo correcto.*

- *¿La vas a aceptar?*

- *Sí.*

- *¿Por qué? – Lillah miró al cielo y sonrió. No podía decirle la verdad, aunque tampoco la creería y de ser así... Era mejor dejar las cosas tal y como estaban, con el paso del tiempo casi se había hecho a la idea. Trataba de remendar el pasado, pero era demasiado horrible para que nada que pudiera hacer. Aunque Petra no lo supiera se lo debía.*

- *Me lo has pedido.*

- *Sé cómo actuáis. ¿Cuál es tu razón?*

- *La posibilidad de lo que podría ser.*

- *Siempre dando respuestas concretas. ¿Estoy haciendo lo correcto verdad? – Temía que por su decisión murieran personas inocentes. Aquella niña crecería y en su sangre había un virus capaz de acabar con gran parte de la población mundial.*

- *Veo posibilidad en la vida de la niña. Posibilidad de que mate a miles para salvar a los demás. – Lillah dio vueltas, entorno a ambas, estudiando la imagen que daban. Guardaba cada detalle en su memoria sabiendo que antes o después tendría que relatárselo a una joven mente con todo tipo de detalles. Todos temían que el pasado volviera a pagar vidas afrentas y aunque Petra era una amiga, posiblemente fuera la que acabaría con su vida. En otro tiempo incluso se lo había permitido, pero se había aferrado demasiado a su existencia.*

- *¿Matar a miles? – Petra la miró con esperanza de haberla entendido mal. Lillah se quedó callada y una lágrima se deslizó por su mejilla. Sufría por quienes tenían que perecer y por quienes vivirían con la*

pérdida. Sufría por las decisiones tomadas y por las que era incapaz de llevar a cabo. Sufría al contrario de lo que todos pensaban.

- *Mis hermanas no comprenden por qué la muerte de tanta gente está justificada. No saben ver más allá.*

- *Tengo que impedirlo. – Pero su cuerpo no se movía. No podía levantar la daga contra aquella niña.*

- *Quiera o no lo hará. Su mera existencia lo hará, pero si es quien puede salvará a muchos otros. Evitará un mal mayor en el futuro. Salvar lo cercano puede destruir lo que no vemos. – Petra estaba cansada de tratar de seguir los razonamientos mientras el veneno, que ya estaba anteriormente, se sumaba al virus que había contraído al cargar a aquella niña. No creía tener la suerte de que ambos se contrarrestaran mutuamente. Ella no tenía ese tipo de suerte.*

- *Me muero. ¿Sabes cuánto tiempo me queda?*

- *Poco. Apenas doce horas. La cicuta está deteniendo tu cuerpo, tus órganos y eso ralentiza el avance del virus, pero los pulmones fallarán antes de lo que creías. Morirás siendo consciente de todo.*

- *Cicuta. Así que era eso lo que contenía el filo de aquella espada.*

- *Ya lo sabías o al menos lo suponías. Sigo sin comprender por qué no te curaste antes de seguir avanzando.*

- *Ya sabía que iba a morir. Estoy cansada de esta vida. Me toca descansar.*

- *Deberías dejar de ver la niñez de tus vidas como un tiempo de descanso. Sabes que el precio es demasiado grande. Tu inconsciencia provocará que el daño sea mayor.*

- *No puedes culparme de todos los males. Soy una sola persona, una persona cansada y triste.*

Lillah no comprendía que se rindiera tan pronto. Para ella las decisiones eran sencillas y meditadas. Las imágenes acudían como flashes que ella unía y daba forma. Eran ramificaciones de las posibilidades, pero todas ellas tenían un porcentaje de acierto.

En cierta forma estaba apostando por la pequeña en contra de sus hermanas. Aunque no era la primera vez y estaba segura de que no sería la

última. Sus hermanas eran demasiado viejas para querer correr riesgos. O tal vez era que no les importaba lo que le ocurriera al resto de seres mientras ellas siguieran en pie. No las culpaba. Habían tratado de matarlas en demasiadas ocasiones a lo largo de la historia y cuando no era así querían sacar provecho de ellas como si fueran caballos o mercancía. Aunque una parte de ella deseaba que alguien lo consiguiera.

- *La existencia nunca ha sido justa. Ni siquiera los seres que creemos no participar estamos exentos de culpa de los cambios que suceden a nuestro alrededor. Antes o después el mundo mutará de nuevo y deberemos adaptarnos.*

- *¿Otra profecía?*

- *Más bien un pensamiento propio. Déjame a la niña. A mí no me dañará. Te recomiendo que te quedes y disfrutes de su compañía, las posibilidades de que llegues hasta ellos a tiempo son insuficientes para realizar el camino, no obstante, sé que marcharás.*

- *Lo siento. Dile que hay alguien que la quiere y piensa en ella.*

- *Querrá saber de ti.*

- *Que me busque cuando esté preparada. – Lillah dejó que la pequeña se acomodara entre sus brazos y suspiró. Necesitaba conceder algo a aquella pobre mujer. Había sacrificado mucho, vida tras vida, al fin y al cabo, ella concedía dones.*

- *Tras la muerte de este cuerpo serás inmune a los seguidores de Set.*

- *Gracias. Espero que no tengas problemas con tus hermanas por esto.*

- *Sabré controlarlas. No es por mí por quién debes preocuparte. Lamento lo que está por venir. Suerte.*

Al instante Lillah y la pequeña habían desaparecido.

Siguió caminando pues no sabía que otra cosa podía hacer. ¿Había cambiado el curso de los acontecimientos o tal vez estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer?

El camino seguía interminable y no fue capaz de avanzar mucho. Daba igual cuanto lo intentara, en aquellas condiciones no habría sido capaz de acabar con ninguno más. Se dejó caer sobre la tierra mojada. Allí

descansaría su último cuerpo, se pudriría y desaparecería antes de que volviera a ser consciente de lo que había pasado.

Tal vez en su próxima vida pudiera preguntar por ella, buscar a la pequeña, formar parte de su vida. No la conocía de nada, pero a medida que su mente moría su imagen se mezclaba con otra niña. Las alucinaciones comenzaron a jugarle una mala pasada y comenzó a llorar, no sabía por qué.

La vida, sobre todo la suya, era complicada. Si conseguía dar con ella tendrían la misma edad y serían más amigas que otra cosa. Ojalá las lecciones y guía de Lillah lograra crear una buena persona. Una mujer que valiera la pena proteger.

¿La perdonaría cuando descubriera que había sido ella quién le había arrebatado su familia? ¿Buscaría venganza? ¿Podría culparla si lo hacía?

Había tenido sus motivos para actuar como lo había hecho, no obstante, eso no suavizaría el golpe. Esperaba poder compensarla haciendo que tuviera una gran vida.

Cansada pensó en el pobre hombre que la había sacado del río. Aquel hombre lo había perdido todo y seguía adelante sin pensar, llevado por la más pura devastación. Seguiría día tras día por la esperanza, la esperanza de encontrar a su mujer. La posibilidad de que volviera y no le encontrara en casa le hacía más daño que el dolor de saberla muerta.

Era mejor morir así. Sin nadie que te llore ni te haga difícil la transición. Pensando simplemente en calmar el dolor que siempre acompañaba la despedida.

No le habría gustado que nadie la viera de aquella manera, que la lloraran. En el fondo sabía que Lillah tenía razón, ella misma podía haber elegido vivir en dos ocasiones en las últimas veinte cuatro horas. Incluso ahora tenía la oportunidad, pero no quería. Necesitaba irse. Era una forma de descansar sin sentir culpabilidad. Podía hacer más, no obstante, no hacía nada que estuviera mal. Había sido herida. ¿Por despistada? Tal vez.

Ella, la gran sombra, el fantasma, la muerte... ahora estaba débil, tirada de cualquier manera y gritando, pues era la única respuesta que su cuerpo le permitía a tal grado de dolor.

Ella, que había inspirado leyendas fantásticas, ahora se acurrucaba

incapaz de soportar la tortura. Tan solo contaba con unos minutos antes de que su esencia encontrara otro vientre, que en ese mismo instante estuviera recibiendo vida. Ella sería esa vida, sería su hija o al menos hasta que fuera despertada. Lo sentía por aquella mujer, por aquella familia. Le gustaría decir que no le importaban, pero tan solo fingía que era así para poder marcharse alejándose de ellos sin que su corazón, el que había latido hasta ese mismo momento no se fragmentara en mil pedazos.

Cerró los ojos y se dejó ir.

Capítulo 3

Lloraba. Las lágrimas caían sin control y le lavaban la cara. Sentía dolor, pero esta vez no era un dolor físico, era uno más profundo que la embargaba.

Sentía que estaba condenada. En un bucle sin fin. Una vida tras otra sin ningún tipo de paz. Daba igual cuanto tratara de escapar volvería a empezar.

- Tranquila. – Era Aarón otra vez. ¿Por qué no se iba a la mierda un rato? Nada tenía sentido. Le costaba procesar todo lo que estaba sintiendo, viendo como algo real. Sin embargo, podía sentirlo bajo la piel. – Shh. Descansa. Te he dado algo para el dolor.

¿Dónde estaba la niña? ¿Qué había sido de ella? Había pasado mucho tiempo desde entonces. Si las pesadillas, sueños o alucinaciones eran reales ya tenía que estar muerta.

Quería ver su tumba, conocer su historia. Aquella mujer, que no dejaba de ver una y otra vez, era ella o había sido ella, entonces... ¿Era realmente culpable de sus decisiones? Por mucho que metieran con un embudo aquellas imágenes en su cabeza no las convertía en su pasado. Quizás fuera ella, una parte profunda, pero hasta aquel momento no había estado ahí, no la había definido.

- Silfrid volverá en un par de horas. Aprovecha para descansar. - ¿Le estaba acariciando el pelo? Sentía sus dedos deslizándose con suavidad. Casi parecía cariño. ¡No conocía de nada a aquel individuo! Le daba asco sentirle y pensar que podía hacer con ella lo que quisiera sin que pudiera evitarlo. La indefensión era horrible.

- No te atrevas a tocarme. – Aarón se apartó y la miró con pena. Sabía que estaba ahí dentro, aunque en ocasiones le costaba encontrarla. Estaba luchando con uñas y dientes contra todo el proceso. Cuanto más lo hacía más doloroso era. – Suéltame por favor. Por favor. Por favor. – Odiaba suplicar. Odiaba tener que arrastrarse y les odiaba más a ellos por ponerla en esa situación.

- No puedo. Ya queda poco.

- ¿Cuánto llevamos aquí? ¿Cuánto tiempo lleváis torturándome? – Aarón agarró el libro y trató de centrarse en las palabras que contenía. Debía responder, pero no quería hacerlo. - ¡Contesta!

- Dos semanas. - ¡Era imposible! ¡No había sido tanto tiempo! No... ¿La estarían buscando? ¿Se daría alguien cuenta de lo que había ocurrido?

- Mi cuello. Ella me cortó el cuello, pero sigo viva. ¿Cómo es posible? – Incluso en sus sueños moría como una persona normal. Una persona normal no se recupera sin más de eso.

- Estás cambiando. El tiempo os debilita, pero ahora eres más fuerte que nunca y con la ayuda de Silfrid eres prácticamente inmortal. - ¿Inmortal? ¿El tiempo? ¿Acaso era algo parecido a un resfriado?

- ¿Cuánto tiempo?

- Vuestra esperanza de vida es de doscientos años, pero solo una vez has llegado a cumplirlos. – Sus muertes nunca eran pacíficas y rodeadas de una gran familia. Ella solita había llegado a la conclusión. ¿De verdad comenzaba a creerse aquella locura?

¿Fiebre? ¿Delirios? Que más daba. La verdad es que en ese momento todo era real y debía hacerse a la idea. Incluso aunque estuviera dentro de una fantasía tenía que adaptarse o lo pasaría realmente mal. No quería sufrir más.

Se estaba perdiendo. Sus recuerdos, sus propias emociones habían quedado relegadas a un segundo plano. Sentía que si lo permitía perdería algo importante y no estaba dispuesta. Quizás lo único que tenía que hacer era convencer a sus captores que comprendía lo que trataban de hacerle creer. En el fondo todo daba igual.

- ¿Sabes algo de la niña? – Aarón jadeó cansado. Era una historia demasiado larga y complicada. No podía contarle la verdad y las mentiras tenían muchas incoherencias. Era mucho mejor terminar primero el ciclo.

- Está bien. Podrás verla cuando te recuperes.

- ¿Bien? ¿Cómo es posible?

Porque ya no era humana, ni seguidora de Set. ¿Realmente debía decirle la verdad?

- Tu misma fuiste la que tomó la decisión. – Xin sonrió sarcásticamente.

¿Ella? Prefirió callar antes de empeorar la situación, si es que eso era posible.

Ambos se quedaron callados.

Aarón quería decirle muchas cosas, contarle tantos secretos y sentimientos confusos. Había estado a su lado durante cada una de sus largas vidas. La había visto morir y nacer, equivocarse y luchar. Había resguardado su espalda y guardado sus secretos; sin embargo, sabía que en ninguna otra vida había tenido una posibilidad real. Quizás si se lo contaba, antes de que terminara el ciclo, tuviera una posibilidad; aunque fuera remota.

Xin ya no tenía miedo. Tan solo pensaba. Se dejaba absorber por recuerdos, suyos y extraños, trataba de huir allí. En su mente corría y escapaba. Allí era libre y disfrutaba del sol sobre la piel. ¿Por qué había dejado de salir de día? Ahora lo añoraba. Se había sentido tan protegida siempre que por un momento sintió que tan solo había vivido una mentira.

- Yo... - Aarón la miró y estrujó el libro que tenía en las manos con fuerza. ¿Qué palabras podía usar? Sus antecesoras, o ella misma en el pasado, conocían la jerarquía. Nunca realmente le había visto como un igual, pero en ese momento para ella él tan solo era un ser humano. – siento mucho lo que estás pasando. – Xin le miró y repasó con asco. Era alto y delgado. Sus ojos eran grises y se movían con rapidez sin atreverse a mirarla directamente. El pelo, negro y lacio, caía alrededor de su cara. No era feo, pero estaba como una puta cabra si creía que podría querer hacer algo más con él que no fuera despedazarle. - Sé que no es el mejor momento. Solo quería decirte que te amo desde hace muchas vidas y prometo protegerte allí a donde vayas. – Xin no podía creerse que acabaría viviendo una situación más inverosímil. ¿Amor? ¿Lealtad? No quería saber cómo sería si la quisiera torturar.

Aarón esperaba que dijera algo, no obstante, Xin no tenía ninguna intención. Aarón no podría pasar por aquello de nuevo, no podía seguir a su lado sin poder tenerla. No soportaba sentirla tan cerca e inalcanzable.

- Si tan solo tuviera una oportunidad... - Haría cualquier cosa por ella. Ahora bien, ya estaba cansado y si no era para él no quería que viviera para ningún otro. Porque en todas sus vidas había alguien, alguien importante por el que ella sufría. ¿Por qué por una vez no podía ser él? ¿Por qué no podía quererle? – Podríamos conseguir todo lo que deseas. Tendrías el mundo en tus manos.

Xin inspiró y trató de serenar su mente. Seguía atada a aquella mesa

metálica. Notaba la piel pegajosa y reseca. Seguía retenida a su merced, ¿no era suficiente tortura?

Tenía que actuar con astucia. No podía decir lo primero que le venía a la cabeza, ni lo segundo, ni lo tercero... la verdad es que tenía que rebuscar para encontrar las palabras adecuadas.

Su cerebro tenía la frase adecuada, pero se atragantaba con ellas. Se daba asco a sí misma. Ella, una luchadora, se arrastraba tan solo por no seguir sufriendo, por miedo ante las represalias. Mera supervivencia.

- Suéltame y hablemos. – Sonrió y le miró. – Esta no es la mejor manera de demostrarme lo que sientes. – Xin elevó los brazos todo lo que pudo y los dejó caer cansada. No creía que aquello fuera a funcionar, pero no podía rendirse.

Aarón miró el libro que tenía entre las manos y la miró a ella de vuelta. No era tan mala idea. Realmente no jugaba a su favor que ella lo recordara todo. Quizás podrían huir, el problema es que a su vez ella recobraría todo su poder y tenía las consecuencias. Era una decisión complicada.

El sonido de la llave en la puerta. El tiempo se había terminado. Había llegado antes de lo esperado.

Aarón maldijo en silencio ante su indecisión y volvió a su esquina. Odiaba bajar la cabeza ante aquella bruja, pero ahora veía un posible al futuro junto a Petra, Xin o como quisiera llamarse ahora.

Capítulo 4

Petra se tumbó sobre las pieles. Estaba excitada. Ante ella el amor de su vida, el humano más fiel y perfecto que había visto jamás. Un hombre capaz de enfrentar el mismo infierno por ella. No podía dejar de mirarle, le adoraba con todo su ser. Atesoraba cada uno de los instantes que había vivido a su lado. Sabía que antes o después tendrían que separarse, tan solo quería disfrutar el momento. Pasearse por sus labios, perderse en sus besos. Con él todo era perfecto y explosivo.

- *Eres la mujer más hermosa del mundo. – Petra sabía que no era aquella mujer que disfrutaba bajo las manos expertas de su marido, aquella era la vida de otra, pero jamás había sentido una emoción tan poderosa y tembló de placer.*

Los dedos del hombre viajaban por su piel, conocía lo que ella deseaba y se lo daba. Tocaba con la intensidad exacta y ella jadeaba incapaz de controlarse. Se abrió para él y solo obtuvo una caricia.

Antroh la besó con furia mientras sus dedos eran una caricia demasiado tenue. La estaba torturando de manera exquisita. Nadie jamás le había dado tanto placer sin llegar a penetrarla. Ansiaba reclamar más, pero se mantenía inmóvil, permitiéndole jugar. Sabía que todo su ser le pertenecía a aquel hombre de ojos verdes. Unos ojos que brillaban con intensidad cada vez que ella le regalaba una sonrisa o un jadeo.

- *Debemos tener cuidado. No queremos dañarte.*

Petra no pensó en sus palabras. Lo único que ocupaba su mente era la necesidad de sentirle, el fuego que corría por sus venas y le demandaba. Quería más, necesitaba mucho más.

- *Entra en mí. Hazme tu mujer.*

- *Siempre has sido y siempre serás mi mujer. La mujer más hermosa que hay sobre la tierra. – Petra se aferró a sus hombros y abrió las piernas.*

Sintió ganas de llorar de alegría cuando su marido le cogió la cara entre las manos y la besó con toda su alma.

Sus miradas, sus alientos, sus deseos concentrados en el otro. Comenzó a entrar en su interior despacio, la intensidad del momento la estaba ahogando. Se sentía borracha de él, su aroma era toda la vida que ella necesitaba. Respiraban juntos, sabiendo que si algo le pasaba al otro no merecería la pena seguir.

Comenzó a mecerse en su interior y la inmovilizó obligándola a sentir. Quería darle todo lo que tenía, despojarse de toda máscara y dejar que le viera como lo que era. Temía no ser suficiente para aquella mujer, no obstante, no iba a dejar que pasara un día sin demostrarle lo mucho que la amaba. Todo lo que tenía, todo lo que era, ahora le pertenecía. Ella podía condenarlo al infierno con una sola palabra.

- *Nunca había tenido un hogar.*
- *Siempre tendrás un lugar al que volver. Tú eres todo mi mundo.*
- *Tengo miedo de perderte. Tengo miedo de que llegue el día en el que tenga que vivir sin ti. No podré soportarlo.*
- *Siempre, estés donde estés, estaré a tu lado. Vas a perderme, pero antes de que eso ocurra, te haré feliz. Conseguiré que tengas recuerdos hermosos a los que aferrarte. Haré que cuando te despidas de mi lo hagas con una sonrisa.*

Petra jadeó al tiempo que Antroh incrementaba el ritmo. Petra enroscó las piernas entorno a su cintura. Le amaba con fiereza, dispuesta a todo por defenderle, y quería envejecer con él.

- *Déjate ir. No te contengas. – Petra sintió su lengua entrar en su boca. Sus manos aferrar sus caderas y guiarle. Sus movimientos precisos, contundentes y sumamente placenteros. No pudo evitarlo. Gritó y se volvió gelatina. Seguramente si en ese instante quisiera ponerse en pie no podría, pero Antroh aún no había terminado.*

- *Aún te queda mucho placer, pequeña...*

Xin abrió los ojos. Por unas horas lo había tenido todo, se había sentido como si le perteneciera y de nuevo despertaba en aquel lugar. Se había sentido tan protegida y feliz, que el golpe era doblemente duro. Lista para volver a comenzar con la tortura, incapaz de defenderse. Lloró por aquel hombre, no le

pertenecía ni jamás lo había hecho, sin embargo, le lloró porque no recordaba haberlo hecho.

Deseaba que algún día ella se sintiera así con alguien, pero ella ya no tenía nada. Estaba vacía, no había nada que mereciera la pena salvar. El tiempo se había detenido en su infierno personal. Los recuerdos eran peor que la tortura, porque envenenaban su alma con lo que jamás conseguiría.

Al menos en otra vida había sido realmente feliz.

Capítulo 5

Ítalo bebió otro trago y dejó la copa sobre la mesa. Estaba furioso y ansioso. Una mala combinación. Ya podía saborear la venganza y la paciencia no era lo suyo.

Sus hombres no tardarían en llegar y con ellos llevaban un paquete muy especial.

Ya lo tenían todo dispuesto. Les había ordenado que no la tocaran ni un pelo, no quería que nadie la dañara, al menos nadie que no fuera él. Pensaba hacerle pagar con sangre la muerte de su hermano.

No era la primera vez que lo intentaba, pero sería la última. No podía volver a fallar.

Tantas ideas, tantos experimentos. Practicaría todo lo que había aprendido, a lo largo de los siglos, con aquella mujer. Tendría que tener cuidado y había tomado precauciones. No dejaría que usara ninguno de sus trucos con él y no la dejaría escapar.

Le importaba una mierda el equilibrio y que el mundo se fuera a la mierda; mientras él siguiera en pie y ella estuviera muerta. Sería una muerte lenta, muy, muy lenta.

Abbi entró y le miró desde el marco de la puerta. Odiaba sentirse observado y menos por aquella arpía. No sabía cómo había podido caer en sus garras en el pasado, un pasado muy lejano, pero que todavía le molestaba en el orgullo.

- ¿Miras algo? – Abbi se acercó al mueble bar y se sirvió una copa de 0 negativo. Después caminó directamente hacia él y se detuvo demasiado cerca. Se inclinó sin hacer ruido. Lo miró a los ojos.

- A ti. Mientras pueda.

- ¿Qué insinúas?

- ¿Insinuar? No insinúo nada. Te digo claramente que ella te matará. No puedes jugar con una de ellas. Deberías haber aprendido con la muerte de tu hermano, aunque nunca has sido muy listo. – Ítalo se levantó de golpe y la aferró por los brazos. Quería incrustar los dientes en su carótida y desangrarla allí mismo.

- Deberías tener cuidado con tu lengua de víbora. – Abbi sonrió y giró la cara. Era hermosa. Sus ojos violetas te invitaban a quedarte hipnotizado. Su boca, carnosa y sensual...

- Al menos seré una víbora viva. Suena hasta bien, ¿no crees? - Ítalo dejó que sus colmillos le llenaran la boca y ella jadeó al tiempo que con la mano derecha descubría su cuello. – Si es lo que deseas...

Ítalo la soltó con asco y la empujó lejos. Abbi dio un pequeño salto y se mantuvo en pie con elegancia. Ella seguía buscándole una y otra vez. Traicionándole una y otra vez. Había decidido hacía mucho tiempo alejarse, por mucho que fuera realmente tentadora.

- Lárgate de aquí. No soporto tu presencia. – Abbi se mordisqueó el índice y señaló su entrepierna con cara inocente. Le encantaba jugar con él. Se sentía viva y el sexo, las pocas veces que lo conseguía, era impresionante. Una pena que él no llegara a tener poder en la familia. Podría acostumbrarse a estar a su lado. Sin embargo, era un don nadie y ella no se conformaba.

- Tu mini yo no piensa lo mismo. – Ítalo se acarició la entrepierna mientras la miraba fijamente.

- No es en ti en quién estoy pensando ahora mismo. Lamento decirte que solo hay una mujer en mi mente ahora mismo.

- No creo que sea eso lo que deseas hacerle.

- No tienes ni idea de todo lo que voy a hacerle. Tengo mucha imaginación y hay muchas formas de destrozar a una mujer. – Abbi no terminaba de creerle. Se encogió de hombros y se dio la vuelta despacio, permitiendo que la observara con tranquilidad.

- Te dejo entonces. Espero volver a verte. Los nuevos no saben tan bien lo que le gusta a una mujer.

- Tal vez se han dado cuenta que no se están acostando con una mujer...

Abbi se fue e Ítalo volvió al pasado. En su mente los siglos que habían

transcurrido eran un suspiro. En una vida tan larga, el tiempo era relativo y las enemistades eternas. Cuando alguien dañaba a un vampiro la afrenta solo podía terminar con la sangre de su enemigo, pero no necesariamente por su muerte.

1307. Había sido un gran año hasta entonces. 22 de marzo de 1307. Una fecha que había sido grabada a fuego en su mente.

La sangre corría por las calles e Ibone se aprovechaba de ello. ¿Quién se daría cuenta de un par de cadáveres más? No había nada imposible, todo estaba permitido siempre que no dejara pruebas tras de sí. Cuando comenzaban las sospechas reanudaban el viaje.

Mujeres y sangre. Noches largas y placenteras. ¿Por qué su hermano no podía haberse conformado con eso? ¿Por qué tenía aquellas extrañas ínfulas en la cabeza? Los vampiros eran seres que se movían en la oscuridad, que debían permanecer en las leyendas, pero él no parecía aceptarlo. Para su hermano los vampiros eran seres orgullosos, de procedencia divina, que deberían ser respetados y reconocidos. No quería poder, aunque ansiaba algo que los mortales tenían, relaciones. Tenía una mujer, a la que amaba con locura, pero él quería más. Siempre lo había deseado, sabiendo que jamás podría tenerlo y eso lo había perdido.

Aquellos fueron los días en los que los caballeros templarios, tan temidos y respetados antaño, habían perdido prácticamente todo su poder y eran apresados en masa, para posteriormente ser torturados y quemados en la hoguera. ¡Y qué tortura! El ser humano había demostrado ser diestro en el arte de provocar dolor. Había visto a más de un hombretón llorar como un niño pequeño. Suplicar y defecarse encima. Perder toda la dignidad y el coraje que en cruentas batallas habían fortificado.

Aún se podía oler en la plaza la carne quemada. La muerte flotaba en el ambiente y los pueblerinos se congregaban en las tabernas por motivos muy diferentes. Trataban de sofocar con vino y aguardiente el miedo, las acusaciones que podían llegar sin previo aviso. Nadie estaba libre de peligro. Todos conocían a alguien que había muerto recientemente, algunos habían querido hacer algo, pero pronto comprendieron que era mejor bajar la cabeza y rezar por no ser el siguiente en aquella interminable lista.

Ítalo se había aprovechado de eso para cazar a su presa. No quería correr ni llantos. Quería algo sencillo y rápido. Cuando vio aparecer a la

mujerzuela por la esquina sonrió complacido. Le ofrecería una moneda por acompañarle hasta el callejón. Era tan sumamente sencillo que su depredador decepcionado sentía tedio. La comida cada vez era más decepcionante.

Aún podía saborear aquella sangre espesa y almizclada. La había dejado caer mucho antes de estar completamente satisfecho. Eso era lo malo de beber de una mujer como ella. Una verdadera pena, porque en realidad era hermosa o lo había sido. Sus rasgos redondos, estaban sombreados por un exceso de alcohol y manchados con lo que intentaba realzar sus atributos. El vestido lo apretaba demasiado todo, dando la impresión de que estaba al borde del desbordamiento.

Donde todos desconfiaban de sus convecinos y temían ser acusados. Donde el miedo era una moneda de cambio poderosa y muy influyente. Allí ellos reinaban como Dioses.

Sin preocupaciones tomaban todo lo que deseaban, cuando lo deseaban, sin consecuencias. Tan solo tenía que seguir una sencilla regla “No llamar la atención y no meterse en el camino de uno de los espectros”

Suri llegó poco antes del amanecer. Estaba aterrada y temblaba de pies a cabeza. Había corrido hacia él tan pronto le vio. Lloraba. Se había aferrado a él y no quiso soltarle por más que trató de hacerla entrar en razón.

Ítalo sabía que algo iba mal. Al no ver llegar a su hermano tras su mujer sabía que no llegaría. No hacían falta confirmaciones, en realidad en aquel momento no había querido saber nada más. La había cogido entre sus brazos y había tratado de calmarla, incapaz de afrontar la realidad.

Apenas había sido capaz de sonsacarle nada. Después de aquello había entrado en una especie de trance y no hablaba. Miraba a lo lejos y lloraba. Cuando su mente la traicionaba, y retazos de lo que había visto la golpeaban, temblaba de pies a cabeza y se encogía sobre sí misma. Varias veces había llegado a gritar sin ser capaz de controlarse.

Suri se había quitado la vida dos días después y esa era otra herida que le atormentaba. No había podido salvarla. Una wampiro, entrenada y antigua, había decidido morir a recordar. Había amado a su hermano, pero había algo más. Algo que la destrozaba por dentro y deseaba saber qué era. Necesitaba saberlo.

Tendría todo el tiempo del mundo para sonsacarle a aquella mujer lo que había ocurrido. Haría que se convirtiera también en su pesadilla. Se lo grabaría a fuego en la piel.

Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta. Aun cuando sabía que la familia no estaba de acuerdo con su decisión y le dejarían solo si surgían problemas, no pensaba echarse atrás.

Había creado una sala exclusivamente para ella. Decorada con todo tipo de armas, cada cual más ingeniosa que la anterior. Pensaba usarlas todas.

Capítulo 6

Xin estaba cansada. Silfrid había puesto todo su empeño en las últimas horas. Según ella, cuatro muertes. ¡Cuatro! No sabía si realmente había muerto, pero sin duda había sufrido.

Había tenido aquellas extrañas visiones, pero habían pasado a demasiada velocidad para que fuera capaz de seguir las. Estaban ahí, en su cerebro, y si se concentraba podía llegar hasta ellas, pero no lo deseaba. Eran como un sueño y nada más. Un sueño que la mareaba y por el cual había vomitado en varias ocasiones.

Había sido tan estúpida. Se había creído invencible. Ella, la mujer independiente y orgullosa, jamás dejaría que nadie la venciera. No se doblegaría costara lo que costara. Lucharía hasta el final. Cuantas ideas que se iban por el retrete. Ya no tenía remilgos a la hora de suplicar y gritar. Era un amasijo indefinido incapaz de retener nada en su cuerpo. No podía verse y tampoco lo deseaba.

Dos hombres irrumpieron de pronto en la habitación. Eran corpulentos y la miraron antes de enfrentarse a Aarón y Silfrid. No les conocía, al menos eso creía, aunque en realidad que más daba ya. Daba igual quién la tuviera, no podía ser peor.

Se notaba el peligro en el ambiente. La electricidad. Eran enemigos y en silencio se medían. Ninguno atacaba, al menos no todavía.

Silfrid abrió las piernas y levantó los brazos. Una postura extraña que le resultaba sumamente familiar. Incluso sus músculos parecían responder. Silfrid no era una novata, la experiencia se demostraba en la fluidez de sus movimientos y en la forma de medir el espacio.

- Ashnigt buris. – Silfrid estaba hermosa. Imponente. Xin abrió la boca sorprendida y la vio desaparecer ante sus ojos. Si se esforzaba aún podía distinguir su sombra, porque al fin y al cabo se había convertido en eso. ¿Así

se veía ella? Era impresionante. Incluso cuando no había dejado de repetir que estaba al borde de la muerte y que no le quedaba poder, era aterradora.

Aarón atacó al más bajo y fue noqueado fácilmente. Ridículo, sin ninguna duda. Ni siquiera había tenido una oportunidad para acercarse, aunque en cierta manera no esperaba que lo consiguiera. Era como ver una película y en esta sabía que él era un personaje secundario. No había parecido un ataque real, algo en su interior le decía que podía hacerlo mucho mejor, sin embargo por algún motivo Aarón se había dejado noquear y yacía inconsciente a pocos metros de ella.

De pronto, tan solo Silfrid luchaba contra aquellos hombres. Era rápida, y les tenía en jaque. – ¡Petra huye! – Silfrid se deslizó hacia ella y cortó sus cuerdas con precisión, ese fue su gran error. Xin se vio libre y confusa. Una parte de ella le decía que lo correcto era ayudar a su compañera, pero no quería. Se negaba en redondo. ¿Entonces? ¿Huir?

Xin trató de ponerse en pie. La ropa estaba acartonada y le impedía moverse. Sus músculos se resentían. No era capaz de localizar la multitud de heridas que había sentido a lo largo de los días, pero los moratones y cicatrices le cubrían la piel. Parecían mucho más antiguas y estar en un proceso avanzado de curación, pero ella sabía que eran mucho más recientes.

Finalmente logró incorporarse justo a tiempo para ver como uno de los hombres atravesaba a Silfrid con una daga. Aquello no era posible, tan solo había cortado la sombra que dejaba, ¿no? Sin embargo, Silfrid se detuvo y tambaleó. Se llevó las dos manos al abdomen, tratando de retener algo en su interior, de parar la cantidad ingente de sangre que comenzó a brotar de la herida.

Raphael se giró y agarró a Xin por sorpresa. Era un hombre alto. Desprendía poder con tan solo mirarle. Xin trató de atacarle, pero no tenía fuerzas o no confiaba plenamente en las que conservaba. Se dejó atrapar y cerró los ojos.

Aquel grandullón no la dañaba, es más, la había cogido con cuidado y ella tan solo se acomodó. Aprovechó el espacio para descansar. Quizás si se concentraba podría despertarse en su cama. Tal vez. Su mente necesitaba desconectar.

Raphael miró al espectro que acababa de apuñalar y después a la mujer que sostenía entre los brazos. ¿Aquella era la temible Petra? Estaba llena de

sangre y magulladuras a medio curar. Se veía pequeña e indefensa. ¿Seguro que no se habían confundido?

- Yadiel, ¿estás seguro que es ella? – Silfrid seguía tratando de llegar hasta ellos. Se arrastraba por el suelo consciente de que su tiempo se había terminado. ¿Podría su hermana lograr salvarse sola? Quizás si hubiera hecho las cosas de otra manera. Debería haber tomado precauciones, haber fortificado el lugar. ¿Desde cuándo era tan descuidada?

- ¿Tú lo dudas? – Yadiel estaba cansado de todo aquello. No quería estar allí, no quería que su nombre se viera mezclado en algo así, pero una orden era una orden. – Vámonos de una vez.

- Esta mujer ha sido torturada y apenas se tiene en pie. No me la imagino como una cruel asesina capaz de acabar con una de las grandes familias sin sufrir ni un rasguño. – Raphael había aprendido a no creer en lo que contaban los demás. Tan solo lo que el mismo veía o vivía tenía valor. Era fácil ser traicionado.

- Las apariencias engañan. Puede que ahora parezca indefensa, pero no la subestimes o acabarás muerto.

Raphael se calló y siguió a su compañero al exterior. No quería reconocerlo, pero aquella mujer se parecía a su hermana. Tenía ganas de protegerla y cuidarla, no de entregarla para que fuera torturada. No creía en las estúpidas y antiguas normas. Aquella mujer no había hecho nada. Realmente él no veía a Petra en ella por más que se esforzara. ¿Tendría ya todos sus recuerdos?

Xin gimió en sueños y Raphael sonrió. Parecía una pesadilla. Xin hizo un puchero y Raphael le acarició el brazo haciendo que la respiración de Xin se normalizara.

Yadiel le había visto, pero guardó silencio. No le traicionaría. Eran guerreros que habían luchado juntos, un vínculo importante para los de su clase. Yadiel le debía demasiado y lo sabía.

- Deberías tener cuidado. – Raphael levantó la cabeza y miró a su amigo sorprendido.

- ¿Cuidado?

- No te encariñes de ella. No puedes hacer nada por salvarla o la acompañarás en su suerte. – Yadiel no quería tener que luchar una guerra

perdida de antemano. No estaba listo para morir.

- Yadiel, ¿nunca te preguntas por qué estamos obligados a servirles? ¿No podemos largarnos y vivir tranquilos?

- No somos precisamente normales. Les necesitamos. Todos tenemos nuestro lugar para que las cosas funcionen y asegurar nuestra supervivencia.

- Joder. Déjate de gilipolleces.

- Jajaja. – Yadiel sabía que había esquivado la pregunta. Aquellas no eran sus palabras, sino de Maya, pero estaba emparejado y tenía una responsabilidad para con ella. – La verdad es que me importa una mierda lo que tenga que hacer mientras Maya y tú estéis a salvo. No lo jodas.

Raphael estaba cansado de sentirse atado. De las dudas y de seguir órdenes. ¿Cuándo había dejado realmente de tomar las decisiones?

Dejó a Xin sobre el asiento trasero y se sentó tras el volante. Le gustaba conducir rápido, poner a prueba sus reflejos y así lo hizo. Necesitaba volar y sentir el riesgo. No quería pensar en que iba a entregar a una pobre criatura a uno de los hombres más temidos por la familia. Un auténtico sanguinario. Rogaba porque al menos muriera rápidamente.

- Quizás podríamos matarla. Evitarle la tortura. – Yadiel miró a la joven por el espejo retrovisor. En el fondo no quería ponerle cara, quería que en su mente siguiera siendo un paquete.

- Si lo descubrieran te matarían. – Yadiel agarró a Raphael por el antebrazo y endureció la voz. – No lo pienses. No te dejaré hacerlo.

Raphael gruñó por lo bajo. Entregaría a la mujer, sin embargo, si en algún momento podía hacer algo sin llamar la atención por ella, lo haría.

Capítulo 7

¡Al fin! ¡Ya era hora! Ítalo los vio llegar por la ventana y sonrió grotescamente. Ya podía tocarla con la punta de los dedos. La estrangularía una y mil veces. Debía mostrarse fuerte, imponente. Mostrar debilidad podía matarle. Puso su fría máscara y trató de parecer despreocupado mientras contaba los segundos que tardaron en llegar hasta él.

Raphael y Yadiel entraron en silencio. Raphael llevaba una mujer envuelta en una sábana en brazos. Parecía diminuta a su lado. Dormía o al menos eso esperaba. No se movía. Por más que se fijaba no notaba su respiración. Si la habían matado, ellos ocuparían su lugar en su mesa de tortura.

- ¿Eso es sangre? ¿Qué le habéis hecho? ¡Os dije que no le hicierais daño! – No hizo falta gritar. Ítalo se acercó y arrancó a Xin de los brazos de Raphael para inspeccionarla de cerca.

- No le hemos hecho nada señor. La tenían atada y la estaban torturando. – Ítalo había oído algo sobre la forma de despertar de una primigenia, pero aquello superaba con creces lo que había imaginado.

- Largaos de una vez. Tengo cosas que hacer. Hablamos mañana.

Los guerreros se retiraron dejando a Ítalo solo con su presa. Al fin tenía todo lo que deseaba. No podía creérselo. Todavía respiraba. Seguía ahí, quizás no en las mejores condiciones, pero seguía ahí.

Era liviana. Se veía enfermiza y temblaba. No llegó a abrir los ojos a pesar de que no era precisamente delicado con ella. Le tocó la frente, estaba húmeda y ardía. En sueños gemía y se debatía.

Ítalo se fijó en su pelo del color del fuego y en su boca igualmente carmesí. Quería ver sus ojos, pero se contuvo. Aunque en su mundo la belleza superficial era lo común y dudaba mucho que encontrara algo de interés detrás del envoltorio.

Caminó con ella pegada a su pecho hasta su propio cuarto y cerró la puerta.

Nadie le molestaría sino era cuestión de vida o muerte. A no ser que quisieran condenarse a sí mismos. No eran estúpidos.

La tumbó sobre la cama y se preguntó por qué no quería destrozarla. Necesitaba que le mirara cuando lo hiciera, que entendiera por qué lo hacía. ¿Sino de qué servía todo aquello?

- Tendré que hacer que te recuperes primero. – Era ridículo, pero ¿cuál era el problema? Haría que confiara en él para después destrozarla. No quería terminar de romper un juguete roto.

La desvistió poco a poco. Había sangre reseca allí donde mirara. La piel blanca se había oscurecido por los moratones y cortes casi totalmente cicatrizados.

Su vientre era liso y sus pechos redondos y llenos. Caderas finas y piernas largas, tal y como a él le gustaban. Ciertamente era hermosa. ¿Por qué se fijaba en eso? Al contrario de lo que había dicho no pensaba ponerle un dedo encima. No podía traicionar la memoria de su hermano de esa manera.

En el baño cogió una esponja, un cuenco de agua y volvió a su lado. La lavó con cuidado. Atento a cada sonido o movimiento de su presa. Dispuesto a pelear si ella oponía algún tipo de resistencia. No era tan estúpido como para confiarse. Por algo era una de las criaturas más poderosas del planeta.

Xin entreabrió los ojos y le miró.

Ítalo no se lo esperaba. Los ojos verdes de Xin brillaban y le atravesaron con intensidad. Jamás había visto unos ojos tan hipnóticos en una mujer.

Xin no trató de cubrirse, ni siquiera se movió. ¿Aquello era un espejismo? ¿De dónde había salido aquel hombre? No le recordaba. ¿Era fruto de su mente? Era espectacular. Ciertamente no le faltaba imaginación. Si era su consuelo iba a aprovecharlo todo lo que pudiera. ¿Era posible que finalmente estuviera muerta y aquel fuera su cielo particular? Si así era no habría podido elegir mejor. Con solo mirarle le deseaba, que estuviera desnuda y preparada era una señal, ¿no?

- ¿Eres real? – Ítalo se había preparado para muchas conversaciones, pero ninguna empezaba así.

- Tanto como tú.

- Ya veo. – Xin estiró la mano y le acarició la cara. – Gracias.

- ¿Por? – Xin se incorporó ligeramente y acercó sus rostros.

- Por limpiar mis heridas. – Era un hombre atractivo. Sus dedos hormigueaban ante su contacto. Jamás había sentido algo parecido. Sus ojos azules la hipnotizaban y sus labios finos y fuertes... - ¿De verdad eres real?

Xin quería besarle. Quería placer, caricias, ternura. Se acercó todavía más y cedió a sus deseos. Ítalo la dejó hacer sorprendido. Sus labios eran cálidos y se movían con suavidad, buscaban su respuesta.

Xin se separó de él. Parecía confusa y decepcionada.

- Lo siento. – Jamás había sido rechazada de esa manera. No era lo que solía inspirar en un hombre. – Aunque a mi favor he de decir que has sido tú el que me ha quitado la ropa primero. – Aún seguía siendo ella. Aún seguía recurriendo a su humor absurdo en las situaciones menos indicadas. Se sentía en una especie de limbo.

- No deberías hacerte ilusiones de ningún tipo.

- Siento haberte besado.

- No me refería a eso. Sé lo que eres y lo que has hecho. Te aseguro que haré que te arrepientas. – Ítalo estaba enfadado consigo mismo. Por un instante había deseado abrir los labios. Darle acceso y disfrutar. Quizás había pasado demasiado tiempo desde que había disfrutado del buen sexo. - Xin estalló en carcajadas. ¿Hecho? ¿Volvían a lo de siempre? ¿Qué pensaba hacerle que no le hubieran hecho ya?

- De qué coño te ríes. – Xin apoyó la mano en su hombro y se lo acarició mientras hablaba. No le importaban sus amenazas, tampoco lo que pasara mañana, la realidad es que en ese momento la había cuidado. Ítalo estaba desconcertado y enfadado. Aquella mujer lo confundía.

- Vas a tener que esforzarte mucho. Aunque seguro que ya tienes tus propias ideas.

- ¿Qué has dicho? – Ítalo bufó de frustración. No estaba acostumbrado a que le miraran como un igual. Hacía mucho tiempo que nadie le respondía con tanta altanería.

Xin se tumbó sobre la cama y se estiró como un gato. Ronroneó al sentir la suavidad bajo ella. Podría dormir meses en aquella cama. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido? Tenía hambre. Aquel pensamiento hizo que

volviera a mirar al que se había definido a sí mismo como su nuevo torturador.

- No te enfades. Las últimas semanas me han matado más de ochenta veces. La verdad es que no estoy segura de cuantas. ¿Crees que podrás hacerlo mejor?

- ¿Matado?

- Eso me han dicho, aunque vete a saber. – Xin notó como algo le mojó la cara. Cuando elevó la mano para limpiarse descubrió que era una lágrima. Estaba llorando. – Todo por alguien que ya no existe. Por alguien que no soy. – No podía haberse equivocado. Tenía que ser ella. Ítalo la miró de cerca. Era ella, podía sentir el poder bajo la superficie. No dejaría que le engañara.

- Pobrecilla... Que malos son todos con ella. – Era sarcástico, aunque en el fondo ocultaba dudas. Su mirada era firme y directa. Sus gestos transmitían transparencia y sinceridad. Si estuviera mintiendo lo sabría y eso no hacía más que confundirle.

- ¿Tú también te vas a declarar? Ojalá lo hicieras. No me importaría que me torturaras con esas manos, esa boca y... - Ítalo siguió su mirada descarada y no pudo evitar sonreír. Estaba en shock, solo eso explicaba su comportamiento.

- ¿Te gusta lo que ves?

- Eres hermoso. Demasiado. No pareces real, aunque nada de lo que he vivido lo parece. Estoy atrapada y ya no sé si es tan malo.

- ¿Te gusta estar atrapada por mí? – Estaba enfadado. A pesar de sus palabras, el tono la puso alerta y cuando él trató de saltar sobre ella le esquivó. Jamás lo había tenido tan claro y había sido tan rápida. – No estás tan indefensa después de todo. – Xin no quería dejarse atrapar de nuevo. – No te entiendo, ¿no era esto lo que acabas de pedir?

- No. – Xin podía oler el peligro. Aquel hombre quería sangre, y no creía que le quedara la suficiente para saciar su sed. – Pelearé.

- Así me gusta. – Casi ronroneó antes de girarse y atraparle la muñeca. Tiró de ella y trató de inmovilizarla, pero entonces Xin recordó.

- Ashnigt buris. – Y de pronto placer. Un tirón y su piel comenzó a difuminarse. Ítalo trató de retenerla, apretar su agarre, no obstante, Xin giró su muñeca y se soltó con facilidad. Estaba eufórica y sentía una fuerza inmensa

llenando sus venas. Se sentía más viva que nunca.

Podría escapar. Atarle y escapar. Alejarse de aquella locura. Le esquivó más de cinco veces antes de contraatacar. No sabía si podría con él, pero lo intentó.

Zigzagueó tres veces antes de saltar e inmovilizarle contra el colchón. Era tan duro, sentía sus músculos firmes bajo su ingle, entre sus piernas. Estaba furioso y se debatía, ciertamente no se estaba dejando. A cada movimiento de él tratando de escapar, su humedad crecía. Deseaba devorarlo. Tomarle y hacerle suplicar por más.

- Tendrás que darme un buen motivo para que te deje hacer semejante locura conmigo. – Xin le sonreía coqueta mientras le observaba con intensidad. Estaba jugando con él y eso era intolerable.

Ítalo quería desgarrarla. Había sacado los colmillos dispuesto a conseguirlo, pero ni siquiera conseguía atraparla.

- Mataste a mi hermano.

- ¿Si? Curioso dado que nunca he matado a nadie.

- Si lo has hecho. Voy a hacer que lo recuerdes. – Xin suspiró y le soltó. Se dejó caer a su lado. Comenzaba a volver a la normalidad, tan solo había tenido que pensar en ello. Era increíble. ¿Por qué se dejaba atrapar? Por instinto. Lo sentía bajo cada célula de su cuerpo. No podía alejarse, no quería huir y no la dañaría tanto como él creía. – Te tengo. – Ambos eran conscientes que ella se había dejado pillar.

- Por mucho que lo metas en mi cabeza eso no cambiará nada, pues esas decisiones no las he tomado yo.

Ítalo sabía que aquella mujer trataría de meterse en su cabeza y no iba a permitirlo. Sin darle tiempo a decir nada más, hundió los dientes en su hombro izquierdo y bebió. Un trago largo, tan largo que tuvo que contar hasta diez para soltarla. Sabía demasiado bien, un sabor adictivo que le hacía relamerse de placer. Aquella sangre contenía poder en su estado más primitivo. Era una sangre por la que cualquiera de su especie mataría. Menos mal que nadie más la había probado.

Xin estaba cansada. Cada vez más cansada y mantenía los ojos cerrados. Notó el ligero dolor y el hormigueo después. Incluso le había acariciado el pelo como a un niño.

Ítalo la miró. Estaba pálida y no abría los ojos. Apenas un suspiro y su corazón se había ralentizado. Había ido demasiado lejos.

- ¿Has comido? – Xin no tenía ganas de contestar. Estaba tan cerca, tan solo un poquito más. Aquel sería uno de esos sueños reparadores y profundos. Tranquilidad. Ítalo la agitó y no dejó de hacerlo hasta que Xin le contestó.

- No desde que me secuestraron.

- Tienes que comer algo.

- No tengo hambre.

- La tienes créeme. – Ítalo comenzó a desabrocharse la camisa cuando Xin entreabrió los ojos.

- Dudo mucho que escondas una hamburguesa en tus pantalones.

- ¿No te han explicado nada? - Ítalo suspiró. Nada ocurría como debía. – Ahora tomas sangre.

- Claaaaaro. – Xin se giró dispuesta a echar una cabezadita. Ítalo sonrió ante su propia idea. ¿Por qué no?

- Querías un beso ¿verdad?

Se mordió la lengua y sintió la sangre metálica y espesa. Después la besó. Introdujo la lengua sin previo aviso y ella jadeó de placer. Un placer intenso que empezaba en la punta de la lengua y la hacía salivar.

Xin se aferró a él mientras gruñía y trataba de succionarle. Ítalo jugaba con ella consciente de que aquello apenas eran unas gotas y el placer desencadenaría en necesidad. Brusca y agresiva necesidad.

Sus lenguas se enroscaban, Xin quería retenerle y siempre que creía haberlo conseguido él se retiraba hasta que finalmente se alejó.

- ¿Qué era eso? – Xin tenía los ojos abiertos y estaba excitada.

- Mi sangre. - ¿Por qué dudar de sus palabras? Se había quitado completamente la camisa, aquello contaba como una invitación.

Saltó sobre él y trató de clavarle los dientes en el cuello sin ningún tipo de éxito. Si trataba de hacerlo con más fuerza le arrancaría el pedazo. Aquello era absurdo.

- Tú no eres como yo. – Xin le miró la boca y vio sus colmillos. Parecían afilados. Ítalo sacó una navaja mariposa del bolsillo, la abrió con

maestría, se hizo un corte lo suficientemente profundo en el cuello y volvió a guardarla en cuestión de segundos. - ¿A qué esperas?

Xin se abalanzó y retuvo la sangre en la boca. ¡Era eso! La calentaba por dentro y quería más, mucho más. Chupaba con fuerza y trataba de tragar como si nunca fuera suficiente. Un pequeño hilillo de baba rojiza le caía por un lateral ya que era incapaz de beber con tanta rapidez, pero no le importaba.

Ítalo tuvo que apartarla a la fuerza cuando sintió la debilidad en las piernas. Era suficiente. Quería mantenerla bien, no hacerla sentir mejor. Que sufriera de necesidad, que sintiera hambre. Suplicaría y haría cualquier cosa que él le pidiera.

- Quiero más. Dame más. – Estaba febril. Sus ojos se habían vuelto completamente negros y le miraba atterradoramente. No controlaba sus actos y tampoco trataba de hacerlo. Quería más sangre y haría lo que hiciera falta para conseguirla. No le debía nada a nadie. Él se la había ofrecido. No comprendía por qué ahora se echaba atrás.

- Has bebido suficiente.

- Tú no decides cuando es suficiente. – Si antes había conseguido reducirle, podría hacerlo de nuevo. Al menos lo intentaría.

- Si lo hago. – Ítalo reconocía aquella postura de combate. Ella no era consciente de lo que hacía o quizás sí. No debía contenerse y sin embargo temía acabar con ella ahora que la tenía en su poder. – No deberías hacer eso. Te harás daño.

- No soy una niña pequeña. No es por mí por quién deberías preocuparte. – Xin saltó y giró sobre si misma saliendo de la cama y quedando de pie ante él. Estaba desnuda y no le preocupaba. Se mostraba sin complejos, erguida, majestuosa. Le desafiaba. Parecía tranquila, pero a pesar de su postura le medía. Su instinto animal se había despertado y él no era un amigo.

Ítalo se estiró antes de levantarse despacio. Después de todo se estaba divirtiendo. ¿Quería pelea?

- Ven a por mí. ¿Por qué te detienes ahora? – Xin elevó la cabeza y olfateó el aire. Estaba concentrada en otra cosa. Quería su sangre, pero algo la llamaba.

- Muerte. – Ítalo no comprendía por qué se había detenido. Ya no parecía interesada en atacarle. Ni siquiera parecía percatarse de su presencia.

Xin abrió los brazos y se tambaleó. Cerró los ojos y aspiró de nuevo. ¿Era su mente que iba por su propio camino? Estaba allí. Podía reconocerla. ¿Cómo era posible? – Sal. Déjame verte. – Esperaba equivocarse, los recuerdos eran precisos. Era una amiga, ¿entonces por qué no podía volver a la normalidad? Su cuerpo estaba en tensión y sus sentidos se agudizaron al máximo.

Capítulo 8

Lillah no debería estar allí. Lo sabía, pero no había podido quedarse al margen. Lo había intentado.

- Hola. – Estaba triste, triste y preocupada. Jamás se había encariñado tanto con nadie y no quería vivir para ver su muerte. Solo Petra podía ayudarla. – Siento mucho interferir.

Ítalo deslizó la mano hacia la pared y agarró una de las espadas que había allí colgada. Era fina y liviana, pero sumamente mortal. Xin se giró hacia él y le miró fijamente. Se acercó despacio y acarició el filo de la espada con cuidado.

- No interfieras o acabaré contigo. – Xin seguía allí, sus necesidades seguían allí, no obstante ver a Lillah le había devuelto sentimientos olvidados hacia una pequeña criatura y necesitaba saber más. – No me obligues a demostrarte lo pequeño que eres.

Ítalo estaba furioso. ¡Nadie le hablaba de esa manera y vivía para contarlo! ¡Era su prisionera! Debería destrozarla con sus propias manos. ¿Había tenido el control en algún momento? Podía notar el incremento de su poder a cada minuto que transcurría.

- No deberías hacerlo. – Lillah no tenía tiempo que perder. No podía detenerse en cuestiones insustanciales. Ella era la única en ver más allá de las apariencias. Era triste ser la única en ver tan claramente los caminos. Cuantos errores podrían evitarse si la gente fuera capaz de ver más allá. Suspiró.

- ¿Hacer qué? – Ítalo la miró con asco. Sabía quién era. No era la primera vez que la veía y deseaba su muerte tanto como la de Petra.

- Matarte. No debes morir. No todavía. Petra es demasiado poderosa para un simple wampiro como tú.

- ¿No todavía? ¿Eres tú la que decide? ¿Por qué no me dices hora y lugar para no defraudarte? ¿Quieres que te guarde un lugar preferencial para

que no te pierdas detalle?

- ¡Cállate! – A Xin no le preocupaba aquella conversación. Podrían retarse más tarde. Ítalo levantó la hoja y se giró, dispuesto a rebanarle la cabeza mientras pudiera. Xin le esquivó y le golpeó en la mandíbula con fuerza. – No vuelvas a intentarlo. – Sus ojos negros brillaban y su voz se volvió fría, muy fría. No parecía la misma persona. Estaba perdiendo el control.

- Petra. – Lillah caminó hacia ella y le tocó el hombro. Xin la miró confundida. Lillah había bloqueado parte de la energía, haciendo que lograra tomar el control de su propio cuerpo.

- No soy Petra. Soy Xin.

- Ya... Lo importante no es el nombre. – No era la primera vez que tenían aquella conversación, pero siempre volvía a ser Petra. Era ella, aunque no quisiera reconocerlo. – Dulce te necesita. Está en peligro. – Lillah había perdido la objetividad y se había metido de lleno en la historia. El problema es que cuando ella interfería perdía la capacidad de ver todo aquello relacionado con los seres que le importaban. Estaba actuando a ciegas. Esperaba hacer lo correcto.

- ¿Qué ha pasado? - Así se llamaba la pequeña. Dulce. Era un nombre perfecto. ¿Quién lo había elegido? ¿Cómo había sido su vida?

- Una de las familias de... - No quería usar la palabra. Sabía que Ítalo la odiaría. Lillah señaló a su acompañante al tiempo que bajaba la cabeza. – Quiere eliminarla. Se ha hecho con uno de los libros de Isis y ha hecho magia prohibida.

- Muy lógico todo. – No comprendía nada. ¿Libro de Isis? Al menos lo de magia prohibida era capaz de pillarlo. - ¿Qué quieres que haga?

- Matar a la familia de Kora. – Xin se quedó de piedra. ¿Matar? Ella no podía hacer eso. Ella no era una asesina. Asesinar por alguien a quien no había visto jamás y a quien sentía que quería.

- ¡¡Lárgate!! ¡¡Fuera!! – Xin estaba perdiendo el control. - ¡¡Fuera!! ¡Ashnigt buris! - Xin se deslizó con rapidez y agarró a Lillah por la cabeza. Podía sentir su piel, fría y rígida, bajo los dedos. - ¿Cómo puedes pedirme que haga eso? Acabar con la vida de gente que no he visto jamás. No puedo hacerlo. – Incrementó la presión. Lillah no oponía resistencia. Estaba cansada

y no es que le estuviera haciendo gran cosa. En el fondo Xin tan solo quería atemorizarla. A ella misma la habían juzgado y torturado sin más, como si fuera algo natural. Había consecuencias.

- Es necesario. Se nos acaba el tiempo.

- ¿Cómo lo sabes? – Lillah dudó. Lo intuía, pero no había visto absolutamente nada.

- Dulce está luchando, pero no sé cuánto tiempo tardarán en encontrarla. Tienes que actuar ya. - ¿Por qué estaba tan furiosa? Quizás porque quería hacerlo, porque necesitaba protegerla, porque fuera lógico o no, no pensaba dejarla sola. Por mucho que su razón le gritaba, que se oponía a actuar y ansiaba que lo impidieran, haría algo. No se había decidido a matarles, no obstante, podía tratar de defenderla.

Ítalo estaba sorprendido. Petra estaba tensa y se mantenía en una fina línea. Un movimiento más y acabaría con una de las inmortales. Aquello era literalmente un suicidio, sus hermanas no lo dejarían pasar.

- Detente. – Ítalo se acercó a ella. Despacio. No quería sobresaltarla. La envolvió con sus brazos y la fue separando de Lillah. Ella se dejaba ir, se dejaba arrastrar y arropar. Quería golpear y destrozar, pero ese era precisamente el problema. Desde que la habían torturado era como si unas emociones que no le pertenecían tuvieran mucho más peso en ella que quien había sido hasta entonces. Una lucha interna que tenía que solventar si quería seguir en pie. No pensaba dejar que la cambiaran, pero lo analizaría todo con cuidado. Aquel hombre, ser o lo que fuera, decía que la mataría y sin embargo la estaba abrazando. Nada tenía sentido ya.

- ¿Por qué? ¿No deseabas mi muerte? Tan solo te facilito el camino. – Nadie la echaría de menos. No tenía a nadie y eso era algo que empezaba a pesar. Necesitaba que alguien, cualquier persona recogiera los pedazos y los uniera. Consuelo y cariño. Estaba en el límite.

- Sí. Por mi mano, no de esta manera. Deja que se largue de aquí. - ¿Qué cojones le ocurría? Desde que la había tenido cerca su instinto asesino se había visto mitigado. Odiaba a la mujer que mató a su hermano, odiaba el recuerdo y la imagen que había creado de ella, no obstante, no lograba relacionarla con aquella mujer.

- Petra acompáñame. Lo haremos juntas. – Lillah estiró la mano, se la

ofrecía esperanzada. Tan solo tenía que aceptar. Ya se preocuparía después por sus hermanas.

- ¿No te has dado cuenta de que soy una prisionera? No es a mí a quién debes pedir permiso. – Ítalo la miró sorprendido. ¿Le estaba dejando decidir a él? ¿Quién era aquella mujer? – No hago más que pasar de una mano a otra. Todos tenéis vuestros planes y tratáis de utilizarme sin más. ¿No? – Irse a su piso ahora ya no parecía una solución.

Ítalo se colocó tras ella. Xin podía sentir su respiración en el cuello, sus músculos, su mano derecha en la cintura. La postura la puso nerviosa, su roce la volvió muy sensible. La despistaba tenerle tan cerca, rozándola.

Xin jadeó y dio un paso hacia atrás. Era algo superior a ella, un imán que la atraía. No quería negarse.

- Ella no irá. – Ítalo lo dijo demasiado alto y las palabras reverberaron por la estancia. Lillah sabía que estaba forzando la situación. Se sentía desesperada, una sensación nueva para ella y no era capaz de procesarla.

- Petra. Tu niña morirá. – Algo le atravesó el pecho. “Tu niña” Su niña... Dulce. El dulce bebé. El bebé al que su yo pasado había dejado huérfana.

- Cállate por favor... Déjame pensar... - Imágenes de una mujer joven se metieron en su cabeza. Como flashes, la cegaron. Sonrisas y peleas. Largas conversaciones. La conocía. La forma que tenía de alzar la ceja cuando algo la molestaba. La forma de acercarse sin hacer ruido para sorprenderla. La forma de llamarla “cuita” (Mamá)

- No puedo hacerlo sola... Tienes que venir conmigo. – Lillah bajó el tono. Imploró.

- Te ha dicho que te calles. – Lillah se acercó y miró a aquel ser de frente. Para ella él no era un hombre, ni siquiera un ser digno de mención. Vivía a costa de otros y no parecía importarle.

- Deberías morderte la lengua mientras aún tengas una. No olvides a quién te estás dirigiendo. Deberías recordar el lugar que ocupas. No necesitaría hacer un gran esfuerzo para borrar tu existencia de la historia.

- No le amenes. – Xin se interpuso entre ambos. No temía por él, pero no soportaba que estuvieran tan cerca. – Ni le mires. – Solo ella. Solo ella podía enfrentarle. – Dame un día. Vuelve mañana. – Lillah iba a negarse,

cambió de opinión en el último segundo. Quizás era lo mejor. Un día era mucho tiempo en aquella situación. Tendría que valerse sola por unas horas más.

Lillah desapareció ante sus ojos. Volvían a estar solos.

Ítalo soltó la espada y esta rebotó en el parque. Xin miraba a lo lejos y se repetía a si misma que aquello era lo mejor. Debía tomar distancia. Dormir, pensar. Aquel no era su lugar, ni siquiera sabía lo que ocurriría a continuación, pero sabía que no estaba prisionera y si lo deseaba podría irse sin mayor dificultad.

- Quiero dormir. ¿Te importa? – Ítalo se apartó y ella se dirigió a la cama. Se introdujo entre las sábanas y cerró los ojos. Sabía que él podía atacarla, y por ello afinó al máximo su oído.

- Estás loca.

- Quizás es eso lo único que me mantiene cuerda. ¿Sabes lo que es morir una y otra vez? ¿Sentir un dolor tan agónico que no eres capaz de sentir otra cosa?

- Me habría gustado ser yo el que te lo provocara.

- No lo dudo. Ni lo pienses. – Ítalo se sentó en la cama y la miró de cerca. Quizás con el paso del tiempo pudiera dañarla, pero ahora estaba lejos de sus posibilidades. Debió haber ordenado que la eliminaran directamente.

- Lárgate de aquí. Te prometo que encontraré la forma de acabar contigo. – Xin se sentó y la sábana resbalo sobre su cuerpo. El pelo era un amasijo entorno a su cara. Debería limpiarse en condiciones. Una ducha o mejor, un baño largo...

- Por lo visto maté a tu hermano. ¿Qué hice? ¿Le degollé? ¿Le quemé? ¿Entero o solo la cabeza?

- ¡Hija de...! - Ítalo saltó sobre ella. Xin rebotó sobre el colchón con él presionándola. Le había provocado a propósito. Quería sentir sus manos aprisionándola. – No te atrevas a faltar a su memoria.

- Qué bonito. ¿Dónde estabas tú cuando le maté?

- ¿Cómo? - ¿Dónde estaba él?

- Claro. Estás muy seguro de que fui yo. Me has juzgado y declarado culpable. ¿Estabas allí? Porque lo que es yo, no lo recuerdo. La verdad es que

si de verdad he vivido tanto como dicen, no recuerdo ni el cinco por ciento.
¿Quién me dice que lo que crees es verdad?

- Mis hombres me dijeron...

- ¡Ah! ¡Tus hombres! – Xin se movió bajo él. Le rozaba. Le tentaba. Le importaba una mierda los motivos por los que estaba sobre ella. No quería pensar en lo que había pasado los últimos días ni en lo que aquel hombre escondía. No le importaba que la odiara. Ansiaba su cuerpo. Tenía pensado conseguirlo. No tenía ningún tipo de problema con el sexo duro.

Ítalo estaba excitado. Ella se contoneaba y él reaccionaba. Era instintivo. Sus colmillos la recordaban, su boca, sus manos ansiaban apretar más. Aprisionarla.

- Deja de moverte.

- ¿Por qué? No parece que te moleste. Solo tu lengua parece negarse a lo que pido. – Ítalo gimió y la besó. Apretó con fuerza su ingle contra ella. Básicamente la clavó contra el colchón. Fue brusco, autoritario. Demandaba, la tomaba y recorría.

- ¿Es esto lo que buscas? ¿Una ramera en celo incapaz de mantenerse lejos? ¿Tanto lo deseas que no te importa con quién?

- En otras circunstancias te habría abofeteado, pero tienes razón. No me importa con quién o no estaría contigo. Tengo la necesidad y eres lo único que tengo a mano. ¿Prefieres esa respuesta? – Ítalo sonrió y le dio otro beso. Cuando ella enlazó su lengua aprovechó para pincharla con los colmillos y saboreó su sangre. Xin gimió de placer y se frotó ansiosa.

Se separó de ella y la miró. Sin abrir la boca la cogió en brazos y cruzó el cuarto.

- ¿A dónde me llevas? – Ítalo sonreía arrogante y señaló el espejo con la cabeza.

- Apeñas.

- Eres muy amable. – Xin se miró y giró la boca asqueada. Tenía un aspecto lamentable. - ¿Ahora tengo que cumplir ciertos requisitos para poder echarte un polvo? – Ítalo se giró dispuesto a dejarla sola. - ¿Tanto te costaría darme lo que te pido?

- ¿Ahora suplicas?

- ¡Yo no suplico! ¡No suplico! – Las imágenes se agolpaban en su cabeza. Sí que había suplicado. Se había arrastrado como una babosa con tal de seguir viva, de no sufrir más.

Xin caminó despacio y abrió el grifo de la bañera. Sin importarle la temperatura se metió directamente y comenzó a limpiarse. No quería mirar, no podía. El agua se volvía roja tan pronto le tocaba la piel y se perdía por el desagüe. Xin lloró. Ya no pensaba en su acompañante ni en si la atacaba. Estaba perdida en un último recuerdo, en su última muerte.

- ¿Quién era tu hermano?

- Pensé que no lo recordabas. – Xin levantó los ojos húmedos y mirándole fijamente sonrió. Estaba triste. Colocó el chorro de la ducha y se sentó en el suelo de la bañera. Se hizo un ovillo. Cuanto más pequeño mejor. Si pudiera desaparecer, al menos por un tiempo sería perfecto.

- Ibone. No se merecía morir.

- Supongo que nadie lo merece. Las cosas suceden sin más. ¿Cómo murió?

- No lo sé a ciencia cierta. Solo hallamos fragmentos, nunca pudimos encontrar el resto... – Xin podía recordar cómo había arrancado de cuajo una cabeza, más bien siete y varios brazos en combate, ¿Podría referirse a eso? Se atragantó con su propia saliva y tartamudeó la pregunta que más le aterraba.

- ¿Fragmentos?

- ¿Te suena? ¿Lo has hecho tantas veces que necesitas más detalles para poder ubicarlo?

- No es eso. ¿A qué te refieres con fragmentos?

- Digamos que encontramos trozos de su piel, pocos, pero los suficientes para saber que sufrió un muerte lenta y dolorosa.

- Sois wampiros. ¿Cómo puedes estar seguro de que está muerto? – Ítalo se había hecho aquella misma pregunta hacía mucho tiempo, pero finalmente lo había aceptado como la única opción posible. Si no fuera así le habría encontrado hacía mucho tiempo.

- Lo sé. ¿Lo recuerdas ya? No sé a cuantos has matado, pero no creo que a todos les desollaras, aunque tratándose de ti...

- Lo siento. Lo siento mucho. No lo recuerdo. – Xin sintió ganas de

vomitando. Algo así solo ocurría en las peores historias de terror.

- Empiezas a repetirme. Si me dejaras podría ayudarte. Puedo darte algo para que tengas memoria. - “No lo hagas” De nuevo aquella voz que se metía en su cabeza. Siempre con sus consejos y acertijos.

- Y te daría poder para hacer conmigo lo que te viniera en gana. En el fondo todos sois iguales. – No iba a ser usada nunca más.

El agua comenzaba a acumularse bajo ella. Estaba cálida, reconfortante.

Ítalo se acercó y se sentó a su lado. La miraba desde fuera. Ninguno de sus hombres le reconocería en aquel momento, aunque tampoco ninguno le conocía realmente. No hacía las cosas que hacía por gusto.

- Ahora tú formas parte de este mundo. O te acostumbras o mueres. Eres demasiado joven para todo el poder que te ha sido dado. Quizás podríamos hacer algo con eso. Siempre hay soluciones.

- No lo dudo. – Xin cerró los ojos y se concentró en el golpeteo del agua. Era tan relajante, un pulso constante e hipnótico. Xin se estaba alejando. Estaba lejos, mareada y herida.

Capítulo 9

El invierno había llegado con fuerza. El aire frío era capaz de atravesar la ropa, cortaba como pequeñas y afiladas cuchillas. Corría el año 1226. Se encontraba en Halabja.

Le gustaba aquella ciudad. Un lugar lleno de vida y colores, al menos hasta aquel día.

Aún se asombraba al descubrir cómo el mundo iba mutando. Sus habitantes no eran conscientes de los pequeños cambios, pero para ella el paso del tiempo actuaba diferente. Era mucho más evidente que nada seguía donde lo recordaba.

Todo estaba en silencio. Un silencio anómalo y una tranquilidad impropia. Un silencio mortuorio que se pegaba a la piel y alteraba los sentidos. Un silencio que acompañaba a los fantasmas y a las historias que se crearían. Muchos tratarían de reponerse, otros se romperían irremediabilmente.

La naturaleza les había traicionado. Un terremoto, agresivo y brutal, dejó bajas en cientos de familias. La naturaleza era uno de los asesinos más despiadados y no distinguía. Si te atrapaba no podrías escapar ni luchar. Muchos habían tratado de hacerlo sin éxito.

Muertos y aplastados. Los más afortunados yacían desmayados o desangrándose. Solo unos pocos se arrastraban en busca de ayuda, en busca de algún alma caritativa que aún pudiera caminar y a quien le importaran los demás.

Petra estaba cansada. Cansada de tanta masacre y de tanto dolor. Había acudido allí a una simple reunión con una de sus hermanas, consciente de que su ciclo se acercaba a su fin y debía ayudarla en la transición. La había visto morir de nuevo. ¿Cuántas veces iban ya? Ya no le dolía, se había inmunizado a sus gritos agónicos, a sus súplicas por terminar de una vez.

Le habría gustado ayudar. Simplemente tender la mano a aquellas pobres criaturas, pero no debía interferir. Aquella no era su región. Una ley estúpida, sin embargo, infringirla podía ser peligroso. Sus enemigos solo buscaban una excusa para romper el tratado y no pensaba dársela. Se sentía como un títere que trataba de mejorar las cosas dentro de sus escasas posibilidades. Apenas lograba arañar la superficie, tan solo era una pieza más de un gran engranaje.

Siguió caminando. Quería alejarse de aquel lugar, volver a su hogar, pero aún tenía que encontrarse con Sahmaran. Tenía ganas de volver a verla, de advertirla de los peligros y sobre todo de pedir su consejo.

No tenía miedo de que la siguieran. No aquel día. Caminó despacio, disfrutando del cambio del paisaje. Descendió por cuevas y túneles, claramente artificiales y cuidados. El frío se fue quedando atrás y ella fue quitándose la ropa hasta que tan solo vestía una fina capa de lino blanco.

Había llegado. Miles de serpientes, de diferentes tamaños y colores, la rodeaban. Sonrió. Estiró la mano acariciando a una de ellas y dejando que ascendiera sobre su brazo y se quedara ahí enroscada sin llegar a dañarla.

Era una serpiente enorme y dorada, era hermosa. Petra la miró directamente a los ojos y sonrió. El miedo era una reacción innata, no obstante, ella sentía cariño hacia quien no la dañaría sino se veía en peligro. Supervivencia, ¿podía alguien culparla?

- *Deberás perdonarla. Hace mucho que no tenemos invitados.*

- *No me molesta. – Petra apenas se movía mientras sentía la piel, fría y húmeda, de aquel reptil moverse por su hombro y enredarse en su pecho. La apresaba como una caricia, no retenía sus movimientos. - Buen día y mejor noche Sahmaran. Espero que no te incomode mi presencia.*

Sahmaran reptó hacia ella y sonrió. Petra no esperaba verla tan cambiada. Era una mujer hermosa, al menos su parte humana, y muy inteligente. Petra disfrutaba de su presencia y de su voz hipnótica. Mitad serpiente, mitad mujer. Sin embargo, en su rostro ahora había tristeza.

- *En absoluto. Siéntate a mi mesa y repón fuerzas. - Petra la siguió hasta una gran mesa de piedra. Sobre ella había miel, fruta y grandes jarras con un zumo dorado. Petra sabía que no debía comer y agarrando la jarra más cercana sació su sed. Un escalofrío de placer ascendió por su columna*

tan pronto aquella substancia entró en su boca. Refrescante y dulce, lo justo para hacerla deliciosa. – Debes estar cansada.

- *Lo estoy. Un cansancio que nunca se marcha. La sensación de estar atrapada sin cadenas, pero no he venido por eso. – Petra sentía que el tiempo era un bucle interminable. La historia siempre se repetía, daba igual la época.*

- *Sé por qué has venido.*

- *No deberías haberle dejado marchar jamás. Te has condenado a muerte. – Petra lo dijo como un susurro. Su tono destilaba pena, como si ya supiera de antemano que de nada serviría aquella conversación. Su amiga había tomado una decisión. Sahmaran lo había aceptado y se preparaba para ello. En otras circunstancias no habría sido tan directa, se habría tomado su tiempo para no importunarla.*

- *Le amo. – Sahmaran aún podía ver en su mente el momento exacto en el que se dio cuenta de una realidad tan inmensa. Aquel día había sentido miedo y se había retirado. Sabía que involucrarse con un ser mortal tenía sus riesgos, aquello no podría salir bien. Sin embargo, ahí estaban.*

- *Puedes conocer a miles como él. El apenas es un soplo en tu larga vida. No lo sacrifiques todo.*

Sahmaran había sopesado todos esos argumentos. Conocía el peligro mucho antes de que le dejara regresar junto a su familia. ¿Por qué lo había hecho entonces? Por verle feliz. Era lo único que parecía importarle ahora.

- *Me ha dado mucho.*

- *Una sentencia de muerte. Eso es lo que te ha dado. No te lo mereces. Te dije muchas veces que no deberías haberte fiado de esas criaturas. Los seres humanos son muy volubles y no tienen lealtad por nada ni nadie.*

Sahmaran se acercó. Abrazó a Petra con fuerza y lloró. Lágrimas verdes y viscosas. En el fondo sentía que no estaba preparada para marcharse y tenía miedo. Pavor ante la posibilidad de desaparecer, se conformaba pensando que dejaría algo de sí misma atrás.

- *Yo también estoy cansada. Es lo mejor.*

- *Pensé que aquí eras feliz. Siempre parecías tan contenta y viva. No pareces tu misma. – Dijo Petra incapaz de separarse de ella.*

- *Y lo era. Lo era porque no sabía lo que me perdía.*
- *No puedes dejar solo a tu pueblo. Te necesitan para sobrevivir. – Petra abarcó la estancia. Miles de ojos las miraban en silencio.*
- *Mis maran (serpientes en kurdo) son fuertes. Son flexibles y se adaptarán al futuro.*
- *Es egoísta. – Petra no quería perderla. No quería quedarse al margen viéndola morir. – Te están buscando y te encontrarán. Él no podrá soportar mucho más la tortura.*
- *Cuando llegó hasta mí tan solo se iba a quedar unas horas. Se recuperaría y lo devolvería a la superficie. Sus amigos le habían abandonado en un pozo que comunicaba con mi gran jardín. Le encontré en malas condiciones, pero no pude dejarle marchar. Sé que no lo entiendes, pero lo único que me importaba era estar con él. De pronto Tashmasp se convirtió en todo mi mundo. Era feliz si le veía feliz.*
- *Y así, sin más, tiras tu futuro a la basura.*
- *Le doy un futuro a él. Si todo sale como debe él ocupará mi lugar.*
- *Le mataré. Si se atreve a comer de ti le mataré.*
- *No, no lo harás. Le protegerás si es necesario. Lo harás porque yo te lo pido.*

Petra la abrazó con más fuerza y lloró junto a su amiga. Uno a uno perdía a todos a los que quería. Se suponía que Sahmaran era inmortal, no se había preparado para la posibilidad de que también ella la dejara.

Petra quería pedir consejo, sin embargo, sabía que no era el mejor momento. Tan solo podía sostener la mano de su amiga y prometerle que estaría ahí pasara lo que pasara. Ahora se suponía que tendría que velar por Tashmasp. Se prometió que lo único que haría sería no interferir.

Sahmaran estaba resignada. Se apresaba a sus recuerdos. Sabía que cuando Tashmasp y ella se volvieran a ver moriría, aun así, deseaba que llegara ese día. Lo único que le dolía era no tener más tiempo junto a él. Disfrutar de su presencia.

- *Algún día me entenderás. Alguien llegará a ti con tanta fuerza que no sabrás los motivos, no encontrarás explicación posible, pero no podrás alejarte de él. Lo darás todo por estar a su lado, incluso la vida.*

- *Lo dudo mucho. – Sahmaran sonrió como si supiera algo que ella no era capaz de ver.*

- *Cuando eso suceda necesito que busques a Tahmasq, él te estará esperando. Por favor, cuida de él. – Petra tenía ganas de atraparla y obligarla a esconderse. Dejar que los años transcurrieran y que el peligro se alejara. No lo hizo. La quería lo suficiente como para respetar su decisión.*

- *¿Quién te dice que vaya a necesitarle?*

- *Él estará a tu lado. Será tu guardián. No dejará que nada malo te ocurra. – Sahmaran no quería que su amiga se quedara sola. Conocía a muchos, pero no podía confiar en ninguno. – Da igual el rostro que poseas, sabrá ver en ti.*

- *¿Ver en mí? ¿Lo qué? Déjalo de una vez y habla conmigo. ¿Por qué no puedes decirme directamente lo que crees que va a pasar?*

- *Porque no lo sé. No sé fechas ni nombres, pero tengo mis razones. Además, no sería bueno que lo supieras. Debes tomar tus propias decisiones. – Sahmaran sabía que su amiga debía pasar, una y otra vez, por las mismas situaciones y eso desgasta. Siempre aprendiendo quien fue y adaptándose a quién debería ser. Tanto sufrimiento y destrucción era difícil de afrontar y difícil de compaginar con la confianza. – Me gustaría que tú también fueras feliz.*

- *Claaaro. No se puede ser más feliz que tú. – Petra no quería herirla. Lo dijo sin pensar. En el fondo estaba cabreada. - ¿Me enamoraré del primer hombre que me apuñale o del segundo?*

Sahmaran sonrió y se alejó poniendo la mesa de por medio.

- *Algo me dice que no tienes ni idea. – Sahmaran esperaba que el pasado no destruyera su futuro. Esperaba que descubrir quién era realmente no acabara con lo que ella veía en su interior. Tanto amor, tanta lealtad y cariño no podían desaparecer por lo que ya había ocurrido. Sin embargo, no podría culparla si así era. Decidiera lo que decidiera al menos se aseguraría de que estuviera bien.*

- *¿Y quién la tiene? Ni siquiera tú fuiste capaz de verlo venir. No sé lo que me depara el futuro, sin embargo, ha dejado de importarme hace mucho tiempo. Si tan solo pudiera evitar que hicieras una tontería ya habría*

merecido la pena.

- *Conozco tus mayores miedos y debilidades. Sé que tratarás de luchar contra lo inevitable, pero pase lo que pase quiero que sepas que no te dejo sola.*

- *¿Y qué estás haciendo entonces?*

Capítulo 10

Xin convulsionaba en la bañera. El agua seguía cayendo y ella parecía no percatarse de ello.

Se golpeaba una y otra vez contra el mármol mientras lo salpicaba todo. Su mente rechazaba el esfuerzo al que la estaban exponiendo. Xin se encontraba al límite y gemía atrapada. No sabía cómo había entrado en aquel recuerdo y más importante aún, no sabía cómo salir.

Ítalo vio la mancha de sangre antes de pensar en hacer algo. En un momento estaban hablando y al siguiente se estremecía sin control mientras él la miraba.

Aquella era su oportunidad, la oportunidad que ya no creía que fuera a presentársele y menos tan pronto. Tan solo tenía que sacarla de la bañera antes de que se ahogara e inmovilizarla. Después, podría volver a su plan original.

Trató de agarrarla, pero cada vez que iba a elevarla, ella se escurría y volvía a golpearse. Tenía una fuerza descomunal. Ítalo pasó el brazo por debajo de su cabeza y aprovechando que se encogía la envolvió y consiguió sacarla del agua.

La estiró sobre el suelo. Colocó una toalla debajo de la cabeza. Quería inmovilizarla, pero ¿cómo? No tenía nada lo suficientemente fuerte.

- Podría usar veneno. – Ítalo rozó sus labios con la punta del dedo índice. Era la hora. Esperaba que funcionara. No creía que ella fuera a reaccionar bien con lo que iba a hacerle, si lograba huir él podía darse por muerto.

Se adentró de nuevo en la habitación y recogió su puñal de la mesilla. La hoja estaba cubierta por neosaxitoxina. Esperaba que fuera suficiente. No sabía cómo reaccionaría el cuerpo de Petra a esta sustancia ni durante cuánto tiempo le haría efecto. Quería que se viera atrapada, que no pudiera hacer nada por defenderse.

Volvió a su lado. Seguía allí tumbada, no obstante, parecía más tranquila.

Respiraba pausadamente y sollozaba. Las lágrimas le mojaban la cara. Era realmente complicado ver en ella a la asesina que buscaba.

Tardó más de cinco minutos en decidirse. Finalmente, deslizó la hoja con suavidad por la mano de Petra y la cortó. Apenas un hilo de sangre, un corte superficial, pero lo suficientemente profundo como para que la sustancia la contaminara. Después, tan solo se sentó a esperar. Antes o después volvería en sí.

Los minutos pasaban, pero Petra seguía allí tumbada. Apenas se movía ya, pero no volvía en sí. El silencio comenzaba a ponerle nervioso. Se preguntó si debía buscar ayuda, preguntarle a alguien, sin embargo, no quería preguntas indiscretas. ¿Qué cojones le importaba si finalmente moría en el suelo del baño? De una u otra forma aquel era el final que deseaba para ella.

Finalmente abrió los ojos. Parecía confusa. Trataba de hablar sin éxito. El aire se había vuelto frío y su piel reaccionaba erizándose.

Ítalo cogió una toalla y la cubrió con ella poniendo cara de asco, aunque en el fondo lo hacía para evitar seguir mirando su cuerpo desnudo. Trataba de evitarlo, de no percibir como sus pezones se erizaron, de no deslizar los ojos sobre sus interminables piernas, de no desear introducirse en ella. Él no era de ese tipo, él no forzaba a las mujeres, aún conservaba algo de sus arcaicos principios.

- ¿Qué...? No puedo moverme. – Ítalo sonrió. Estaba cansado de esperar sentado en el, frío y duro, suelo del baño. Podría haberla movido, haberla colocado de nuevo sobre la cama y esperar cómodamente sentado a su lado, pero no quería tocarla. Tenía miedo de volver a saborear su piel, de volver a sentir la tentación.

Ítalo no contestaba. Quería encontrar las palabras perfectas para aterrorizarla, para dejarle entrever lo que se le había echado encima, pero ninguna parecían adaptarse a una idea de tal magnitud.

Xin comenzó a tener miedo. De nuevo estaba inmovilizada, de nuevo impotente ante los deseos de alguien que le haría daño. Había sido una estúpida, no comprendía que le había pasado por la cabeza para no salir corriendo de aquel lugar e ir a la policía. Ahora de nuevo tenía tiempo para pensar en todos los errores que había cometido.

Xin estaba más asustada que nunca. Su captor la miraba en silencio,

claramente no resolvería sus dudas. Tenía frío, pero era algo más profundo que el contacto de las baldosas contra su piel desnuda. En el fondo no comprendía que era lo que había hecho para merecerse todo aquello.

- Eres un cobarde. Me has dado algo porque sabías que no podrías dominarme de otra manera. – Ítalo la miró furioso. Lo que más dolía era saber que tenía razón. Él siempre era el más poderoso, el gran guerrero, nadie se atrevía a mirarle dos veces...

- Da igual el método. El resultado es el mismo.

- Si eso te sirve... A mí me daría vergüenza, aunque eso solo... - Ítalo saltó sobre ella y colocó la daga sobre su cuello a modo de amenaza. No quería seguir escuchándola.

- Deberías tener tu lengua a buen recaudo.

- ¿O qué? ¿Me harás daño? ¿Me matarás? ¡Hazlo! ¡Hazlo de una puta vez y termina con todo! – Ítalo la miró a los ojos. Xin se concentró en el azul oscuro de los ojos de Ítalo, percibió el cambio de las motas doradas que había debajo y trató de llegar mucho más profundo... - ¿Qué cojones miras?

Ítalo la soltó y volvió a sentarse a su lado. Para él, el tiempo se había detenido hacía décadas. Había dejado de vivir y se convirtió en todo un asesino. Diría que lo sentía por sus víctimas, pero la verdad es que ni siquiera recordaba sus caras. Eran sombras en su memoria, había dejado de importar. Para aquellas criaturas la vida era efímera y unos cuantos años menos no significaban nada.

Ahora tenía todo lo que deseaba. A su asesina postrada a sus pies. ¿Entonces? ¿Por qué no conseguía moverse? ¿Por qué a pesar de lo fuerte que gritara su mente su cuerpo le pedía que no lo hiciera?

Xin miró el techo y comenzó a hablar. Necesitaba desahogarse y preguntar. Solventar todas las dudas que se apelotonaban en su cabeza. Tratar de resolver todas aquellas imágenes que se unían y mezclaban en su cabeza, formando un puzle incompleto. Faltaba algo, algo importante, pero no conseguía llegar.

- Me odias. – Suspiró cansada. – Y deseas matarme, supongo que si me has inmovilizado es porque primero quieres torturarme, demostrarme quien manda. – Sonrió y se preguntó en qué punto exacto la mente de una persona se perdía, en qué punto las ganas de luchar por sobrevivir se evaporaban y dejaban un cascarón vacío. Estaba segura de que no hacía falta morir para

ello. – No entiendo a qué esperas entonces. Mientras lo haces podrías al menos contarme la historia.

- ¿La historia? – Eran las primeras palabras que decía en un buen rato y su voz sonó rasposa, grave. Ítalo gruñó y se aclaró la garganta, incómodo.

- Sí. Describirme lo que ocurrió. Al menos me merezco eso ¿no crees? Además, creo que tú también quieres que lo sepa. – Para ella sería más una fábula que algo que hubiera pasado realmente. No pensaba sentirse culpable, ni siquiera sabía por qué se lo había pedido.

No quería contárselo, quería que ella lo recordara, que la cara de su hermano fuera lo último que acudiera a su mente antes de acabar con su miserable vida.

Así tumbada parecía inofensiva. Ítalo sonrió sarcástico ante su pensamiento. ¿Inofensiva? Por eso mismo él jamás subestimaría a nadie. Los peores asesinos no lo parecían. Y ella tenía unos encantos de los que la inmensa mayoría carecían. El problema es que él no era tan inmune a ellos como quería hacerle creer.

- Te ayudaré a recordarle. Por lo que me han dicho para ello solo tengo que hacerte mucho daño y no es algo que me desagrade.

- Ya lo he imaginado. – Aquella mujer era valiente. Aún en aquella situación se defendía con lo único que le había quedado, sus palabras. - ¿Por dónde quieres empezar? Deberías quitarme la toalla, no sería más que un estorbo. – Ítalo jadeó al pensar en su cuerpo desnudo.

Ítalo se inclinó y la cogió en brazos. Pesaba mucho menos de lo que había pensado en un primer momento. Por más que trataba de llevarla se escurría y se golpeaba. Xin quería agarrarse a él, para evitar al menos golpearse contra los marcos de todas las malditas puertas por las que pasaron, sin embargo, su cuerpo se negaba a seguir órdenes.

Finalmente, llegaron a una habitación oscura. Olía a cuero y a aceite. No tenía ventanas y la única luz del lugar era la que entraba por la puerta. El lugar parecía pequeño y odiaba no ver nada.

Xin trató de estirar los dedos, de tocar algo que le diera alguna pista, pero era imposible. Su cuerpo se negaba a reaccionar, tan solo podía mirar y sentir. Esos dos sentidos estaban más alerta que nunca, junto con el oído eran una mala combinación.

Ítalo la soltó sobre una especie de mesa, dura como una piedra y se alejó a grandes zancadas. No encendió la luz, no la necesitaba para saber dónde estaba cada cosa.

- ¿Quieres comenzar entonces? – Estaba jugando con ella. No solo quería destruir su cuerpo, ansiaba entrar en su mente y destrozarla.

- ¿Serviría de algo que me negara? – Ítalo se sorprendió a si mismo riéndose desde el centro del pecho. Una risa profunda y liberadora. ¿Cuándo había sido la última vez?

- No, pero te daré puntos extra por hacerlo más divertido todavía.

- Vaya gracias. Espero no sangrar mucho para no destrozar tu paraíso particular. – Trató de girar la cara, a pesar de estar en total oscuridad, para que no viera la lágrima que descendía por su mejilla. En esta ocasión ni siquiera había tenido que atarla.

Ítalo se colocó a su vera sin que ella lo notara. Petra no tenía los ojos adaptados a la oscuridad, pero él sí y pudo ver como lloraba. Quería alegrarse.

- Petra deberías guardar fuerzas. Ni siquiera he comenzado. – Xin no contestó. No quería darle la satisfacción. - ¿No vas a contestar? ¿Ya no te sientes tan valiente?

¿Valiente? ¿Quién podía sentirse valiente en aquella situación?

Xin trataba de mantener su mente a salvo, sus pensamientos, su esencia, aunque solo fuera un pedacito de lo que había sido. Su yo más auténtico, aunque cada vez era más complicado. Para ella había pasado una eternidad desde que había salido a correr, desde que había sentido el aire en la cara y la humedad en la piel. Sensaciones tan corrientes ahora eran un tesoro en su mente.

Xin jadeó cuando sitió la hoja fría contra la piel. Él parecía tomárselo con calma y fue incrementando la presión hasta que sintió algo húmedo en su propia piel. Podía olerlo, sangre, de nuevo su sangre.

Ítalo presionó todavía más y comenzó a descender por la parte interna de su muslo. La sangre brotaba con fuerza. Él esperaba que gritara, pero ella tan solo respiraba con rapidez. Se concentraba en cerrar los ojos y respirar.

Ítalo separó la hoja de la piel cuando el corte había rebasado la rodilla y la

miró de nuevo. Xin había cerrado los ojos y notaba como estos se movían con rapidez. Su respiración se iba normalizando poco a poco y su expresión era de una calma absoluta. Xin había vuelto a su pasado.

Capítulo 11

“Italia era un lugar hermoso. Un lugar que parece introducirse en el centro del mar y te permite prácticamente caminar sobre él. Un lugar lleno de alegría y tradiciones. Colores vivos y gente que prefiere cantar a hablar.

Le encantaba caminar al lado del agua. Sentir el aire fresco sobre la piel y ver la luna reflejada a su paso, como si la persiguiera. Caminar de noche la hacía soñar. Creer que por unas horas aquel lugar le pertenecía. Sin problemas, guerras o futuras masacres. Solo una mujer caminando sin prisa por un lugar hermoso. El agua creaba pequeñas e hipnóticas ondas. Las góndolas se mecían sobre la superficie. Deseó tumbarse en alguna de ellas y mirar las estrellas. Soñar despierta con lo que podría haber sido. Aquel lugar era ciertamente mágico e invitaba a desear.

La basura tirada por las calles y en el agua, enturbiaban el paisaje, hermoso a pesar de todo.

El olor se disolvía y se volvía soportable. Petra conocía las causas de aquella decadencia, pero trató de no pensar en ello.

Caminaba sin miedo pues sabía que era la única del lugar que estaba realmente a salvo. Muy pocos atendían sus quehaceres esos días. El hambre empezaba a ser otro gran problema y las peleas eran cada vez más constantes. Siempre ganan y pierden los mismos. No necesitaba mirar para saberlo.

Llegó hasta el puente y lo atravesó con cuidado. Odiaba las alturas. Pender sobre algo y saber que si se derrumbaba morirías. Había visto caer muchos cuando comenzaron a hacerlos. ¿No deberían al menos poner una advertencia? Hubo un tiempo en que había sentido curiosidad y había seguido las obras fascinada. Pocos recordaban ahora la sangre que manchaba aquellas piedras. Los hombres habían sufrido y penado para construir el que ahora estaba cruzando.

No quería detenerse demasiado, y tan solo siguió caminando. No quería ver lo que se esconde detrás de la aparente tranquilidad. Cuantos menos detalles, menos sonidos, menos de todo... mejor. Temía reconocer un llanto o una súplica y no detenerse.

Llegó a una puerta de madera, vieja, corroída por las termitas. No debería interceder, demasiado había hecho ya, era la última oportunidad que tenía para darse la vuelta y desaparecer. Sabía que hacer oídos sordos a su llamada ahora no serviría para solucionar el pasado, para evitar lo que ya había empezado, pero ¿y si al volver a interceder lo empeoraba todo?

Debía tomar una decisión. En el fondo sabía cuál era. Sin embargo, no podía dejarla sola, no podía abandonar a la única persona que seguía significando algo para ella. Se suponía que no debería tener sentimientos, no debería crear lazos que pudieran confundirla, pero ahí estaba de nuevo. A punto de cometer otra estupidez más.

Golpeó la puerta con fuerza y esperó. Unos pasos se acercaban, corrían y la puerta se abrió de golpe.

Petra miraba a la mujer que había ante ella sorprendida. Ya no parecía una niña y no debería seguir viva, pero ahí estaba. Alta, rubia y sumamente hermosa. Una diosa entre los hombres, una belleza impropia de esa época.

Dulce se movió incómoda ante el escrutinio y se alejó de ella para permitirle entrar.

Petra se percató de que era una casa pequeña, una sola estancia que hace a la misma vez de cocina, comedor y dormitorio. Había esperado otra cosa, no sabía por qué, pero no le gustó saber que vivía en aquellas condiciones. Al menos en aquel lugar reinaba el orden y la limpieza.

Dos camastros en la esquina llamaron su atención. Un bulto grande y otro más pequeño. Ella estaba ahí por ellos... Sabía que era lo que necesitaba antes de que abriera la boca, sentía su deseo, su miedo y su pena. Percibía los temblores de su niño, pero como muchas otras cosas no dijo nada al respecto.

- ¿Qué ocurre? – Dulce bajó la cabeza avergonzada y volvió a llorar. Parecía que llevaba mucho tiempo haciéndolo y tenía los ojos rojos y cansados. Tan solo había querido tener una familia y los había matado a todos. Había impuesto sus deseos a la razón y ahora no sabía cómo volver el

tiempo atrás, como salvarles. Lloraba de impotencia y culpa. Sabía que con ellos se iban sus ganas de vivir.

- *Sálvalos, por favor. – Petra se acercó hasta el camastro más pequeño y se agachó para quedar a la par de aquel niño. Su piel estaba perlada de sudor y deliraba. Las manchas sobre su cara, manos y cuello no dejan lugar a dudas. Peste.*

- *Sabías que no podías acercarte a ningún humano. Lo sabías. Podías haber tenido una vida eterna, feliz y dichosa junto a Lillah. Ha sido tu decisión.*

Con cada palabra les estaba destruyendo el alma a ambas. Ella misma se había condenado en una ocasión por una niña, por ella. Entendía perfectamente a Dulce, pero necesitaba que comprendiera la magnitud de los hechos. Necesitaba que comprendiera su realidad, la que desgraciadamente le había tocado vivir.

- *Solo quería tener una familia de verdad. Creí que si tomaba el brebaje mi enfermedad no se contagiaría. Por un tiempo funcionó. – El temblor de su voz hacía que Petra tuviera ganas de llorar. El mundo había sido muy injusto con Dulce, no le había dado la oportunidad y le arrebatava lo poco que tenía.*

Petra sabía que sus intenciones no habían sido malas. Ella también necesitaba a veces el contacto de otra persona y en ocasiones lo ansiaba con intensidad, pero jamás lo tendría. Se conformaba con ver de lejos las vidas de los demás. Ser una observadora.

- *Aléjate. Quiero revisarlos. – No hacía falta realmente. Sabía lo que tenían, las dos lo sabían, pero Dulce le hizo caso igualmente. Tras unos minutos Petra volvió a hablar. – Me gustaría poder hacer algo, pero sabes que no soy yo quien realmente puede ayudarles.*

- *Lillah.*

- *Si. Pídeselo. Estoy segura de que te ayudará. Ella ha cuidado de ti toda la vida. – Dulce ya lo había hecho, pero Lillah no había acudido a la llamada. Petra era su última opción y si ella tampoco podía perdería al hombre que decía amarla y a su hijo. Ella, que daría la vida por ellos, les había condenado a muerte. Su amor mataba.*

- *Lo siento. – Petra se incorporó y la observó deseando poder*

cambiar algo.

- *Si es necesario me alejaré. No volveré a acercarme a ellos, pero necesito que estén bien. Necesito saber que están bien... - Dulce se dejó caer al suelo y se abrazó las piernas. – No pueden morir por mi culpa. No pueden morir por mi culpa... - Lloraba y gritaba. La culpa la carcomía, en el fondo desde el principio había temido que algo así llegara a ocurrir. Había sido egoísta y ahora lo pagaban otros. Personas inocentes que la habían acogido y amado. – No quiero seguir viviendo así...*

Petra sintió una lágrima deslizarse por su mejilla y la secó con rapidez. No le gustaba que nadie la viera afectada. Se sentó a su lado y la abrazó con fuerza. Ella no sabía actuar en aquellas situaciones, ella no daba consuelo y le habría gustado saber que decir.

El calor de Dulce entre sus brazos la reconfortaba. Nunca podía tocar así a otra persona. Era tan placentero y agradable. Le encantaban los abrazos. Le habría gustado poder absorber su pena.

- *Lillah sal de una jodida vez. Sé que nos estás viendo. – Petra gritó al techo. Quizás acudiera si era ella. No sabía los planes que tenía aquella inmortal, nunca se sabía lo que pensaban.*

- *Hola Petra. Dulce. - Lillah salió de la nada y se sentó con aire señorial a los pies del camastro más grande. Parecía serena y sonreía como si nada hubiera pasado.*

Dulce no podía hablar. Levantó los ojos, la miró temerosa y avergonzada. Lillah la había advertido, sin embargo, ella no la había escuchado.

Dulce se fue desprendiendo del abrazo y se levantó. Le temblaban las piernas, se sentía débil y se movía con cuidado. Se acercó temiendo que se desvaneciera, que la imagen de Lillah no fuera más que un espejismo y que al tocarla no encontraría nada.

Finalmente, su mano llegó a ella. Ahí estaba. Dulce respiró más tranquila y se echó en sus brazos pidiendo consuelo. Lillah quería mostrarse insensible y aun así la aceptó incapaz de rechazarla. Se estaba ablandando.

- *Por favor Lillah. Sávalos. Por favor Lillah. – Lillah había temido que aquel día llegara durante años. No quería hacerlo, no quería darle lo que le pedía porque sabía que al hacerlo la estaría perdiendo a ella. ¿Por qué no la había escuchado?*

- ¿De verdad es lo que quieres? – Lillah lo susurró. Deseó escapar de allí y hacer oídos sordos a sus súplicas. Deseaba ser egoísta y olvidarlo todo. Nunca debió involucrarse.

- Sí. Daré lo que haga falta. Mi vida. Cambio mi vida por la de ellos. – Ahí estaba. El gran sacrificio. Lillah sabía que no podía negarse, las normas eran inquebrantables. Si ella no lo hacía acudiría cualquiera de sus hermanas para ocupar su lugar.

- Que así sea. – Lillah besó en la frente a Dulce por unos segundos. Dulce se fue quedando inerte entre sus manos. Al menos no sufriría.

- ¡No! ¿Qué le has hecho? – Petra saltó dispuesta a matar con sus propias manos a aquella mujer a la que una vez le había pedido auxilio. - ¿Es que acaso no tienes sentimientos? Has cuidado de ella toda su vida. Tú eres la madre que conoce.

- ¿Crees que es lo que deseo? No lo haría sino estuviera obligada. Te dije que podría hacer el bien. – Petra recordaba aquella extraña predicción, pero saber que sería a costa de la vida de Dulce...

- No voy a permitirte. – Petra se levantó y se colocó dispuesta a luchar. Moriría peleando. En realidad, no tenía ninguna posibilidad, pero le importaba una mierda. - Ashnigt buris.

Lillah buscaba frenéticamente alguna respuesta. Un resquicio al que pudiera agarrarse para poder evitar todo aquello. Las imágenes pasaban ante sus ojos, no obstante, todas parecían tener el mismo final. Ver el futuro y no poder evitarlo era una carga pesada. Ver tanto sufrimiento y dolor, repitiéndose día tras día. Era horrible, pero nunca la había afectado tanto.

- ¡Ya lo tengo! – Lillah se levantó y dejó a Dulce sobre el camastro. Acurrucada a los pies de aquel hombre del que ni siquiera sabía el nombre. Se preguntó si debía arrojársela y desechó la idea con pena. ¿Para qué? – Petra ven rápido.

Petra no confiaba ni en su sombra, mucho menos en la inmortal que acababa de decir que mataría a Dulce. Se acercó con todos sus sentidos alerta. Sus pasos dejaban siempre un margen entre ambas y había levantado los brazos para obtener mayor movilidad en caso de necesitarla.

- Ve a buscar a un wampiro. – Petra bajó los brazos sin comprender nada.

- *¿Un maldito chupa sangre?*

- *Lo necesitamos. – Petra giró la cara confusa y se preguntó si Lillah no estaría perdiendo la cordura. Quizás todos lo habían hecho mucho tiempo atrás. La locura acompaña a los inmortales. Nadie debería vivir tanto tiempo.*

- *Antes querías matarla, ahora un chupa sangre. Tendrás que decirme algo más para que salga de esta casa dejándote sola con ella. – Petra no quería gritar, pero lo hizo. Lo necesitaba. Hacía eso por no saltar, matar y degollar. Al menos en esas situaciones sabía cómo actuar.*

Lillah comprendía sus miedos. No quería darle esperanzas, ni siquiera ella creía que fuera posible. Sin embargo, lo intentarían.

- *Tengo que matarla, pero nadie dijo que no podía volver a traerla de vuelta. – Al oírla, Petra se percató de que cada vez hablaba con menos acertijos, casi parecía normal y todo.*

- *¿Y si algo va mal? No quiero que sufra. Solo quería una familia propia, tiene que haber otra solución. Me habló de un brebaje. – Lillah la miró enfadada. Aquello había sido obra de Lilit, su hermana. Cada vez que lo recordaba tenía ganas de hacérselo pagar muy caro. Una extraña y macabra broma.*

- *No funciona. Nunca lo ha hecho.*

- *Es imposible. Han convivido durante meses. Nadie normal soporta más de unas horas. – Petra aún recordaba lo doloroso que había sido. Los latigazos de dolor que la dejaban sin aliento, que agarrotaban sus músculos. Aquel día fue un auténtico infierno. Uno de tantos. Era una muerte horrible y no se lo deseaba a nadie. La peste desgastaba poco a poco, las pústulas eran tremendamente dolorosas y la mente se perdía mucho antes que el cuerpo.*

- *La enfermedad ha mutado en ella. ¿Nunca te has preguntado por qué sigue viva? – Lillah lo dijo sabiendo la respuesta. Podía verlo en sus ojos, ver la incertidumbre, la pregunta. – He ido incrementando su vida con mi propia sangre y eso ha puesto muy nerviosas a mis hermanas. Mi sangre la ha hecho cambiar.*

Petra la miró asombrada. Había roto una de las normas más antiguas. Podrían condenarla a muerte, aunque solo sus hermanas tenían el poder

para acabar con Lillah, nadie podría estar segura de que no lo harían. Lillah quería a Dulce tanto como ella. Debía confiar en la única persona que parecía querer salvarla.

- Te lo traeré. Prométeme que no harás nada hasta que vuelva.

Lillah bajó la cabeza. Apretó los labios con fuerza y sacó un pequeño puñal dorado de entre sus ropajes.

- No puedo hacer tal cosa. Necesito dar la sangre de Dulce a estos dos seres. Ellos se convertirán en el remedio. Necesitaré mucha sangre... Demasiada... – Lillah levantó los ojos y miró a Petra. Sus miradas conectadas, sus miedos, sus ilusiones. Nunca se había sentido más cerca de alguien que en aquel momento. – Debo hacerlo. Es necesario si queremos que esta especie siga con vida. – Petra no habló. No podía hacerlo.

Petra salió de aquel lugar y corrió como loca. Se sentía vacía, sola, incapaz de conectar con nadie. Su mente estaba con Dulce, pero no podía volver. Necesitaba a un chupa sangre, no sería complicado localizar alguno, no obstante, no quería volver antes de tiempo. Pensar en Lillah desangrando a su niña como un mero cordero la torturaba. La imagen, grotesca, se degeneraba ante sus ojos. Cada vez era peor.

Se detuvo al final de la calle y olfateó el aire. La brisa le trajo un aroma inconfundible. El aroma de la muerte y de la ponzoña. Lo siguió con rapidez y los vio.

Era una mujer hermosa y sostenía a una chiquilla de unos nueve años contra su pecho. Lo que de lejos parecería un abrazo era mucho más. La sangre le manchaba la boca y la niña comenzó a temblar. Estaba muriendo y aquel ser no parecía tener intención de parar.

Petra se detuvo y dejó que la percibiera. Estaba furiosa con el mundo y alguien debía pagarlo. Le habían pedido un chupa sangre, pero no que la llevara intacta. Para ella aquellos seres no tenían cabida en el mundo, habían sido creados para traer dolor y muerte. Si por ella fuera los habría matado a todos hacía mucho tiempo, pero no podía hacerlo.

- Va a morir. No es más que una niña. – Petra pensó en los padres de aquella pobre criatura. No deberían haberla dejado salir sola, pero no se merecía que aquel fuera su final. No quería más muertes innecesarias. En su momento había llegado a comprender la necesidad de sangre, ella misma la

había sentido cuando su cuerpo sufría mucho daño, pero no era necesario matar. Eso era lo que más odiaba de aquellas criaturas. Parecían disfrutar con el dolor que causaban.

- ¿Esto? ¿La quieres? – La lanzó con desprecio al suelo y la retó con la mirada. La belleza era solo externa. Petra sintió un escalofrío al oír el golpe seco del sonido de la niña contra la piedra de la calle. Temió por ella y suplicó para que alguien acudiera a su auxilio cuando se fueran. Petra iba a hacérselo pagar, no lo dudó ni un instante.

- No deberías haber hecho eso. – Aquella wampira había sido creada hacía poco tiempo. Se creía invencible, no sabía que incluso en su nuevo mundo había normas. Iba a aprenderlo de una forma dura, aunque no le daba pena.

La agarró con fuerza por detrás en apenas un suspiro. La wampira se defendía o al menos lo intentaba. Petra sonrió ante su idea. Se sentía furiosa y desprendía poder por los cuatro costados. Era como un huracán y hacía mucho que había perdido el control. Era una depredadora sin límites y quería recordarle a aquella wampira que nadie rompe sus normas. Las normas existen por algo y la mayoría de ellas a costa de muchas vidas. Los niños son sagrados.

- Ahora vas a saber lo que se siente. – Petra bajó la cabeza y mordió el cuello de la wampira con fuerza. Notaba la resistencia, a sus dientes le costaba atravesar la piel. Una piel dura y fría. Aquella criatura estaba hecha para resistir. Gritaba como una loca, luchaba por sobrevivir y sacársela de encima. En el fondo aún creía que lo conseguiría. Finalmente, se quedó con el trozo de carne en la boca. Lo escupió con asco y volvió a colocar la boca para aprovechar la sangre que salía con fuerza.

- Suéltame. Te mataré. Suéltame. ¡Brian! – Petra no se había planteado que estuviera con alguien más. Sin esperar a las posibles consecuencias de su estupidez levantó el cuerpo de aquella wampira sin dificultad y corrió con todas sus fuerzas por las calles. Nadie podía verlas y nadie lo hizo. Cuando llegó a su destino la lanzó dentro de la casa de Dulce y se quedó fuera a esperar. Los gritos cesaron pronto.

Tardó varias horas en reunir la fuerza suficiente como para entrar de nuevo en aquel humilde hogar. Cuando finalmente lo hizo le temblaban las piernas. Dulce estaba de pie, pero parecía haberse vuelto loca.

- *¡¿Qué me has hecho?! ¡¿Qué es lo que soy?! – Dulce no conseguía controlarse. Deseaba saltar sobre el hombre que amaba y el hijo que había jurado proteger y beber de ellos. Deseaba destrozarlos con sus propios dientes y la idea hacía que se odiara a sí misma por ello.*

- *Te di lo que pedía.*

- *Te dije que les salvaras. ¡A ellos! ¡Mirame! ¡Me has condenado!*

- *Podrás controlarlo. Tendrás toda una eternidad para controlarlo y encontrar tu lugar, tu familia.*

- *Ya tenía una familia. Les tenía a ellos y ahora tengo que dejarles. Sabes que no puedo quedarme cuando deseo comérmelos. – Dulce se movía como un león a punto de atacar. Apenas conseguía controlarse a sí misma para no cargar sobre Lillah.*

- *Les ibas a dejar de todas formas y lo sabes. Estás furiosa y lo comprendo, pero no intentes culparme a ti de tus propios errores.*

- *¡Yo no pedí esto!*

- *¿No? ¿Y qué pretendías que hiciera? Dime niña tonta. ¿Qué pretendías? ¿Pensabas que podía arreglarlo todo sin más? ¿Qué tus actos no tienen consecuencias? Da gracias de que todos seguís con vida, aunque sea por separado aún tenéis un futuro. Al menos deberías dar las gracias.*

Dulce se alejó y miró a Lillah desde la pared opuesta, en aquella habitación eso no significaba mucho.

- *Jamás te lo voy a perdonar.*

- *No me importa. – Petra quería intervenir, detener aquella discusión antes de que dijeran algo de lo que podrían arrepentirse, pero se veía incapaz. Dulce tenía todo el derecho a estar enfadada y Lillah no quería perder a la que había criado como a una hija. ¿Qué era realmente lo correcto?*

- *Dulce. Sé que estás furiosa, pero piensa que ellos serán felices y les has dado un gran regalo. Quizás ahora no lo entiendas, pero gracias a este sacrificio mucha gente podrá salvarse. Eres valiente y generosa. No vas a estar sola, te lo prometo. – Petra la abrazó y Dulce trató de devolver el gesto, pero cuando su nariz se vio tan cerca del cuello de Petra sus dientes se deslizaron listos para atacar.*

- *Lo necesito... - Dulce lloraba. Le estaba pidiendo permiso.*

- *Tranquila. Bebe. Yo te detendré cuando vea que me debilito. Te ayudará a controlar tu nueva naturaleza. Aunque no lo creas no todo es malo. – Petra quería abrir un mundo de posibilidades, hacerle olvidar que estaba a punto de alejarse de la que se había convertido en su familia. Desde aquel momento tan solo les podría observar desde las sombras, sin ser detectada.*

Al cabo de dos minutos la hecho hacia atrás. Dulce parecía más sosegada y se relamía inconscientemente. No había sido tan desagradable como había creído.

- *Ni siquiera podré volver a ver la luz del sol.*

- *Sí puedes. También tienes mi sangre. – Lillah dio dos pasos temerosa de la reacción de Dulce. – Eres alguien especial. Tienes parte de tres seres de especies diferentes en ti. Eres única y tienes un mundo lleno de posibilidades a tu alcance.*

- *¿Entonces por qué siento que lo he perdido todo? ¿Por qué siento que me has arrebatado lo único que me importaba?*

- *Porque les amabas. Porque con la misma intensidad que les querías, ahora les extrañarás. Lo siento hija mía. – Dulce miró a Lillah y bajó la cabeza avergonzada. La comprendía y en el fondo todo había sido culpa suya.*

- *Aprenderé.*

- *No lo harás. – Petra lo dijo al tiempo que le acariciaba el rostro. – Porque el amor no se puede controlar y la vida tampoco, pero tienes familia. Nosotras lucharemos por ti si es necesario. No estás sola.”*

Capítulo 12

Xin abrió los ojos y suspiró cansada. Era como saltar de una pesadilla a otra. Le dolía el pecho y le costaba respirar. Necesitaba saber cómo seguía aquel recuerdo, pero se había ido dispersando y por más que lo intentó no logró mantenerse dentro.

- Al fin abres los ojos. – Ítalo llevaba más de dos horas a su lado. Escuchándola respirar y preguntándose que estaría viendo. – No sabía que te desmayarías de dolor.

- Supongo que es la reacción lógica, ¿no? – Xin no quería hablar de lo que había ocurrido. No podía decirlo en voz alta y mucho menos darle munición para seguir atacándola. No podía confiar en nadie.

- Al menos podrías ser sincera.

- ¿En serio? – Xin trató de levantar la mano y se sorprendió cuando esta respondió a su orden. El efecto de lo que fuera que le había suministrado había pasado. Ítalo la vio, pero no hizo nada para evitarlo. - ¿Ya me has dado la libertad o será necesario que luche por ella?

- Al menos por ahora. – Estaba furioso consigo mismo. Le había vendado la pierna y suspiró cansado. Ni de lejos había sentido el placer que pensaba, en el fondo le dolía hacerle daño. Desde que la vio, desde que puso las manos sobre ella su instinto le decía que la protegiera, ser él el que la hería lo estaba volviendo loco. – Lárgate de una vez. – Aquello traería consecuencias, pero estaba harto de ser el perro de alguien. No podía tenerla cerca.

Xin se levantó y notó la debilidad. Las piernas le fallaban y acabó cayendo al suelo como un peso muerto. Ni siquiera quería alejarse. ¿Quién le decía que, con la suerte que tenía, no habría alguien esperándola en la puerta de su casa para atacarla? Parecía que la lista de enemigos era mucho mayor de lo que había pensado.

Ítalo iba a irse. Quería salir por la puerta y olvidar. Se giró dispuesto a hacerlo, pero cuando sintió su mano aferrarse a su pantorrilla derecha no pudo hacerlo. Sus músculos se tensaron bajo su toque. Se le secó la boca. Toda su atención estaba concentrada en sus dedos apretándole, llamándole.

- Ayúdame. Por favor... - Xin estaba avergonzada, no obstante, no podía hacerlo sola y no tenía muchos más a quien recurrir. La pierna aún le dolía, pero no había sido tan grave ¿verdad? Si hubiera querido hacerle daño podría... ¿Por qué la soltaba? Su mente era un hervidero. Tenía un problema muy serio si comenzaba a justificarle...

- Vete de aquí mientras estés a tiempo. – Ítalo se aferraba con uñas y dientes al recuerdo de su hermano, a su memoria. Sabía que, si estiraba los dedos y la tocaba, haría mucho más que ayudarla a incorporarse. Era como si un imán le atraía, como si Verla hubiera despertado algo que yacía adormilado desde hacía mucho tiempo. Una parte de él que ni siquiera sabía que existía, pero que gritaba con fuerza y trataba de coger el control.

- ¿Para qué? – Xin no podía correr ni defenderse. No era más que una presa fácil. – Al menos no me esforzaré para nada. ¿Quieres que vuelva a subirme a la mesa? Ten compasión y haz que termine todo rápidamente.

Ítalo prefería cuando luchaba. Su lengua mordaz y su postura defensiva. Verla derrotada y suplicante era desagradable.

No se dio cuenta de qué sus manos la habían rodeado y la sostenía contra su pecho, hasta que ella comenzó a temblar. Eran emociones antiguas, creía que un ser como él ya no podía sentirse así. Siguió con los ojos cerrados incapaz de mirarla.

- ¿Qué me has hecho? – Xin no comprendía la pregunta, pero se acomodó entre sus brazos como si internamente siempre hubiera pertenecido a ese lugar. Él era anestésico para ella. Sus ojos eran cada vez más pesados. Xin removió la mano sobre su pecho hasta que sus dedos encontraron el lugar exacto por el que había bebido antes.

- Necesito más.

Ítalo se quedó sin respiración. Para él, que alguien bebiera su sangre, era erótico e íntimo. Les conectaba a un nivel peligroso para ambos. Nunca había permitido tal cosa de nadie antes que ella, y eso que muchas de sus amantes habían tratado de enredarle. Él nunca cedía a sus chantajes y a la primera de

cambio se la ofrecía a una total desconocida sin dudar.

- No debes. Si tanto la necesitas buscaré a alguien que...

Xin se restregó con cuidado. Como si quisiera ascender por su pecho. Era mucho más baja que él y eso le impedía llegar a donde deseaba, no obstante, no por eso dejaba de intentarlo.

- No. Quiero la tuya. Solo la tuya. – Xin estaba tan concentrada que se dejó llevar. Sus ojos se volvieron completamente negros. – Dámela.

Ya no era una súplica ni una sugerencia. Ahora Xin exigía y no iba a aceptar un no por respuesta. Ítalo sabía que debía alejarse, que había perdido el control, pero la vio preciosa. ¿Era la misma mujer? Tan complicada y hermosa. Mutaba ante sus ojos a gran velocidad. Hacía falta toda una eternidad para conocerla.

- Tengo que matarte, el problema es que no sé cómo. – Lo dijo más para sí mismo. Xin le oyó, pero parecía un pensamiento lejano. Le agarró por la camisa y le obligó a inclinarse lo justo. Ítalo ante el miedo de que le arrancara un trozo de cuello se rasgó la piel y la dejó hacer. Era agradable.

Xin fue recuperando poco a poco la cordura hasta que se separaron. Sus labios aún estaban rojos, su sabor descendía por su cuerpo curando a gran velocidad las heridas. En parte todo aquello había sido culpa de él, se lo debía.

- Gracias. Creo que ya podré valerme por mi misma.

Se alejó y de pronto se percató de que no sabía por dónde debía ir. Cerró los ojos y trató de concentrarse como había visto en las visiones. Cada sonido, hasta el de su propia respiración. Poco a poco en su cerebro fue dibujando un mapa con ella como epicentro. No estaban solos en aquel lugar. Había dos personas más no muy lejos.

- Eso espero. No querría que nadie acabara con lo que he empezado. Volveremos a vernos.

- ¿En serio machote? No si puedo evitarlo. – Xin iba a coger el puñal que tenía Ítalo entre las manos cuando él atrapó sus dedos y la retuvo.

No quería soltarla. De pronto dejarla ir no era una idea atractiva. No sabía que quería hacer exactamente con ella, pero no eso.

- Suéltame. - Xin estaba furiosa. Harta de todos. – No volveré a dejar

que nadie me impida nada. Suéltame, no quieres que te obligue. – La imagen de aquella wampira, de su sangre llenándole la boca, la traspasó e inmovilizó. Ella no era así. Aquella mujer no era ella. Meneó la cabeza confusa tratando de alejarse de aquellos recuerdos. Quería librarse de él, pero no haría daño a nadie.

- No quiero que te vean salir. Para los demás te he matado. – Aquello les daba ventaja, no solo a él. La muerte puede ser un aliado cuando te persiguen y la cabeza de Xin tenía un alto precio. Muchos habían salido a cazar y ella era presa mayor.

- Estás como un cencerro. – Xin ya se estaba imaginando en su propia cama. Durmiendo durante días, comiendo helado y disfrutando de alguna serie.

Ítalo se acercó a su boca, respiró su aliento metálico y sonrió como un lobo antes de devorar a su presa.

Olía tan bien. Se sentía caliente y suave... Seguía desnuda y la tentación por cubrir con sus manos, con su boca aquellas curvas tan sensuales era insoportable.

Xin sentía la conexión. La electricidad entre ambos y el corte cicatrizando en su pierna.

Giró sobre sí misma y se deshizo de su agarre.

Capítulo 13

- La quiero con vida. – Atilano estaba furioso. No podía permitir que uno de sus subordinados tuviera en su poder a una de las cuatro primigenias. Él era el que debía acabar con ella. No soportaba verse relegado a un segundo plano y deseaba salir de aquella pocilga cuanto antes. Ya podía saborear el triunfo. Ninguna familia se atrevería a volver a enfrentarse a él.

- ¡Sí, señor! – Irrumpieron en la casa sin previo aviso. Eran seis hombres. Altos, corpulentos y vestidos completamente de negro. Sabían lo que hacían, se notaba en sus movimientos.

No hablaban. No era necesario. Sus pasos eran silenciosos y se detenían en cada esquina unos segundos antes de continuar. Querían tomar al enemigo por sorpresa, sabían que si no conseguían acabar con Ítalo con rapidez muchos morirían en el intento.

La luz al final del pasillo estaba encendida. Alguien hablaba, pero no les interesaba lo que estuviera ocurriendo.

Siguieron adelante. Sus manos encima de las pistolas, sus cuerpos en tensión y sus oídos concentrados en cualquier posible señal.

Estaban bien adiestrados, eran asesinos profesionales y este iba a ser el encargo más difícil.

Ítalo levantó la cabeza y empujó con fuerza a Xin contra la cama. Alguien se acercaba. La hoja paso demasiado cerca e Ítalo tuvo que concentrarse para no devolver el golpe. Necesitaba evaluar la situación. De un salto retrocedió y les miró uno por uno.

Xin estaba confusa, pero no tenía miedo. Les observaba sin creérselo todavía. Sus ojos rodaban de uno a otro, terminando siempre en Ítalo.

Ítalo ya de por si era imponente, pero ahora cada poro de su cuerpo destilaba peligro, y sus músculos parecían haber duplicado su tamaño mientras descolgaba una espada que había tras él.

Todos parecían estar tranquilos, serenos. Emulaban a las estatuas, como si ninguno se atreviera a ser el primero en atacar. Tal vez, el primero en morir.

- ¿Qué ocurre? – dijo Xin, al menos aquella era su voz. Estaba desnuda delante de un montón de tíos que no la miraban, ni siquiera parecían haberse dado cuenta de ese pequeño detalle. Xin se cubrió por puro instinto y se bajó de la cama. Su cuerpo le decía que se defendiera, que algo iba realmente mal, pero ¿en qué bando debía luchar?

- ¿De verdad necesitas preguntarlo? Te creía más lista. – Ítalo estaba en tensión. Su cerebro, sus músculos, su sangre, todos trabajaban tratando de mantenerse con vida.

- Sin faltar. – Xin se acercó a Ítalo. Se movía con cuidado. Sabía dónde estaba cada uno de ellos sin necesidad de mirarlos. Oía sus respiraciones, sus latidos.

Damián, uno de los atacantes, sonrió sabiéndose ganador. Aprovechando que Xin pasaba por delante de Ítalo y lo resguardaba de su campo visual embistió. Una estocada directa que trataba de atravesarlos a ambos. Sabía que ninguno de ellos moriría, pero les permitiría acabar a gusto con Ítalo y tener a la primigenia controlada.

Xin lo sintió. Fue como una descarga eléctrica y actuó.

- Ashnigt buris - Su boca habló, sus manos empujaron a Ítalo sacándole de la trayectoria y sus piernas corrieron. De pronto estaba tras Damián y le tenía cogido por la cabeza. Casi pudo sentir el asombro antes de tirar con fuerza. No quería hacerlo, no lo pensó. De pronto tenía una cabeza entre sus dedos y ésta no estaba unida al resto del cuerpo. Ítalo la miraba con asombro y los otros hombres retrocedieron asustados. Jamás se habían enfrentado a algo parecido.

Xin estaba translúcida. Ahora era un fantasma que danzaba sin llegar a detenerse. Sabía que si se concentraban podían verla, pero no eran tan buenos como para atraparla. No quería matar, al menos no la parte consciente de su cerebro, pero la habían atacado y algo en su interior había hecho “clic”. Defenderse o morir. Era una elección tan sumamente sencilla...

Sus ojos negros se volvieron hacia Ítalo. Este se había acercado listo para luchar y Xin no quería intromisiones.

- Aléjate. – Ítalo la oyó dentro de su cabeza, violando cada uno de sus

pensamientos. Furioso trató de mantener la mente en blanco y siguió avanzando.

Xin no sabía contener su poder. Era algo nuevo que tenía vida propia. Ahora, con toda su energía activa podía oír todos sus pensamientos y eso la había aterrado. Querían matarla, esta vez para siempre. No quería morir, no podía morir, no estaba preparada. Aunque en un principio trató de detenerse, ahora dejó que su instinto la guiara.

Ítalo se acercó por la derecha a uno de los hombres. No le conocía, eso de por sí era una ventaja, ya que si no tenía una reputación que le precediera era porque no era el más peligroso.

- Aléjate. – Xin estaba perdiendo el control. Le costaba distinguir a Ítalo de entre los demás. No quería herirle y trataba de entrar en su mente. – Aléjate.

Ítalo hundió la hoja en el abdomen de aquel individuo y jadeó de dolor ante la intromisión. Su mente estaba siendo atacada y por mucho que intentara no podía echarla. Su cuerpo empezaba a dudar. Le costaba ver y sus piernas fallaban.

Sash corrió hacia Ítalo y levantó la pistola. Xin se interpuso entre ambos y giró sobre sí misma golpeándole en la mano al mismo tiempo. La pistola de Sash salió despedida. Xin se agarró a su brazo derecho y tiró de aquel hombre. Estaba furioso, se removía tratando de inmovilizarla, mientras Xin se escurría siempre en el último segundo. Era una danza perfecta, creada para la pelea, y ella era la mejor en eso.

- Sois unos ineptos. Jamás debisteis atacar a la primera de la cuna. Vuestras vidas jamás debieron ser creadas. – Aquella no era su voz, pero había salido de su garganta. Soltó a Sash y cerró los ojos. Podía ver perfectamente el campo ante ella, verde y húmedo. Estiró la mano y esta apareció en su campo de visión en aquel prado. – Gracias.

Podía sentir el puñal de lava entre sus dedos. Los hombres estaban asustados, nunca habían visto materializarse nada ante sus ojos, había demasiadas cosas que desconocían.

Xin corrió entorno a todos ellos. No se decidía por ninguno. Si finalmente les mataba no habría vuelta atrás ni excusas. Si quisiera podría irse de allí y dejarles con vida, pero algo le decía que no se rendirían. La querían a ella y

no pararían hasta conseguirlo. Sabía que había alguien detrás, podía oírles pensar en no defraudarle. ¿A cuántos más enviaría tras ella?

- Consumpsit ignis – El puñal cobró vida. De su interior salían lenguas de fuego que como látigos se movían sin control. Ella podía sentir cada filamento como una extensión de su cuerpo, si se concentraba podía moverlos y dirigirlos.

Sash quería largarse de allí. Temía las consecuencias, pero si seguía allí moriría sin remedio. Se giró y corrió como alma que lleva el diablo. No se detuvo ni miró atrás. Salió por una ventana del pasillo, no quería que nadie le viera, y trató de alejarse lo máximo posible.

Xin se movía despacio. Tenía los ojos cerrados. Su pelo rojo volaba en todas las direcciones. Abrió los ojos despacio, se sentía libre, imparable. Quería verles cuando lo hiciera, sus rostros, conocer sus últimos pensamientos.

Alguien huía, sonrió y se alegró por él, no iba a perseguirle. Se centró en el que estaba más alejado. Al contrario que el resto no rehuía su mirada, se encaraba aun sabiendo que no ganaría, le respetó. Era un hombre orgulloso y con principios, no hacía aquello ciegamente, de verdad creía que era lo correcto. Un pasado les unía y quería venganza.

- Nos volvemos a ver. – Conocía aquellos rasgos, aquella postura. El rubio soltó el arma y se irguió completamente. Xin corrió a su lado parándose a escasos centímetros. – Vas a morir.

- Lo sé. Nunca creí poder ganarte. – Tan solo quería intentarlo. No soportaba seguir viviendo sin su mujer, pensaba en ella cada día. – Pero la idea de matarte pudo a la cordura.

- Lo siento mucho. – Dante estaba confuso. Quería estrangularla con sus propias manos. Todo seguía demasiado reciente para él. Ella jamás se había merecido aquel final. – Agatha me lo suplicó. Solo le concedí lo que me pidió.

Xin lo recordaba. Hacía menos de doce horas lo había revivido, para ella el tiempo no había pasado y comprendía su dolor mejor que nadie. No había querido matarla y le recordaba a él tratando de vengarla. Cegado por la ira y el dolor se había lanzado contra ella con las manos desnudas pocos días después, con las mismas posibilidades de ganar que ahora.

Xin no bajaba la guardia. Podía oírles pensando en cómo aprovechar

aquella situación. Eran unos ingenuos.

- Agatha jamás se mereció aquello. Ella era demasiado pura. – Xin sonrió ante las palabras de aquel hombre. Estaba enamorado y eso le hacía poner a su mujer en un pedestal. No era una santa ni tonta, es más era mucho más valiente que la mayoría. – Te aprovechaste de ella.

- ¿Yo? Tú te aprovechaste de su amor. Tú sin saberlo eras el culpable de su muerte.

- ¿Cómo te atreves? – Dante agarró a Xin por el cuello. Xin no se apartó, consciente en todo momento de las lenguas de fuego que crepitaban a su alrededor, al mínimo paso en falso y le mataría.

- Es la verdad. Ella se sacrificó por ti. Ella acudió a mí para salvarte a ti y al bebé.

- ¿Bebé? – Dante se olvidó de donde estaba. Sentía como las fuerzas se le escapaban y las preguntas le llenaban la mente. Era imposible, ellos no podían tener hijos.

- Normalmente no.

- ¿Cómo? – Si no fuera porque era imposible diría que aquella bruja le había leído la mente.

- Y lo he hecho. Si te sirve de algo bruja no ha sido lo peor que me han llamado. – Agatha había sido una mujer de armas tomar. No aceptaba un no por respuesta y cuando entró en su territorio se hizo notar. Quería que Petra la encontrara. – Agatha quería morir. Sabía que si seguía con vida acabarían con la tuya o morirías tratando de evitar que la apresaran.

- ¿Por qué habrían de hacer tal cosa? – Era una historia demasiado larga. Xin se giró y miró a los ojos del moreno que estaba tras ella.

- ¿Querías algo? – Sansón se vio descubierto y levantó la pistola. Al momento algo le atravesó el pecho. Cayó al suelo sin saber muy bien qué era lo que había pasado. – Dejadme tranquila un momento. Os prometo que os atenderé uno por uno. – Los demás estaban furiosos. Ítalo trataba de reponer fuerzas para volver a la batalla. Xin sabía que no le quedaba mucho tiempo, estaba perdiendo el control de la situación.

- ¡¿Por qué habrían de hacer eso?! ¡Ella jamás le hizo daño a nadie! – Xin le miró de nuevo. Aquel hombre le daba pena. Ella jamás había respetado

a uno de su especie hasta que conoció a Agatha y comprendió que en el fondo no eran tan diferentes.

- Ella hizo magia negra y fruto de esa magia robó un hijo. – Dante gruñó furioso. Jamás podría creer tal cosa. Sucia embustera, le arrancaría la lengua por lo que había insinuado. Su mujer era la criatura más bondadosa e inocente que había conocido.

- Por Dios... El amor es ciego, pero tanto... Que hiciera magia negra no la convierte en un monstruo. – Xin se acercó a Dante y le acarició la cara. Dante sentía asco por aquella mujer, pero necesitaba oír más. Necesitaba las respuestas que solo ella parecía tener. Por unos minutos volvía a sentirse cerca de su esposa. – Quería ser madre, supongo que con el tiempo a todos nos gusta tener familia.

- Ella ya tenía una familia. Yo era su familia. Pensé que estábamos bien.

Xin se preguntó si alguna vez teníamos todo lo que deseábamos. Agatha amaba a su marido, se lo había dicho muchas veces a lo largo de dos semanas.

Al principio Petra, se había reusado a acabar con su vida, no obstante, con el paso de los días se fue ablandando. Agatha se había aferrado a una quimera y no podía echarse atrás. Otra persona se habría deshecho del problema, pero Agatha no era así. Agatha veía belleza en la criatura, era de la familia. Petra sintió pena por aquella mujer, hiciera lo que hiciera estaba condenada a sufrir. Si prefería sacrificarse para que su hijo y marido vivieran, ¿quién era ella para juzgarla y negárselo? Y así sin más, cuando se lo pidió, la ayudó a partir. La acompañó durante el proceso y se deshizo de los restos después. En unas horas Agatha dejó de existir, sin embargo, Petra había sido una ilusa al creer que no la relacionarían con lo ocurrido.

- Ella te quería. - ¿Cómo podía explicarle que se puede amar a alguien que ya no existe? ¿Cómo explicar los motivos que la llevaron a traerlo de vuelta y convertirlo en su propio hijo? Agatha había sentido la necesidad desde lo más profundo de su ser, había tratado de relegar aquel deseo, pero siempre volvía, hasta que al final solo podía pensar en eso. ¿Por qué no se lo dijo a su marido? Porque sabía que no lo aceptaría. La oportunidad al alcance de su mano. Todo podría haber sido perfecto. – Ella deseaba un niño y había uno que la necesitaba a ella.

- Es absurdo. – Dante se negaba a creer tal cosa. Lo habría visto. Habían convivido durante cientos de años, la conocía, no podía haber estado

tan ciego.

- Si tú lo dices... - Xin estaba cansada. Estaba desperdiciando demasiada energía y sus enemigos parecían dispuestos a atacar de nuevo.

- No me dejes así. Necesito...

- Si quieres respuestas ayúdame a acabar con ellos. Si no te interesan, puedes tratar de matarme.

Dante se quedó paralizado. Debía acabar con ella y seguir con su vida, al fin y al cabo, Agatha ya estaba muerta. Sin embargo, seguía tan viva en su interior que antes de que pudiera replanteárselo estaba disparando contra los suyos. En el fondo aquellos hombres no le daban ninguna pena, eran asesinos, y él tan solo quería respuestas antes de morir. Aquel no era su peor delito y tampoco le importaba cómo le juzgasen.

Ítalo se irguió y les miró furioso. Xin había salido de su cabeza al fin y encontrarla luchando codo a codo con otro hombre, con uno que había venido a acabar con ella. No soportaba verles tan cerca, no quería que nadie se acercara a ella.

Ítalo se unió a la batalla y Xin fue quedándose atrás. Sentía que la daga cada vez quemaba más y sus pasos eran más lentos. Tenía sueño y ganas de llorar. Ya no le importaba tanto lo que tenía delante, tan solo quería cerrar los ojos y descansar.

- ¡Agárrala! – Fue Ítalo el que gritó poco antes de que dejara de verles. Cada vez le costaba más seguir allí con ellos. Sus piernas cedieron sin previo aviso y Xin perdió el conocimiento. Dante la atrapó entre sus brazos. Aquella era la oportunidad perfecta, tan solo tenía que romperle el cuello, pero no lo hizo. Se quedó mirando absorto a aquella mujer de pelo rojo y labios gruesos. Una mujer que pasó de controlarles a todos a caer inconsciente. Una mujer que poseía unas respuestas vitales para él y más preguntas de las que podía soportar.

Ítalo acabó con el último de ellos con rapidez. Si Xin no hubiera intervenido habrían terminado mucho antes. Se giró molesto. No soportaba ver a Xin en los brazos de otro hombre, ni la forma en la que él parecía resguardarla. En tres pasos ya estaba a su lado.

- Dámela. – Dante no quería, pero no opuso resistencia y se la entregó.
– Deberíamos largarnos de aquí. – Ítalo no sabía dónde nacía aquel

sentimiento posesivo, unas horas no le daban derechos sobre ella. No se detuvo a pensar, le daban miedo las respuestas.

Dante sabía que Atilano no iría personalmente a por ellos, pero no sabía cuánto tardarían en llegar los refuerzos.

- Tú dirás.

Ítalo no soportaba ver su desnudez, pensar en otros hombres mirándola, recorriéndola. La envolvió con una sábana y la abrazó con fuerza. Xin parecía perderse entre la ropa, pequeña, delicada. Ítalo quiso besarla, probarla para saber que seguía ahí. Xin suspiró y movió la cabeza contra su brazo, una caricia inconsciente que a él le supo a gloria.

Dante recogió un par de pistolas y cargadores antes de seguirle. En su mente las palabras de Xin resonaban con fuerza. Jamás había tenido dudas y ahora comenzaba a replantearse los últimos días, empezaba a ver pequeñas señales que había pasado por algo. Gestos y frases que cobraban un nuevo sentido. ¿Era posible? Y de ser cierto, ¿Qué había sido del niño? ¿Dónde estaba su hijo?

Los dos hombres que más decían odiarla se habían convertido en sus guardianes personales. Dante se sentía perdido y la seguía cegado por la posibilidad que había abierto ante él. ¿Era posible que aún tuviera una familia? Si era así haría todo lo posible por volver a su lado, por encontrarle y protegerle. ¿Y si no quería verle?

Ítalo se preguntaba cómo había acabado enredado en aquel enorme lío y por qué le preocupaba que le hicieran algún daño. Sin embargo, no tenía tiempo para pensar, o al menos eso se dijo cuándo cogió dos catanas y unos cuantos puñales y los guardó en una bolsa.

Capítulo 14

Raphael se movía inquieto por el salón. Podía oír la lucha, los golpes, y los gritos tan cerca... No soportaba no poder intervenir, sentía que debía hacer algo, pero no podía oponerse al jefe de su propia familia. Yadiel se había puesto en medio para impedirle hacer una locura.

Atilano estaba impaciente y les miraba con superioridad. Jamás les vio como iguales, para él todos los que estaban en aquella casa no eran más que herramientas prescindibles y no veía la hora de largarse de allí con su premio. Tan pronto volviera a su hogar haría matar a todos los implicados, una vieja costumbre para evitar futuros contratiempos. Era imprescindible que solo el conociera lo que había ocurrido en aquel lugar.

- Tenemos que hacer algo. No podemos... - Raphael apretó los puños y tanteó por undécima vez el puñal de su muslo. Sería tan sencillo...

- ¿Y luego qué? – Raphael giró la cabeza y miró de reojo a Atilano. Nunca comprendió como eran elegidos los líderes de las familias, aquel individuo no era mejor que él en nada.

- No tenemos por qué dejar testigos. Haremos como si nada hubiera ocurrido. No soportaría estar bajo las órdenes de alguien como él. – Yadiel estaba cansado, tenía ganas de volver junto a Maya. Era a ella a quien de verdad debía fidelidad.

- No podemos arriesgarnos. Si lo descubrieran acabarían con nosotros y con todos los que queremos. – Yadiel no entendía la reacción de Raphael. Ninguno de los dos apreciaban a Ítalo. - ¿Es por la mujer?

- No logro entender cómo han aparecido tan deprisa. Es como si nos hubieran estado esperando. – Yadiel también tenía sus sospechas. Un topo. Tendrían que tener mucho cuidado, mucho más del habitual.

- No tiene por qué importarte. Somos soldados. Sigue las normas y no lo pienses. – Raphael le miró asqueado y molesto por sus palabras.

- ¿Y si fuera Maya la que estuviera en esa habitación? – Yadiel sintió como se le helaba la sangre. Imaginarse a su rubia en peligro le paralizaba el corazón.

- No es el caso.

- Podría serlo. Te recuerdo que no hace mucho te seguí ciegamente y me jugué la vida por una mujer a la que no conocíamos. – Yadiel lo recordaba. Tan solo necesitó ver a Maya en una ocasión para volverse loco por ella. Saberla en peligro le hizo estallar, lo destruyó todo a su paso hasta que finalmente logró recuperarla. No había sido precisamente sencillo, pero al final ambos habían encontrado el equilibrio juntos. Habían construido un hogar.

- ¿Me pides lo mismo? – Yadiel cuadró los hombros y estudió a sus oponentes. En realidad, no era complicado, aunque las cosas tendían a enredarse por sí solas. Raphael sabía que de su decisión dependía todo. No era justo para su amigo, no podía pedirle que arriesgara su felicidad.

- No. Te pido que te largues. – Raphael cerró los ojos tratando de concentrarse.

Yadiel sabía que podía irse y su amigo no se lo recriminaría. Acudir al encuentro de Maya y cerrar los ojos al resto del mundo era mucho más sencillo de lo que debería. Aquella mujer era su debilidad, su deseo más profundo, ella era su esperanza y sus ganas de vivir. Lo había sabido desde el primer instante, ¿era eso lo que le ocurría a Raphael?

- Tú solo no podrías con todos. – Yadiel le miró con arrogancia y dos segundos después esbozó una sonrisa complacida. – Aún tienes mucho que aprender, pero tranquilo, te dejaré unos cuantos. No quiero que te oxides.

- Será mejor que no seas tú el que se quede atrás, abuelo.

Raphael sonrió antes de girarse con la daga en alto.

Atilano no se lo esperaba. Levantó las manos y esquivó el primer golpe. Era más ágil de lo que aparentaba, sus movimientos eran elegantes y casi ridículos. El problema es que no estaba acostumbrado a la pelea real, a que la alfombra te haga tropezar o la persona contra la que luchas no respete tu caída. Raphael le cortó la cabeza poco después.

Yadiel no intervino, no fue necesario. Dejó a Raphael descuartizando a Atilano y se dirigió hacia la verdadera batalla. Iba a entrar en la habitación

del fondo cuando dos hombres salieron de ella. Se miraron en silencio e Ítalo sonrió arrogante.

- ¿No tardáis mucho en aparecer?

- ¿Nos necesitabas? – Yadiel miró a Petra y se preguntó si estaría viva. Esperaba que así fuera o Raphael querría más sangre. No tenía ganas de tener que enfrentarse a Ítalo.

Ítalo miró a su hombre de frente y le agradeció su lealtad con un movimiento seco de cabeza.

- Debemos largarnos de aquí cuanto antes. – Ítalo lo dijo en voz baja al tiempo que trataba de trazar un plan. Yadiel quería irse a casa, recoger a su mujer y ocultarse. No iba a ir a ninguna parte sin ella, no dejaría que se alejara nunca más. Hacía mucho tiempo que había aprendido aquella valiosa lección.

- Sé de un sitio. – Yadiel no quería llevarles a su hogar, sin embargo, no quería dejarles solos y no podía evitar pensar en Maya. Raphael llegaba por el pasillo. Olía a humo, el trabajo estaba casi terminado. Raphael miró a Petra fijamente, Ítalo se sentía incómodo ante el escrutinio.

- Necesitaremos dinero en efectivo. Ve a cogerlo a la caja fuerte. – La orden de Ítalo era clara, lo miraba solo a él, pero Raphael no se movió. Necesitaba saber que Petra estaba bien, estaba concentrado en su boca, en su pecho, tenía que respirar. No se dio cuenta de que él mismo estaba conteniendo el aliento hasta que finalmente la oyó suspirar. Estaba dormida o al menos algo parecido.

- Voy. – Ítalo tenía ganas de sacarle los ojos, había tenido que contenerse para no arrancarle la cabeza allí mismo al verle tan concentrado en la pelirroja que dormitaba entre sus brazos. Tal vez no era el mejor momento, esperaría uno mejor, pero le pondría las cosas claras.

Raphael arrastró los pies hasta que estuvo fuera de la vista de Ítalo. No lo desafiaba abiertamente, sin embargo, necesitaba retarle. Tan pronto tuvo todo el efectivo metido en dos mochilas volvió junto a ellos. Necesitaba volver a verla, quería que abriera los ojos, saber por su boca lo que había pasado. ¿Le habían hecho daño? Ya lo había arriesgado todo por aquella mujer, ahora no se iba a quedar al margen. La protegería costara lo que costara, la protegería como no había podido hacerlo con su hermana.

Capítulo 15

- Mmm... - Xin entreabrió los ojos. Estiró el brazo y se notó apresada.
- ¿Qué estás haciendo? – Notaba la boca pastosa. Ítalo la cargaba con cuidado y caminaba con prisa. Estaban fuera de casa, la calle estaba vacía y hacía frío.

- De niñera. Vuelve a dormirte antes de que me arrepienta. – Xin sonrió divertida y se removió inquieta. Le notaba a través de la ropa, duro, tenso. Ítalo gruñó en bajo, solo ella pudo oírle y apretó más el abrazo. – Estate quieta. – Xin quería jugar. Le gustaba verle incómodo y el tono, bajo y ronco, que empleaba para corregirla.

- ¿Y si no quiero?

- No creo que te apetezca que te deje caer desnuda delante de todos.

- ¿Todos? No veo a nadie más. – Xin había perdido el pudor. Ya no le importaba mostrar su desnudez, la había aceptado como algo natural. Se aprovechaba de ella para luchar, la ropa podía convertirse en un estorbo.

- ¿Seguro? – Xin percibió un movimiento tras ella y se irguió alerta. – Tranquila. Son inofensivos. – Ítalo gruñó molesto cuando sintió como Raphael se acercaba.

- Al fin estás despierta. – Raphael trató de ser suave, no quería sobresaltarla.

La sábana se movió dejando al descubierto su hombro derecho. Raphael estiró el brazo, dispuesto a recolocar aquel trozo de tela tan travieso, cuando Ítalo se detuvo en seco. Le arrancarían la mano si volvía a intentarlo. Xin le recordaba, aquel hombre era el que había atacado a Silfrid.

- ¿A dónde vamos? – Xin quería respuestas. – Bájame. – Ítalo no quería hacerlo. Siguió caminando como si no la hubiera escuchado, pero Raphael se interpuso en su camino haciendo que se detuviera.

- Ya la has oído. – Raphael lo dijo como un gruñido y Yadiel se

interpuso entre ambos.

- Calmaros. No montéis una escenita. – Ítalo miró a Yadiel furioso. No le gustaba lo que estaba insinuando.

- Controla a tu perro o me ocuparé yo. – Lo único que impedía a Ítalo cumplir su amenaza era la idea de dejar a Petra en el suelo. Raphael se acercó con la daga en la mano y Yadiel lo agarró con fuerza inmovilizándolo.

- Inténtalo.

- Raphael tranquilo. Por favor, esperad al menos a llegar a un lugar seguro.

Xin apoyó la mano en la mejilla de Ítalo y raspó su barba con las uñas. No le comprendía, pero su presencia la tranquilizaba. Le gustaba estar a su lado, oír su voz, sentir sus brazos entorno a su cuerpo. ¿El problema? Aún podía sentir palpar la herida de su muslo y no quería repetirlo. Temía bajar la guardia y acabar más fastidiada todavía. No iba a permitir que sus hormonas la jodieran de nuevo.

- Puedo caminar sola. Creo que, aunque lo intentara, no podría huir de vosotros.

Ítalo no la creía, tan solo quería convencerle para que la dejara. Había visto su poder, realmente no le necesitaba, sin embargo, también había presenciado lo que ocurría después. No obstante, no era eso lo que le molestaba, no quería soltarla porque estaba disfrutando de los roces, las caricias descuidadas y su peso. Podía sentir la piel caliente a través de aquella, fina y sedosa, sábana. Podía percibir los pezones contra su pecho cada vez que ella trataba de incorporarse para hablarle. Ciertamente no quería dejarla en el suelo. Los motivos eran mucho más numerosos de lo que todos pensaban.

- Estás desnuda, descalza y llena de heridas. – Un resumen bastante acertado. Ítalo trató de poner en orden sus pensamientos ya que estos parecían concentrarse en la forma en la que los dedos de Xin empezaban a descender por su cuello. – No nos hagas perder el tiempo y mantente quieta.

- ¿Tienes miedo a no poder controlarme? – Xin sopesó la idea de golpearle y salir corriendo. La desechó al momento. No quería volver a su piso. Temía encontrarse con cualquiera y una parte de su mente, la misma que la había mantenido con vida hasta entonces, le decía que no estaba en peligro.

- He tratado con mujeres peores. – La idea la molestó. Xin se giró olvidándole. Miró a Raphael, y a los otros dos hombres que les seguían, sintiéndose ridícula por su pataleta, pero incapaz de controlarla.

Todos ellos eran altos, apuestos y musculosos. Habían sido creados a partir del mismo molde, sin embargo, no podían ser más diferentes entre ellos. Sus gestos, sus posturas, sus ojos... Xin sabía que Ítalo la estaba observando, podía sentir el calor de su mirada atravesándole la piel.

Avanzaban en silencio, pendientes de cualquier sonido. No sabía a donde se dirigían, pero por sus caras parecía un velatorio. Algo grave estaba ocurriendo, quería descubrir lo que era, pero no podía dejar de pensar en el vampiro que la apretaba cada vez más fuerte contra un cuerpo cincelado con las medidas perfectas.

Yadiel sacó el teléfono y llamó de nuevo. Cinco llamadas y nada, aquello no era normal. Maya tenía que estar bien. No podía perderla, la necesitaba. Llamó otra vez y el buzón de voz. Apretó con fuerza aquel aparato demoníaco, ante las inmensas ganas que tenía de lanzarlo contra la acera, y trató de serenar su mente. Eran miedos infundados, aún nadie podía saber nada aún. Todavía estaban a salvo, ¿verdad? ¿Y si le había ocurrido algo? La angustia crecía en su pecho y sus pasos se aceleraban. Los demás iban quedándose atrás.

- Deberíamos ir más rápido. No entiendo por qué no hemos cogido uno de los coches. – Yadiel estaba cada vez más nervioso. Anhelaba teletransportarse. Cada minuto era como una puñalada en su mente, que no dejaba de crear posibilidades. Maya tenía que estar a salvo, no podía haberle pasado nada por su culpa. Miró a Raphael por enésima vez culpándole en silencio. Se arrepentía más que nunca de la decisión que había tomado.

- No podíamos. Los coches tienen localizadores. Aún no nos están buscando y esperemos que no nos relacionen con lo ocurrido, pero no nos interesa que puedan ver nuestros movimientos. – Dijo Ítalo sin variar el ritmo. No podían hacer nada fuera de lo común.

- Necesito adelantarme. – Yadiel ya no podía más. No esperó a que nadie le contestara y corrió. Corrió como nunca antes, sus pasos apenas resonaban en el asfalto. Sentía el viento golpearle la cara, la adrenalina corriendo por sus venas y el miedo. Terror que se anudaba en su mente y le bloqueaba. ¿Qué haría si le habían hecho algo? Quería llegar y temía hacerlo.

Raphael le vio alejarse y suplicó al cielo que todo fuera bien. No podría

con más muertes de gente inocente. Volvió los ojos hacia Petra tratando de convencerse de que había hecho lo correcto. En el fondo sabía que sus acciones no habían servido de nada, no le habían necesitado en ningún momento. Lo único que habían conseguido era complicar todavía más las cosas.

Dante quería acercarse y hablar. Se mantenía en las sombras esperando el momento adecuado y repasando las palabras que usaría. No podía aceptar todo lo que le había contado, de ser así tenía un hijo por ahí perdido. Un hijo que había crecido sin él, un hijo que podría haber muerto. ¿Sería un vampiro como él? Sesenta años era mucho tiempo para un humano, pero para los de su raza no era nada. Tal vez aún tendría tiempo para conocerle...

Xin era el centro de todos los pensamientos y la causa de sus preocupaciones.

Xin comenzó a temblar incontrolablemente. Sentía que alguien la llamaba, algo malo estaba ocurriendo y la necesitaban. No podía mantenerse al margen. Una fuerza tiraba de ella y la reclamaba.

- Están muriendo.
- ¿Muriendo? Petra, ¿estás bien? – Ítalo se detuvo y le tocó la frente. Sus ojos se habían vuelto negros, un mal presagio para todos ellos.

Capítulo 16

- ¿Petra? – Xin gimió y estiró la mano. Veía el fuego, oía los gritos, sentía el dolor; sin embargo, estaba demasiado lejos para poder hacer algo.

- Mueren. Mueren... El señor está atrapado. No llegarán a tiempo. – Xin podía verle, indefenso, oculto debajo de los escombros. No le encontrarían a tiempo y ya no era capaz de hablar. ¿Cómo conseguiría pedir ayuda? Estaba perdiendo mucha sangre y el tiempo corría en su contra. – Necesito encontrarle. – “No debes” De nuevo la voz de Mantra en su cabeza.

- Petra, ¿de qué hablas? – Xin volvió la cara hacia Ítalo y esbozó una sonrisa triste.

- No soy Petra. - ¿Por qué no dejaban de llamarla así? No lo soportaba.

- Lo siento. ¿Qué ocurre? – A Ítalo le importaba una mierda el nombre que usara ahora, sabía que algo estaba pasando y ella parecía ser la única capaz de verlo. Necesitaba saber más.

- Un accidente. Una explosión creo... - Podía oír las conversaciones. Era como si una parte de ella estuviera en medio de aquella catástrofe. – Hay gente atrapada. Muchos morirán. Algunos ya lo han hecho. - No soportaba ver los cadáveres. Lo que más odiaba de los muertos era ver sus ojos.

Una explosión. No era algo que les incumbiera. Ítalo volvía a caminar. Sus preocupaciones se habían evaporado, pero no las de Xin.

- Tengo que ir. – Xin estaba decidida. No haría oídos sordos como en sus recuerdos. Haría todo lo que estuviera en su mano por inclinar la balanza. Si tenía tanto poder como todos decían iba a usarlo en ayudar a todos los que la necesitaran.

- ¿Ir? Tienes que esconderte. ¿Tienes idea de las personas que buscan tu cabeza? Eres el trofeo más codiciado. – Dijo Ítalo al tiempo que miraba a Dante y Raphael buscando apoyo. No era bueno involucrarse en asuntos humanos, cualquier error podía desencadenar el caos.

Dante se acercó a Xin por primera vez desde que habían salido de la casa. Su expresión era indescifrable, sus ojos la observaban con curiosidad.

- ¿Quieres ayudarles? – Ítalo empujó a Dante, con el hombro, tratando de alejarle.

- No le des ideas.

- ¿Por qué no? ¿No se supone que esa es su tarea? – Dante había oído muchas historias de las primigenias. Unas más fantásticas que otras, había tenido que aprender a filtrar para sacar algo en claro.

- Porque está en peligro. ¿No has escuchado nada? – Esta vez fue Raphael el que contestó. Quería respetar y ayudar a la mujer, sin embargo, meterse de lleno en un accidente no entraba en sus planes. Eso les convertiría en blancos al instante. - ¿Buscas que te maten?

- ¿Crees que no lo harán? – Dante sonrió sarcásticamente y miró a la pelirroja. - ¿Estás dispuesta a pelear? – Xin sonrió retándole con la mirada y levantó el mentón.

- ¿Lo dudas? – Ítalo abrió la boca dispuesto a discutir cuando Xin le besó. Tenía que irse.

Xin se estaba despidiendo. Quería sentirle antes de irse. Le deseaba. Sus labios la atraparon y se sintió invadida por su lengua. Fue un contacto breve, tuvo que poner toda su fuerza de voluntad para separarse de él. Quería sentirle sobre ella, sentir sus manos descubriendo sus lugares más secretos, hacerle suplicar.

Ítalo sabía que no debía, no comprendía por qué aquella mujer le hacía sentirse tan débil y manejable. Si la veía quería tocarla y si la tocaba nunca era suficiente. Cerró los ojos con fuerza y trató de pensar en su hermano, en todo lo que se había perdido por culpa de la mujer que sostenía en brazos. ¿Entonces por qué no quería dejarla ir? Si no podía dañarla lo mejor era estar lo más lejos posible. Dio la orden a sus brazos, pero estos se agarrotaron a su alrededor negándose.

- ¿No vas a parar hasta que te salgas con la tuya? – Ítalo conocía la respuesta. Empezaba a conocerla, cuanto más sabía de ella más quería saber. Seguía deseando oír por sus labios lo que había pasado con su hermano, necesitaba saberlo todo, y sin embargo mientras no lo recordara no servía de nada.

- No. Si no voy nadie le va a encontrar. Morirá sino hago nada. – Solo. Al igual que estaba ella en aquella mesa de tortura. Es horrible sentirse solo y no era justo morir en aquellas circunstancias.

- El viejo... - Ítalo jamás habría creído que pondría su vida en peligro por una mujer, pero mucho menos por un viejo.

- Sí. Un viejo. ¿Algún problema? – Ninguno de los tres dijo nada. Xin no comprendía las normas del nuevo mundo al que se suponía que pertenecía, pero tenía unos principios y no iba a dejar que se los arrebataran.

Xin se revolvió e intentó ponerse en pie. Ítalo no quería dejarla, pero finalmente cedió. Ella se agarró a la sábana, estaba despeinada y aún tenía la boca roja por el beso. Se veía excitantemente hermosa.

- Para alguien, en algún lado, es importante o lo fue en algún momento. Me tengo que ir, no puedo perder más tiempo. – Se giró dispuesta a marcharse. Sabía a donde ir y donde buscar.

- Los humanos son seres traicioneros. – Xin sonrió a aquel tipo que tanto la atraía. Ítalo era hermoso y arrogante. Su aura era oscura, peligrosa y eso era realmente excitante. Sus ojos eran los más azules que había visto nunca, casi blancos. Llevaba el pelo corto y barba de dos días. Sus labios gruesos y rojos sobresalían tirando de ella. Quería enredar los dedos en su pelo, arrancarle aquellos mechones color azabache mientras... Xin agitó la cabeza y alejó aquel pensamiento.

- Yo soy humana.

- No, eres de todo menos humana. – Xin no sabía que era lo que abarcaba su “todo”, pero no le gustó el tono que había usado Ítalo.

- Hasta hace poco lo era. La verdad me importa una mierda lo que pienses, voy a ir.

- ¿De verdad?

- ¿Crees que puedes detenerme? No necesito mucho para dejarte atrás. – Dejó caer la sábana y levantó los brazos. Seis pares de ojos la recorrieron entera. Ítalo trató de tajarla y ella se escabulló. – No puedes hacer nada. Ashnigt buris. – Aquellas eran las palabras mágicas, las palabras que sin saber cómo le daban un poder inimaginable.

- Si te descubren estarás acabada. No puedes usar tus poderes ante una

criatura inferior. Hay normas que debes cumplir.

- Me importan una mierda. Esas normas no han impedido que me torturaran y mataran. Yo no sigo las normas de nadie. – No se había detenido a pensar en lo que pensaría aquel hombre si le veía como un espectro, pero tampoco creía que siguiera consciente. Si era necesario ya se encargaría más tarde en hacerle entender y prometer silencio. Necesitaba cada segundo y en su forma normal no lo lograría.

- ¿Y cómo vas a impedir que se vuelva loco? Además...

- Ya lo pensaré en su momento. Por lo pronto me largo. – Xin le cortó y se dio la vuelta. Empezó a correr. Sentía el viento, la luz de la luna y la adrenalina corriendo por sus venas. Era realmente placentero, pequeñas descargas que recorrían su cuerpo y poco a poco iban activando sus sentidos; era como si hasta aquel instante no hubiera utilizado ni el 1% de su capacidad.

Xin les sintió a su espalda y se detuvo. La seguían y sabía quiénes eran.

- ¿No os dije que no conseguiríais detenerme?

Dante se encogió de hombros.

- Ni nosotros que no te seguiríamos.

- No necesito ayuda, ni perros guardianes, y menos de vosotros. No puedo confiar en que no me atacaréis cuando más indefensa esté.

- En este mundo nadie puede hacerlo, pero por mi parte necesito respuestas y hasta que no las tenga estás a salvo.

- Entonces solo tengo que callarme. – Xin se giró de nuevo y Dante saltó sobre ella apresándola.

- No tienes a la suerte. Apenas eres una niña en todo esto. No trates de jugar conmigo. – Dante estaba furioso. Sus ojos se habían vuelto rojos, brillaban como si el fuego hubiese estallado en su interior. Sus colmillos se habían desplegado y sonreía de manera que pudiera verlos en todo su esplendor.

Ítalo se lanzó contra Dante y les hizo separarse lanzándole lejos. No quería intervenir, sin embargo, ver el miedo en los ojos de Xin fue superior a él.

- Lo siento. – Xin bajó la cabeza y miró el suelo. No quería ser insensible, pero había visto demasiado los últimos días. – Soy Xin no Petra, no soy la mujer que todos creéis que soy, pero prometo tratar de compensar

todo lo malo que parece que hizo. En sus recuerdos Petra era buena, hacía las cosas por el bien superior...

- ¿Bien superior? – Ítalo la zarandeoó con fuerza. – Mató a mi hermano. Él jamás rompió las normas.

- Ya te dije que no lo recuerdo... - Xin temblaba. No tenía miedo por ellos sino a las posibles respuestas. Por mucho que no dejaba de repetirse que ella no era quién lo había hecho, a cada minuto que pasaba los recuerdos parecían asentarse, más y más, hasta el punto que le costaba diferenciarlos de los propios.

Xin se sentía desbordada. Ponían sobre sus hombros demasiadas responsabilidades. Parecía ser la responsable del pasado, presente y futuro. ¿Cómo podían pretender que lo hiciera sola? Para ella todo había perdido el sentido. Solo había una cosa cierta y era que alguien la necesitaba. No tenía que cerrar los ojos para verle, se había metido en sus pensamientos.

Xin saltó hacia atrás deshaciéndose del agarre y siguió adelante. Corrió tratando de alejarse de sus propios miedos. Sabía que estaban ahí, pero no quería que vieran las lágrimas que quedaban tras ella. El viento le limpiaba la cara y no necesitaba ver para saber el camino.

Llegó demasiado rápido. El fuego seguía activo y había demasiada gente a su alrededor. Dante se detuvo a su lado. Estaba callado y miraba a lo lejos. Xin giró la cara hacia él y le miró a los ojos, Dante la rehuía.

- Ella era increíble y lamento que la perdieras. – Dante levantó la mano, Xin sentía que debía alejarse, sin embargo, no lo hizo. Resistiría porque sentía que era necesario.

Dante no trató de dañarla, levantó la mano y le secó la cara. Creía que ya no quedaba rastro, pero ahí seguía.

- Espero no equivocarme contigo. – Dante suspiró cansado. Llevaba demasiado tiempo anclado en el recuerdo de su mujer, cada día la revivía. No soportaba dejarla atrás, quizás había llegado el momento. Por primera vez en mucho tiempo sentía que hacía algo que importaba, iba a salvar una vida. Agatha estaría contenta.

Xin no le comprendía y no preguntó. ¿De qué serviría? Sentía a Ítalo a su espalda, casi se rozaban, sentía la tentación de apoyarse en él. Sabía que tocarle la reconfortaría.

- ¿Qué hacemos ahora? – Era Raphael. No las tenía todas consigo mismo. No le gustaban los humanos y no trataba de ocultarlo.

- Salvarle. – Xin miró a los bomberos, a los policías y a los curiosos. Demasiados ojos pendientes. – Es mejor que entremos por detrás. Tengo miedo de que nos descubran.

- Si corremos no podrán vernos. Para ellos no seremos más que una sombra. – Ítalo calculó la distancia. – Tratad de no rozarlos. Aprovechad la oscuridad y avanzad por ella. En el lateral hay un callejón, entraremos por ahí. No dejéis de moveros. Xin, - Xin le miró y sonrió. Estaba nervioso, aunque no comprendía el motivo. La agarró del brazo. – No dejes que te toquen.

- ¿Por qué?

- Hasta que no controles tus poderes podrías matar al individuo en cuestión. – Xin tragó aire y se preguntó qué habría pasado si no la hubieran acompañado. Se miró las manos y se sintió atrapada. No quería dañar a nadie. – Quizás sería mejor que nos esperaras aquí.

- No. Iré con vosotros. Podéis estar tranquilos. Tendré cuidado.

El edificio era enorme, tendría al menos veinte plantas. Parecería poco, sino fuera porque estaba rodeado de fuego y parte de la fachada estaba a punto de desprenderse. Los coches de bomberos estaban en primera fila tratando de sofocar el fuego mientras los de policía mantenían la zona protegida. Parecían moverse en sincronía, todos tenían su tarea.

Había gritos, lágrimas y ambulancias al fondo. Era un caos organizado en el que todos necesitaban algo.

Xin corrió y entró sin preguntarse si el fuego la dañaría o podría respirar con tanto humo. Tan solo tenía que llegar hasta la tercera planta y encontrarle. Después, cualquiera de los tres que seguían sus pasos, le agarrarían y dejarían fuera. Tan solo eso. ¿Sencillo? En absoluto.

La escalera estaba medio derruida, el fuego parecía haberse adherido a la estructura y esta era inestable. Xin se preguntaba cómo era posible que ardiera si era cemento, pero se detuvo incapaz de enfrentarse a aquella lengua roja que parecía moverse con vida propia.

- ¿Qué esperas? Van a descubrirnos. – Dante la empujó contra las llamas y Xin se cubrió la cara con las manos mientras caía. Esperaba dolor, pero nada ocurrió y abrió los ojos.

- ¿No me queman?

- Tú no, pero nosotros sí así que mueve el puto culo. – Gritó Dante tratando de hacerse oír.

Xin no necesito saber más. Siguió adelante. Subió las escaleras, llegó al tercer piso y se detuvo ante el 3C. La puerta parecía maciza, pero debería poder hacerlo. Dio una patada y la puerta se desprendió haciendo que una llamarada saliera por ella.

- Ten cuidado o provocarás más explosiones. – Ítalo estaba a su derecha y se lo dijo tan cerca del oído que sintió un escalofrío bajando por su columna. - ¿Dónde está?

- Debajo de algo ahí dentro. – No podía explicarles como sabía que era allí, ni como sabía que aquel había sido su hogar durante los últimos veintisiete años. Sin embargo, sabía que aquel había sido un hogar feliz y eso era suficiente para ella.

- Quédate aquí. Iré yo. – Ítalo miró a los hombres que había tras él. Dante y Raphael hicieron un gesto con la cabeza e Ítalo se internó en el fuego. De pronto Xin tuvo miedo. Ella les había traído y Dante había dicho que ella era inmune, pero él...

- ¡No! – Algo había explotado en el interior. Xin se internó en las lenguas de fuego. Caminaba despacio. Trataba de ver algo, pero era imposible. El humo ocupaba lo que el fuego iba dejando. Era imposible que alguien sobreviviera mucho tiempo allí. ¿Y si el oxígeno ya se había acabado? ¿Por qué a ella no parecía afectarle?

Un recuerdo le vino a la mente y cerró los ojos. Podía oír, tan solo tenía que concentrarse. Oía la madera chisporrotear, el aire agitarse y revolverse, y algo a lo lejos. Siguió adelante sin abrir los ojos. Sus pies esquivaban los obstáculos, sus manos iban delante de su cara para evitar que algo la golpeará, pero nada lo hacía. Pasaron unos segundos hasta que se topó con algo duro que parecía revolverse entre sus dedos.

- ¿Qué estás haciendo aquí? – Xin se detuvo y dejó la mano reposando sobre su brazo.

- Estaba preocupada.

- ¿En serio?

- ¿Por qué habría de mentirte? – Ítalo la agarró contra él y la atrajo evitando que, un trozo de techo al desprenderse, la aplastara.
- Ya te dije que no le haría nada. Deberías haberte quedado allí. Nos estás retrasando.
- Suéltame. No estaba preocupada por él, bueno también, pero no solo por él.
- ¿De verdad me ves tan débil?
- Yo pude vencerte y no soy precisamente un peso pesado.

Ítalo la soltó y Xin siguió su mirada. El hombre estaba tirado en el suelo, sangrando, y no se movía. Se olvidó de todo lo que estaba haciendo y se agachó a su lado. Sentía la pena y las ganas de llorar en su garganta. Estiró los dedos y le tocó. Estaba caliente, aunque en aquellas circunstancias eso no le decía nada.

- No le encuentro el pulso. – Ítalo la miró con pena y negó con la cabeza. Él tampoco lo oía. – Tenemos que hacer algo. Sé que aún sigue ahí. Me está esperando. – Ítalo trató de levantarla, sin embargo, ella no cedía.
- Tenemos que irnos.
- ¡No! – Xin se inclinó sobre el cuerpo y le estudió. Era un hombre mayor, de unos sesenta años. Había perdido el pelo y las arrugas se concentraban en torno a sus ojos y boca. Parecía haber reído mucho a lo largo de su vida. Le acarició con ternura, como si fueran viejos amigos y se sentó. – Vuelve, no puedes irte así... - Xin le besó en la cara. Sus pensamientos se centraban en su cuerpo, en su deseo de que regresara, de poder hablar con él y concederle la oportunidad de vivir.
- No lo hagas. Es muy peligroso.
- ¿Qué es lo que no puedo hacer? – Xin levantó la cara y trató de sonreír. – No puedo hacer nada... Tardé demasiado y él ha muerto.
- No es tu culpa.
- Sí que lo es. Cada segundo contaba y yo... - Xin saltó hacia atrás cuando sintió la respiración volver a aquel cuerpo. Se removía y quejaba. Tosía como un loco. - ¿Qué?
- Te dije que no intervinieras... - Ítalo parecía cansado. Levantó la mano y Xin vio el brillo justo a tiempo.

- ¡No puedes matarle!
- No podemos dejarle vivir.
- ¿Por qué no?
- Es complicado... - Ítalo solo conocía las leyendas, jamás lo había visto en primera persona.

- Inténtalo. – Xin quería sacarlo de allí, pero temía dar la espalda a Ítalo.

- Has devuelto su alma, lo has forzado a unirse al cuerpo, pero no ha sido natural y el cuerpo comenzará a descomponerse. Su alma estará atrapada en un cuerpo que se corrompe más rápido de lo normal. Es un destino mucho peor que la muerte.

Xin no tenía ni idea que era capaz de hacer algo así. Quizás tuviera razón o tal vez no, sin embargo, si lo tenía que hacer, no sería en ese momento por su palabra.

- Llémosle. Ya lo decidiremos más tarde. Por favor.

Ítalo le recogió y comenzó a correr escaleras abajo. No se detuvo hasta que llegó al callejón y dejó caer el cuerpo, como si no fuera nada más que basura. Dante y Raphael llegaron poco después seguidos de Xin.

- ¿Contenta? – Xin giró la cara avergonzada.

- Ítalo tranquilo. – Raphael se interpuso entre ambos mientras miraba el cuerpo que había a sus pies. Algo había ocurrido y no había visto jamás a su jefe en ese estado.

- ¿Tranquilo? Ha jugado con la muerte y es algo realmente peligroso.

- ¿Con la muerte? – Raphael sacó la daga y se lanzó contra el viejo que parecía gemir desde el suelo.

- ¡Estáis locos! – Los ojos de Xin se volvieron negros. Su voz ronca, parecía provenir del fondo del infierno. Estiró la mano y la daga de lava apareció entre sus dedos. – No le tocaréis.

- Tú no lo entiendes. Cuando llamas a la muerte esta buscará un pago. Cuanto más esté aquí, más peligro correremos. – Raphael seguía buscando algún punto débil. Haría lo que fuera necesario por detener aquello. No sabía que aquella mujer tenía tanto poder.

- ¿La muerte? – Xin era escéptica, pero al ver sus caras empezó a temer. - ¿Lo estáis diciendo en serio?

- Xin – Ítalo usó su nombre tratando de aplacarla. Se acercó y estiró la mano. Quería sentirla, besarla y hacer que se apartara. – Puedes provocar mucho dolor.

- Me dijiste que solo se trataba de que su cuerpo...

- Nunca vuelven bien. Siempre suele haber un pago y no te va a gustar. ¿Soportarás sobre tus hombros la muerte de algún inocente? – Xin bajó los brazos. El puñal se deshizo entre sus dedos y ella lloró. Ítalo la atrajo y la abrazó con fuerza.

Raphael miró a su jefe asombrado. Ítalo parecía diferente y se movía con cuidado, retirando a Xin, dándole el espacio que necesitaba. Algo había cambiado, incluso su mirada era diferente, sus gestos más delicados y su voz más suave. No le estaba ordenando nada, la estaba consolando.

Raphael levantó el puñal. El viejo abrió los ojos y le miró confuso. Iba a morir viendo a su asesino. Raphael habría preferido que no se hubiera despertado, pero definitivamente no se sentiría culpable por ello.

- Petra...

Todos se quedaron paralizados. Aquel viejo conocía a una de las primigenias, aquel viejo la conocía a ella.

Xin se acercó y se sentó a su lado. Ninguno se percató de que seguía siendo translúcida ni en que estaba desnuda.

- ¿Me conoce?

- Hola chiquilla. – El señor trató de levantar la mano, pero esta cayó sin fuerza a su lado. – Mi vida... - Él hombre lloró y ella sintió que la pena la embargaba. No sabía por qué, no obstante, sentía que le dolía verle así.

- ¿Cómo es que me conoce?

- Mi niña... - Trató de incorporarse. – Volví por ti. Sentí tu sufrimiento y no podía dejarte. No podía dejar que te hirieran de nuevo, lo siento tanto...– Xin sentía las lágrimas por su cara, no necesitaba que le explicara nada, en su mente podía saber que se refería a la tortura a la que había sido sometida. De algún modo parecía haber experimentado lo mismo. Podía verlo en su mente.

- Yo no le recuerdo.

- Es normal. Mi cuerpo se ha estropeado. – El viejo sonrió cansado. Parecía tranquilo, feliz. – Tan solo quería volver a verte antes de morir. Quería pedirte que me perdones. No puedo seguir viviendo con lo que hicimos. Soy uno de los ancianos.

- ¿Ancianos? – Niem se dio cuenta entonces que Petra aún estaba incompleta. Aquello era peligroso.

- Debes cerrar el ciclo. Te están buscando y necesitas todo tu poder. No dejes que te atrapen, no te dejes convencer. Ellos no quieren ayudarte, tratan de controlar tu poder y si lo consiguen de nuevo jamás podrás huir.

- ¿Me buscan? ¿Silfrid? Ellos – Xin señaló algo tras ella y le sonrió tratando de calmarle. - me ayudaron a escapar. Puedes estar tranquilo. - ¿Por qué le estaba dando explicaciones? Aquello era surrealista.

- No pequeña. Dos de las casas se han sublevado. Han aprovechado tu debilidad para tratar de destruirte. – Niem comenzó a toser y convulsionar. – Yo... Yo...

Xin le tocó el hombro y trató de repetir lo que fuera que había hecho para estabilizarle, pero no funcionaba.

- Petra... Salva a Dulce... no....no... morir... hija... la niña...- Xin sintió que su corazón se detenía cuando vio como la tos estaba acompañada por sangre. La sangre salía cada vez con más fuerza, hasta que al final se quedó en silencio. Xin no necesitaba tocarle para saber que se había ido. Quería traerle de vuelta, sin embargo, temía intentarlo. La conocía, ¿Por qué no podía recordarle?

Ninguno de los tres espantapájaros que había tras ella dijo nada mientras Xin volvía a la normalidad. La cubrieron con la chaqueta de Dante y caminaron. En silencio avanzaron hasta que llegaron a una casita unifamiliar a las afueras. Un silencio que Xin necesitaba y temía. No soportaba estar a solas con sus pensamientos, con sus miedos, no obstante, tampoco podía enfrentarse a las preguntas.

Capítulo 17

Cuando Bryan atravesó el umbral ya sabía que Silfrid había muerto. No fue necesario verla. Dyris se movía tras él, buscaba algo, pero el lugar estaba vacío. No había nada más.

- Debemos deshacernos de los restos. Quemaremos la casa. Recógelo todo antes. – Bryan se giró dispuesto a irse cuando Dyris lo detuvo.

- No vayas solo. Es peligroso. Espera a que termine aquí y te acompañaré. – Bryan le dio un casto beso en la frente y tiró de ella hacia el interior.

- Me quedaré más tranquilo si voy solo. Hazlo por mí y quédate a salvo. – Dyris iba a decir algo cuando Bryan la detuvo. – Hermanita, sé que eres poderosa, pero necesito saber que estás bien. Quiero conocer primero a lo que nos estamos enfrentando.

- Sabes que tú solo no podrás con todo. Me necesitas. Los dos somos uno, sin mí...

- Lo sé. No te preocupes. No me dejaré ver.

Dyris no quería dejarlo ir, pero no tuvo opción. De pronto estaba sola recogiendo los libros más antiguos que había visto jamás. Había oído muchas historias de Silfrid y sabía que había sido alguien poderosa, sin embargo, en aquellos momentos se parecía demasiado a un cadáver normal y corriente. No veía la grandeza de la que todos hablaban.

Había sido una batalla corta. Las cosas apenas estaban revueltas y la mayoría de la sangre le pertenecía a ella. Parecía una anciana, su piel se había acartonado y sus manos estaban agarrotadas en un gesto de súplica. La sangre se había coagulado entorno a su cuerpo y no quiso ver su cara.

La tapó con una manta mientras entraba y salía. Rezó por ella, porque tuviera más suerte en su siguiente vida. Aquella fue su forma de despedirla, antes de prenderle fuego a la casa y volver a Leonis.

Leonis era su hogar, una fortaleza en medio de la ciudad. A lo ojos de los demás un simple rascacielos de setenta pisos, para ella un lugar seguro e impenetrable. El único lugar en el que realmente se sentía a salvo.

Un lugar lleno de magia, tradiciones y estrictas normas. Sin embargo, hacía días que algo extraño ocurría con los ancianos. Los pasillos se habían llenado de cuchicheos. Lo más viejos preparaban hechizos y pociones como si una gran guerra se hubiera desatado y estuvieran en el epicentro.

Dyris trataba de mantenerse al margen y cumplir con sus cometidos. Bajar la cabeza y pasar desapercibida. Ella escuchaba, pero no opinaba. Tenía sus propias ideas sobre lo que estaba pasando y eso no hacía más que incrementar el temor por la suerte de su hermano. Por mucho que trataran de tapar todo aquel asunto, algo iba realmente mal.

Deslizó la mano a su pantalón y agarró el rubí. Sentía su calor, su poder, entrar en contacto con la piel de sus dedos e infundirle la templanza que necesitaba.

Su madre había muerto en una cruenta batalla protegiendo aquella pequeña reliquia familiar, una reliquia que pasaría a su primogénita. Una piedra que contenía el poder de toda su estirpe, capaz de destruir ciudades enteras, pero con el poder de crear vida. Nadia sabía la procedencia de aquellos objetos repartidos por las familias de los hermanos, sin embargo, eran los más poderosos.

Solo los hermanos que poseían una de aquellas piedras tenían poder realmente, el resto hacían tareas administrativas u otras de mucho menor valor.

Dyris miró la luna llena que se había erigido en el cielo. Era una noche preciosa.

Sin embargo, no dejaba de pensar en Bryan por mucho que lo intentaba. Estaban pasando demasiadas cosas y de pronto, todos se habían convertido en un blanco. Quería detenerse e ir tras él, pero tenía un deber que cumplir y volvió a casa. Las órdenes eran lo primero.

“Bryan ten cuidado.”

Capítulo 18

- ¿Qué es un anciano? – Ítalo la esquivó y salió a la calle mientras Maya, al otro lado de la casa, terminaba de empaquetar sus recuerdos. Para él aquello era una pérdida de tiempo, una forma perfecta de ser capturados, pero necesitaba guerreros y sabía que Yadiel era uno de los mejores. Debía adaptarse a las circunstancias. Estaba en un terreno desconocido y no le gustaba. – No puedes seguir evitándome eternamente.

- ¿En serio? – Ítalo levantó la ceja derecha y esbozó una sonrisa arrogante.

- ¿Por qué no puedes contestarme? ¿Qué es lo que tanto te molesta?

- Tú.

- Para ser lo primero que dices en horas podías ser más agradable. – Xin se estaba comportando como una niña. Le perseguía y atosigaba a preguntas. Sabía que él no le debía nada.

- Déjame en paz. – Estaba siendo amable, pero se le estaba agotando la paciencia. No podía decirle la verdad. Ni siquiera conocía todos los datos. En su mente trataba de ordenar la información y darle algún sentido. Se había metido en algo mucho más grande de lo que pensaba. Los eslabones habían empezado a girar y estaban atrapados en medio.

- No lo haré. – No podía hacerlo. Necesitaba comprender. Saber qué era lo que la hacía tan especial, nunca se sintió diferente, ahora extrañaba sus preocupaciones mundanas.

- Puedo obligarte. – Ítalo la apresó contra la pared y bajó la cabeza. Sus dientes brillaban amenazadores, pero Xin los recordaba diferentes. Para ella aquel “bocado” había sido delicioso.

- Hazlo.

- Qué rápido te olvidas de las cosas. – Xin asintió y expuso su cuello.

Aquella sensación era como una droga. Sentía que la necesitaba, la encendía y enloquecía. Una necesidad que iba en crescendo con el paso de las horas. Sintió su propia humedad antes de notar su aliento sobre los labios. Tan cerca, tan deliciosamente cerca, que dolía. Podía tenerlo, tan solo tenía que acercarse un poco más, sin embargo, no lo hizo. Era doloroso, sentía la necesidad entre sus piernas.

Ítalo estaba jugando. No quería darle lo que pedía, no podía hacerlo. Sin embargo, cuando vio la vena latiendo, zigzagueando sobre su piel, necesitó recorrerla con la lengua. Y después de saborearla necesitó probarla. Siempre un poquito más...

La sangre era espesa, no mordió profundo y aun así salía con fuerza. Gruñó de placer y Xin sintió la excitación contra su abdomen. Se restregó contra él hechizada, le daría lo que él le pidiera a cambio de que calmase el calor que la había embargado. No veía ni sentía nada que no fuera él.

Ítalo la soltó, al notarla maleable, y la miró. Sus ojos se habían vuelto negros y aparentaba ser muy peligrosa. Sonreía. Su boca, tan roja como la de él, a pesar de que ella no estaba manchada de sangre.

- No deberías hacerme esto.

- Dámelo. Por favor... - Ítalo gimió incapaz de detenerse y la besó. Xin atacó con la lengua, saboreó su propia sangre. Se apretó todavía más contra él. Necesitaba sentirle, el contacto nunca era suficiente.

Sus lenguas danzaban compenetradas. Las manos de Xin se habían aferrado a sus hombros mientras Ítalo la levantaba. Sus piernas le envolvieron. Le recibió como si siempre hubiera estado ahí, su cuerpo le acogía reconociéndole. No se separaron, sus lenguas danzaban imitando el acto más antiguo y poderoso de la creación.

Xin le notaba contra su entrada, estaba húmeda y le quería dentro. Se frotaba impaciente, pero necesitaba algo más. Se separó y se lamió los labios, estaba hambrienta de él. No comprendía que era lo que la llamaba, pero jamás había sentido algo así y no quería detenerse. No podía hacerlo.

- Quiero beberte...

- Eres insaciable. - Ítalo acercó la boca y Xin giró la cara.

- Necesito beberte...

- Lo sé. Eres un duendecillo muy travieso... - Xin se percató entonces de que algo rojo salía por el borde de sus labios y sonrió.

Se besaron de nuevo, pero el sabor era diferente. Era él en su estado más primitivo entrando por sus papilas gustativas, fundiéndose en sus venas y pasando a ser parte de ella.

Ítalo se detuvo unos instantes antes de poseerla. No recordaba nada que no fuera ella, no sentía el dolor y el vacío que le habían acompañado durante décadas. La necesitaba, se sentía vivo y era maravilloso.

Xin vio la duda y temió que se echara atrás. No podría superar aquella sensación que parecía haberla emborrachado.

- No dudes. – Ítalo veía la súplica, el miedo...

Se introdujo en ella. Gruñía incapaz de hablar. Encajaban a la perfección y sus cuerpos parecían saber lo que necesitaba el otro. Se movían frenéticos.

Ítalo le mordió la boca y ella jadeó mientras se le nublaba la vista. El placer la estaba cegando y la llevaba lejos. Estaba montada en la cima de algo poderoso y se mantenía suspendida incapaz de dejarse ir. Se sentía unida a él y no quería soltarle.

Ítalo no podía más. Cada segundo era una tortura.

- Déjate ir pequeña... - Apenas podía hablar. Le faltaba el aire y se aferraba a ella incapaz de dejarla atrás.

Solo necesitó oírle tan cerca de su oreja para perder el control. Fue algo apoteósico, les dejó vacíos y completos. Respiraban apresuradamente y se miraban en silencio. De pronto no sabían que podían decirse. Se miraban como si no se reconocieran, se estudiaban incapaces de comprender que era exactamente lo que estaba diferente.

Ítalo la dejó en el suelo y Xin se recolocó el vestido que le había dado Maya. Le quedaba algo justo y le molestaba al caminar.

Ítalo gruñó mientras se abrochaba la cremallera del pantalón. Se sentía furioso consigo mismo, se había comportado como un adolescente. Se alejó a grandes zancadas cuando Xin le detuvo agarrándole por el antebrazo.

- Fue muy divertido, pero sigo necesitando respuestas. – Quería parecer firme, necesitaba ocultar la preocupación y el miedo. Algo le decía que con aquellos tipos cualquier muestra de debilidad jugaba en su contra.

- Ya has obtenido más de lo que mereces. – Quería insultarla, hacerla sentir tan sucia como se sentía él en aquel momento. Sabía que no estaba siendo objetivo, pero sentía que no necesitaba justificarse. No por dañarla a ella, se lo merecía.

- Estoy segura de que tienes en muy alta estima tu anatomía, pero fuera de un orgasmo no me has dado nada de utilidad. – Miró el cielo. Las estrellas brillaban ahí fuera, pero las luces le impedían ver la belleza. ¿Cuándo fue la última vez que se detuvo a observar o disfrutar lo que el mundo le ofrecía? Quizás lo mejor era girarse, olvidarse de todo y tratar de vivir en paz. Algo le decía que no duraría, pero podría mantenerla, al menos un tiempo. Volvió sus ojos a Ítalo. Podría atacarle, tratar de obligarle por la fuerza, sin embargo, sentía que no serviría con él. – La realidad es que si no averiguo lo que pasa estoy muerta. Hasta hace poco habría dado cualquier cosa por morir, por terminar la tortura, sin embargo, no me siento preparada aún. Puedes odiarme, o al menos tratar de hacerlo, pero creo que no quieres que muera.

- ¿No quiero que mueras? Llevo deseándolo durante décadas. Planifiqué una y otra vez la forma de acabar contigo. Nunca era suficientemente dolorosa. Necesitaba destruirte como yo lo estaba. Me dejaste sin nada. ¿Cómo te atreves a pedirme algo? – Xin sabía que la culpaba de la muerte de su hermano, le habría gustado tener más datos para poder defenderse. Estaba siendo irracional, al menos para ella todo aquello lo era, pero eso no hacía que no percibiera su lucha interna. Veía el dolor en sus ojos, la forma en la que tensaba la mandíbula y se movía inquieto por el césped ante ella. Trataba de mostrarse frío, pero en su interior todo se había roto y los pedazos amenazaban con destrozarle.

- Tendrás que tomar una decisión. No puedes odiarme y desearme al mismo tiempo.

- Creo que le das más importancia de la que tiene.

Ya llevaban más de tres horas allí. No sabía cuánto más podría tardar Maya en empaquetar, pero empezaba a ponerse nerviosa. Quizás lo mejor era hablar con Raphael, parecía el único que no la miraba de reojo.

Pasó al lado de Ítalo y le rozó a modo de despedida. Estaba harta de sentirse culpable, no podía seguir a su lado.

- Adiós. – Ítalo sintió que su mundo se detenía. La miró confuso mientras entraba en la casa y se sentó sobre las escaleras.

Se veía hermosa y triste, sabía que él era la causa. Quería tener algo a lo que aferrarse para consolarla, pero la realidad es que la odiaba. La odiaba con la misma intensidad con la que la deseaba. Su cuerpo, su instinto quería poseerla, al mismo tiempo su mente anhelaba su destrucción.

Aquello no era sano. No podía permanecer en el borde, era un juego realmente peligroso. Aún seguía pensando en el corte que le había hecho en la pierna, aun le dolía recordarlo. Ítalo lo había arriesgado todo sin pensar, ahora la realidad le devolvía la bofetada. Estaba anclado en el medio y no veía la salida que no le destruyera.

Capítulo 19

Aarón seguía rebuscando entre las páginas de aquel libro la solución. Allí estaba la clave, por mucho que en aquellos momentos no fuera capaz de encontrarla. Necesitaba dar con ella y acabar con aquello de una vez por todas. O era para él o no sería para nadie.

Petra se había convertido en su obsesión. Día y noche pensaba en ella. Recordaba todos los sacrificios y aberraciones que había hecho en su nombre con orgullo. Había matado a muchos, sin embargo, no sentía remordimientos. Estaba harto de ser una sombra a su lado, de esperar el momento o la vida adecuada. Ya no podía más.

Los enemigos estaban moviendo ficha. Eran astutos y él lo sabía todo de ellos. En el fondo él mismo era un traidor entre sus filas, aunque aún no había decidido traidor hacia quién. Aquel era su comodín y debía usarlo con cuidado.

Pasó la página y releyó por quinta vez la historia que en ella se relataba. No eran más que fragmentos del pasado, pero Aarón sabía que el pasado tenía mucha importancia y que tendía a repetirse. En cada vida Petra dijo ser única, diferente y en todas ellas volvió a cometer los mismos errores.

Petra... Aún la recordaba tumbada sobre la camilla. Aún recordaba su piel caliente y sus labios. Había aprovechado los momentos en los que habían estado a solas y ella estaba inconsciente. No había hecho nada más que acariciarla, que cuidarla, pero para él aquello era íntimo y precioso. En su mente retorcida ella era consciente de todo y lo aceptaba. Seguía repitiéndoselo a pesar de tener un plan B por si ella le rechazaba.

Habría matado mucho antes a Silfrid, pero había sido necesaria. Su muerte fue demasiado prematura y aun así había disfrutado al verla desangrarse en el suelo como un perro. Ella había suplicado por su ayuda cuando los wampiros se marcharon con Petra, pero él tan solo sonreía. Esperó a su lado mientras la veía morir. Se arrugaba y descomponía ante sus ojos. Era algo realmente

hermoso ver apagarse la luz de sus ojos. El momento exacto en que se percató de que ya nada podría salvarla era algo que le obsesionaba.

Dejó esos placenteros recuerdos a un lado y finalmente dio con lo que estaba buscando. Un viejo ritual de rastreo. Necesitaba la sangre de Petra y un viejo amuleto. Lo primero ya lo tenía, lo segundo sabía dónde conseguirlo.

Capítulo 20

Bryan se ocultaba detrás de un matorral indeciso. La había encontrado y había sido demasiado fácil. Podía entrar y buscarla, los enemigos eran pocos, pero sabía que las apariencias engañaban.

No debía atacar de frente, contaba con el factor sorpresa, sin embargo, sorprender a guerreros wampiros era otro cantar. Quizás con su hermana tendría una oportunidad, él solo lo dudaba.

- ¿Quién eres? – Bryan sintió que dejaba de respirar y se giró hacia la sombra. Era una mujer hermosa, su piel translúcida la hacía parecer delicada, mientras que sus ojos negros como el ébano le aterraban. Su voz grave reverberó por la zona, aunque estaba seguro de que solo él podía escucharla.

- Uno de los hermanos. Debes volver. – Bajó la cabeza y miró al suelo. Sabía que mirar una de aquellas criaturas era peligroso. En el fondo tan solo era un mito, pero no valía la pena jugarse la vida para comprobarlo.

Bryan no era un niño y podía pelear. En realidad, era realmente fuerte, pero temía demasiado el resultado. Aquella sombra era una de las criaturas más poderosas de la creación. Además, su poder menguaba considerablemente sin su hermana.

- ¿Volver a dónde? – Xin giró la cabeza y trató de recordar. Hacía menos de cinco minutos estaba dentro de la casa y de pronto, tan solo peligro. Ni siquiera recordaba cómo había acabado ante aquel hombre que parecía retroceder por minutos. Sin embargo, tenía respuestas y las necesitaba con urgencia.

- A Leonis. Allí podemos ayudarte a completar la transición. Es peligroso para ti, para todos, la situación en la que te encuentras. – Reunió toda su valentía y ordenó a sus pies que se acercaran. Tan solo tenía que tocarla, pero ella se escabulló entre sus dedos. No iba a ser sencillo. Sabía que Petra podía entrar en su mente. Pensaba en cualquier cosa menos en la

droga que tenía en la mano, sin embargo, cuando vio como los ojos de aquella criatura ojeaban sus dedos sabía que no había servido de nada.

- No lo intentes. No quiero tener que arrancarte la cabeza. Te sorprenderías la cantidad de cabezas que he tenido en mi poder.

Bryan metió las manos en los bolsillos del abrigo. En el fondo no creía que fuera a funcionar. Debía hacerla entrar en razón y tener mucho cuidado con lo que decía. Parecía inestable y la paciencia no era precisamente una de las cualidades de las cuatro primigenias.

- Eres alguien especial. Tan solo debes dejar que nosotros te guiemos. Podemos ayudarte a tomar las decisiones correctas.

Xin retrocedió y se agarró la cabeza. Aquellas palabras, aquellas palabras habían despertado algo en su interior. Otro recuerdo y sabía lo que eso significaba. No podía perder el conocimiento, no allí.

Xin trató de correr hacia la casa. Gritó durante unos segundos llamándoles. Se suponía que estaba en el baño, al menos era el último lugar que recordaba. Nadie la estaba buscando, no podía desmayarse. No podía...

Bryan se preguntó lo que había pasado. Ahora parecía una mujer normal acurrucada a sus pies. Era hermosa, irrealmente hermosa, una belleza que a él le daba miedo. Sabía que las criaturas más mortales eran las que tenían los colores más bonitos.

Se inclinó y la recogió. Ya había tenido mucha suerte para un solo día, no tenía pensado seguir jugándosela.

Pesaba poco, pero su cuerpo se revolvía inquieto haciendo que fuera realmente complicado mantenerla agarrada. Temía que en cualquier mal movimiento acabara dejándola caer y corrió hacia su coche.

La metió dentro de un deportivo negro. La acomodó en los asientos traseros y la ató. La oía gemir y parecía que lloraba, pero no era asunto suyo. La misión había sido completada con éxito. Ni siquiera había tenido que pelear. Para él las cosas no habían podido salir mejor y no iba a hacer ninguna pregunta al respecto. No sabía lo que ocurriría con ella una vez llegaran y tampoco le importaba.

Tanto él como Dyrís habían sido entrenados a conciencia. Eran guerreros y seguían órdenes. Arriesgaban su vida sin dudarlos, pues la duda podía conllevar la muerte.

- Espero que seas realmente poderosa. Nunca he visto a los ancianos más nerviosos y eso no suele ser una buena señal para los prisioneros.

Aceleró al máximo y disfrutó de la sensación. Aún quedaba un largo trayecto por delante y sabía que hasta que llegara a su destino podía pasar cualquier cosa.

Capítulo 21

Ítalo golpeó de nuevo la puerta, furioso. Hacía más de media hora que Xin se había metido en el baño. Aquello no era normal. Podía haber entrado en esa especie de trance y haberse desnucado. Su imaginación le jugaba malas pasadas. De pronto el miedo le traspasó y le dejó helado. ¿Y si le había pasado algo? Era una posibilidad muy real, ¿entonces por qué no se atrevía a mirar?

Dante se acercó por detrás y golpeó la puerta. Una patada que reverberó por la casa. La puerta se salió de los goznes con brusquedad y mostró un espacio vacío. No era un lugar muy grande en el que buscar. Allí no había nadie.

- ¿Dónde está? – Ítalo no sabía que pensar. No podía creerlo. Tenía que estar allí.

- ¿Ves que sepa algo? – Dante se giró y le lanzó contra la pared furioso.
– Tú fuiste el último en hablar con ella. ¿Le dijiste algo?

- Nada. – Ítalo sentía que la sangre se le había congelado en las venas. “Adiós” En el fondo no la había creído, les necesitaba. Estaba loca si creía que podía salir viva, ella sola, de todo aquello. ¿Por qué no la había seguido?
- ¡Suéltame o te mato! – Ítalo golpeó con fuerza a Dante en la cara. Dante se tambaleó, pero no se cayó. Tomó impulso y se lanzó de nuevo al ataque.

Maya llegó hasta ellos y trató de poner paz. Tenía miedo, ella ya no estaba acostumbrada a pelear. Aquello era algo familiar y aterrador. Ver a su marido con dos pistolas en la mano corriendo por el salón la hizo comprender de golpe la magnitud del peligro al que se enfrentaban. Hasta aquel momento todo parecía irreal, una misión más y un hombre sobreprotector. Ahora comprendía que era posible que alguno de ellos no volviera con vida. Todo por una sola mujer...

- ¡Callad de una puta vez! ¡No tenemos tiempo para esto! Necesitamos

rastrearla. Aún debe estar cerca. ¿Seréis capaces de hacerlo? – Ítalo miró con furia a Yadiel. No tendría que habérselo dicho nadie, pero la verdad era que por un momento su mente se había quedado en blanco.

Raphael les siguió fuera mientras Yadiel retenía a Maya y trataba de hablar con ella.

- Cariño, escúchame... - Maya temblaba incontrolablemente. No era la primera vez que estaban en peligro, ella misma había sido retenida y torturada. Era precisamente por eso por lo que era incapaz de moverse. Tan solo miraba a su marido en silencio, con lágrimas corriendo por la cara y las manos agarrotadas de agarrarse a él.

- No puedo... no puedo volver a pasar por esto.

- Te prometo que no te pasará nada. – Maya negaba con la cabeza y lloraba. Yadiel sabía que estaba perdiendo un tiempo precioso, que sus compañeros le estaban dejando atrás, pero no era capaz de cortar el llanto de su mujer. Tenía que escucharla y estar a su lado. Ella era su mundo, la luz que le devolvió las ganas de vivir. No soportaba verla en aquel estado sabiendo que él había podido evitarlo.

- Si me cogen... sabes que si me cogen me torturarán de nuevo... - Maya había sido una gran guerrera, la mejor. Estaba acostumbrada al dolor, a la pelea, incluso había disfrutado de la anticipación del combate. Sin embargo, la tortura a la que la habían sometido cuando finalmente la atraparon la destrozó. Todo lo que ella había sido se perdió entre las cuatro paredes de su cárcel. Solo fueron necesario dos wampiros para acabar con ella. Había sido una ilusa al pensar que se estaba recuperando.

- Eso no va a pasar. Tienes que volver a ser la de siempre. Tienes que defenderte y sonreír. En el fondo te has ido apagando y encerrando, como si esta casa pudiera protegerte de lo que hay fuera. – Maya se abrazó con fuerza contra él y sonrió. Sabía que tenía razón, sabía que la amaba. Juntos lo eran todo, no había nada en el mundo que le importara más que él, y por mucho que le diera miedo salir no podía dejarle enfrentarse al peligro solo.

- Esta vez antes de que me cojan me mataré. – Yadiel la obligó a separarse y la miró a los ojos. Comprendía su miedo, pero aquellas palabras frías y meditadas le destrozaron. Con el tiempo se había convencido de que el pasado había empezado a ser eso, pasado.

- Te prometo que no dejaré que te pase nada. Te lo prometo. Te lo prometo. – Yadiel la besó en los labios. Sabían a sal, a pena, a miedo. Sus besos eran débiles, estaban llenos de suspiros y jadeos, sin embargo le supieron a gloria. - Somos uno, como uno lucharemos y moriremos.

Maya entrelazó sus dedos con los de su marido y sonrió. Le aterraba salir fuera, pero quizás ya era el momento. Quizás todo aquello sucedía por algo.

- Somos uno, como uno lucharemos y moriremos.
- Te echaba de menos preciosa.

Capítulo 22

El aire era caliente y espeso, demasiado para estar en mayo. Petra tenía miedo, pero no miedo por ella misma. A su alrededor se había desatado el infierno en la tierra. Piras enormes de madera, preparadas para quemar vivos a los que fueran declarados culpables, reemplazaban a las que habían sido usadas hacía tan solo unas horas.

Los cadáveres eran retirados rápidamente para dejar sitio y la gente vitoreaba como loca mientras les veían arder. Un ciclo que no parecía tener fin. La ambición de unos pocos y el sufrimiento de muchos. Petra se sentía culpable, pero no podía hacer nada y siguió caminando.

La plaza apenas era capaz de albergar tanto dolor y las estructuras incendiarias estaban demasiado cerca de las casas, pero a nadie parecía preocuparle.

Petra pasó la mano por uno de los maderos y se limpió las lágrimas. Seguía doliendo, daba igual cuanto lo intentara. Tenía todo el poder en sus manos y no había podido evitarlo, el destino parecía reírse de ella en su cara. Sabía quién estaba detrás, deseaba vengarse, pero ¿de qué serviría?

Ya apenas había nadie por las calles y los pocos que quedaban se retiraban rápidamente. En el fondo todos temían ser elegidos, solo hacía falta mirar a alguien dos veces para ver como el individuo en cuestión desaparecía con prisa. Eran unos cobardes, pero ¿realmente podía culparles?

Se sentó al lado de la pira y cerró los ojos. Si se concentraba, si realmente lo deseaba podría verlo. Tan solo tenía que deseárselo para revivirlo en su mente, sin embargo, tenía miedo. Lo había dejado solo. Él la había defendido, había luchado a su lado, y ella le había abandonado. Debería haber hecho caso de las señales, fue una ingrata.

- Nolan lo siento... - Estaba cansada. Lo necesitaba. Lo extrañaba.

Necesitaba su consuelo, solo él parecía saber siempre lo que decir. Quería correr detrás de los culpables y matarles del mismo modo. Sabía quién estaba detrás. – No debí irme...

Nolan la amaba y ahora se arrepentía de haberlo rechazado. Al menos hubiera sido feliz sus últimos días, ella jamás creyó que todo aquello fuera a pasar de verdad. A veces sus sueños no se cumplían, Nolan era poderoso sabía defenderse... Aun no comprendía como habían sido capaces de atraparlo, era incapaz de comprenderlo.

Podía elegir. Si lo deseaba podía quedarse con la última cena que habían compartido, con las bromas y los consejos. Con las tardes que habían entrenado juntos. ¿Entonces por qué no era capaz de alejarse de aquella pira? En el fondo no quería dejarle solo. No quería abandonarle de nuevo.

Tomó aire. La arena debajo de sus pies era oscura, un rastro silencioso de lo que allí había ocurrido. Se agachó y la acarició.

- Lo siento...

Las imágenes llegaron como pequeños flashes. Nolan ya no parecía el hombre alto y fuerte que ella recordaba. En tan solo unos días le convirtieron en un bulto incapaz de dar dos pasos seguidos sin tropezar. Podía verle avanzar hacia la hoguera cansado, rendido. Toda la piel llena de hematomas y cortes. Los ojos hinchados y la boca llena de sangre. No sabía durante cuánto tiempo le habían torturado para llevarle a aquella situación. Le dolía verle en aquel estado y sin embargo sabía que lo peor aún estaba por llegar.

Petra sentía las lágrimas recorrerle la cara. El dolor le aprisionaba el pecho y le costaba respirar. Apenas era capaz de mantener la concentración y se sentía incapaz de seguir mirando. No podía hacerle eso, no podía rendirse, tenía que verlo todo. Debía conocer sus últimos momentos. De pronto la venganza era lo correcto, ella que siempre abogó por la paz y el perdón, deseaba torturar a los que estaban detrás de todo aquello.

Dos hombres tiraban de él. Le tenían amarrado por una cuerda que cruzaba su cuello y muñecas. Le remolcaban hacia la pira. Parecían ansiosos, la muchedumbre gritaba enfebrecida. Como si no fueran a ver nada más que un espectáculo. Hombres, mujeres y niños sonreían ante la atrocidad. Muy pocos retiraban la mirada.

Le ataron a aquellos palos, como si aún esperaran que luchara. Le pidieron que confesara, pero Nolan no abrió la boca. Estaba cansado, aún ahora las emociones residuales llegaban a ella con fuerza. Quería detenerlo, si tan solo hubiera llegado a tiempo, pero la realidad era mucho más cruel. Lo único que podía hacer era mirar en silencio. Sufrir por lo que él había pasado. Había tres hombres más, posiblemente amigos y compañeros suyos a los que ella no conocía, que compartieron su misma suerte. Uno de ellos iba prácticamente inconsciente. A nadie pareció importarle.

- ¡Confiesa y Dios será misericorde con tu alma! ¡El fuego limpiará tus pecados! – El cura se puso delante de los cuatro condenados, de espalda al pueblo. Quería que todos le oyeran, que pensarán que seguía haciéndolo para salvar a los pecadores. Los humanos y su miedo al infierno. Sus acciones traían el infierno a la tierra para muchos desdichados.

De poco sirvieron sus intentos. Ninguno de los cuatro dijo nada. Las voces se alzaron, pero ninguna provenía de aquellos cuatro hombres. Sabían lo que les esperaba y apretaban los dientes esperando el dolor. Rezaban por perder la consciencia lo antes posible.

Sintió el miedo recorrerla entera cuando el palo se acercó a prender la madera. Le costó al principio, pero las llamas enseguida duplicaron su tamaño envolviéndoles. Trataron de aguantar, de no darles el placer de oírles gritar y suplicar. Nolan fue el último en hacerlo. Al final los cuatro los hicieron. Gritos y rugidos. Fue poco tiempo, el humo en seguida entró por sus pulmones y los quemó desde dentro.

Petra sentía frío. Algo dentro de ella moría con él. En su interior algo se rompía en mil pedazos. Se sentía vacía de nuevo. Aquello era por ella, para castigarla a ella, para demostrarle que, aunque se sintiera a salvo siempre podrían hacerle daño.

Petra pasó dos horas sentada en aquel lugar llorando. Sabía que jamás debió abrirle su realidad, que era tan solo un hombre en un mundo lleno de peligros. Podía ver el instante exacto en el que condenó su vida a muerte, le había avisado, pero Nolan había preferido enfrentarse a la parca. Nolan la amaba y, aún ahora, le dolía no haber podido corresponderle.

Había sido un amor puro y desinteresado. Por unos pocos años él se había convertido en su hogar, en el lugar al que volver cuando las cosas

iban mal. Él siempre la acogía sin hacer preguntas.

Ahora sentía que nada la ataba. El mundo entero era un lugar igual de inhóspito. Daba igual cuántas vidas viviera, la muerte la acompañaba allí a donde fuera.

El amanecer llegó. Como al resto del mundo, no le importó su dolor y bañó la plaza de dorado. Con desgana dejó que Petra pudiera apreciar a la luz del día las secuelas.

Petra se levantó furiosa. Estiró la mano y entre sus dedos apareció el puñal de lava. Un puñal creado en las entrañas de la tierra mucho antes de que la gente aprendiera a hablar.

Se desnudó despacio. Se mostró ante todo aquel que quisiera verla, deseaba que la vieran. Quería hacer desaparecer a aquel pueblo de la historia, pero sabía que no podría perdonárselo.

- *Ashnigt buris.*

Al instante desapareció. Para quién la vio, aquel era un mal augurio, un presagio de muerte.

Petra sabía quiénes habían dado las órdenes, desgraciadamente ellos no estaban a su alcance, pero también sabía quién las había cumplido y donde encontrarlo.

Caminó hacia el edificio del fondo. El único lugar del pueblo, junto con la iglesia, hecho de piedra. Allí tenían a los prisioneros y allí descansaban el cura y los carceleros.

Entró sin hacer ruido. El que debería dar la voz de alarma dormía plácidamente con claros signos de haber bebido. Poco daba, el resultado habría sido el mismo.

Como una brisa rasgó la piel de aquel hombre con el puñal. Su roce era una muerte segura y no se detuvo a observarlo.

Quería al cura. Su cara se había gravado en su mente. Deseaba verle gritar, verle encomendarse a su Dios y suplicar. Quería que conociera el miedo al que había condenado a cuatro hombres. Mediante engaños y mentiras les había arrebatado la vida de una de las peores maneras. Era hora de pagar por sus crímenes.

Mató a siete hombres hasta que finalmente se encontró ante la puerta del

sacerdote. Un hombre que, para ser el servidor de Dios, era más redondo que alto. Un hombre que sonreía ante las necesidades de su pueblo mientras él pudiera seguir con el estómago lleno.

Petra entreabrió la puerta con cuidado y se deslizó hacia el interior. La habitación estaba a oscuras, la poca luz que había provenía de un ventanuco del fondo, pero no hacía falta mucho para ver que era un lugar lleno de lujos.

Petra no se detuvo a apreciar los cuadros de las paredes, ni la gran chimenea de piedra. No le interesaba nada que no fuera el hombre que seguía roncando sobre la cama.

- Es hora de ver cuánto pesa el bien que has hecho. – Petra lo dijo a su oído y el cura abrió los ojos asustado. Parecía un cerdo sudoroso mientras trataba de alejarse de ella.

- ¿Quién eres? ¿Cómo has entrado? – El hombre no dejaba de temblar. Para él, ella era un demonio que había venido a torturarlo, en su mente era un hombre santo y estaba protegido. – Estás en casa de Dios.

- Jajaja. – Petra se rio como solo ella podía hacer. Una risa grave, oscura, tenebrosa que hizo que el hombre se orinara encima. Cuando una de esas criaturas te visita es porque vas a morir. Él no estaba preparado, quizás podría llegar a un acuerdo con la criatura. Podía darle lo que le pidiera.

- No me hagas daño. Puedo darte lo que me pidas. - Petra apretó el puñal con fuerza tratando de controlar el impulso de saltar sobre él y degollarlo. Quería que sufriera, no se merecía una muerte rápida.

- ¿Puedes dar la vida?

El cura se quedó blanco. Estaba en problemas y por más que trataba de encontrar una solución no lo conseguía. Si aquello era una pesadilla era la más real que había tenido jamás.

- No... yo... - Tartamudeaba. Las palabras no conseguían llegar a su boca. – Tengo dinero. Soy un hombre de bien. No me ha... hagas daño...

Petra conocía sus pecados y su religión. Sabía que hilos y miedos tocar. Cerró los ojos y vio la vida de aquel ser correr en su mente. Una vida cómoda llena de engaños y acuerdos. Una vida en la que no le importó lo que tuviera que hacer por salir ganando.

- *Tus pecados son mayores que el bien que has hecho.*
- *No. Yo solo sirvo al Señor.*
- *¿Pretendes mentirme a mí? – El hombre sentía que estaba perdido.*

No encontraba nada, por más que buscaba que hablara en su favor, ¿de verdad no había hecho nada bueno en su vida?

- *Puedo cambiar...*
- *No puedo darte la oportunidad cuando tú no se la has concedido a nadie. La muerte ha salido de tus actos y he venido a cobrar el precio.*

El hombre sabía que estaba muerto. Saltó de la cama y trató de llegar a la puerta con una agilidad impropia de su peso. Estaba histérico y chillaba pidiendo auxilio, pero nadie acudía a su llamada.

- *Nadie puede oírte. Estoy aquí para evitar que hagas más daño.*
- *No lo haré. Te prometo que no lo haré.*

Petra estaba asqueada. No soportaba que alguien tan débil y retorcido se hubiera creído con el derecho de acabar con Nolan.

- *Eres un ser repugnante. Nadie llorará por ti, nadie te recordará. Para el mundo no existirás. – Petra hablaba al mismo tiempo que caminaba hacia él. El hombre abrió los ojos asustado mientras gesticulaba tratando de detenerla.*

- *Por favor... ten compasión...*

- *No puedo darte algo que tú nunca tuviste. Lloro por los que has condenado y sufre por los que han quedado atrás. Por ti ya no se puede hacer nada.*

Petra llegó hasta él y le degolló. Se esforzó al máximo hundiendo la hoja hasta el hueso. Moriría demasiado rápido, pero se contentó abriéndole el pecho y sacándole el corazón con las manos. No sabía si cuando lo hizo aún seguía con vida, aunque lo dudaba.

Se acercó a las celdas y lanzó las llaves contra una de ellas. No dejó que nadie la viera. Corrió con el corazón de aquel individuo entre los dedos. Iba a quemarlo, eso era lo correcto. Lo quemaría, esperaba que al menos ahora Nolan tuviera el descanso que se merecía y que fuera feliz. Era increíble que a pesar de todo lo que sabía no estuviera segura que había algo después de la muerte. Esperaba que así fuera, porque alguien como él no podía caer en

el olvido.

Capítulo 23

Aarón se movía inquieto por el salón bajo la atenta mirada de los wampiros. Odiaba aquellas reuniones, le ponían nervioso.

El salón era inmenso y una ostentación demasiado llamativa para su gusto. Lleno de cuadros y figuras originales que valían auténticas fortunas.

A los wampiros les encantaba el dinero y tuvieron tiempo suficiente de amasar cantidades ingentes. Ahora mandaban desde la sombra y disfrutaban de lo que habían conseguido. Desde fuera veían a hombres atractivos y poderosos, desde dentro era otro mundo.

Aarón sabía que tenía que andar con cuidado, no debía ofenderles, pero tampoco mostrarse débil. Con ellos podía pasar cualquier cosa, pero todos eran conscientes de que se necesitaban mutuamente, al menos por el momento.

Le llamó la atención un cuadro de una playa que había al fondo de la habitación, lleno de luz y color. Desentonaba entre todos los demás, destacaba como un faro en medio de la oscuridad.

Se acercó y lo observó con cuidado. Aquel no era un pintor conocido, ni siquiera le sonaba el nombre, pero era hermoso. Las olas parecían reales y golpeaban las rocas mientras el sol bañaba la playa. Un amanecer lleno de colores y texturas, un amanecer captado con precisión y sutileza. Deslizó los dedos por la tela y sintió la rugosidad. Aquel cuadro le hacía pensar en el pasado y por ello lo odió al momento. Aquel cuadro le recordaba todo lo que había tenido que hacer para llegar a donde estaba, las humillaciones por las que había pasado y que probablemente aún pasaría. Cada vez estaba más cerca de lo que deseaba, ella sería suya, y juntos serían invencibles. Se haría imprescindible para ella, la salvaría y demostraría que solo él estaba a su lado pasara lo que pasase.

Se giró y volvió a sentarse sobre el sofá de cuero. Sabía que lo hacían esperar para ponerle nervioso, sin embargo, para él era un momento tan bueno

como otro cualquiera para seguir planeando.

- Puede pasar.

Aarón miró al wampiro con asco. Él también había sido el perro de alguien. Pasó a su lado y se dirigió hacia la oficina del fondo, sabía por dónde ir. No era la primera vez que entraba en aquella mansión de tres pisos, aunque esperaba que fuera la última.

Le seguían, los notaba a su espalda, pendientes de cualquier movimiento para acabar con él. Dimitri llevaba mucho tiempo en el poder, el suficiente. Muchos ambicionaban lo que Dimitri tenía y solo la muerte podía arrebátárselo. Para muchos era un trofeo por el que valía la pena morir.

Entró sin llamar y se sentó sin esperar la invitación. Ante él, Dimitri y otro hombre. Dimitri movía un vaso de whisky mientras miraba por la ventana. No movió ni un músculo para reconocer su presencia, parecía concentrado en algo mucho más importante y tardó unos minutos en girarse.

Dimitri podía parecer viejo, pero lo era mucho más. Su pelo había empezado a clarear hacía milenios y se había detenido ahí. Sus ojos castaños lo observaban todo con interés mientras trataba de aparentar tranquilidad. Era una rata escurridiza y astuta, y Aarón sonrió mientras se imaginaba cómo se lo tomaría cuando descubriera la sorpresa que le estaba preparando. Le tenía ganas desde hacía mucho tiempo.

“Bueno, todo a su debido tiempo.” Aquel pensamiento le dio la sensación de tener un control que no tenía. No eran más que dos jugadores en un juego muy peligroso.

- Espero que tengas buenas noticias. – Aarón levantó la mano y le enseñó la pequeña bolsita que sujetaba.

- Tengo su sangre.

- ¿Entonces puedes hacerla desaparecer?

- Sí. Solo necesito el colgante de tu familia. – Ambos sabían que no le pertenecía, que Dimitri no era más que un ladrón, pero no eran las palabras adecuadas para conseguir lo que quería.

- ¿Cómo puedo saber que cumplirás tu parte del trato?

- ¿De verdad crees que no mataré a esa puta? Ella y las suyas me han tenido esclavizado durante demasiado tiempo. Es hora de verlas arder. –

Dimitri asintió mientras miraba al hombre que estaba a su lado. Parecía esperar algo, pero Aarón no llegaba a comprender su presencia en aquella reunión. Hasta el momento no había dicho absolutamente nada.

El hombre parecía joven. Alto y fuerte. Sus ojos negros se movían por la sala como si esperara que el enemigo le atacara en cualquier momento. Jugeteaba con una pequeña daga con una habilidad prodigiosa. Sus dedos se movían con precisión atrapando la hoja cada vez que la lanzaba. La hoja brillaba y él la movía cada vez más rápido. Finalmente la agarró y la arrojó en su dirección. Aarón pegó un respingo acompañado de un grito nervioso. La daga pasó a unos centímetros de su cabeza y se clavó pocos metros detrás de él.

- Levántate. – Aarón tragó saliva. Aquella orden iba dirigida a él. ¿Estaba en problemas? Era imposible que le hubieran descubierto.

- Deberías hacerle caso... - No necesitaba que le dijeran nada más para convencerle.

- Dimitri tenemos un acuerdo. Ambos salimos ganando. No podrás hacerlo sin mí. – Aarón tenía miedo. Se levantó y retuvo el aire mientras aquel individuo le toqueteaba. Buscaba algo. Al final le arrebató la bolsita y se la dio a Dimitri mientras él les miraba, alternativamente, sin llegar a comprender nada. Si esperaban que aquella fuera la única muestra iban listos. Solo él tenía los rituales necesarios.

- Eres una alimaña. ¿No creerías que iba a darte lo que pedías sin tener un seguro?

Si Aarón pudiera palidecer aquel habría sido el momento. Algo iba realmente mal.

- Señor. ¿Qué quiere que haga con él?

- Siento ser yo quién te dé la noticia, – Era mentira y no trató de ocultar la sonrisa de satisfacción. – pero ya la han encontrado. Desgraciadamente aún no ha llegado, pero no tardará mucho en hacerlo. Ahora bien, sigo necesitando que te deshagas de ella...

- ¿Cómo la han encontrado?

- ¿Nosotros? Lo han hecho los hermanos, mis hombres están en camino para interceptarla. – Le habían facilitado mucho el trabajo. Era una pena que no pudiera dejar testigos, si no habría contratado al tipo que la había

localizado. Que se le iba a hacer...

- No podréis matarla sin mí. Volverá a nacer y volveréis a estar igual. – Aarón se dejó caer en la silla y apretó con fuerza los puños. No se planteó que fuera tan tonta como para dejarse atrapar. Petra era mucho más lista...

- No soy estúpido... - Dimitri le hizo una seña y el tipo que le había registrado le dejó caer algo sobre el regazo. – Ahí tienes lo que necesitas. Sé que tienes más sangre, por lo que no te importará que me quede con un pequeño seguro ¿verdad?

Aarón negó con la cabeza mecánicamente. Deseaba salir corriendo de allí. Tenía lo que había ido a buscar y, sin embargo, todo se había ido a la mierda. Si finalmente Petra le aceptaba, tendría que ocuparse personalmente de recuperar y destruir aquella bolsita que dejaba tras él.

Capítulo 24

Podía olerla. Sentía que podría reconocerla en cualquier lugar. Su esencia se había incrustado en su mente, con solo pensar en ella su sabor acudía a su lengua y le despertaba. Su instinto asesino estaba desbocado. Su cuerpo reaccionaba ante el peligro deslizando los colmillos. Sus ojos, rojos como el fuego, inspeccionaban la zona con cuidado antes de seguir adelante.

Ya llevaban media hora tras ella. Los cinco se habrían en abanico, tratando de abarcar el mayor terreno posible, siempre en la misma dirección. Eran buenos y parecían seguros de la victoria, pero Ítalo sentía miedo. Temía llegar tarde, verla morir sin poder evitarlo. Era como perder algo valioso sin llegar a disfrutarlo. En su mente se amontonaban las cosas que le habría gustado preguntarle, paradójicamente no eran preguntas sobre su hermano. Quería saber más de ella. Se odiaba a si mismo por no haberla detenido, por no haber tratado de comprenderla.

Trababa de concentrarse, no podía cometer ningún error y dejar que le vieran. Aprovechaba la oscuridad para colarse por ella, saltando vallas y tejados como un vulgar ladrón. No le importaba nada que no fuera aquella pequeña mujer de pelo de fuego. Quería volver a verla, necesitaba oír su voz al menos una vez más.

- Somos demasiado lentos. La vamos a perder. – Dante resopló por milésima vez y se preguntó que cojones le pasaba a aquel tío. A pesar de las historias era incapaz de ver en aquel wampiro al despiadado guerrero, más bien era un enamorado inquieto y preocupado. Se suponía que Xin había matado a su hermano y no era algo que perdonaras fácilmente. ¿Qué podía llevarle a perseguirla enloquecido por las calles? Tan solo sus propios motivos parecían tener algo de sentido.

- No podemos ir más rápido. Cualquier error podría ser mortal. – Era la misma respuesta que le había dado las últimas cinco veces y la misma que le seguiría dando. Podía percibir el gesto de frustración por el rabillo del ojo

y eso solo le divertía. Dante era un guerrero y estaba preparado para morir. Si las cosas iban mal era una salida más que aceptable, prácticamente liberadora.

Maya se detuvo y giró la cabeza concentrada en algo.

- ¿Qué ocurre? – Maya era una gran rastreadora. Sus habilidades eran prodigiosas. Había pasado mucho tiempo perfeccionándolas y, al contrario de lo que había pensado, su cuerpo actuaba por instinto.

- Oigo gritos y disparos. Algo está ocurriendo. – Ítalo se concentró y dejó que la adrenalina le recorriera. Necesitaba toda su energía y poder para llegar hasta Xin. – No hagas tonterías. No están solos.

Ninguno dudó de las palabras de Maya. Corrieron a más no poder. Sin preocuparse de que les vieran, de que alguien les grabara. La precaución había pasado a un segundo plano.

Cuando llegaron Ítalo se sintió caer. Su mundo se resquebrajaba de nuevo. No era capaz de pensar. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Dónde estaba? ¿Estaba muerta?

Un camión había chocado contra el deportivo. Había arrastrado el coche durante varios metros hasta detenerse. Era imposible que nadie sobreviviera a algo así. El vehículo parecía haber sido estrujado por un niño caprichoso. El metal estaba retorcido y aplastado. Ítalo no sabía el asiento que había ocupado Xin, pero no estaba seguro de querer averiguarlo.

De nuevo otro disparo les hizo reaccionar. En seguida llegaría la policía, los bomberos y demás fuerzas del orden. Si querían hacer algo tenía que ser rápido.

- Ella iba en un deportivo, ¿verdad? – Yadiel miró el deportivo rojo y caminó despacio. A pocos metros detrás del camión se estaba produciendo un auténtico tiroteo. – Mirad si sigue viva y sacadla de ahí. Yo voy a investigar.

Raphael siguió a su amigo en silencio mientras Maya e Ítalo se acercaban al coche. Sus pisadas resonaban por culpa de los cristales rotos. El parabrisas había desaparecido.

Un joven estaba inconsciente en el sitio del conductor y lleno de sangre. Ninguno de los dos le hizo caso.

- La veo. – Xin gemía en el asiento de atrás. Su cuerpo estaba colocado en una postura extraña y respiraba con dificultad, pero seguía resistiéndose a

morir. Ítalo expulsó el aire sin saber cuánto tiempo llevaba reteniéndolo y la miró. Daba pena verla, la sangre la había empapado. No era capaz de ver las heridas, pero algo la retenía. Maya le hizo una seña para que se acercara. – Yo apartaré la puerta y tú la sacarás. Ten cuidado. Intenta no moverla demasiado.

Ítalo temía hacerle más daño. Estaba sufriendo. Podía verla llorar mientras con la mano derecha se presionaba el estómago. No fue hasta que se acercó que vio la barra sobresaliendo entre sus dedos.

- Te ha atravesado. – Las palabras se le atascaban. No sabía qué hacer, era tan sencillo acabar con alguien y tan complicado protegerle. Aquel era un terreno nuevo para él. Era desconcertante saber que le atemorizaba que algo le ocurriera. Odiaba el instante exacto en el que la había visto por primera vez.

- Ho...o...- Xin comenzó a toser sangre e Ítalo le tapó la boca con suavidad pidiéndole silencio. No quería que se esforzara más. En su pecho comenzaba a temer lo inevitable.

- Está muy mal. Necesitamos llevarla a algún sitio seguro. – Maya asintió buscando con la mirada algún coche que pudieran forzar. Aquello tenía muy mala pinta. – Escúchame. Necesito sacarte la barra y levantarte. Te va a doler, pero tienes que aguantar. – Xin lloró de nuevo. A pesar del dolor se sentía mejor. Le miraba y sonreía. La soledad le había acompañado durante mucho tiempo y verle allí, por ella, le quitaba un gran peso de encima.

- I...ros. – Era la primera palabra que lograba pronunciar. El dolor le arrebató el aire. La sangre salía del algún lugar indeterminado y se colaba en su boca haciéndola escupir cada poco tiempo. – Fuego. – Hablaba con pequeños golpes de aire y le miraba. Era tan hermoso. Con aquel gesto serio y sus ojos completamente rojos... No dejaba de mirarla y ella se sentía única ante él. Solo estaban los dos, en medio de un infierno, pero las cosas estaban mejor a su lado. – Va... a expl...pl – Tosió de nuevo.

Ítalo sabía a qué se refería. El fuego se acercaba y si lograba prender en el depósito de gasolina saldrían volando.

- Cierra los ojos. Confía en mí. – Ítalo agarró la barra y tiró con fuerza. Cuando la vio liberada la agarró entre sus brazos y salió del coche. Notaba las manos húmedas, podía oler y oír su sangre salir con fuerza de Xin. – Necesito que me escuches.

Xin levantó la cabeza y sonrió. Estaba pálida, incluso sus labios parecían

rosados.

- Lo... siento.
 - Pequeña. – Ítalo sentía que se atragantaba. No soportaba su dolor ni verla pedirle perdón. – Necesito que bebas de mí.
 - No ser...virá.
 - Tiene razón. Necesita mucha más sangre de la que tú puedes darle. – Maya trató de acercarse, pero Ítalo se interpuso entre ambas.
 - Al menos le dará un tiempo que ahora no tiene.
 - Ítalo. Ella puede volver. – Maya trató de recomponer lo que sabía de aquellas criaturas y se lo soltó a bocajarro. Estaba nerviosa, los disparos eran cada vez más numerosos y su mente estaba con Yadiel. Tenían que ponerse a salgo. – Ahora no tenemos tiempo y tendrás que confiar en mí, pero mientras no se complete su transformación ella no se ira del todo de este cuerpo y podrá volver. Dentro de lo que cabe está a salvo.
 - No lo entiendo. – Maya tampoco lo comprendía muy bien.
 - Las primigenias se reencarnan una y otra vez, pero no recuerdan quienes fueron hasta que competan un ritual. Una vez el ritual empieza tienen un tiempo en terminarlo o mueren, pero mientras tanto volverán a la vida una y otra vez. En cada muerte recuerdan una vida. En cada ritual deben morir tantas veces como vidas han tenido. Se supone que se hace para que aprendan de sus errores, aunque a mí me parece una crueldad. – Ítalo sintió un escalofrío y recordó el estado en el que se la habían dado. Todo empezaba a tener sentido.
 - Vale. – Ítalo se aferró a aquellas palabras y caminó hacia Maya. – Agárrala. Voy a ayudar a Yadiel y Raphael. Si ves que no volvemos en cinco minutos iros y buscad un lugar seguro. Os encontraré vayáis donde vayáis.
- Ítalo no esperó a que le respondiera. Agarró la pistola y se dirigió hacia el camión. Apenas les separaban unos doscientos metros y, sin embargo, tras él parecía haberse desatado una auténtica batalla.
- Ayuda. – El tío del coche seguía vivo. Ítalo le miró y se preguntó que era más cruel, si dejarle morir o pegarle un tiro en la cabeza.
 - Púdrete cabrón. – Sentía asco y quería verle sufrir. No le concedería una muerte rápida.
 - Si no vienen con nosotros morirá. – Aquellas palabras le congelaron.

¿Era una amenaza? No creía que estuviese en la situación idónea para amenazarles.

- Si crees...

- El tiempo se está acabando. Solo quedan dos días. Si no logra transferir su pasado completamente a ese cuerpo parte de ella morirá. Si eso ocurre su mente se irá deteriorando poco a poco.

Ítalo se acercó y arrancó la puerta del copiloto.

- Si esto es una argucia deberías tener en cuenta de con quién estás hablando. Puedo hacer que todo esto sea un paraíso en comparación.

- Puedo ayudarla.

Ítalo no le creía y no dejaría que se acercara a Xin, pero tampoco podía dejarle morir. La posibilidad estaba ahí. Había demasiadas incógnitas entorno a ella.

Lo sacó del coche y lo depositó en la acera. Maya le miraba desde lejos, había puesto algo de distancia por medio ante el miedo a que el coche explotara.

- Ya he hecho más de lo que quería.

Capítulo 25

Ítalo llegó hasta Yadiel en el momento exacto en que alguien le disparaba en el hombro derecho. Sus compañeros eran diestros en la lucha, pero eran tres contra más de quince y, por mucho que en las películas los números no importaban, en la realidad estaban contra las cuerdas.

- Al fin te dignas en aparecer. – Bufó Dante.

Ítalo vació el cargador por encima de su cabeza antes de contestar. Por el momento estaban a cubierto, pero perdían terreno con rapidez.

- Debemos largarnos de aquí. Maya y Xin nos esperan. – dijo Ítalo sacando el cargador vacío de su glock. Yadiel asintió y sonrió al oír el nombre de su mujer. Saber que estaba bien era el premio que necesitaba tras cada batalla. Solo por ella trataba de hacer el mundo un poco mejor.

- A mí solo me han dado en el hombro, pero a Raphael le han dado dos veces en una pierna. – Yadiel se tocó la herida sopesando su gravedad.

Dante seguía invicto. Se elevó de nuevo, tras cambiar el cargador del arma, y siguió disparando. Disfrutaba de aquellas peleas porque por unos instantes se sentía vivo. Por unos momentos su vida tenía un sentido, una finalidad, y era salir vivo de allí.

- Yadiel, Raphael, id a por un coche y tenedlo preparado. Aquí nuestro amigo Dante me va a ayudar a prepararle una sorpresita a nuestros amigos. – Dante sonrió y sacó dos granadas del bolsillo del abrigo.

- ¿Te refieres a esto?

- ¿No te parecen preciosas?

Esperaron unos minutos antes de lanzar la primera. Yadiel y Raphael ya se habían retirado y ellos querían despedazar a unos cuantos antes de irse.

- Son unos cabrones obstinados, pero saben lo que hacen. Se mueven en formación y usan balas huecas. – Ítalo sonrió y se preguntó quién estaba dando las órdenes. Quien controlara a Xin tendría poder sobre las demás familias y clanes. El equilibrio que tan estúpido le había parecido hasta entonces se presentó ante él con una nueva perspectiva. - Si la consiguen muchos morirán.

- Y sino también. Ha empezado la guerra. – Ítalo le dio la razón y siguió lanzando granadas.

Un claxon tras ellos les avisó. Era hora de largarse.

- A quitar las anillas chaval. Es hora de dejarles una buena fiesta de compromiso. – Yadiel se carcajeó ante su juego de palabras mientras des-anillaba cinco granadas seguidas. Sin darle tiempo a reaccionar las lanzó una tras otra. Ítalo le imitó tratando de igualar su velocidad. Cuando la primera de ellas explotó los dos aprovecharon para correr, como alma que lleva el diablo, y saltaron al interior del todoterreno que les esperaba.

Ítalo buscó a Xin con la mirada tan pronto como sintió que Maya aceleraba. Estaba resguardada en una esquina, en silencio, demasiado tranquila.

- ¿Está bien? – Maya le miró por el espejo retrovisor. Estaba seria y apretaba los labios con fuerza. Sus ojos volvieron a mirar la carretera, esquivaron todo contacto visual con él.

- No tiene pulso.

- Me dijiste...

- Ya sé lo que te dije. Tenemos que traerla de vuelta lo antes posible.

- ¿Acaso sabes cómo hacer tal cosa? – Maya golpeó el volante con fuerza. Se sentía impotente.

- No, pero sé dónde encontrar las respuestas. La traeremos de regreso.

Ítalo recogió el cuerpo inerte de Xin y lo acunó entre sus brazos. Pesaba tan poco y estaba demasiado seria. Extrañaba sus gritos, su voz, su vitalidad. Estaba ahí y sin embargo lo suficientemente lejos como para que no pudiera llegar hasta ella.

Era como tener el envoltorio, pero no era lo que realmente importaba. De pronto comprendió a lo que se refería Xin. Extrañaba sus gestos, su forma de hablar y retarle. Extrañaba su esencia y la energía que transmitía. La extrañaba a ella, no a quién era ni lo que había sido.

- ¿Sabes a dónde vamos? – Hacía mucho tiempo que Yadiel no veía tan segura de sí misma a su mujer. Por un lado, estaba contento, pero por otro tenía mucho miedo. Había visto muchas veces, reaccionar de modos muy extraños, a compañeros que habían pasado por grandes pérdidas y temía que aquella fuera la paz antes de la tormenta.

- Sí. Aunque no será agradable para nadie. – Maya lo dijo con asco. Seguía apretando con fuerza el volante y los dedos se le habían puesto blancos.

- ¿Estás bien?

- Hacía tiempo que no me sentía tan bien. – Maya sonrió, pero la sonrisa se quedó suspendida en sus labios sin llegar a sus ojos. Estaba preocupada, había algo que le estaba ocultando y si lo hacía era porque sabía que él no lo aceptaría, pero ¿el qué?

Raphael tenía los ojos cerrados. Ni una sola vez miró el cuerpo de Xin. Ya tenía suficientes fantasmas y cadáveres en su cabeza para añadir uno más a la lista. Se salvaría, harían lo que fuera necesario para que así fuera. Raphael recordaba demasiado bien la pérdida, cada noche su hermana acudía a su lado, le visitaba. Siempre acudía a él como un cadáver de ojos blancos. Le preguntaba y suplicaba. Le torturaba como solo los que más amas pueden hacerlo, en sus sueños gritaba y peleaba, pero sabía el resultado de antemano. Otra persona habría odiado dormir, pero Raphael no, él necesitaba volver a verla, aunque esa fuera la única manera. Prefería sufrir a su lado que quedarse sin ella. Se aferraba al dolor como una emoción necesaria.

En ocasiones Raphael conseguía recordarla feliz y contenta, pero siempre volvía como un cadáver. Sabía que se lo merecía, que lo que sufría no era nada comparado con lo que le había pasado a ella y lo aceptaba como su castigo personal.

Dante estaba en silencio. Las cosas iban demasiado rápido y no sabía si quería seguir mucho tiempo más junto a aquel extraño grupo. Tenía claro que tan pronto Xin abriera los ojos no la iba a dejar escapar. Le respondería, una por una, todas sus preguntas y para eso haría lo que fuera necesario. Si tenía que acabar con aquellos que decían protegerla lo haría, aunque algo en su interior se removía ante esa idea. Esperaba no tener que hacerlo.

Capítulo 26

Aarón no esperaba verles llegar. Ni siquiera sabía cómo le habían encontrado. Lo último que imaginaba era que le darían a Petra en bandeja de plata, pero allí estaba. No en las mejores condiciones, ni siquiera parecía respirar, pero no era nada que no se pudiera solucionar.

Reconoció a Maya entre los demás. Así que era eso. Aquella mujer no dejaba de sorprenderle, por primera vez se alegró de que no hubiera muerto años atrás. Se había esforzado mucho en atraparla para la familia Yaanh. Incluso había disfrutado en primera fila de sus gritos de dolor y resistencia. Al final se había aburrido, con el paso de los días, las caras de sufrimiento y las suplicas se repetían, y se había marchado. Jamás creyó que lograra escapar y menos que conseguiría matar a todos sus captores, pero allí estaba. Esperaba que no le guardara rencor.

- Me alegro de verte. – Maya giró la cara asqueada. No soportaba tenerle cerca. Su piel se erizaba ante su presencia y tan solo deseaba matarle. Estar en la misma habitación que él era una tortura. Aún seguía preguntándose por qué nunca le había hablado a Yadiel de Aarón. Sabía que Yadiel le habría matado y la idea no le disgustaba, no obstante, jamás había abierto la boca. Quizás tan solo guardaba silencio esperando que al no hablar de lo ocurrido el pasado se fuera quedando atrás. – Sigues tan hermosa como siempre.

- ¡Cállate o te degüello aquí mismo! – Maya saltó hacia él con la daga en alto. Tuvo que contar hasta veinte antes de retroceder. Yadiel ya había levantado su pistola, ante el arranque de su mujer, listo para protegerla. Algo grave le estaba ocultando.

- Está bien. Está bien. – Aarón levantó las manos en señal de rendición. – Supongo que queréis que la salve. No aguanta muy bien la tortura, ¿verdad? – Aarón se acercó a Petra y le acarició el pelo. Cuando le aceptara no dejaría que nadie volviera a hacerle daño. Una parte de él disfrutaba de su dolor, se lo merecía por no haber luchado por volver a su lado. Tan solo tenía que haberle

aceptado cuando le abrió su corazón, aunque si finalmente le rechazaba sería el corazón de Petra el que abriría.

Ítalo se tensó. No soportaba ver como aquel individuo tocaba a Xin ni la manera en la que le sonreía. Algo en su interior le daba repelús y estaba tentado a arrancársela de las manos. Tuvo que morderse la lengua para mantenerse firme en su decisión y no retorcerle el cuello cuando comenzó a rasgarle la ropa.

- ¿Esto es necesario? No creo que tengas que desnudarla para curarla.

- ¿Cómo pretendes que cure las heridas si no las puedo ver? – Ítalo bufó molesto y dejó a Xin sobre una mesa.

Aquel lugar era asqueroso. Lleno de objetos de vudú y magia negra. Hierbas por las paredes. Vísceras dentro de botes en dos grandes estanterías. Apenas había luz y la poca que había provenía de las velas que había colgadas y colocadas en los rincones más insólitos.

En el centro de la habitación una gran mesa, la misma en la que acababa de dejar a Xin. Esperaba que aquel tipo supiera lo que hacía.

- Necesito trabajar. ¿Me dejáis espacio?

Yadiel y Raphael se giraron listos para salir de la habitación cuando Maya se plantó ante Aarón.

- No pienso dejarte a solas con ella. – Acercó la daga a su cuello y sonrió peligrosamente. – Ten cuidado con lo que intentas. No tienes ni idea de las ganas que tengo de rajarte como me hicisteis a mí.

Yadiel perdió el color. Así que era eso. Aquel hombre también la había torturado. Hasta aquel momento había estado convencido de que habían acabado con todos y ahora...

Yadiel levantó la pistola. Se acercó con dos zancadas y se la posó en la cabeza.

- Eres un cabrón. Reza a tus dioses porque voy a reventarte la cabeza.

Ítalo trató de agarrarle. Si mataban a aquel individuo Xin también moriría. No le importaba lo que le hicieran, una vez Xin estuviera bien, no obstante, hasta entonces tendría que pasar sobre él para ponerle la mano encima.

Yadiel golpeó a Ítalo con fuerza resistiéndose a retroceder. Tan solo tenía que apretar el gatillo, pero temía errar el disparo. El lugar era reducido e Ítalo

no dejaba de moverle tratando de arrebatarle el arma.

- Tranquilo. – Maya apoyó la mano en su brazo y él dejó que se lo bajara. Como si fuera mucho más fuerte que él y no tuviera nada que hacer contra ella. – Él es cosa mía. ¿No era hora de que me enfrentara a mis miedos? Aquí tienes uno de ellos.

Yadiel se acercó a su mujer y la abrazó. La sentía temblar, a pesar de que parecía tan segura de sí misma y valiente, seguía aterrada.

- ¿Desde hace cuánto sabes dónde vive este cabrón?

- Siempre lo supe. Les escuchaba hablar mientras me torturaban. Ninguno contaba con que sobreviviría. – Maya se apretó con más fuerza contra Yadiel y este trató de absorber su dolor. Si las miradas matasen, Aarón estaría a diez metros bajo tierra.

Aarón había dejado de hacerles caso. Limpiaba con cuidado las heridas de Xin. A continuación, colocaba unos apósitos sobre ellas y las vendaba. Ítalo necesitaba oír la respirar, había pasado mucho tiempo, pero Aarón no parecía tener prisa.

- Tráela de vuelta de una puta vez. – Ítalo se acercó a Xin y le agarró la mano derecha. Un gesto íntimo que molestó a Aarón.

Aarón recogió un libro pequeño de la estantería. Parecía antiguo. Las hojas estaban amarillentas y acartonadas. Las letras estaban escritas en rojo y los dibujos eran horribles, pero era lo de menos.

- Et abiit redire spiritum et animam suam continue – Aarón tenía los ojos cerrados y repetía las mismas palabras una y otra vez. Los demás guardaron en silencio impacientes. Todos tenían sus ojos fijos en el cuerpo que descansaba sobre la mesa. No veían ningún cambio, pero se aferraban a la esperanza.

Xin inhaló con fuerza. Su cuerpo se elevó unos centímetros sobre la mesa, como si algo la hubiera impulsado y dejado caer de golpe. Ítalo trató de acercarse, pero Aarón se interpuso.

- Ahora le toca a ella luchar y pagar el precio.

Ítalo quería destrozar a aquel hombre a puñetazos. Por un instante había presenciado en primera fila su sonrisa de placer cuando ella gimió de dolor. No estaba molesto precisamente por aquel contratiempo y eso era algo que

tenía que investigar.

- ¿Quién eres?

- Supongo que ya lo sabías si me la habéis traído. Aunque los wampiros nunca habéis destacado por la inteligencia esperaba que a lo largo de los años aprendierais algo. Soy el hermano encargado de los ciclos de Petra. Sino hubierais interferido ahora estaría a salvo y no sufriendo.

- ¿Me culpas? Aún recuerdo las heridas que tenía cuando me la trajeron.

Maya se mantenía al margen, acurrucada contra Yadiel, miraba a Xin y suplicaba por ella. Quería largarse cuanto antes de aquel lugar.

- Ítalo. – Maya caminó hasta él y le tocó el hombro. Sus ojos parecían mirar a lo lejos, recordaban algo y era algo que la asustaba. – Él trabaja con los seres que nos están buscando. Él era un espía de la familia de Dimitri y colaboraba con la familia de Yaahn. Oblígale a curarla y larguémonos cuanto antes.

Ítalo se giró y se sorprendió al descubrir que Aarón había salido de la estancia. Debía ser más cuidadoso si quería sobrevivir. Aunque no estaba solo y Raphael parecía haber salido tras el hermano.

Capítulo 27

Después de tanto tiempo la guerra llegaba a su fin. Tras años de disputas el hambre y la desolación campaban a sus anchas. El aire caliente hacía insoportable estar al sol y la gente buscaba refugio en las sombras mientras buscaban posibles soluciones.

Muy pocos tenían ya algo que llevarse a la boca y, sin embargo, la gente estaba feliz. La posibilidad de un nuevo comienzo, de la paz, les hacía mirar al futuro con esperanza. Una nueva época estaba comenzando.

Estaba en el año 10 A.C en Panonia. Una tierra tan acostumbrada a gente de cabello dorado y ojos azules que ahora parecía manchada por los invasores. Durante la guerra les habían ido conquistando y los panonios no pudieron hacerle frente. Ahora tan solo quedaba recoger los pedazos y tratar de volver a reconstruir lo que habían sido. Sabían que nada volvería a ser como antes, pero eran optimistas. Se aferraban a sus costumbres y tradiciones con miedo y respeto. Nadie quería ser descubierto, pero temían mucho más a los espíritus.

Petra caminaba en silencio y sonreía. Los niños volvían a jugar por las calles, siempre bajo la atenta mirada de los padres, pero volvían a oírse las risas. Los hombres reconstruían sus hogares con optimismo. Sabían que eran prisioneros, que estaban supeditados a los deseos de los invasores, y aun así estaban cansados de luchar. Las familias habían sido desmembradas en demasiadas ocasiones y ya tenían a muchos a los que extrañar. Extrañas e inquebrantables uniones se habían formado en unos tiempos tan convulsos.

El Danubio corría con prisa bañando la tierra. La gente aprovechaba para meterse en sus aguas y disfrutar. Por primera vez en mucho tiempo se oían risas y bromas, la gente tan solo hablaba con sus vecinos. No había motivos ocultos en sus palabras, ni miedo a ser traicionados.

Petra se detuvo y se sentó a observar. No estaba acostumbrada a tanta

tranquilidad. No era tonta, sabía lo que se escondía en el alma de aquellas personas, sabía que era una alegría atenuada, y sin embargo seguía siendo reconfortante.

Mitridates había muerto hacía muchos años. Traición o al menos eso había oído, era una forma como otra cualquiera. La muerte nunca es digna, la muerte es tan solo eso y todos acabamos igual.

Petra se tumbó y miró las nubes. Se le estaba acabando el tiempo. Notaba el cansancio, la debilidad en los músculos, ya apenas era capaz de levantar el puñal de lava. Sin embargo, había encontrado la serenidad, la paz y no deseaba seguir luchando. Ahora que había encontrado aquel remanso de tranquilidad quería mantenerse en él.

Pasó todo el día mirando a su alrededor. Estudiando sus caras, sus gestos y sus ilusiones. Las palabras que usaban y las mentiras que se contaban a sí mismos para seguir adelante. Los seres humanos la fascinaban. En su raza podía encontrar los seres más opuestos que uno pudiera imaginar. Bondad y maldad, mezclada de una forma tan compleja, que era difícil saber los motivos que guiaban sus acciones. El bien y el mal siempre han sido motivos de debate y ella sabía por qué. Toda buena acción puede esconder motivos horribles y viceversa. Petra sonrió ante sus cavilaciones. Su mente comenzaba a hablar con ella con asiduidad.

Ya era de noche cuando se levantó. El consejo de ancianos la había llamado. Probablemente ya no cumpliera los requisitos. Nunca había vivido tanto y se estaba volviendo débil. ¿Qué querían? ¿Pretendían sacrificarla como a un cordero? Petra sabía que incluso ellos estaban corrompidos. Tal vez siempre lo habían estado.

Llegó poco antes de la media noche al claro del bosque. Veinte hombres y mujeres cubiertos por túnicas negras se congregaban en la zona. Hablaban entre ellos en voz baja. Estaban nerviosos y eso no era una buena señal.

- Bienvenida. – El que hablaba era Baal, jefe de los ancianos. Su pelo negro caía en cascada por su espalda. Sus ojos negros como el carbón brillaban a la luz de la hoguera que habían encendido en el medio.

- Vosotros me habéis llamado. – Baah se movió inquieto y miró a la mujer que tenía a su izquierda. Katya se acercó a Petra y se inclinó en señal de respeto.

- Sin embargo, no tenías por qué aparecer y lo has hecho. – Petra no se dejaba engañar. Querían algo de ella.
 - No necesito vuestros halagos. Decid lo que queráis que tengo prisa.
 - Nunca has sido muy dada a hablar. – Baah lanzó una rama a la hoguera y se quedó mirando mientras esta chisporroteaba y ardía. – Te estás ablandando. – Baah sabía decir lo que todos temían sin llegar a ser irrespetuoso. Había nacido con el don de la palabra y una mente hecha para la estrategia. Petra giró la cara y les miró uno por uno. Eran viejos, tanto como la historia misma, sus ojos habían visto la evolución de las especies que poblaban el planeta, pero Petra sospechaba que muchos habían perdido la razón en el camino.
 - Ya me queda poco. No tenéis de qué preocuparos.
 - Los peligros acechan. Quizás podrías acelerar el proceso. No podemos quedarnos indefensos. – Petra sonrió y miró a la rubia que acababa de hablar. No sabía su nombre ni le interesaba. Aquellos seres pensaban como una colmena. Amaban demasiado sus propias existencias.
 - Mi muerte la decido yo. Deberíais tener cuidado con vuestras insinuaciones.
 - Petra cálmate. No queremos insinuar nada. Simplemente somos conscientes del peligro y queremos avisarte. – Katya suavizó el tono y sonrió tratando de aplacarla.
 - Os noto demasiado inquietos.
 - Los humanos se están volviendo muy curiosos. – Petra sabía que no era la primera vez que un ser humano metía demasiado las narices en donde no debía. Era peligroso, pero no para ellos. ¿Cuál era realmente el peligro?
 - ¿En serio? – No quería reírse de los ancianos, pero no podía evitarlo. Le recordaban a una camada de ratas cobardes.
 - Tú no lo entiendes. Cada vez son más poderosos y nosotros más vulnerables. Necesitamos tu poder. – Petra se miró las manos. Parecía una mujer mayor, al menos aparentaba cuarenta años y en aquella época esa era una edad avanzada.
- Niem se adelantó y le ofreció un colgante. Estaba serio. La miraba con dulzura.

- *Hace varias vidas acudiste a nosotros pidiéndonos ayuda. Nosotros te la concedimos sin dudar. Desde entonces trabajamos juntos, deberías confiar en nosotros. – Petra miró a Niem y negó con la cabeza. La confianza era algo que había que ganarse y ellos no lo habían hecho.*

- *Me ayudasteis porque os convenía. Yo soy una de las primigenias. Yo fui creada con el poder de la vida y la muerte. ¿Crees que no es suficiente responsabilidad como para que me echen en cara que aún no haya muerto? – Niem bajó la cabeza apenado.*

- *Sé lo que sufres cada vez que vuelves. Sé que estamos pidiendo demasiado, pero no lo haríamos si no fuera necesario.*

- *¿Lo sabes? – Petra empezó a reírse sarcásticamente. – Lo mío es una maldición. No es más que una maldición interminable. Jamás sabrás lo que es. Vivir para mantener a raya a wampiros, humanos, seguidores de Ra y demás especímenes no es vida. Siempre luchando, siempre rodeada de muerte y dolor. Saber que cuando muera volveré a renacer en otro cuerpo. Saber que para despertar deberé soportar una tortura en la que me matarán una y otra vez. Saber que perderé a todos a quién amo en cada vida, cada pérdida se repetirá hasta la extenuación. Lo bueno siempre se va y lo malo permanece. Es como estar atrapada en una pesadilla infinita. ¿Lo sabes?*

Niem se acercó a ella. Estaba tan cerca que podía rozarla. Sentía pena por ella, a sus ojos no era más que una niña. Una niña cansada y herida que se lamía las heridas, pero jamás se negaba a defender a quién lo necesitara. Se preguntaba quién les daba el derecho a exigirle nada y sin embargo ahí estaba. Plantado ante ella y pidiendo como el que más.

- *No debes rendirte. – Sin previo aviso la besó en la frente. Aprovechó esos escasos segundos para susurrarle al oído. – Ten cuidado. Hay traidores en nuestras filas. – Petra iba a separarse cuando volvió a agarrarla. – Te prometo que serás feliz. Te prometo concederte la oportunidad de brillar.*

Niem se separó y volvió al lado del fuego. Petra estaba sorprendida por sus palabras. ¿Traidores? Realmente no era algo nuevo, lo de ser feliz era otro cantar, pero le sonaba más a unas palabras dichas al aire para que el corderito vaya de buen pie hacia la muerte.

- *Lo siento mucho por vosotros, pero aún tengo algo que hacer. No os*

recomiendo interferir pues para bien o para mal siempre lo averiguo todo. – Les sonrió y se alejó de ellos con prisa. Seguramente ya hubieran mandado a alguien tras ella. No tenía suficiente poder para luchar, ya casi no le quedaban fuerzas.

Cuando se vio sola cerró los ojos.

- Pactor aeterno in aeternum. Pactor aeterno in aeternum. Pactor aeterno in aeternum. – Al final ante ella se abrió una puerta a otra dimensión. Allí podía ser feliz, tan solo tenía que entrar, sin embargo, aquel no era el plan. No podía confiar en nadie y no era la primera vez que tras su muerte le robaban el puñal. No lo permitiría de nuevo. Lanzó el puñal hacia la visión y se desconectó de ella. Se sentía desnuda sin él, era como un compañero, se había acostumbrado a su peso y calor. Aunque en la muerte estaría sola y cuando volviera podría recuperarlo cuando quisiera. Tan solo debía desearlo, al fin y al cabo, todo lo que había sido y sería estaba en su interior. Tan solo tenía que acceder a los recuerdos y eso era prácticamente una obligación. – Al menos seré feliz por unos años. Mientras no me encuentren seré una niña normal.

Le oyó acercarse. Despacio, conocía su miedo a ser descubierto. Podía oír sus pensamientos, él no quería hacerlo, pero había sido una orden. Su vida dependía de que lograra cumplirla, en caso contrario estaba muerto. Tenía familia, o al menos eso parecía.

Era triste ver que ni siquiera podría odiar al que iba a matarla. Quería ser rápido y ella se lo agradecía.

Sintió miedo. No temía la muerte, pero sabía lo que vendría después. Sabía que cuando la encontraran de nuevo la torturarían para que recuperara todos los recuerdos, para poder usarla al cien por cien. Siempre le decían que era necesario, que si no se completaba el ciclo cosas horribles sucederían, sin embargo, no estaba tan convencida de ello. ¿Cómo podían saberlo si nunca la habían dejado escapar? Morir tantas veces como vidas has tenido, cada vida una muerte más, era simplemente la forma más sencilla de volverla loca.

Había empezado a buscar una salida, no se conformaba con las respuestas de los ancianos. El que creó las normas creó las trampas. Tenía que haber algo y lo encontraría. No se conformaría a estar así eternamente. No podía soportarlo.

Aún recordaba cómo habían tratado de asustarla para que no opusiera resistencia. En su mente creaban males mucho mayores y peligros hacia seres que ni siquiera conocía y que, aun así, le importaban. Tal vez estaba en su naturaleza. Sabía que no era la primera vez que tenía los mismos pensamientos, empezaba a repetirse a lo largo de las vidas. Al principio pensaba que nada podía dañarla pues ya había sufrido lo insufrible, a medida que el tiempo pasaba todos aquellos con los que había creado lazos morían y al final ella misma deseaba desaparecer.

Nunca quiso el poder que tenía. Sin más un día apareció en el mundo. El primer día que recordaba era el más confuso de todos. Aquella vida era la que en cada ciclo trataba de retener y explorar, sabía que allí estaban todas las respuestas que buscaba. Si tan solo pudiera mantenerse un poco más. Había aprendido a ordenar los recuerdos, no en un orden cronológico, sino como ella consideraba que los comprendería mejor. Esperaba que en la siguiente vida le ayudara en algo y estuviera preparada.

Petra se giró al sentirle a su espalda. Le miró con compasión y pena. Sentía dolor por el alma de aquel pobre hombre y sabía que también él sería traicionado, en el fondo no confiaba que el consejo le dejaría vivir. No querían testigos. Para ellos lo que estaba a punto de suceder no ocurría, eran aliados, al fin y al cabo. No dejarían a nadie con vida que pudiera acreditar que ellos estaban detrás de aquella orden y si alguien preguntaba lo negarían. Los ancianos no eran tan estúpidos como para pensar que ella no lo sabía.

El hombre llevaba un cuchillo bastante rudimentario y sus ropas estaban gastadas. Sintió decepción al ver que no habían sacrificado a alguien importante para acabar con su vida. Era un humano, hambriento y cansado, que usaban los wampiros para protegerse por el día. Un simple esclavo. Lo sentía por él, quizás lo mejor que le podía ocurrir era morir.

- *No tienes por qué hacerlo tú. – El hombre se miró las manos y suspiró. No podía dejarse engañar, aunque tampoco deseaba hacerlo.*
- *No tengo opción. Mi familia depende de...*
- *Lo sé. – Petra le agarró la mano del cuchillo y la mantuvo inmóvil mientras seguía hablando. – No voy a impedírtelo. – El hombre lloró cansado. Sorbió los mocos tratando de calmarse.*
- *Lo siento mucho.*

Petra negó con la cabeza.

- Necesito que hagas algo por mí.

Pudo ver la pregunta en su rostro. Aquello no estaba saliendo como él pensaba. Sabía que ella era una de las primigenias, el gran espectro que aparecía cuando se acercaba la muerte, la sombra. Esperaba batalla y muerte, no una pacífica conversación. Aquella mujer parecía mucho más amable que todos los que había conocido hasta el momento y eso aún lo hacía sentir peor.

- No te sientas mal. Estoy enferma... - Petra tosió tratando de darle realismo. – pero necesito que me prometas algo antes de morir.

El silencio calló sobre ellos como una losa pesada. El hombre temía lo que fuera a pedirle y estaba dispuesto a mentirle para dejarla irse en paz. Petra miró el suelo sabiendo que de poco serviría la mentira y esperando que fuera capaz de llevar a cabo lo que estaba a punto de pedirle.

- Necesito que robes algo por mí. – Aquello no era para tanto, era algo que él podía hacer. Respiró más tranquilo y la miró a los ojos. – Después de que me mates irás a darle mi cabeza a los ancianos, ¿verdad?

- Sí. – Era algo repugnante, pero había sido una condición indiscutible.

- Cuando vayas, ellos te dejarán esperando en una gran sala circular. – Se preguntaba cómo podía saber ella algo así. – Siempre lo hacen, una muestra de poder más de unos seres que se creen superiores. Necesito que aproveches para mover una piedra que hay debajo de la chimenea del fondo. Ahí encontrarás un cuchillo viejo. Quiero que lo cojas y lo llesves a la fortaleza templaria Leonis. Allí te están esperando. Guardarán el cuchillo en un lugar dónde seré capaz de encontrarlo en cualquier vida.

- Así lo haré.

Levantó el cuchillo tomando impulso y se lo clavó el en corazón. Petra comenzó a jadear y se agarró a él en un intento de seguir en pie.

- Así lo haré. Que los Dioses guíen tu senda hacia la paz.

Capítulo 28

Xin abrió los ojos desorientada. No recordaba lo que había pasado, tan solo sentía entumecimiento por todo el cuerpo. En su mente aún podía ver el colgante, debía encontrarlo.

Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían, en realidad no era capaz de moverse. Asustada trató de ver dónde se encontraba. Al momento sintió unos dedos en su brazo. No le hacían daño y sin embargo el terror la embargó.

- ¿Por qué no puedo moverme?

Ítalo se acercó a su oído. No quería que nadie más le escuchara. Sentía que algo iba mal, y podía ver el terror en los ojos de Xin.

- No hagas ruido. – Xin se sintió algo mejor al oír su voz. Su cuerpo se relajó visiblemente y sonrió agradecida. Trató de asentir, pero no pudo.

- Estoy paralizada. – Ítalo gruñó amenazadoramente. Su instinto le avisaba del peligro, no debería haber dejado que aquel tipo saliera solo.

- Lo solucionaré. – Xin cerró los ojos y aspiró su aroma. Ítalo la besó en la frente con dulzura, no había logrado recuperarse completamente del susto de perderla. – Tengo que irme. Volveré enseguida. – Xin protestó ligeramente, pero Ítalo la acalló con un beso.

Xin gimió agradecida y reconfortada. Ítalo no trataba de entrar en su boca, de reclamar con pasión su respuesta, su contacto era suave. Una caricia que olía a deseo y sal. Xin abrió los labios pidiendo más, incapaz de acercarse por sí misma.

Ítalo se separó. No era el mejor sitio para lo que ella le inspiraba. Necesitaba ponerla a salvo no perderse en sus encantos. Cada vez le costaba más ver en ella al ser primigenio capaz de decantar la balanza, poco a poco empezaba a sentir la necesidad de reclamarla como propia y a medida que lo aceptaba deseaba protegerla. De pronto, las atrocidades que tenía que aguantar

se le volvían insoportables.

- Más tarde. – Era una promesa. Tenían muchas cosas que aclarar. Preguntas y miedos que debían ser enfrentados. Ella no le pertenecía, tal vez nunca lo hiciera, sin embargo, necesitaba una respuesta. Torció el gesto consciente de que seguía luchando con los recuerdos. La deseaba, sentía que ella era la que le confería la capacidad de pensar y sentir, y sin embargo con ella también venía el dolor y las dudas.

- No tardes.

Ítalo le hizo un gesto a Raphael que ocupó el lugar a la derecha de Xin. Salió por la puerta sin mirar atrás. Deslizó la mano por su cadera y agarró con fuerza la daga que pendía de su cinturón.

La noche se acercaba peligrosamente a su fin. Necesitaban encontrar un lugar seguro, pero habían estado tan preocupados por Xin que se olvidaron del peligro que corrían sus vidas. Ahora Ítalo sentía que la responsabilidad era suya y no les dejaría morir.

No fue directo hacia Aarón, en realidad aprovechó las sombras y se acercó con sigilo. Estaba hablando por teléfono y le interesaba lo que decía. Sabía que no diría la verdad si le preguntaba directamente, probablemente tampoco se la estuviera diciendo al que estaba al otro lado de la línea, pero tampoco tenía tiempo para torturarlo.

- Sí señor. Ellos mismo nos la han servido en bandeja de plata. – Se quedó callado. Ítalo tenía un buen oído, una característica de su especie que hacía que también pudiera oír al otro interlocutor.

- Acaba con ella rápidamente.

- No puedo hacerlo. Está protegida por los traidores de la familia de Raphael.

- Acaba también con ellos. – Aarón parecía satisfecho con la respuesta. No necesitaba ver la cara del otro para saber quién era el que hablaba. Dimitri. La misma alimaña de siempre, cualquier excusa era válida para tratar de conseguir más control y poder. Deshacerse de otra de las familias rivales era una oportunidad que no presentaba todos los milenios.

- Necesitaré ayuda. – Aarón procuraba mostrarse débil, aunque Ítalo podía ver su cara y comprendió que era una farsa. Una máscara tras la que se ocultaba, aquellos seres eran los peores.

- Jajaja. – Dimitri soltó una carcajada sarcástica. Ya había hecho demasiado. Si aquel insecto no podía encargarse entonces también le mataría. – Estoy seguro de que encontrarás la manera... - Le estaba amenazando. Aarón tembló ligeramente y metió la mano en el bolsillo buscando algo. Por su cara lo había encontrado y estaba más tranquilo.

- Claro señor.

La conversación había terminado. De ella Ítalo había sacado varias cosas en claro. La primera era que debía conseguir lo que tenía Aarón en el pantalón, si es que tenía algo, Ítalo sonrió complacido con su propio juego de palabras. La segunda que les estaba utilizando y si no hacía algo era posible que murieran en aquel lugar. No tenía miedo de aquel tipo, pero sí de Dimitri. Dimitri era especialmente conocido por su juego sucio y lo sádico que era con los que habían tenido la mala suerte de caer en sus garras.

Salió de las sombras y se dejó ver. Aarón se sorprendió, sin embargo, trató de ocultarlo y mantenerle la mirada.

- Perdón por molestar. – Las palabras decían una cosa, pero el tono decía otra completamente diferente. - Xin ha despertado, pero algo va mal. – Ítalo se acercó todavía más. Su sola presencia era de por sí una amenaza a tener en cuenta. Ambos sabían que en un enfrentamiento directo Aarón no tenía posibilidad de ganar.

- Puede ser una consecuencia del calmante que le he administrado. No era necesario que siguiera sufriendo. – Ítalo no le creía ni por asomo. Lanzó la daga al aire y la recogió por el filo al caer. Le gustaba hacerlo, no solo servía para intimidar, sino que le relajaba. Lo había aprendido de su maestro.

- Seguro que existe una solución... – Ítalo dejó la frase inacabada. Las palabras danzaron entre ellos. Le estaba dando la posibilidad de salir vivo de allí, pero su paciencia era limitada.

- Tendría que revisarla primero. – Aarón se acercó a la puerta para volver entrar e Ítalo se interpuso en su camino. Después de lo que acaba de oír no iba a permitir que pusiera sus manos sobre ella.

- Creo que seré capaz de administrárselo yo.

- Es peligroso. – Aarón había comenzado a sudar. Introducía la mano en el bolsillo mecánicamente. Estaba tratando de decidirse, se sentía acorralado y no era algo que le gustara. Necesitaba hacer algo. No creía que volviera a

tener una oportunidad tan buena.

- No voy a dejar que la toques.

- Aún no está a salvo. El ciclo no se ha completado y su memoria es muy inestable. Aún le quedan quince vidas por revivir. – Ítalo apretó la daga inconscientemente y sintió el filo hundiéndose en la palma de su mano. Dolía, y lo agradecía. Si no fuera por eso le habría degollado.

- ¿Pretendes torturarla? – Aarón retrocedió y meditó durante varios segundos. Sus ojos volvían a la mano de Ítalo de la que salía un hilo de sangre.

- Hay otras formas de hacerlo, pero son mucho más lentas. Su mente reacciona a sus emociones, cuanto más potentes son, más deprisa vuelven los recuerdos.

- ¿No es necesario que muera?

- No, pero si recomendable. Su conexión con el pasado es mucho más intensa en esos momentos. Por ese motivo siempre se ha hecho de esa manera. Dudo mucho que ella misma sepa que existe otro modo. – Ítalo estaba asqueado. Lo decía con total normalidad. Parecía estar hablando del tiempo y no de condenar a alguien a muerte decenas, cientos de veces. – Silfrid es, era la encargada de supervisar los ciclos. – Aarón no quería decirle todo aquello, pero necesitaba ganar tiempo y algo le decía que si mentía aquel wampiro lo sabría al momento. – Incluso ella misma pasaba por el proceso.

- Quizás porque cuando lo hacía ella no recordaba que había otra manera. – Aarón sonrió arrogante. Aquel tipo no conocía a Silfrid.

- El motivo no lo sé, pero supongo que si lo hubiera deseado tan solo tendría que habérselo dicho a sus hermanas. El caso es que no lo hizo, solo yo lo sabía.

- ¿Y puedo preguntar por qué? – Aarón miró de nuevo hacia la puerta que le comunicaba con Petra. Quería verla.

- Porque yo ayudo desde hace setecientos años a las primigenias a completar sus ciclos. Soy la única constante en la vida de las primigenias. – Eso último lo dijo con orgullo levantando el mentón. - Los ancianos jamás las dejarían desprotegidas. – Ítalo ya sospechaba algo por sus palabras y aun así se sorprendió. Percibió su mirada hacia el cuarto en el que reposaba Xin y sonrió con arrogancia. Era consciente de que estaba haciendo tiempo, pero

gracias a él Xin tenía otras opciones.

- Muy bien por ti. – Ítalo le golpeó con el hombro al pasar y cogió a Xin entre sus brazos. Aarón había entrado en la habitación tras él y le observaba desde la puerta.

Raphael se mantenía callado en una esquina preparado para intervenir de ser necesario. Xin había empezado a bufar de frustración tras varios intentos de girar la cabeza. Empezaba a sentir claustrofobia, se sentía atrapada en su propio cuerpo.

- No deberías hacerlo. Ella sufrirá las consecuencias.

Xin no sabía a qué se refería, pero no le gustaba. ¿Por qué siempre era ella la que tenía que sufrir? ¿Por qué no se amenazaban entre ellos y la dejaban en paz? Porque eso era lo que él había lanzado al aire, una amenaza.

- No necesitamos más tus servicios. Nos vamos. – Lo dijo como si estuviera hablando con una prostituta. Lo miró con asco y apretó a Xin contra su pecho. Se sentía mejor al tenerla cerca, al tocarla y sentirla caliente contra él. Lejos de ella se sentía inquieto, como si algo malo fuera a pasar.

- Debería decidirlo ella.

- Estoy de acuerdo. ¿Qué ocurre? – Xin estaba harta de estar atrapada. Era su vida y ella quería retomar el control. Estaba bien que la ayudaran, sin embargo, no lo había pedido y debía marcar unos límites. Y lo que se dice confiar no confiaba ni en su propia sombra.

- El ciclo no se ha completado. Si te marchas ahora tu mente no podrá soportar la presión y perderás la razón. Morirás.

- ¿Morir? Tan solo han sido unos desmayos. – Había mucho más detrás. No solo eran los recuerdos, también se quedaba a merced de cualquiera.

- Las desconexiones serán cada vez más frecuentes. Los recuerdos te pertenecen y tratan de volver a ti, pero si no se hace de manera correcta tu cerebro no podrá asimilarlos. Debo estar a tu lado para curar tu mente y tu cuerpo, para guiarte. – Xin reconocía aquella voz. Trataba de mantener la calma, sin embargo, tenía miedo. El dolor que había sufrido con Silfrid y él se había incrustado en su mente.

- Son molestas, pero proceso los recuerdos perfectamente. Cada vez son más esclarecedores. – Algo en su interior le decía que debía hacerlo sola.

Cuando había estado con Silfrid los recuerdos eran como un soplo de aire, entraban en su mente sin que ella los percibiera. Si se concentraba ahí estaban, pero apenas era capaz de captar nada. En pocos recuerdos lograba “entrar”. Cuando lo conseguía, estaba demasiado cansada y dolorida como para apreciar nada. Era ahora cuando comenzaba a comprender lo que le estaba ocurriendo, cuando se detenía a pensar y sentir.

Los recuerdos empezaban a acomodarse en el tiempo, empezaban a crear una historia. Ya no eran saltos sin sentido ni escenas caóticas que la dejaban más confusa que al principio. Ahora le mostraban las respuestas que buscaba.

- Eso crees ahora. Deberías hacerme caso, sé de lo que hablo. Aún no eres capaz de comprenderlo y tal vez nunca lo seas, pero me necesitas. – Raphael miró a Ítalo al ver como sus ojos se volvían rojo fuego. Aquel tipo lo había enfurecido y sus músculos empezaban a tensarse listos para el combate.

- No soy estúpida y sé mejor que nadie lo que pasa dentro de mi cabeza. – Xin no gritó, su tono descendió varios decibelios. Hizo un pequeño silencio y contraatacó con lo que sabía que le dolería. Recordaba perfectamente como aquel asqueroso se le había declarado. ¿Qué loco se declaraba a una mujer atada, llena de sangre y orines? En lugar de tratar de ayudarla, aunque fuera explicándole lo que estaba pasando, no trató de aplacar sus miedos. Todo lo que hacía era por él. – Jamás permitiré que me toques de nuevo. Prefiero volverme loca y morir antes que estar a tu lado. Me das asco.

Xin nunca le había hablado así a nadie en toda su vida. Ella era una mujer respetuosa, amante de la vida y trataba a todo el mundo como ella deseaba que la trataran. Sin embargo, había aprendido a odiar con rapidez. También odiaba a Silfrid, pero no tanto. Sabía que era una locura, pero por lo menos Silfrid había sido sincera en todo momento.

- No piensas con claridad. Supongo que tu mente ya está... - ¡Aquello era lo último! Ítalo se mordía la lengua para no intervenir. Apretaba a Xin contra él tratando de infundirle fuerza. Aquella era su lucha y debía dejarla actuar por sí misma.

- Pienso con total claridad. Eres un cobarde. Decías amarme, pero no hiciste nada por ayudarme. Ni siquiera contestaste a mis preguntas. Te escondías cada vez que Silfrid volvía por miedo, bajabas la cabeza como un perro ante ella y jamás la detuviste a pesar de saber que era incapaz de soportarlo. – Xin tenía un nudo en la garganta. Sentía que decirlo en voz alta la

debilitaba y exponía. Lanzaba su dolor y rabia contra Aarón tratando de destrozarle, quería dañarle como él había dejado que le hicieran a ella. Por mucho que ahora conocía el motivo seguía sin estar de acuerdo con las formas.

Ítalo se quedó de piedra. ¿La amaba? Imaginar a Xin con alguien como Aarón le revolvió el estómago. Ella se merecía mucho más, ella merecía a alguien como... él. Ítalo la levantó un poco más y la miró a los ojos. Podía ver la pena en Xin, sus miedos y fantasmas. Detrás de aquellas palabras duras y agresivas se escondía alguien atormentado. Era capaz de comprenderla porque él mismo había estado en el mismo lugar.

- Nos vamos. – Ítalo caminó hacia Raphael. – Llama a los otros dos. Diles que se dejen de guarradas y que vengan. No estamos de campamento... – Ítalo sabía que no estaban haciendo nada, que estaban vigilando fuera, y sin embargo aquellas palabras salieron por si solas.

- ¿Y Dante?

- Ha ido a recorrer la zona. No tardará mucho.

Aarón estaba furioso. Él había sacrificado su existencia por Petra, lo había soportado todo por estar a su lado. Él merecía su poder, su amor, nadie había hecho tanto por ella. ¿Por qué no era capaz de verlo? Quizás aún no lo hubiera recordado... Tal vez con el tiempo podría recuperarla. Aunque en el fondo sabía que era imposible. Quizás lo había sabido siempre, ella no le había respetado nunca, más bien le toleraba. Hacía mucho tiempo que sospechaba que Petra sabía lo que sentía por ella. ¿Qué más daba ya?

- No deberías haber dicho eso. – Aarón apretó el colgante que guardaba en el bolsillo y cerró los ojos. Xin sintió un escalofrío recorrerla entera, sus ojos se volvieron negros, y trató de levantarse. Su cuerpo seguía sin reaccionar. Algo horrible estaba a punto de pasar y no podía hacer nada.

- ¡Detenedle! – Xin gritó con todas sus fuerzas. Una sensación extraña ascendía por su piel. Era como una caricia fría y pesada, una caricia que tocaba su ser y lo ahogaba. De pronto se sentía confusa y acorralada. Apenas era capaz de pensar con claridad.

Aarón seguía recitando en voz baja. Sus labios se movían con rapidez. Su mano apretaba el colgante con tanta fuerza que se estaba cortando con los bordes.

Raphael saltó sobre él y le embistió. Se sorprendió al ver que Aarón no

hacía amago alguno de evitar el golpe. Su instinto le decía que aquello era muy malo.

- Ítalo llévatela de aquí.

Ítalo comenzó a correr hacia la puerta, pero ya era tarde.

Capítulo 29

Xin volvía a moverse. Sus gestos eran mecánicos y descoordinados, pero eran movimientos, al fin y al cabo. Ítalo dejó que saltara hacia el suelo y la miró contento. Odiaba verla indefensa, era una luchadora no una víctima.

- Xin. Tenemos que irnos. – Ítalo quiso agarrarla de la mano, pero Xin se escabulló. – Xin esto no es un juego. ¡Vámonos!

Xin se removi6 de nuevo evitando que la apresara. Ítalo trat6 de conectar con sus ojos, de tocarla, pero ella le evitaba. Algo iba realmente mal.

Aar6n sentía su propia sangre en la boca. Raphael le había clavado la daga en el costado derecho, pero no importaba. Había merecido la pena. Ahora Petra le pertenecía.

- Mátales. – Había ganado. Aar6n era ahora el due6o y se6or de Petra. Trat6 de levantarse, pero Raphael seguía sobre 6l sin llegar a decidirse. – Mejor protégame. – Aar6n no miraba a Xin, no necesitaba hacerlo. Se sentía orgulloso, plet6rico, capaz de comerse el mundo. Le habían subestimado, todos lo habían hecho.

Xin se gir6 hacia Raphael. Sus ojos siempre al frente, sus labios contraídos en un rictus de dolor. Xin se estaba transformando, sin embargo, no había hablado. Tenía la piel blanca, translúcida. Los ojos negros e inexpresivos parecían congelados a los lejos. Caminaba despacio, como si no fuera capaz de controlar sus propios músculos. En su interior había una lucha por el control.

¡Mátales de una vez! – Aar6n soltó un grito agudo y nervioso al ver las intenciones de Raphael de volver a ensartarle, pero esa vez para siempre. Raphael no tenía muy claro que era lo que había ocurrido, pero sabía que muerto el perro muerta la rabia y eso era lo que pretendía lograr.

Xin se coloc6 detrás de Raphael y levant6 las manos. Entre sus dedos había aparecido el puñal de lava y se disponía a cumplir la orden.

- ¡No lo hagas! – Todo estaba pasando demasiado rápido. Ítalo saltó sobre ella y trató de arrebatarle el arma. – Xin mírame. – Pero ella no le respondió. Xin estaba atrapada muy lejos de él, podía oírle, incluso verle, pero era incapaz de responder. Tan solo podía observar lo que su cuerpo hacía incapaz de hacer nada por evitarlo. – Xin lucha.

Aarón sonreía orgulloso. ¿De verdad aquellos tipos pretendían lograr algo? Él no era un novato.

Aprovechó que estaban despistados y se alejó de Raphael. Se acercó a la pared que había tras él y apretó un sensor. La pared se abrió mostrando todo un arsenal. Aarón odiaba las armas, pero reconocía su utilidad en ciertas situaciones.

Levantó la pistola y apuntó a Raphael con rabia. La sangre descendía por su vientre con demasiada fuerza y sentía la debilidad extendiéndose por su cuerpo. Raphael le había hecho eso, se merecía morir el primero. Luego se encargaría de los demás. Todos morirían eso seguro, sin embargo, algunos tardarían mucho más que otros. Al final le estaba haciendo un favor.

Xin zigzagueó evitando a Ítalo y lanzó una estocada hacia Raphael. Aquella había sido su orden, para ella Ítalo en aquel momento no tenía ningún valor. Raphael la esquivó con facilidad y saltó hacia la derecha. Dejó que sus ojos cambiaran, sintió sus músculos tensarse y los dientes le llenaron la boca. Él era un guerrero, su cuerpo había sido creado para la batalla y no iba a dejarse amedrentar por un contratiempo. Iba a defenderse, por mucho que eso significara herirla.

Aarón bufó frustrado. Menos mal que no había disparado, ya que en aquel preciso instante Raphael había saltado y la bala habría impactado de lleno en Xin. Debía tener mucho cuidado.

Xin se desplazaba con rapidez. Su cuerpo se iba desentumeciendo poco a poco y sus movimientos eran más fluidos. Atacó de nuevo y volvió a fallar. Raphael era diestro y no dejaba que se acercara lo suficiente.

- Ten cuidado. Tenemos que desarmarla e inmovilizarla, no matarla. – Ítalo no se movía. Observaba la situación intentando trazar un plan. Trataba de mantener la mente fría, de examinar la situación con objetividad. No podía permitir que sus sentimientos influyeran, si lo hacía estaban todos perdidos.

Raphael resopló y volvió a saltar. Xin iba ganando terreno y el lugar era

demasiado reducido, sino hacía algo en seguida estaría perdido.

- No me está dejando muchas opciones.

Ítalo miró de reojo a Aarón. Él era el titiritero, debía morir.

- Entretenla lo suficiente. Yo haré el resto. – Raphael estaba concentrado. El más mínimo movimiento representaba para él la diferencia entre vivir y morir. Xin se movía y él la imitaba, el espacio que había entre ellos era su escudo.

Aarón ya se veía vencedor. Ninguno de los dos podía vencer ni en sus mejores sueños a Petra, acabaría con ellos sin problema. No obstante, disparó hacia Raphael, quería herirlo, deseaba ser él quien le matase. Falló por poco, pero no pensaba rendirse.

Ítalo corrió hacia Aarón y le atacó. Había escuchado los pasos de Maya y Yadiel que habían acudido alertados por los disparos y aprovechó la situación para avanzar sin ser detectado. Aarón se giró hacia Yadiel e Ítalo le hundió la daga en el cuello. Aarón no le vio acercarse, había creído tenerle controlado, pero no oyó llegar a los otros dos y ese descuido fue su perdición.

- Dile que se detenga. – Aarón boqueaba incapaz de respirar. Era una herida grave y la sangre le taponaba la garganta impidiendo que el aire entrara. – No hagas que te lo repita. Ambos sabemos que esto no te matará, pero aún puedo remediarlo. – Ítalo quería matarle, sin embargo, no podía hacerlo. Temía dejarla atrapada para siempre en lo que fuera que aquel cabrón le había hecho.

Aarón se dejó caer y se arrastró alejándose de él, era su sangre la que cubría el suelo. Necesitaba alejarse, encontrar el talismán correcto, ¿Por qué cojones no lo había cogido? Su mente estaba concentrada en vivir, nada más importaba.

- ¡Te he dicho que le digas que se detenga! – Rugió Ítalo al ver como Xin cargaba de nuevo contra Raphael y la daga pasaba demasiado cerca de su cuello. Un solo toque y Raphael estaría perdido.

Ítalo colocó su pie sobre la cabeza de Aarón y apretó con fuerza contra el suelo.

- Aun estás a tiempo de vivir, pero el reloj sigue corriendo.

Aarón miró a Petra. ¿Sería capaz ella de llegar a tiempo si le daba la orden

de acabar con Ítalo? ¿Quería el jugarse la vida a una posibilidad? Cerró los ojos y se concentró, en el fondo seguiría siendo suya, prefería morir a devolverle la voluntad. Se lo merecía, si le hubiera elegido no habría pasado nada.

Xin se detuvo. Sus brazos cayeron inertes a ambos lados de su cuerpo.

Ítalo le dio una patada en la barriga y lanzó a Aarón contra la pared.

- ¡Ítalo! ¿Qué hacemos?! – Yadiel se había colocado al lado de Raphael y miraba a Xin con desconfianza. Maya quería ayudar a aquella mujer con la misma intensidad que había deseado ayudarse a sí misma tiempo atrás.

- ¡Sacadla de aquí! – Ítalo no sabía qué hacer. Debía llevarse a Aarón y obligarle a romper lo que fuera que había hecho, pero era demasiado viejo para no ver la verdad. Jamás lo haría. – Prefieres morir, ¿verdad? – Ahora estaban solos. Ítalo podría hacer lo que quisiera con él, Aarón no tenía fuerzas para defenderse, no obstante ¿qué sentido tenía? Lo único que deseaba era que Xin volviera.

Aarón llegó hasta la estantería que había a su espalda y cogió un bote lleno de un potingue marrón. Le fallaba la vista y le temblaban las manos. No estaba acostumbrado a estar herido y solo la adrenalina le mantenía consciente.

Aarón rompió el bote contra el suelo incapaz de abrirlo de otra forma y comenzó a untarse la herida del cuello con aquella substancia. No le importaban los cristales, lo importante era detener la hemorragia. Los problemas uno por uno.

- Eres una alimaña. No mereces ni el aire que respiras. – Ítalo seguía sin entender como seres como aquel lograban eludir a la muerte durante tanto tiempo y otros morían sin merecerlo. - ¡Responde!

Aarón tocó la herida y se sorprendió de lo rápido que se curaba. Ya podía hablar, al menos lo suficiente, pero seguía en silencio. De lo que hiciera en aquel momento dependía su vida, sus planes, su venganza.

Capítulo 30

Xin estaba atrapada. Era tan solo una voz, un susurro dentro de su mente. Un pensamiento perdido en un cuerpo que ya no le pertenecía. Aarón la había obsequiado con lo que más temía, una cárcel perfecta.

- Xin. Tenemos que irnos. – Ítalo trató de agarrarla, por un segundo sintió sus dedos. Xin trató de entrelazarse con él, de aferrarse a su mano y dejar que la llevara lejos. No quería seguir en aquella absurda batalla. Sin embargo, se alejó de él. Por más que Ítalo trataba de sujetarla no lograba atraparla. Xin deseaba en silencio que lo consiguiera. – Xin esto no es un juego. ¡Vámonos!

Era tan hermoso. Se movía como un león enjaulado, el peligro emanaba de cada poro de su cuerpo. Xin no tenía miedo de él, en realidad no lo había tenido nunca. Cuando le miraba no veía peligro, veía fuerza. Una fuerza invisible que le convertía en un líder nato.

Ítalo era un ser torturado que atacaba antes de preguntar temeroso de las consecuencias sino lo hacía. Aquel demonio, de pelo negro y ojos azules, la invitaba a zambullirse de lleno y perderse. Deseaba conocer lo que había detrás, y se quedaba absorta en sus gestos.

Sus movimientos eran precisos, sus ojos estaban cambiando y brillaban como el fuego líquido. Su mirada le pertenecía a ella.

Quería ayudarlo, quería ir hasta él y consolarle. Podía ver el miedo, el terror oculto en sus amenazas. Trataba de llegar a él, correr a su lado, dejarse consolar y aplacar el miedo que la estaba consumiendo entre sus brazos. Daba igual cuanto lo intentara, no ocurría nada.

- No puedo... - Lo dijo en bajo consciente de que no podía oírla. – Vete sin mí. Por favor iros... - Tenía miedo, pero no por ella misma. Tenía miedo por ellos, temía por aquel que había gritado a los cuatro vientos que la destruiría y ahora se jugaba la vida sin sentido. Tenía miedo por despertar de

aquel hechizo y descubrir que le había matado.

La habían ayudado, quizás tenían sus propios motivos, pero la habían ayudado. ¿De verdad ahora no podía hacer nada por ellos? Era su cuerpo, su mente, sus sentimientos, ¡Su mundo! ¿Quién sino ella tenía el poder de decidir allí?

- ¡Muévete! - Pero su cuerpo no respondía. Notaba sus manos, sus brazos y piernas; se movían, pero no era ella la que los controlaba. - ¡Soy un fantasma! ¡Soy poderosa! No puede estar pasando a mi...

Xin acechaba a Ítalo impotente, le vio cruzarse en su camino y temió dañarlo. Estaban luchando por ella, estaban arriesgando sus vidas por ella, y sería ella la que les mataría.

Raphael se escabullía de sus ataques, al menos por el momento, pero no parecía tener intención de devolverle los golpes. Ojalá lo hiciera, al menos así ella también sería libre.

Aquella sensación no era nueva, la recordaba, pero el recuerdo no quemaba tanto como el presente. La pérdida, la impotencia, la había vivido en aquella hoguera, en aquel momento conocía el resultado y Nolan ya estaba en paz, ahora era mucho peor. No quería mirar, deseaba cerrar los ojos, pero tampoco podía hacerlo. Lo veía todo quisiera o no.

- Me duele perderte y ni siquiera te conozco. Para ti no soy más que una asesina, ¿Por qué no puedes largarte y dejarme atrás?

Xin no obtenía respuestas. Maya acababa de entrar seguida de Yadiel. ¿Estaba llorando? Aquella mujer era hermosa. Una belleza que ella había deseado durante mucho tiempo, una belleza de facciones perfectas.

- Dile que se detenga. No hagas que te lo repita. Ambos sabemos que esto no te matará, pero aún puedo remediarlo. – Ítalo había apuñalado a Aarón. Xin estaba feliz, esperaba salir de aquella pesadilla de un momento a otro, pero no pasaba nada. Los ojos grises de Aarón se movían por toda la estancia tratando de encontrar otra opción, por unos segundos se centraron en ella. Parecía que la viera de verdad, que conociera sus pensamientos. Aquella sensación la dejó confusa.

Xin se sobresaltó al oír la voz de Aarón dentro de su cabeza. No sabía cómo había logrado hacer eso, pero se sentía violada. Era repugnante sentirle tan dentro, rozando su esencia e incapaz de echarle de allí.

- Detente. – ¡Era un orden! Pudo sentir la frustración y la rabia. No había entonación y aun así pudo percibir sus emociones como si le pertenecieran.

- ¡Hijo de puta! ¡Te mataré! ¿Me oyes? ¡Seré yo la que acabe con tu repugnante existencia! – No hubo respuesta, no sabía si la había escuchado, pero si así había sido, para Aarón sus palabras no valían nada.

Xin notó unos brazos que la recogían y se la llevaban lejos. No quería irse, no quería dejar a Ítalo atrás. Verle, aunque fuera en aquellas circunstancias le daba consuelo. Era la conexión que necesitaba, el ancla que la mantenía cuerda. Sus palabras, su voz, la candencia con la que decía su nombre eran calmantes para ella. ¡No quería irse sin él! ¡No podían dejarle atrás!

Capítulo 31

Aarón se pasó las manos por el pelo, como hacía siempre que estaba nervioso, y echó el cabello lacio hacia atrás. Lo tenía sucio, pegajoso, y la sangre le cubría la cara. Parecía haber salido de un grave accidente, era inexplicable que siguiera vivo, pero allí estaba. Casi recuperado se puso de pie. Estaba agotado, pero no mostraría su debilidad ante Ítalo.

- No podrás ayudarla. Solo yo puedo devolverle la voluntad. – Ítalo rugió como un animal herido. La había llevado allí para salvarla y en apenas unos minutos la había perdido de nuevo, quizás para siempre.

- Puedo darte lo que me pidas. – ¿Qué precio tenía la vida de alguien? ¿Tenía suficiente con lo que negociar? Haría lo que fuera necesario. Le daría lo que pidiera por ver volver la luz a los ojos de Xin.

- Solo la quiero a ella. Es mía, me pertenece. Nunca debiste meterte en el medio. Morirás como los otros, no eres más una mancha en nuestra historia.

- Estás loco. – Ítalo veía la locura en su expresión.

Aarón achicó los ojos y sonrió deformando la cara en una mueca grotesca. Aquel imbécil no lo comprendía, jamás podría comprender la magnitud de sus acciones.

- Volverá a nacer y tendré otra oportunidad. Ahora sus decisiones me pertenecen, sus recuerdos son míos y podré convencerla. Tan solo una vida más y será mía... - ¡No podía ser! ¿Pretendía tenerla así hasta que muriera? ¿Iba a matarla? Si aquella era su intención prefería matarlos a ambos, aunque a este le haría desear estar muerto mucho antes de acabar con su vida.

- No te dejaré hacerlo.

- Jajaja. No eres el primero que dice esas palabras y aquí me tienes. Solo. Te voy a contar un secreto... - Aarón se tocó el labio y saboreó su propia sangre. Para él aquel sabor no era nada especial, era tan solo un líquido metálico, pero hacerlo le traía recuerdos. – Ya intentó deshacerse de

mi antes. Petra siempre fue muy arrogante y sumamente crédula. Tan solo maté a los que amaba, impedí que se volviera débil, pero cuando ella lo descubrió quiso asesinarme. ¡Ni siquiera me veía como un rival! – Aarón se había perdido en los recuerdos. Parecía satisfecho consigo mismo. Sonreía de oreja a oreja. Se pasó la lengua por los labios y cerró los ojos. Aún podía recordarlo como si fuera hoy. - ¡La mate! – Aarón estalló en carcajadas. No podía parar, las lágrimas le caían por la cara y se agitaba sin control. - Yo le pedí un abrazo y aceptó... - Apenas podía respirar. Le faltaba el aire.

Ítalo era incapaz de moverse. No llegaba a creerse todo lo que le estaba contando. Aquel ser no sabía amar, aquello no era amor, era algo retorcido y asqueroso. Sabía que el tiempo se agotaba, que Xin y los demás le esperaban. Tenía que encontrar una solución, pero a medida que Aarón hablaba comprendía que jamás le ayudaría. Prefería morir.

- La... apuñalé... - Aarón podía verla tumbada sobre el suelo sangrando. Había usado una daga maldita. Había visto la incredulidad en sus ojos, la había visto morir. Aquel momento les pertenecía solo a ellos. Aarón la había besado en el instante exacto en que la luz desaparecía de sus ojos. Todo su cuerpo se había encendido con aquel beso, jamás había sentido algo parecido. Petra era suya y siempre lo sería.

- No quieres que recuerde.

- No. No quiero que lo haga. Me encargaré de tenerla para mí solo en su siguiente vida. Estaré ahí para ella y la consolaré. Le enseñaré a quienes debe odiar y me seguirá. Yo seré su dueño.

- No podrás hacerlo. – Ítalo quería ver su reacción al descubrir que moriría. Al menos podría darle ese consuelo a Xin. – Morirás hoy.

- Lo dudo mucho. – Aarón apretó el colgante y empezó a mover los labios. –Ítalo saltó hacia él tratando de arrebatarle el objeto.

Ítalo era rápido y estaba dispuesto a despedazarle si era necesario. Lo necesitaba con vida, necesitaba tiempo para hacerle revertir el maleficio, pero sabía que si no hacía algo estaba todo perdido.

Aarón empezó a correr, sin embargo, de poco servía al lado de Ítalo. Lo agarró fácilmente y le obligó a sacar la mano del bolsillo. Aarón luchaba para evitar que Ítalo le abriera el puño, aquel colgante era uno de los talismanes más poderosos y no dejaría que se lo arrebataran.

- Llegas tarde. – Aarón comenzaba a desvanecerse. Ítalo se aferraba a él, sabiendo que no lograría nada. Ejerció más presión tratando de romperle el cuello, le quería muerto allá a donde fuera. – Volveré a por ella.

Ítalo gruñía inconscientemente. Era un animal cegado por la ira y el miedo. No veía ya a Aarón, apenas era una bruma, cuando sus manos empezaron a desvanecerse también. Suplicaba a los Dioses haber logrado matar a aquella alimaña y temblaba de miedo ante lo que fuera que había al otro lado. Ítalo odiaba la magia, los conjuros y las maldiciones. Para él eran fuerzas muy poderosas y jugar no era recomendable.

Quiso alejarse del lugar donde había desaparecido Aarón, pero no lo consiguió. Su cuerpo se había quedado congelado y tan solo pudo observar impotente como se disolvía en una nube. No se vio ir, pero a los pocos segundos en aquella sala ya no había nadie.

Capítulo 32

Lillah les miró y se acercó despacio. Ya le había dado tiempo suficiente. No podía esperar más, no si quería que Dulce sobreviviera.

- Deberíais iros. – Lillah no quería asustarles. Trató de controlar su voz y parecer tranquila. Cualquier movimiento podía ser tomado como una amenaza y era lo último que quería. – Ítalo no va a volver y si no os movéis acabaréis muy mal.

Yadiel se había colocado delante de Maya con Xin en brazos. Dejaría a Xin si era necesario por su mujer, pero esperaba no tener que hacerlo. Raphael estaba a su lado sin dejar de mirar aquella preciosa mujer que se acercaba a ellos. Sus movimientos eran fluidos, sus pies no parecían tocar el suelo, y apenas iba cubierta por una gasa blanca, que hacía de vestido, pero transparentaba demasiado. Raphael tragó por tercera vez. Sentía la boca seca y no podía dejar de mirarla.

- ¿Quién eres tú? – Fue Maya la que habló, Raphael era incapaz de hacerlo y Yadiel prefería alejarse sin saberlo.

- Una amiga.

- ¿Por qué dices que no volverá? – Lillah miró el cielo y sonrió cansada. Siempre eran las mismas preguntas, como si no pudieran aceptar la realidad sin más.

- Porque lo sé. No tenemos tiempo para esto. Tenéis que marcharos. – Maya iba a hablar cuando Lillah levantó la mano pidiendo silencio. – No me malinterpretes, pero no vais sobrados de tiempo. Ahora bien, os daré un regalo. – Se acercó todavía más a Yadiel y tocó la frente de Xin. – Al momento Xin comenzó a vibrar. No eran sacudidas, era algo más sutil, como si sus células estuvieran cambiando. – Xin se queda conmigo. Vosotros ya habéis cumplido.

Raphael miró a aquella mujer extasiado. Notaba su fuerza, su instinto le

alertaba, pero no le importaba. Le gustaba la manera que tenía de moverse, o quizás fuera que era una preciosidad que mostraba sus encantos sin vergüenza, pero no le importaría demostrarle los que él poseía. Ahora bien, que fuera a dejar a Xin tirada por su palabra era harina de otro costal.

- Xin no se va a quedar sola contigo. – Su tono fue grave, ronco. Su voz le había traicionado, pero el mensaje seguía siendo el mismo. Lillah le miró y cerró los labios con fuerza, no estaba seguro si estaba enfadada o tan solo pensando.

- Como veáis. Yo lo decía por vosotros. – Lillah lo dijo como un suspiro, casi parecía complacida. – Xin vuelve.

Xin pestañeó y les miró uno por uno. Ninguno sabía si aquella era realmente Xin y Yadiel la soltó poniendo distancia y llevándose a Maya con él.

- ¿Eres tú realmente? – Raphael levantó la pistola y apuntó a su cabeza.

- ¿Qué ha pasado? ¿Lillah? – Xin estaba atontada. Sentía que había salido de una pesadilla y aún seguía aturdida.

- Te he dado el tiempo que pedías. Ahora debes ayudarme para salvar a Dulce.

- ¡Ítalo! – Xin comenzó a correr hacia el interior. Necesitaba verle, ayudarle, pero al llegar no encontró nada.

Los demás querían seguirla. Lo intentaron. Lillah se interpuso y negó con la cabeza. No sabían por qué, pero sentían que debían obedecerla.

Xin volvió cabizbaja. Las lágrimas se colaban entre sus pestañas y caían furiosas. Jadeaba incapaz de comprender por qué no había un cuerpo. Quizás seguía vivo, pero había muchas cosas que aún era incapaz de comprender.

- ¿Sigue...? – Xin la miró suplicando una respuesta. Empezaba a vislumbrar el poder de Lillah, la sorprendía que alguien como ella necesitara ayuda para nada, pero le daría lo que pidiera. En el fondo también ella quería a Dulce, quizás no con la misma intensidad, pero intuía que volvería a hacerlo. No podía perder a nadie más.

- Está bien. Al menos por ahora. Deberá defenderse solo. – Lillah miró a Yadiel que se revolvía hacia la casa.

- Es culpa mía... ¿Cómo has conseguido salvarme de lo que fuera que

me hizo Aarón? – Lillah se acercó y la miró a los ojos. A ella no quería mentirle, no podía hacerlo.

- Porque usó mi colgante.

- ¿Tu colgante? – Lillah no había querido interceder nunca, sabía que el más mínimo contacto con otros seres podía traer consecuencias nefastas. Como el batir de una mariposa sus actos volvieron para dañarla, pero ¿cómo evitar a todo el mundo cuando tienes que compartir el planeta con ellos?

- Hace mil años más o menos una mujer me lo pidió. Quise ayudarla y por un tiempo todo fue bien. – Lillah había cometido muchos errores, no obstante, no se arrepentía. ¿Quién podía asegurarle que las cosas no habrían sido mucho peores si no hubiera hecho nada? De todas formas, ahora no valía de nada cuestionar el pasado. – Yo creé al primer hechicero o bruja, como preferáis llamarla. – Había sido una gran mujer, sus actos habían inclinado la balanza hacia el bien, si tan solo no hubiera perdido el colgante... - Los humanos de por si no tienen poder. – Era algo obvio, aunque por la cara de sus oyentes estuviera diciendo una tontería.

- Por lo que acabo de vivir no estoy de acuerdo contigo. – Yadiel intervino incapaz de morderse la lengua. Aquella tipa no tenía ni idea. ¿Quién cojones era?

- Aarón no es más que un montón de carne y huesos. Todo el poder que usa es robado a otros seres, como yo. Si lográis arrebatárselo él desaparecerá. Su vida debería haber acabado hace mucho... - Miró a Xin, no porque la culpaba, sino porque al igual que ella había cometido errores. Aarón era el error de Petra. – A veces confiamos en lobos con piel de cordero.

Xin se miró las manos, movió los dedos, y volvió a levantar los ojos.

- ¿Por qué me necesitas? Ni siquiera puede defenderme de Aarón. No puedo luchar, no tengo el poder de defenderme a mí misma. ¿Cómo pretender que te ayude?

- No estarás sola y eres mucho más fuerte de lo que crees. Estoy segura que acabarías encontrando la forma de liberarte por ti misma. Yo solo aceleré el proceso. – Lillah la abrazó y retuvo cerca. Se querían, aunque Xin no fuera capaz de recordarlo. – Es hora de romper las reglas. Actualmente somos las únicas que seguimos cumpliéndolas y eso hará que nos maten. – Lo último lo pensó para que solo Xin pudiera escucharla. Estaban en peligro, un peligro

real que se acercaba por momentos.

- ¿Dónde está Dulce? – La guerra había empezado. Xin extrañaba a Ítalo. Era como si su vida se hubiera visto reducida a los últimos días e Ítalo ocupaba todos los buenos recuerdos. Sabía que debía dejarle atrás, no era lógico obsesionarse de aquella manera por nadie, pero seguía viéndole al cerrar los ojos. Su mirada aterrada la perseguía.

- La tiene Kora. La atrapó tratando de robarle la daga de Natyhb.

- No debería preguntar que hacía allí, ¿verdad?

- Es un objeto muy poderoso. No podíamos permitir que Kora la usase.
– Lillah tembló imperceptiblemente. Ella no estaba acostumbrada a sentirse vulnerable, pero no todos los días descubres que tu vida corre peligro.

- Es el único objeto capaz de matar una inmortal. Es el único objeto capaz de matarme. – Xin la miró con pena. Lillah no estaba acostumbrada a sentirse indefensa. El miedo era un sentimiento difícil de procesar para una inmortal. – Ella está en peligro por mí. No se lo pedí, pero debí suponer que lo haría... No puedes dejar morir a mi niña... - Lillah miró a Xin con la súplica en los ojos. En el fondo tan solo era una madre, porque ella la había criado, tratando de recuperar a su hija. Xin la estrujó con fuerza y asintió en silencio.

- Siento molestaros chicas, pero debemos largarnos de aquí. – Un coche se acercaba. Maya gritó nerviosa y todos corrieron hacia el vehículo de la esquina. Lillah no lo necesitaba, pero no quería dejarles solos. Era una más de aquel extraño grupo.

Capítulo 33

Ítalo se revolvió furioso. No sabía dónde estaba, pero le habían rodeado. Eran wampiros, de eso estaba seguro, demasiados. Trató de defenderse, mató a cinco antes de que le hirieran, sin embargo, era imposible. Los golpes salían de cualquier sitio, los filos se acercaban a él sin tregua, por más que trató de evitarlo al final perdió.

Probablemente le hubieran envenenado ya que no recordaba haber perdido el conocimiento. O eso o estaba muerto, aunque todo era posible.

- Al fin despiertas. – Era Aarón. Sonreía de oreja a oreja. Estaban en una habitación pequeña, iluminada por unas bombillas blancas en el techo. Las paredes estaban cubiertas por baldosas y había un sumidero al otro lado de la habitación. Era una sala de torturas y el carro que había al lado de Aarón estaba muy bien surtido. Ítalo conocía la utilidad de todos aquellos instrumentos. – Ahora vamos a tener todo el tiempo del mundo para hablar. No te preocupes, no estarás solo mucho tiempo. Han ido a buscar a Petra. No sé cómo, pero la muy puta logró romper el conjuro. – Por un momento Aarón perdió la sonrisa.

- No volverá a caer en la trampa. Te matará.

- Tienes demasiada confianza en ella. Es poderosa, eso no puedo negártelo, pero le falta inteligencia. Es débil, como tú, y por eso terminará contigo. – Aarón recogió un rastrillo en miniatura y sonrió. Iba a disfrutar de lo lindo, al menos así la espera sería más llevadera. Dimitri quería deshacerse de Petra, había tratado de convencerle de que podía controlarla, sin embargo, algo le decía que no lo había conseguido.

Ítalo movió las manos tratando de soltarse, pero las cadenas eran resistentes y no consiguió nada. Estaba atado a una silla de hierro de pies y manos. Le habían quitado la camisa y los pantalones. Solo les había faltado colocarle un lazo para regalo.

- Eres un cobarde. – Tenía que lograr escapar. Xin estaba bien. Tenía que volver a su lado.

- No eres el primero que lo dice, pero al igual que tú los demás murieron. – Aarón se acercó y clavó el rastrillo en el pecho de Ítalo.

Ítalo respiraba entrecortadamente. El rastrillo que había hundido en su piel con demasiada facilidad y ahora le desgarraba hacia abajo. Aarón lo movía despacio, como si le peinara, arriba y abajo. La carne se había desgarrado y se abría ante él.

- La primera vez que torturé a uno de los tuyos lo pasé verdaderamente mal para lograr herirle. Es increíble lo mucho que se aprende practicando. – Aarón lanzó el rastrillo contra el carrito de metal y agarró la cabeza de Ítalo con fuerza para que pudiera oírle. - ¿Nunca le has preguntado a Maya? Ella también pasó por mis manos, bueno por las mías y por varias más. Era realmente buena cuando era necesario... - Ítalo luchó tratando de levantarse cegado por sus palabras. Apenas había visto a maya en una docena de ocasiones, pero conocía su historia. Sabía el infierno por el que había pasado y lo duce que era. Aquel hijo de puta había ayudado a destrozarla.

- No te mereces vivir. ¡¡¡Te mataré!!! – Ítalo se transformó al instante. Deseaba la sangre de aquel tipo. Quería destrozarle la yugular y dejar que la sangre corriera por sus manos. Quería entregarle su cuerpo sin vida a Xin y Maya.

- Eso ya lo has dicho. ¿No te cansas de repetirte? – Aarón le soltó y volvió pocos segundos después con un bisturí. – Deberías guardar fuerzas.

Aarón pasó horas cortando, rasgando y golpeando. El suelo comenzó a llenarse de sangre con rapidez. Ítalo se mordía la lengua para no gritar, cerraba los ojos y pensaba en Xin. La veía, la sentía a su lado dándole ánimos, pero el dolor era insoportable. Su cuerpo se debilitaba. Su mente trataba de protegerse, de buscar un refugio y quedarse en él.

Aarón agarró a Ítalo por el pelo y lo sujetó.

- Eres peor que yo. Mucho peor. Yo al menos soy sincero, pero tú... - Mientras hablaba con la otra mano clavó en cúter en su mejilla y comenzó a bajarlo. – Tú dices quererla, protegerla, pero lo único que pretendías era torturarla y matarla como estoy haciendo yo contigo.

- No lo hice.

- ¿De verdad? – Ítalo había hablado por primera vez en horas. Su voz temblaba y Aarón disfrutó al ver la duda en sus ojos. – Aún no lo hiciste. No te di tiempo. Si lo hubieras tenido sería ella la que estaría en una silla llorando y suplicando. No puedo culparte, se ve realmente hermosa llena de sangre, mientras gime y llora. – Ítalo giró la cabeza con fuerza. – A mí también se me ofreció ¿Sabías? Tan solo tenía que aceptar, pero la rechacé. Quizás por eso me rechazó de vuelta.

- Le das asco.

- ¿Y tú no? ¿Tú eres especial? – Ítalo sabía que aquel tipo tenía razón. Los planes que tenía para Xin eran incluso peores que lo que él estaba sufriendo. Había creado una sala especialmente para ella. Había elegido cada objeto pensando en cómo gritaría cuando lo usara. Sus sueños eran recreaciones del dolor que le causaría. Sin embargo, no lo había hecho. No pudo.

- Yo no hice nada.

- Puedes repetírtelo las veces que quieras.

Ítalo pensó en su hermano, ¿qué otra cosa podía hacer? En el fondo llevaba un tiempo evitando su recuerdo. No se sentía capaz de pensar en él, le había traicionado. Ella era la que le había matado, había acabado con su vida sin dudar y sin motivo. Xin estaba recuperando los recuerdos y eso haría que lo que había hecho fuera parte de su pasado. Con cada vida que recordase pensaría un poco más como la mujer que había acabado con Ibone, ¿podría entonces acabar con ella? ¿perdería aquella chispa que hacía que la deseara? Todo era demasiado confuso. Quería creer que no eran la misma persona, que Xin seguiría estando ahí cuando lograra soltarse de las cadenas y volver a su lado, porque lo conseguiría. No iba a rendirse tan fácilmente. Esperaría, resistiría y encontraría la manera de soltarse. Al fin y al cabo, el tiempo jugaba a su favor.

Aarón se estaba empleando a fondo. Cuando finalmente le dejó a solas en la habitación tardó varios minutos en darse cuenta. Cerró los ojos y suspiró agotado. El cuerpo le latía, la sangre comenzaba a secarse en algunos sitios y las heridas abiertas tenían una pinta horrible. Si tan solo pudiera moverse para tratar de recolocar la piel y ayudarla a cicatrizar... pero visto que no podía hacer nada trató de dormir.

Podría ser algo fisiológico, algo sencillo que tu cuerpo hacía cuando

necesitaba recuperar fuerzas, sin embargo, era incapaz de dejar que su mente se fuera. El dolor le mantenía consciente, resoplando y cagándose en Aarón. Era una alimaña, pero había que reconocerle que sabía cómo torturar a alguien. Esperaba que tuviera la misma capacidad de aguante, porque haría que aquel hijo de puta ocupara su lugar.

Al final lo consiguió y pensó en ella. Veía su pelo rojo como el fuego, sus ojos verdes y sus labios, carnosos y sensuales. Quería acercarse, olerla, saborearla. Notaba la ansiedad por tocarla en cada fibra de su ser. Sentía calor, mucho calor, y solo ella podía apagarlo.

Xin levantó los ojos y sonrió pletórica. Corrió hacia él y le abrazó con fuerza. Sus cuerpos se rozaron y aplastaron. Xin se separó un poco y miró aquellos ojos azules que la volvían loca. Parecían tristes, las dudas los cubrían con un velo más oscuro, pero seguían siendo igualmente hermosos.

- Pensé que estabas muerto.

- Sino fuera porque es imposible diría que eres tú de verdad. Pareces tan real... - Ítalo la besó. Introdujo su lengua con urgencia y poseyó su boca. Necesitaba sentirla en lo más profundo de su ser. Llenarse de su esencia. Xin sentía que le faltaba el aliento, pero no importaba. Él respiraba por ambos.

Se separó de ella para darle la vuelta. Xin le sentía pegado a ella con sus brazos envolviéndola. Todo él era dureza. Una dureza que la hacía temblar de deseo y la encendía al instante.

Estaba ansiosa, se frotaba contra él pidiendo más al tiempo que Ítalo comenzaba a explorarla con sus dedos. Xin jadeaba incapaz de controlar su respiración, pero Ítalo quería más.

La empujó ligeramente haciendo que se inclinara. Se veía hermosa, toda ella era una creación perfecta. Sus curvas eran suaves y le tentaban a morder, así lo hizo. Comenzó a mordisquear su cadera, bajó por su nalga y olió su esencia. La probó, salada, y la degustó incapaz de alejarse.

Xin gruñía y trataba de resistir aquella tortura. Su cuerpo empezaba a subir por una espiral de placer interminable. No pudo aguantar mucho, tampoco lo intentó, a los pocos minutos un grito agudo acompañó el orgasmo.

Ítalo se levantó y colocó tras ella. Estaba húmeda, caliente, y se introdujo en ella despacio. Quería notar sus paredes comprimiéndole. Necesitaba que le absorbiera a su interior y quedarse allí. Lo deseaba, sin embargo, no puedo

evitarlo. Sus caderas comenzaron a mecerse cada vez más rápido, sus dedos se anclaron en sus caderas y la aferraron guiando sus movimientos.

Poco a poco las embestidas eran más fuertes, los gritos más rítmicos y las sensaciones más intensas. Xin no podía respirar. El orgasmo la había atrapado y la mantenía mientras él seguía golpeando en su interior. Solo cuando le oyó gruñir su cuerpo la dejó salir de aquella placentera tortura dándole descanso. Se quedó satisfecha, débil. Se acurrucó contra él y le miró.

- Eres increíble. Ojalá estuvieras aquí de verdad. – Xin le acarició la barba. Le encantaba pasar las uñas por aquellos pelos negros que la pinchaban cuando se besaban.

- Estoy aquí. – Ítalo le dio un pico y sonrió.

- No Ítalo, de verdad. No sé qué es esto, ni como he venido a parar aquí, pero soy yo de verdad.

- ¿Lo estás diciendo en serio? – Ítalo no podía creérselo. Sabía que había muchas cosas que no deberían ser posibles, pero lo eran. Si aquello era real no podía hacer otra cosa que dar las gracias. No le importaba el cómo o el por qué, tan solo le importaba ella. Volvió a besarla y se recreó en su sabor. Era ella de verdad, tenía que serlo. Su mente no podía imitarla tan bien.

- Sí. – Xin se separó incapaz de contestarle mientras la lengua de Ítalo ocupaba su boca. Sonreía, pero estaba preocupada. - ¿Qué está pasando? ¿Dónde estás? ¿Te han hecho algo?

- Aarón nos teletransportó a algún lugar. Estoy bien. – Ítalo giró la cara al decir esto último y Xin le obligo a mirarla a los ojos.

- Dime la verdad.

- Es posible que me atraparan y me esté torturando.

- ¿Es posible?

- ¿Qué más da? Ahora estás aquí. Soy fuerte y ese cabrón no podrá conmigo. – Xin sonrió como si se lo creyera. Quería darle fuerzas, no contagiarle de sus propios miedos.

- ¿Sabes dónde estás? – Xin lo preguntó esperanzada, aunque la cara de Ítalo ya le dio la respuesta.

- No. ¿Tú dónde estás? – Xin se removió inquieta.

- De camino a la guerra. – No deseaba que sonara mal, trataba de hacerle sonreír, pero sin mentirle. Ítalo frunció el ceño.

- ¿Qué guerra?

- Tengo que salvar a Dulce. Yo... em... la quiero. No puedo dejarla morir. –Ítalo no quería que lo hiciera, pero no tenía derecho a pedir nada. Se deseaban, pero no era suficiente para estar juntos. Lo que hacían era divertido, sin embargo, no duraría. Xin esquivaba su mirada.

- Mantente con vida. No bajes la guardia. No confíes en nadie. – Lo dijo triste. No quería preocuparse.

- No voy sola.

- No esperaba menos de Raphael y Yadiel. – Ítalo miró los labios de Xin. ¿Era aquello una despedida? ¿Podrían volver a verse de la misma manera? – Dile a Maya que acabaré hasta con el último de ellos. Ella lo entenderá. – Xin también lo comprendía, pero no dijo nada.

Siguieron acariciándose, besándose, tentándose, hasta que Aarón volvió a entrar en la sala y le despertó.

Capítulo 34

- ¡No podemos hacer eso! – Lillah se sentó sobre el sofá y bufó frustrada. No estaba acostumbrada a tener que dar explicaciones y mucho menos a soportar impertinencias. Maya se cruzó de brazos y señaló con el mentón a la inmortal. – Sería un suicidio. Tú eres inmortal, pero los demás podemos morir, ¿sabías?

- No vais a ir solos, pero es la única opción. El tiempo se nos agota. – Lillah miraba al resto tratando de encontrar aliados, pero ninguno abría la boca para posicionarse. Ambas tenían motivos de peso y la idea de morir no atraía a ninguno de los presentes.

- Es posible que si... - Maya saltó sobresaltada ante el grito que cortó su plan. Aquella inmortal era realmente insoportable. Había algo, aunque no sabía decir el que, que la molestaba profundamente.

- ¡No! Esto no es un juego. Tenemos que hacerlo, tenemos que atacar y destruirles a todos mientras no nos esperan.

- Pareces olvidar que por el día ardemos. Somos como bengalas incendiarias. Un rayito de sol y puf, se convirtieron en chocapic. – Maya gesticulaba furiosa. Raphael estuvo a punto de reír ante su expresión, Maya era capaz de arrancarle la cabeza de cuajo, y se tapó la boca con una mano.

- Nos protegeremos. Si me dejas explicarte...

- ¿Explicarme? No tengo ganas de ponerme morena y tampoco de que me atrapen. No quiero volver a estar cautiva nunca más. – Lillah abrió la boca dispuesta a atacar cuando Yadiel apareció a su lado y la agarró del hombro. Lillah lo miró y prefirió morderse la lengua.

- Maya, cariño, comprendo que tengas miedo y si quieres puedes quedarte, pero tenemos que escucharla. Nos guste o no tiene muchos más años y conocimientos. – Lillah era antigua, pero no por eso anticuada y menos, vieja. No aparentaba más de veinte y se sentía como una de diecinueve. Es

más, desde que había visto a Raphael había pasado a la adolescencia de golpe. Era una pena que fuera un wampiro, una especie inferior, sino le habría catado a conciencia. Las ideas eran infinitas. En su vida había tenido innumerables amantes, de esos que se enredan en tus sábanas y no quieres echar. Una pena que estuvieran en medio de una batalla y la vida de Dulce corriera peligro. Tal vez si sobrevivía lo apresara, no creía que él se negara...

- Como bien dice el guerrero, - Lillah se calló un segundo y miró a Xin, llevaba ausente más de media hora y no parecía que tuviera nada que decir por el momento. – tengo muchos recursos a mi alcance que podrían decantar la balanza a nuestro favor. No os pido que vayáis de cabeza a una muerte segura, pero tampoco podemos evitar correr riesgos. – Inspiró y sacó una pequeña botellita de su vestido. Llevaba aquella botellita desde hacía cientos de años, jamás la había llegado a utilizar y aun así nunca se separaba de ella. Oculta por un hechizo pendía de su cadera, expuesta y camuflada al mismo tiempo.

- ¿Qué es eso? – Fue Raphael el que habló. Desde la llegada de Lillah no podía apartar los ojos de ella. Quería que lo viera, que lo reconociera entre los demás y se alegraba de que Yadiel solo tuviera ojos para Maya. Deseaba a aquella inmortal, sabía que eran intocables, romper esa norma era motivo de pena de muerte. ¿Le importaba? Había motivos mucho peores por los que morir. Tan solo tenía que convencerla, no era una tarea sencilla, pero no imposible.

Xin levantó los ojos curiosa y volvió a bajarlos poco después. Seguía escuchando, pero su mente estaba en otro lugar. Maya por otro lado no pudo quitar sus ojos de ella.

- Un secreto perdido en la historia. – Lillah estaba demasiado acostumbrada a hablar con acertijos. Los demás se quedaron como si no hubieran escuchado nada a la espera de una respuesta que pudieran catalogar como tal. – Esencia de inmortal. – Lillah acarició la botellita con cariño. No quería gastar lo que había en su interior, su valor era incalculable y el peligro de un mal uso... - Si cada uno de vosotros, los chocapic, - Lillah miró a Maya a los ojos y sonrió. Era una broma, sin embargo, Maya se sintió ofendida. – lo bebéis el sol no os dañará.

- ¿Cuánto tiempo dura? – Maya no confiaba en aquella mujer. Parecía caída del cielo, siempre con la solución perfecta para todos sus problemas. Ahí había gato encerrado. Pensaba descubrirla, no dejaría que les llevaran a

una trampa. La tendría vigilada. Al menos uno del grupo ya había caído en su embrujo, miró a Raphael. “A veces solo piensan con una cosa.”

¿Debía decirle que para siempre? Aquella substancia era una mezcla de la sangre de todas las inmortales. Todas ellas llevaban una botellita igual por si caían heridas. Era una substancia poderosa. La idea original había sido dársela a Xin, incrementar su poder al máximo, pero tal vez que bebieran todos un poco era la mejor solución. La verdad es que ya no tenía nada claro. Odiaba no ver las respuestas, tomar las decisiones sin conocer las consecuencias. Desde el momento que se había involucrado las visiones de todas las personas que le rodeaban desaparecieron, podía preguntar a sus hermanas, pero dudaba que le dijeran la verdad.

- Eternamente, al menos mientras viváis. – Maya se calló sorprendida.
– También os dará más poder. Deberéis tener cuidado en su uso y no podéis decir jamás la procedencia. – Xin se levantó y caminó hacia Lillah. A pocos centímetros de ella acercó la cara a la inmortal. Si se acercaba unos centímetros más la besaría, pero no lo hizo. Habló rozando sus labios, su aliento caliente tocaba a la inmortal con cada palabra.

- No tomarán nada. – Lillah apretó la botellita nerviosa.

- ¿Por qué dices eso? ¿Ocurre algo? – Las palabras se le atragantaban. No llegaba a comprender el cambio de actitud de Xin.

- El tiempo me hizo desconfiada. – Xin estaba aprendiendo a marchas forzadas. Conocía a aquella inmortal, al menos creía hacerlo, y sin embargo algo iba realmente mal. Desde que toda aquella locura había comenzado tan solo se dejó llevar. Era hora de coger el toro por los cuernos. – Pruébalo tú primero. – Lillah tembló visiblemente y los demás se encararon conscientes de su reacción. – ¡Pruébalo!

- Si lo hago no quedará suficiente para todos... - Lillah estaba pálida. Sus pupilas se habían dilatado considerablemente. Raphael tenía el instinto de protegerla, sin embargo, no cedió a él.

- No te preocupes, yo no tengo problema con el astro rey. Tómatelo. – Xin susurró aquello despacio. La miraba atentamente sin perder detalle. Tenía los músculos contraídos y una sonrisa estática en la cara. Daba miedo mirarla.

- Si lo tomo mis hermanas me matarán... - Xin giró la cabeza aparentando confusión sin que la sonrisa desapareciera.

- ¿Y eso? – Lillah negó nerviosa. - ¡¿Y eso?! – Xin agarró a la inmortal por el pelo y la obligó a ponerse en pie. Seguía siendo unos centímetros más alta que Lillah y la observó con asco.

- Lo siento...

- ¿Qué es lo que sientes? – Xin sentía la furia extenderse por su piel. Una emoción poderosa que incendiaba su mente y disipaba su autocontrol. – Nos has traicionado...

- No. Yo...

- ¿Tú qué...?

Yadiel interceptó a Raphael cuando pretendía acercarse a auxiliar a Lillah. Raphael golpeó a Yadiel en la mandíbula consciente de que algo malo iba a ocurrirle a Lillah sino lograba llegar hasta ella. Xin cambiaba a pasos agigantados ante sus ojos. La energía a su alrededor se estaba electrificando y su piel era demasiado blanca.

- Xin tú me conoces. Yo jamás te haría nada. – Lillah podía pelear, pero el resultado era impreciso en aquellos momentos. Estaba rodeada.

- ¿Te conozco? ¿Desde cuándo? ¿Pretendes que confíe en ti por unos recuerdos que no me pertenecen y que según creo pueden ser manipulados? – Lillah sintió que estaba acabada. Si no lograba convencerla la degollarían en aquel mismo lugar. Raphael parecía querer ayudarla y se lo agradecía, aunque no creía merecerlo.

- Dulce estará a salvo pase lo que pase. – Lillah lo dijo en bajo. Se había rendido y no oponía resistencia.

- ¿Qué ocurre? Y esta vez quiero la verdad.

Xin empujó a la inmortal sobre el sofá con brusquedad y volvió sobre sus pasos. La observaba desde la distancia, no quería perder el control y acabar con ella sin querer. Algo iba mal y quería saber el qué. No más mentiras ni manipulaciones. Ya había suficientes misterios en su vida.

- ¿Y bien?

- Dulce fue secuestrada, eso es verdad. – Raphael quería creer que había algún buen motivo para el comportamiento de Lillah. No la conocía de nada, no tenía razones para pensar eso, pero no podía evitarlo. La miraba, tan dulce y delicada, y deseaba protegerla. – Acudí a ti en busca de ayuda y tú me

pediste tiempo...

- No me cuentes cosas que ya sé. – Xin estaba inquieta. El sol brillaba al otro lado de aquellas paredes por mucho que el interior de aquella casa colonial estuviera a oscuras. Aún quedaba mucho día por delante y muchas horas para hacerla hablar. En algo tenían que ocupar el tiempo, dormir no había sido reparador en absoluto y Xin temía lo que encontraría si cerraba los ojos. En el fondo temía no encontrarle cuando lo hiciera. Ítalo había acudido a ella como un regalo dos horas antes cuando se había quedado dormida. No sabía cuánto tiempo habían estado juntos, para ella no fue suficiente, pero le extrañaba.

- Tenía miedo. Quise darte el tiempo que me pedías, pero temía por Dulce. El caso... es que hice un trato con la familia de Kora. Tú, a cambio de Dulce.

- Entiendo... - Xin se quedó callada. Estaba pensando. Era algo tan predecible. El amor nos lleva inexorablemente hacia la estupidez. Ni siquiera una inmortal estaba libre de sentimientos y por ello de cometer errores. Xin ahora parecía ser el objeto más deseado y Lillah la usaba a su favor. ¿Quería ayudarla a pesar de eso? Dulce no tenía culpa alguna. La recordaba, ella había matado a sus padres y la quería. En su interior sabía que era verdad.

- Por favor. Haré lo que haga falta, pero Dulce no ha tenido nada que ver. No podéis dejarla morir... - Xin se volvió hacia Maya y le indicó que se acercara. A continuación, le susurró al oído.

- Aún no me has contado que es lo que pretendías que tomáramos.

Lillah dejó de prestar atención a Maya, que salía de su campo de visión y volvió a su vista a Xin. Lillah podía notar a Maya acercándose por detrás, sabía lo que pretendía, pero se hizo la tonta. Si Xin pretendía que algún no humano cayera en una trampa tan burda estaban perdidos. Al menos esperaba que al dejarse atrapar confiaran en ella de nuevo.

Sin embargo, el ataque de Maya no llegó. En su lugar se mantuvo siempre a una distancia prudencial detrás del sofá.

- Tú dirás... - Xin se estaba impacientando.

- Sangre de todas las inmortales. Es cierto que da un poder sin igual y que la luz del sol ya no os dañaría. – Raphael no comprendía nada. Eso era bueno, ¿no? – Sin embargo, muy pocos sobreviven tras tomarlo.

- Vamos que es un veneno perfecto ya que en cierta manera nos estabas dando lo que te pedíamos. – Xin estalló en carcajadas. Todos parecían pensar que se había vuelto loca, pero a ella le daba igual. Aquella no tenía ni pies ni cabeza. – Anda sírveme un chupito que yo quiero probarlo.

- ¿No has comprendido lo que he dicho?

- Sí. O muero o me convierto en super Saiyan. Oye no es un mal plan, por lo pronto quiero un chupito. Voy a poner a prueba mi suerte una vez más. – Raphael comenzó a reírse también.

- ¿Hay algún truco? – Raphael habló despacio. En cuestiones de seres antiguos siempre había algo. – Supongo que si lo tienes es por algo. Supongo que no lo llevas encima por nosotros. Si fuera así podrías darnos cualquier otra cosa. Dudo que sea sencillo pedirles un poco de cero negativo a tus hermanas. Tengo entendido que no son muy colaboradoras que se diga. – Raphael se estiró como un gato y se centró en Lillah. Estudió sus gestos, su forma de entreabrir los labios nerviosa. Le gustaba verla sonrojarse.

- Tienes razón, pero no puedo...

Xin llegó hasta Lillah en un suspiro. Al instante tenía la daga de lava contra su cuello.

- No sé si puedes morir, pero que puedo hacerte sufrir no lo dudes. No era muy buena en esto, pero me han dado lecciones exprés.

- Si lo hago mis hermanas me matarán. – Lillah jadeó cuando sintió que Xin acercaba la daga.

- Decías...

- Solo una inmortal sobrevive a ese líquido. Se supone que tú también lo harías... - Lillah miró a Xin tratando de justificar su traición, Xin acercó todavía más el puñal y decidió seguir hablando. - En nuestras venas es como fuego puro, nos dota de un poder inimaginable. Para que otro ser obtuviera ese poder tendría que beberlo de nosotras. Tendría que beber nuestra sangre después de tomarlo. – Lillah quería escapar. Aquello no iba bien. Tenía que encontrar otra forma de salvar a Dulce.

- Tú bebes y nosotros te desangramos. No veo el problema. Tú ibas a dárnoslo sabiendo que no había alguna posibilidad de que sobreviviéramos, ¿no? Acercadle un vaso a la doncella. – Xin estaba perdiendo el control. Pagaba con Lillah todo lo que había sufrido aquellos días, pero se veía

incapaz de detenerse. – Confiamos en ti. ¿Todo vale por lo que tú amas? ¿Y lo que amamos los demás?

- Tú también quieres a Dulce. Tú fuiste la que la salvó la primera vez. No estaría viva sino fuera por ti.

- ¿Por mí? Yo no existía en aquella época. – Xin no quería volver a la misma discusión de siempre. – Yo estaba dispuesta a ayudarte, todos te acompañamos a esta casa y confiábamos en ti. Nos preparábamos para la posibilidad de morir a tu lado en combate. – Xin la miraba con asco. Repugnancia e incredulidad.

- Aún eres muy débil. Si tuvieras el control sobre tu poder... pero no has completado el ciclo. No tienes posibilidades. Si me dejaras, ellos tendrían lo que quieren, Dulce estaría a salvo y tú volverías a nacer.

- Quieres matarme. – No tenían respeto por su vida. Para ellos era más un duendecillo que una persona real, de carne y hueso, que respiraba y sufría.

- Volverías...

- ¡¡Quieres matarme!! ¡¿Estás sorda?! – Xin comenzó a desaparecer. Sus ojos estaban completamente negros. Su pelo rojo brillaba y se agitaba a su alrededor electrificado. Su cuerpo comenzaba a diluirse sin llegar a borrarse por completo.

Xin miraba a Lillah, solo la veía a ella. Estaba harta de la forma de pensar de aquellas criaturas, de seguir sus razonamientos y tratar de comprenderles.

- Tú crees tener derecho a decidir sobre mí. Nadie tiene derecho a decidir sobre mi vida. ¡Nadie! – Su voz salía entrecortada y grave. Yadiel se acercó dispuesto a intervenir, Raphael ya tenía la pistola en la mano, pero Maya no se movía. Maya seguía a Xin con los ojos en total tranquilidad. - ¡Me torturaron por mi bien! ¡Me apresaron por mi bien! Y ahora... ¡Quieres sacrificarme por alguien a quién amas! ¡Pretendes que acepte! – Xin se removía sin decidirse. Quería matarla, lo deseaba y aquel deseo era cada vez más intenso.

- Xin... - Raphael llegó hasta ella. Estiró los dedos y Xin giró la cabeza hacia él. Su pelo se agitaba creando una nube rojiza que la envolvía.

- Aléjate... - Xin trató de avisarle. Solo Yadiel notaba el peligro. Xin estaba perdiendo el control.

- No. Xin escúchame. Tranquilízate. Nadie va a sacrificarte. Lillah solo... - Raphael levantó las manos y miró a la inmortal. Sino fuera porque lo creía imposible habría jurado que tenía miedo.

Xin comenzó a reírse. Una risa espeluznante que rebotaba en las paredes y vibraba con frecuencia propia. Su risa provocaba en todos, un miedo irracional, despertaba sus peores pesadillas. Xin era consciente de que algo estaba despertando en su interior, una fuerza que demandaba sangre, la deseaba con todas sus fuerzas. Estaba cansada de tantos engaños, mentiras e injusticias. Se encontraba inmersa en una espiral que amenazaba con destruirla y luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse a flote. Su mundo había perdido el rumbo y el sentido. Todo lo que había conocido hasta aquel instante era papel mojado, una bruma que se confundía en miles de momentos que no le pertenecían. Quería seguir siendo ella, quería luchar contra todo aquello y actuar como solo Xin sabía hacerlo, pero ya no estaba. Su esencia se había mezclado con aquella fuerza que tiraba de su ser hacia la venganza. El ojo por ojo le demandaba que acabara con aquella inmortal, que se llenara de su sangre e incrementara su fuerza. Quería el poder del que ella hablaba, ¿tenía que beberse aquel mejunje? ¿A qué estaba esperando?

Xin rebuscó con los ojos la botellita. Raphael no sabía que podía hacer, solo Lillah parecía tener poder suficiente para detener todo aquello, pero se había quedado paralizada. Ni un solo músculo de su ser se movía.

- Tío haz algo o la matará. – Raphael acudió a Yadiel como siempre lo hacía al verse sin respuestas. No comprendía aquella reacción tan desmesurada, al fin y al cabo, lo habían descubierto a tiempo...

- ¿Y qué coño quieres que haga? No creo que mi muerte cambie algo. – Maya se encogió de hombros cuando Yadiel la miró. No estaba por la labor de ayudar a Lillah, ella tampoco se fiaba de aquella inmortal. Xin tenía sus motivos, ella también había sido torturada y comprendía lo que realmente le dolía a Xin. Lillah había estado dispuesta a condenarla a sufrir lo indecible. Ni siquiera le había dado valor al dolor que tendría que soportar y lo había cerrado con una cruel sentencia. “Tú volverías a nacer.” Si todo fuera tan sencillo, pero Maya sabía que no lo era. Todavía podía recordar las largas sesiones de tortura, se despertaba con pesadillas en las que jamás conseguía escapar, tardaba en recordar que al fin estaba a salvo.

- Dejadla. Es lo justo. – Maya se sentó contra la pared. Sus manos

descansando en el regazo y una tranquilidad en su rostro impropia de ella. Yadiel la miraba confuso, se estaba perdiendo algo, sin embargo, temía preguntar. Maya estaba cambiando, eso era algo bueno, ¿no?

- Nunca te han torturado ¿verdad? – Xin lo preguntó conociendo la respuesta. Aquella bella y sabia inmortal, siempre protegida por las normas, nunca realmente expuesta al peligro. Aquellas normas que nadie se había atrevido a retar, ahora lo haría... ¿Trataban de matarla? Al menos que fuera por algo que había hecho ella. – ¿Alguna vez has sentido miedo? ¿Alguien te ha aterrado tanto que preferías morir a que volviera a tocarte? – Maya temblaba con cada pregunta. La miraba consciente de que las respuestas eran lo que podrían salvar a aquella inmortal. Solo ella tenía la llave de su libertad. Estaba en un peligro que ella misma había provocado. “Buena suerte.”

- No. Nadie se atrevió nunca a amenazarme. – Seguía viendo el orgullo en aquellos ojos dorados. Xin la odió por ello.

- ¿Y qué es esto que estoy haciendo yo? No eres más que una estúpida que juega a algo que no conoce. Una estúpida que cree tener las respuestas porque ha visto mucho, pero no has vivido jamás. – Xin la levantó y la acercó a su rostro. - ¿No eras poderosa? Defiéndete o muere... - Lillah tembló y Xin sonrió. ¿Era eso lo que pretendía? Quería dañarla, hacerle ver lo que era el dolor. Un dolor que sentía en el fondo de su ser y despertaba al mínimo gesto u olor y la desgarraba de improviso. - ¿Qué es lo que más temes?

Lillah tragó saliva y negó confundida. ¿Temía realmente algo? Negó con la cabeza tres veces nerviosa. Tenía que recuperar a Dulce, eso era lo único que importaba. Lo había arriesgado todo por esa idea, no podía echarse atrás ahora, ni, aunque eso supusiera su muerte. Si debía morir que así fuera.

- Haz lo que quieras conmigo. Beberé la sangre y tú beberás de mí. Haré lo que desees, pero prométeme que salvarás a Dulce. – La imagen de aquel bebé dormido entre sus brazos la atravesó. Sintió una punzada en el centro de su pecho, tenía miedo por el futuro de aquella criatura. Para Xin Dulce seguía siendo una niña, no la había visto crecer, y estaba en peligro. Un peligro mortal. ¿Iba a dejarla sola por la traición de aquella mujer? ¿Tenían posibilidad sin su ayuda? ¿Podría confiar en ella?

- Me necesitas... Ahora que te hemos descubierto no tienes más salidas que las que nosotros te demos... - Xin se relamió ante la idea de beber de

aquella mujer. No sentía la misma necesidad que con Ítalo. Con él su cuerpo ardía en llamas, su piel se inflamaba y su mente se perdía en su sabor. Con ella era algo simple, deseaba el poder que ella tenía. No sabía de donde procedía aquel deseo, pero era intenso.

- Xin detente. – Xin miró a Raphael asqueada. Aquel mosquito comenzaba a ser realmente molesto. Por un momento se olvidó que había sido él el que la había protegido hace no mucho tiempo. Él la había ayudado o lo había intentado, pero él no era nadie. No tenía poder, ahora podía verlo.

- No te metas. – Raphael pensaba a toda velocidad. Lillah echó la cabeza hacia delante y su pelo negro cayó como una cascada de oscuridad ante su cara tapándola.

- ¿Quieres hacerle daño? Dime que es lo que más temes tú y se lo haremos a ella. Yo se lo haré, pero no la mates. La necesitamos.

- Necesitamos su poder, su sangre... - Xin temblaba. Le costaba mantener sus manos quietas. Deseaba abrirle la boca a aquella inmortal y obligarla a beber aquella sustancia para después...

- ¡Qué temes! – Xin miró a Raphael. ¿Y si le mataba? Aquella idea irrumpió con fuerza y con fuerza desactivó algo en su interior. Aquella no era Xin, Xin no mataba porque sí. Raphael había sido bueno con ella. ¿Temor? Xin temía muchas cosas. La aterraba el dolor, la aterraba estar atada y...

- Tú... - Xin volvió sus ojos negros hacia Lillah y sonrió. Su cara era aterradora. Unas venas negras se habían esparcido entorno a los ojos y sus labios eran de un rojo intenso. – vas a sufrir y no harás nada por impedirlo... - Agarró la cara de Lillah y apretó con fuerza obligándola a dar dos pasos hacia Raphael y Yadiel. La lanzó con asco a los pies de ellos. Lillah se dejó caer sin oponer resistencia. Aquello ya de por sí era una humillación que le dolía, algo en su interior trataba de rebelarse a aquel trato. No podía permitir... pero era necesario. – No levantes la cabeza o te la corto. – Lillah bajó aún más los ojos. Miraba el suelo pendiente de la decisión de Xin.

Raphael sintió miedo al notar la mirada de Xin sobre él. Aún recordaba cuando la había visto como una mujer inocente y débil, aquella imagen parecía muy lejana. No eran la misma persona, aquel ser quería dolor.

- ¿Quieres salvarla? – Xin recordaba, en algún punto lejano de su mente, que en otro tiempo deseó salvarla. Los recuerdos seguían allí y sin que

ella fuera consciente le estaban dando a Lillah la posibilidad de vivir. – Viólala. – El aire escapó del salón con aquellas palabras. Maya se esperaba muchas cosas menos aquella palabra en concreto. Ni siquiera ella podía desearle algo así. Aunque no había sido con su vida con la que habían traficado.

Raphael echó la mano a la daga que tenía sobre la cintura cuando Yadiel le retuvo.

- Tú te ofreciste a hacerlo. No deshonres tu palabra.

- ¡Estás loca! ¡No estamos en la prehistoria! ¡No voy a violar a ninguna mujer! – Xin se acercó a Lillah despacio. Raphael tembló ante lo que eso significaba. - ¡¡Para!!

- ¿Por qué? Has dicho que no...

- Lo sé. Por favor déjame pensar algo... - Lillah tenía miedo. Había pensado en tener relaciones con aquel wampiro, no era algo que le desagradara, pero ser violada y usada como un objeto era otra cosa. ¿Podría pasar por algo parecido? Decidió quedarse en silencio incapaz de tomar una decisión.

- No. – Xin no sabía de donde procedía aquella furia, pero no le importaba. No podía detenerse, sentía aquella emoción absorbiéndolo todo. No podía sentir otra cosa que la imperiosa necesidad de castigarla. – Has dicho que harías cualquier cosa por Dulce y que yo debía sacrificarme por ella... Mi vida, que me torturaran, merecía la pena porque ella estuviera a salvo... Pensabas dejarme a la merced de unos auténticos monstruos. Podrían hacer conmigo lo que les diera la gana. Cosas incluso peores. - Lillah miró a Xin y asintió con lágrimas en los ojos. Lo había dicho. – Entonces estarás dispuesta a sacrificarte tú por ella. ¿No? ¿Harás lo que has pedido? ¿O acaso eres una hipócrita?

- Haré lo que haga falta... - Lo dijo en un susurro, pero las palabras fueron claras para todo el mundo en el silencio que les rodeaba. Raphael no podía creérselo. La miraba incapaz de salir de su asombro mientras ella le devolvía la mirada. Y Xin le había elegido, no debería excitarse como lo estaba haciendo ante la idea de poseerla contra su voluntad, pero se perdía en aquellos ojos dorados...

- No es tan sencillo. – Xin sonrió como si su nueva idea fuera una

travesura más. – Necesitamos el poder que nos has prometido para salvarla. Beberás la sangre, serás violada y después, cuando tengamos a Dulce a salvo, que tus hermanas te castiguen como les venga en gana. – Xin estalló en carcajadas como si de pronto la idea la llenara de júbilo. Definitivamente estaba como un cencerro, pero ¿alguien podía culparla?

Capítulo 35

Lillah estaba paralizada. Todos los ojos se centraban en ella. Xin iba volviendo poco a poco a la normalidad y se había sentado en el suelo al lado de Maya. En su mente repasaba todo lo ocurrido como en un sueño. ¿Aquellas habían sido sus palabras? ¿Se arrepentía de ellas?

Nadie hablaba, temían hacerlo. En el fondo cada uno por sus motivos estaba enterrado en sus propias ideas.

Lillah se levantó incapaz de seguir así y ante los ojos de todos se bebió la botellita. Notó el sabor de la sangre, era agradable, la sintió descender por su garganta y encender su cuerpo. El calor se esparcía a medida que sus células la aceptaban como propia. Notaba el poder embriagarla y desinhibir sus reservas. Sus ojos dorados relucían con luz propia.

Xin la miró apreciando su belleza. Recordaba lo que había sentido la primera vez que la había visto. Se había sentido diminuta a su lado, aquella mujer contenía en su cerebro respuestas a la que ella jamás se acercaría siquiera, no obstante, ahora se percataba de que Lillah tampoco conocía las que Xin daba por supuestas. No era más que una niña sabionda en un mundo realmente cruel. No comprendía por qué si tenía tanto poder no peleaba por sí misma, no obstante, le daba igual.

Maya se levantó y acercó a Yadiel. Entrelazó sus dedos y le sonrió al ver el miedo en sus ojos. Yadiel era un hombre honorable, bueno. No le gustaba saber lo que estaba a punto de ocurrir y no sabía si podría permitirlo.

- Vámonos. – Salieron del cuarto y se dirigieron escaleras arriba. Maya estaba cansada y aún quedaban horas para que salieran. Lo que pasara a partir de ahí no era cosa de ellos. Notaba como Yadiel se aferraba a su mano tratando de mantenerse a su lado. Él estaba luchando contra todo lo que creía para no correr escaleras abajo. – Ella ha aceptado. Es su decisión y por mucho que no lo reconozcas se lo merece. No es lo que yo habría elegido, pero la comprendo.

- No llegó a hacernos daño.

- Porque no tuvo la oportunidad. Algo me dice que si Xin no se hubiera percatado todos habríamos muerto o algo peor. Lo siento amor, pero no me da ninguna pena. Es verdad que yo no le habría puesto ese castigo, el mío habría sido peor.

- No eres así. Eres dulce y buena.

- ¿Sabes por qué te cuesta tanto? Porque ves en ella a una mujer. ¿Qué más da? Los actos son lo realmente importante. No te dejes engañar por el envoltorio. Si fuera un hombre no tendrías esas dudas. – Maya se detuvo y le hizo girarse. – Sé que te aferras a tus principios y lo respeto. Ahora bien, como interfieras yo misma te lo haré pagar. – Yadiel podía ver la verdad de sus palabras. Su mujer era un precioso misterio y cada día que pasaba la amaba más. Tal vez tuviera razón, la verdad es que no importaba. Nadie merecía tanto la pena como para que se arriesgara a enfadarla.

- Ya estamos tardando. Tengo ganas de besarte mientras tengamos tiempo...

Ambos desaparecieron escaleras arriba.

Xin no se movió, no podía hacerlo. En el fondo lo que ocurriera en aquel momento era por ella y quería verlo. No debía mostrar debilidad. Echarse atrás no era una opción cuando habían estado a punto de traicionarte y posiblemente matarte.

- ¿Vas a quedarte a mirar? – Raphael lo dijo con asco. Sus palabras iban cargadas de veneno. No podía hacerlo. No sabía que odiaba más si el hecho de que Xin fuera capaz de proponer algo semejante o que se excitara al pensar en ello. ¡Jamás haría algo así sin el consentimiento de una mujer! Pero Lillah se lo había dado... ¿Entonces qué era lo correcto? Si Xin se fuera tan solo tendría que mentir. Lillah no tendría que pasar por aquello y menos por su mano, pero no parecía dispuesta a hacerlo.

- Sí. – La respuesta de Xin lo dejó sin excusas ni salida. Lillah se levantó y lo miró cansada.

Lillah no sentía miedo, veía el miedo en los ojos de él. La enterneció su preocupación, pero era algo inevitable. Sexo entre dos personas. Meter y sacar. Después donaría un poco de sangre y listo. Debía mantener la mente lejos y las piernas abiertas. Eso era todo.

Xin podía oír sus razonamientos y sonrió con pena. Aquella mujer no tenía ni idea, ¿cómo desconectas el cuerpo de la mente? ¿Cómo hacer que tu cerebro no sienta las emociones que llegan de tu piel? ¿Cómo evitar que estas se intensifiquen y te arrollen como un gran maremoto? Lo sabía por experiencia propia.

Lillah se acercó a Raphael y lo besó. Era un hombre alto y fuerte. Su rostro era cuadrado, lleno de fuerza y magnetismo. Su pelo rubio estaba algo largo y despeinado. Parecía furioso, incapaz de seguirle el juego, y mantenía los ojos fijos en Xin.

- No puedo hacerlo si alguien me mira. – Xin sonrió levantando los hombros. Le daba igual lo que intentara, ella conocía sus secretos.

- Sé lo que hay en tu cabeza. ¿Crees que hay algo que puedas hacer? Deberías dejar de buscar una salida y hacer que tu instrumento reaccione. – Xin lo dijo como algo lógico y razonable. Lo miró y volvió a sonreír.

- ¿Cómo vas a saber lo que pienso? – Raphael la miró con desconfianza. Lillah le tocó el hombro y se preguntó si era posible que aquel vampiro no la deseara. Jamás se había planteado una pregunta tan básica. Ella era el deseo de todo ser, ¿no? Había sido creada perfecta o al menos eso le habían hecho creer.

- Ella puede leer tus pensamientos. – Lillah lo dijo en un susurró y Raphael se sintió derrotado. – Hace tiempo, muchísimo tiempo, alguien – No se atrevía a decir que había sido ella misma, pensó en todo menos en lo que había pasado. – le dio ese don.

Lillah se acercó a su espalda. Era ancho, sus músculos duros se tensaban bajo sus dedos, pero permanecía inmóvil. La dejaba inspeccionarle, descubrirle sin que moviera ni un dedo. Lillah se sentía perdida. No creía que aquello fuera lo que Xin esperaba y temía que Raphael se echara atrás. Dulce la necesitaba y haría lo que fuera necesario.

- Deberías darle lo que acordaste. Lillah empieza a tener miedo. – Xin se estaba divirtiendo.

Raphael miró a Lillah sin llegar a creérselo. Lillah lo tocaba, pero ni siquiera era una caricia, era más bien un roce inofensivo. Debía ser duro para ella...

- Jajaja. Esperemos que sea muuyy duro... - Xin volvió a reírse.

Raphael tenía ganas de golpearla. Aquella mujer no era en absoluto como había creído. Xin lo miró molesta. – Inténtalo, pero si lo haces asegúrate de estar listo para morir. Lo que tú ves como maldad yo lo veo como supervivencia. Lo que no entiendo es como puedes seguir viéndola así cuando estaba dispuesta a sacrificarte. Una pena la verdad. Te aviso, no tenéis todo el tiempo del mundo y quiero ver marcas. Esfuérzate en dejar hermosos hematomas en esa carita y ese cuerpo. No creo que tengas problemas con el pequeñín, pero si es así siempre puedes pedirle que hincó rodilla.

Raphael bufó furioso y se volvió contra Lillah.

- ¿Es lo que quieres? – Lillah asintió. – Dímelo con palabras. Ella quiere ver tu dolor, no va a ser algo divertido y tierno, ¿eres consciente de ello? – Lillah tembló incapaz de hablar. – Puedes detenerme si quieres... - Quería darle una salida, pero cuando la vio asentir su cuerpo se calentó. No pudo evitarlo. La miraba consciente de que podía hacer con ella lo que quisiera.

Xin se estiró, en el fondo sabía que sería vergonzoso y no quería mirar. Al menos no su parte consciente, había algo en su interior que no podía cerrar los ojos. ¿Por qué no?

Raphael se desabrochó la camisa mirándola en todo momento. Se quitó los pantalones y los tiró a un lado. No podía pensar en nada que no fuera ella. Deseaba enredar sus dedos en su pelo negro y usarlo para anclarse en su interior. La deseaba desde el instante en que posó los ojos en su cuerpo, en sus labios, en sus ojos...

- Deja de pensar Don Juan. Úsala. – Xin sabía que sus palabras le enfurecían y disfrutaba de ello. Raphael la miraba retándola. La odiaba. Sentía la furia agolparse en sus venas.

- Tendré que hacerlo. Al menos ella sabrá hacerme disfrutar. – Xin sonrió sarcástica y miró hacia arriba.

- No tendrás ni idea de lo que es disfrutar. Espero que al menos la llenes. – Raphael se lamió los labios. Le retenía la mirada. De pronto los ojos de Xin le parecieron sumamente profundos, verdes y llenos de vida. No había rencor en su interior, no parecía buscar dañarles.

Raphael jadeó cuando notó que Lillah se acercaba, le tentaba.

Raphael besó a Lillah. Introdujo la lengua y tirando de su pelo se aferró a

ella. La saboreó con furia, deseando romperla, pero no era a ella a quién deseaba destruir. Con su lengua recorría el interior de la boca de Lillah mientras en su mente estaba Xin torturándole. Le estaba obligando, estaba usando su cuerpo igual que hacía él con el de Lillah. ¿Por qué le había elegido a él? Si podía leer el pensamiento seguramente sabía que deseaba a la inmortal, pero no de aquella manera...

Lillah se aferró a Raphael al sentir aquel ataque. El calor ascendía por su piel, la envolvía como una manta asfixiante. Entreabría los labios buscando aire y dándole acceso a él. Aquel beso era demoledor. Raphael era diestro y mordía con la presión justa. Su lengua la asaltaba sin compasión haciéndola sentir impotente y jadear de placer.

Raphael se despegó de Lillah y miró a Xin. Sus ojos conectaban, se retaban. Xin sabía lo que estaba pensando, no sabía porqué, pero le gustaba que la viera a ella. Se sentía viva al conectar con sus emociones y sentir aquella furia ciega.

Raphael miró a Lillah y sintió pena. Era hermosa, pero entre sus dedos se movía como una muñeca que le daba lo que pedía. Lillah creía que conocía los placeres de la carne, pero no a todos los hombres le gusta que les den todo lo que reclaman con tanta facilidad y Raphael no era uno de ellos.

Xin sonrió traviesa.

- “No te gusta que te pongan las cosas fáciles.” Raphael la sintió en su mente y descubrió que no le desagradaba la sensación. Así al menos podría responderle, demostrarle lo que pensaba de todo aquello.

- “Ella no se lo merece. No creo ni que fuera consciente de lo que hacía.”

- “¿Tratas de convencerme de que la persona más vieja y sabia que hay sobre la tierra es una niña ingenua? Además, teniendo en cuenta lo mucho que la deseabas... ¿Tan poco te duran los caprichos?”

Raphael sentía la lengua de Lillah en su boca, su cuerpo acariciándose contra él, pero su mente estaba con Xin. Lillah era realmente preciosa, sin embargo, necesitaba algo más. Le habían bastado unos segundos para comprender que no eran compatibles.

- “En ciertos temas es una niña.”

- “Te puedo asegurar que ha estado con más hombres de los que puedas

contar. ¿Cuál es el problema exactamente? ¿No querías tirártela? Ahora lo tienes en bandeja y yo necesito que pague.”

- “Te está saliendo muy mal. Yo hasta diría que disfruta.”

Xin sonrió y les miró atentamente. Disfrutaba, a Lillah le daba igual que la miraran, no era la primera vez. El sexo obligado con Raphael le dolía en el orgullo, pero al fin y al cabo a ella misma se le había pasado por la cabeza. Por un momento había temido que fuera brusco y la dañara, sin embargo, visto que no sería así...

- “Ese es el problema. Quiero verla sufrir, verla sentirse mal. En caso contrario no hay trato.” – Raphael gruñó y empujó a Lillah sobre el sofá.

Lillah esperaba cualquier cosa menos aquel cambio repentino. Raphael no le dio tiempo a reponerse, apretándole el brazo la hizo ponerse a cuatro patas. Xin podía ver el desconcierto en sus ojos, a ella jamás la habían tomado en una posición tan indecorosa. Xin sabía que disfrutaría, su cuerpo deseaba a Raphael y tomaría el control, pero no trataba de traumatizarla, al menos ya no, tan solo quería demostrarle que el control podía perderse en cualquier momento.

No sabía el porqué de aquella forma ni por qué no podía apartar los ojos de él. Lo veía moverse sobre ella, sintió un escalofrío cuando lo vio lanzarla sobre el sofá, inmovilizarla con su peso pegando su excitación contra su culo.

- “¿Algo así?” – Raphael no veía a Lillah bajo él. Xin estaba en su cabeza, ante sus ojos, y su cuerpo la reconocía a ella. Reaccionaba a sus palabras. Le estaba gustando...

Xin sintió la humedad deslizarse entre sus piernas al escuchar aquellas palabras. Aunque bajo Raphael estuviera Lillah era ella quién estaba en su mente. Raphael estaba excitado y se restregaba contra Lillah sin llegar a tomar una decisión.

Lillah no sabía lo que estaba ocurriendo. Mantenía la cara pegada contra el sofá, Raphael la había inmovilizado. Metiendo la mano bajo su cadera la obligó a poner el culo en pompa. Estaba expuesta ante él, se sentía ridícula y poderosa al mismo tiempo. Quería que el fuego la envolviera, pero Raphael parecía haberse detenido, estarla observando y eso la ponía nerviosa.

- “¿Estás contenta? Puedo parar cuando quieras. Creo que ya ha tenido suficiente.”

- “Quiero que sufra. Las lecciones a veces duelen.”

- “Ojalá estuvieras tú aquí en lugar de ella. Te golpearía y te enseñaría lo que se siente. Aprenderías a no hacérselo a nadie.” – Xin jadeó y sintió el calor sobre su piel. Deseaba arrancar a Lillah de entre sus dedos. A ella no le gustaban esas cosas, ¿entonces? Raphael apretaba la mandíbula y la miraba. Podía ver sus ojos sobre su piel, recorriéndola furioso.

- “Golpéala.” – Raphael sintió el tirón en su entrepierna ante aquella orden y deseó seguirla. Algo iba realmente mal en su cerebro. Lillah había aceptado, ¿no?

Le golpeó el culo despacio, pero aquello no pareció gustarle a Xin e incapaz de detenerse comenzó a golpear cada vez con más fuerza. Al principio parecía conforme, pero a medida que los golpes iban en aumento comenzó a tensarse entre sus dedos.

- “No solo dolor. Quiero que la violes y si está seca no conseguirás entrar en su interior.” – Raphael no podía pensar. De pronto sus palabras le tentaban y guiaban. A cada golpe había sentido la reacción de placer de Xin. La miraba en todo momento, se sentía conectado a ella. Comenzó a acariciar a Lillah, primero las nalgas, luego llegó a su centro e introdujo un dedo.

Lillah comenzó a relajarse a medida que sentía como se movía en su interior. La tranquilizaba con caricias, lamía allí donde la había golpeado para a continuación volver a azotarla. Aquello la estaba volviendo loca, pero su cuerpo respondía con pequeñas olas de placer que se extendían.

- “Está mojada. Creo que al final lo has conseguido, pero no has terminado.” - Raphael se colocó en su entrada y empujó. Entró sin dificultad. Lillah estaba apretada y la sensación le hizo cerrar los ojos. Xin se molestó al ver que Raphael pensaba en Lillah.

- “¡Quiero que la folles! No te he pedido que seas tierno con ella...” – Raphael miró de nuevo a Xin. Sus ojos conectados, sus pensamientos mezclados y el deseo de Raphael extendiéndose por el cuerpo de Xin.

Xin estaba húmeda, ansiosa, tentada a pedirle que la dejara y viniera a su lado. Raphael tenía aferrada a Lillah por el pelo y arremetía contra ella provocando un golpeteo rítmico y carnal que les inflamaba la sangre.

- “Te gusta.” – Raphael golpeó varias veces las nalgas de Lillah sabiendo que Xin lo veía. La miraba y volvía a golpear. Sentía a Lillah

estrecharse en torno a él y sonreía orgulloso ante aquella pelirroja que parecía demasiado sofocada.

- “No seas engreído. La estoy castigando.”

- “¿Con sexo? ¿Un orgasmo?”

- “El castigo viene después.” – Xin sonrió. Sentía el placer de Raphael en su propia piel, notaba su necesidad por dejarse ir. No quería que lo hiciera. – “Sal de ella.”

- “Aún no he terminado.”

- “Pensé que no querías hacerlo. Te libero de ello. Sal ahora mismo de ella.” – Raphael empujó a Lillah con más violencia de la necesaria para salir de su interior. La dejó confusa, sudorosa y sola sobre el sofá.

Lillah quería más. Buscaba a Raphael necesitada de aquel orgasmo que parecía habersele negado. Su cuerpo necesitaba la liberación como el aire que respiraba.

- No te lo va a dar. – Lillah vio a Xin levantarse de la esquina y a Raphael con la mandíbula tensa a su lado. – Él no te desea a ti, pero, aunque así fuese no tienes el derecho a disfrutar. Eres menos que nada y ni siquiera lograste retenerlo entre tus piernas.

Lillah sentía su orgullo resquebrajarse cuando buscó la mirada de él. Raphael la evitaba.

- Esto que estás sintiendo es frustración, es difícil lidiar con ella, pero aprenderás. Y esto... - Xin golpeó con furia a Lillah en la boca haciéndola sangrar. – es dolor. Podría hacerte mucho más, pero supongo que no merece la pena. Vístete que aún tenemos que beber tu sangre. Llenarás un vaso para cada uno, pequeño, no queremos desangrarte.

Raphael sentía la misma frustración que Lillah y que la propia Xin, si se atreviera a reconocerlo. Lillah se alejó a la cocina y Xin trató de regular su respiración.

- ¿Y esto? – Raphael señaló su entrepierna. Más que una pregunta fue un gruñido ronco. Xin lo miró como si fuera el primero que veía y sonrió.

- Agua fría. Sabías que si te sientas sobre la mano izquierda...

- No. Tú querías algo y te lo di. Ahora lo quiero yo...

- No creo que seas el tipo de hombre que lo coge a la fuerza.
- Algo me dice que lo deseas tanto como yo y contigo puedo disfrutar como a mí me gusta.
- Lo siento, pero me gustan más hombres. – Xin pensó en Ítalo, él era como una llama que la atraía y sin embargo tembló cuando Raphael la agarró por el cuello y la lanzó contra la pared.

Raphael se apretó a ella. Xin podía notar su excitación contra el abdomen, sus músculos fríos por el sudor, su aliento especiado contra su boca. Le costaba pensar, le costaba respirar, no sabía que le ocurría. Ni siquiera le deseaba, no es que no fuera atractivo, pero no era su tipo. No como Ítalo...

- No sabía que eras una mentirosa.
- No lo soy.
- ¿No te apetece?
- No me gustas. Me gusta Ítalo.
- Ya decía que eras masoquista. Te gusta el cabrón que quería torturarte y matarte. La verdad es que a mí tampoco me gustas, si puedes leer mis pensamientos sabrás que me gusta Lillah, no obstante, quiero follarte. Tu a mí también, ¿no?

Xin no podía pensar. No con él tan cerca, con su piel rozándola y sus manos descendiendo por su costado. Su cuerpo la traicionaba, gimió, sus labios no conseguían contener el aire y los suspiros la delataban.

- No lo hagas... - Xin cerró los ojos cuando sintió los labios fríos de Raphael sobre su boca. No la besaba, pero tampoco se alejaba. ¿Qué quería?

Raphael apretó un poco más su cuello. Trató de sentirla de nuevo en su mente, allí estaba, la conexión era débil pero todavía existía.

Xin le oía. Podía ver las posturas y formas que recreaba en su mente. En todas aquellas imágenes era ella la que se plegaba y contoneaba. Era ella la que botaba sobre él y su cara de placer.

Xin sentía la humedad deslizarse en su interior. Le deseaba con fuerza, no podía decir que no. No le debía nada a nadie.

- “Hazlo.” – Xin volvía estar ahí, en sus pensamientos. La orden era clara y Raphael la acató al instante.

La besó. La mordió y gruñó contra ella. Sus labios se frotaban con furia. Xin abrió la boca y le acogía mientras comenzaba a apretarse contra él.

Juntos comenzaron a quitarle los pantalones sin dejar de besarse. Raphael la penetró con fuerza, resbaló a su interior y ella se aferró a sus caderas envolviéndole.

Raphael golpeaba su interior, una y otra vez, trataba de destrozarla con cada intento. Rugía contra sus labios incapaz de ver nada. Descendió hasta su pezón y clavó los dientes sintiendo su sangre entrar en él. Estaba embargado por un placer que amenazaba con destruirle. Sus dedos se agarrotaron sobre el cuello de ella.

Xin gemía y gruñía mientras trataba de acompasarse con él en las embestidas. Cada movimiento era una ola de placer que la atravesaba como una puñalada. Sintió el mordisco y más placer. Raphael la azotó, pero apenas era capaz de notarlo en la niebla que la había atrapado. Estaban tan cerca del orgasmo... ambos perdidos y ansiosos.

Raphael volvió a besarla y Xin le mordió la lengua. La sangre era escasa, pero suficiente para que Xin cediera y enviase una ola de placer al cerebro de Raphael. Ambos se perdieron y se dejaron ir incapaces de seguir soportando la tortura.

Ninguno de los dos había sentido tanto placer en toda su vida. El problema era que ahora que sus cuerpos estaban cansados y satisfechos no sabían cómo mirarse a los ojos. Xin pensaba en Ítalo y sentía culpabilidad, aunque tener cerca a Raphael había comenzado a ponerla nerviosa. Ya no le veía de la misma manera, es más no podía dejar de mirarle.

- Deberíamos beber la dichosa sangre y largarnos. Está a punto de anochecer y aún tenemos mucho que hacer hasta entonces. – Raphael fue el primero en hablar. La miraba sin llegar a comprender lo que había ocurrido. Algo se había desatado entre ambos y ninguno había sido capaz de detenerse. Era lo más increíble que había sentido nunca. Era un placer hecho para volver loco a un hombre.

Xin temblaba de pies a cabeza. A duras penas era capaz de sostenerse y vibró cuando Raphael la rozó al recolocarse el pantalón.

- No les digas lo que ha pasado. – Raphael asintió algo molesto porque tratara de ocultarlo.

Xin se fue a la cocina, se decía a si misma que para ver lo que hacía Lillah, pero era incapaz de seguir al lado de aquel wampiro. Estaba confusa y sumamente sensible. Necesitaba aire.

- Ya estoy terminando. – Xin la miró aturdida. Lillah tenía una herida en el antebrazo y la sangre salía profusamente de ella para ir a parar a un pequeño vaso. Xin se sorprendió, sin embargo, la respetó. Hacía todo aquello por Dulce, había algo que amaba más que su propia vida y eso era digno de apreciación.

Lillah había oído los sonidos provenientes del salón, jamás habría pensado que entre ellos dos había algo, tal vez en los últimos años había perdido más capacidad de apreciación de la que ella pensaba. ¿Qué más daba? Tenía lo que quería, ¿entonces por qué escocía tanto?

Miró a Xin consciente de que en el fondo otra persona, en su misma situación, la habría degollado directamente. Aquella mujer era extraña, ella la había conocido en sus anteriores vidas y había algo diferente.

Xin no estaba interesada en las apreciaciones de la inmortal, en realidad deseaba entrar de lleno en el conflicto. Quería salir de allí, rescatar a Dulce, y alejarse de todos. Se sentía perdida y necesitaba algo a lo que aferrarse, alguna meta que guiara sus pasos.

Capítulo 36

Lillah los citó a todos en el salón. Uno por uno les entregó un vaso y se sentó. Ninguno quería ser el primero en beber, ninguno se fiaba y no podía culparles. Podía ver el miedo en sus rostros, el temor a ser engañados de nuevo.

Xin alzó el vaso ante la mirada de todos. Sin miedo lo acercó a los labios. Raphael la miró, no podía dejar de hacerlo, entreabrió la boca al mismo tiempo que ella. Xin podía sentirle, como una energía residual que trataba de conectarse a ella. Bebió el contenido de un solo trago y lo alzó victoriosa. Brindó contra su destino, contra los fantasmas que acechaban a su alrededor y por ella. Brindó por el miedo a desaparecer, a perder todo lo que la definía. No tenía ni idea de si hacía lo correcto, esperaba que así fuera.

Todos los allí presentes esperaron unos minutos, pero nada parecía suceder y finalmente la imitaron. Ale, ya estaba hecho.

- Ya podemos irnos. – Maya lo dijo en voz baja, dubitativa. Podía simplemente dejarles tirados, no les debía nada. Miró a Xin y sintió complicidad, respeto. No quería dejarla ir sola, sentía que necesitaba alguien a su lado al igual que ella lo necesitó en su momento. Quería estar ahí en la batalla, defenderla, algo en su interior sabía que Xin también lo haría. – Yo estaré contigo. – Xin miró a Maya. Una amistad, invisible y poderosa, se había establecido entre ambas. Un hilo que las conectaba y las igualaba. Cuando se miraban se veían reflejadas en los ojos de la otra.

- Y yo. – Yadiel no pensaba dejar sola a su esposa por nada del mundo. Si ella sentía que debía acompañarles no se iba a quedar esperándola en casa.

- Y yo. – Raphael la miró serio. Se había cerrado en banda y Xin se sorprendió al descubrir que no conseguía entrar en su mente. Un reto, a ella le encantaban los retos.

- Y yo. – Lillah se encogió consciente de que ninguno la miraba.

Parecía que no existiera, aunque tampoco la echaban, cosa que agradecía.

Xin abrió la marcha. Dante saltó sobre su Kawasaki como un león. Los demás se montaron en el coche, un todoterreno negro, en silencio. Yadiel conducía y Maya miraba por la ventanilla a su lado. Estaba ansiosa, algo en su interior había despertado. El ansia de la caza, de la batalla. La adrenalina había despertado algo que temía haber perdido. No quería volver a esconderse, necesitaba demostrarse a sí misma que no la habían destruido. Amaba a Yadiel y como la había protegido, pero necesitaba aquello más que el aire que respiraba.

Xin se sentó al lado de la ventanilla y miró la calle. Desierta. Como si los humanos tuvieran un sexto sentido que los avisara del peligro. Sonrió al cristal y deseó salir de aquello de una sola pieza. Aún había demasiadas cosas que quería hacer, no podía dejarse vencer. En su pecho la preocupación había anidado con fuerza, los recuerdos parecían coger peso y Dulce ocupaba muchos de ellos. Dulce era importante, al menos ahora lo era. No podía permitirse perderla, por mucho que no fuera a reconocerlo ante nadie, lucharía por aquella niña y por la mujer en la que se había convertido.

Raphael se había sentado a su lado. Había entrado sin pensar en aquel vehículo, mucho más estrecho de lo que parecía desde el exterior, y estaba encerrado entre la inmortal y la mujer a la que acababa de tomar pocas horas antes.

Raphael no la había mirado con deseo ni una sola vez hasta aquella noche y ahora no era capaz de mirarla de otra forma, por más que lo intentase. Había conseguido evitar que Xin entrara en su mente, no quería estar en desventaja ante ella. No le gustaba que le manipularan y ella no iba a ser la primera. Al principio la había visto como alguien que necesitaba protección, alguien débil e indefensa, ahora veía la profundidad que albergaba y todo en su interior se despertaba a su paso.

Xin cerró los ojos y sonrió al vacío. Alguien intentaba conectar con ella. Ya había dejado de preguntarse si era posible o se estaba volviendo loca. Si era así, hacía ya mucho tiempo que había perdido la batalla.

“Xin estaba en el coche, o al menos su cuerpo lo estaba, pero su mente volaba mucho más lejos. Ante ella un prado verde y enorme. Un lugar cálido y lleno de vida, un lugar familiar y plagado de serpientes.

- *Buenas noches. – Un hombre apuesto caminaba hacia ella. Su porte*

orgullosa, casaba a la perfección con sus movimientos. Era atractivo, oscuramente atractivo. Las serpientes se apartaban reconociéndole como su señor y Xin supo al instante quién era y le odió con intensidad.

- Ojalá hubieras muerto tú. – Sentía el dolor en su pecho. Sabía que Sahmaran había muerto por él, su amor la había traicionado y ahora se presentaba ante ella con la cabeza alta. Tenía todo aquello gracias al sacrificio de una verdadera diosa.

- Lo sé. – Se quedó callado y la miró fijamente. Sus ojos se conectaron y Xin se quedó muda al descubrir en los ojos de aquel hombre tanto dolor y desolación. Podía ver sus miedos, oír sus gritos desesperados. Al instante su mente se cerró para ella. – Pero no te he buscado por eso.

Xin sentía que aquello estaba escrito. Era algo inevitable, pero habría deseado que no ocurriera jamás. No quería nada de aquel hombre, no le importaba su arrepentimiento, daba igual el duelo que llevara sobre sus hombros. La realidad sería siempre la misma.

- No me interesa. – Xin elevó la cabeza y le miró con superioridad. Aquel hombre era mucho más alto y ancho que ella, sin embargo, la furia dotaba su gesto de una intensidad que hizo que él se detuviera a mitad de camino.

- No lo hago por ti. – Xin podía recordar las palabras de Sahmaran, recordaba su consejo y sabía que debía seguirlo. Sin embargo, en su pecho sentía que no era justo. Podía ver que él tampoco deseaba estar allí. Sonrió ante aquel descubrimiento. Iba a hacerle sufrir...

- Lo sé. Ella sabía que esto ocurriría mucho antes que cualquiera de nosotros. Debe ser duro amar a alguien sabiendo que te matará y no contento con eso comerá tu carne. – Tashmasp torció el gesto. Se sentó sobre el suelo y suspiró cansado. El tiempo pasaba demasiado despacio para él. Tan solo seguía con vida por aquel momento, por cumplir una promesa y haría lo que fuera necesario por hacerlo.

- No me interesa lo que alguien como tú piense. La eternidad hace que la percepción de las cosas mute demasiado. Nada de lo que puedas decirme no me lo he dicho ya. – Acarició a una serpiente cascabel que pasaba a su lado y esta se enroscó en su muñeca. – Debo ayudarte y lo haré, pero no soportarte. Tus rabieta te las guardas para ti misma. Si no eres capaz de hacerlo, nunca prometí no cortarte la lengua.

Xin sonrió altiva. Aquel miserable no podía tocarla, al menos no como él pretendía.

- *Por una promesa sigues tú con vida. Tenlo presente la próxima vez que se te pase por la cabeza amenazarme. No voy a permitir que un... - Xin no encontraba el apelativo adecuado y siguió adelante con su amenaza. – se atreva a compararnos. Tú y yo no somos iguales. Jamás lo seremos.*

- *Empiezas a hablar como toda una primigenia. No sabes el asco que me dais. No sois superiores a nadie. No sois más que criaturas volubles, un mal necesario como otro cualquiera.*

Xin sentía que le hervía la sangre. ¿Cómo alguien como él podía atreverse a contestarle siquiera? Él había robado todo lo que tenía. El aire que respiraba no le pertenecía, ni siquiera las ideas que anidaban en su mente.

- *Es divertido que seas precisamente tú el que lo diga. ¿Cómo se siente al tener los pensamientos de otra? ¿Sazonaste su carne o la comiste cruda?*

Tashmasp sintió tambalearse su autocontrol y se levantó de un salto. Quería matarla con sus propias manos. Necesitó pensar en ella, en su gran amor, para que la templanza volviera. Sahmaran le había pedido ayuda y no iba a decepcionarla de nuevo... Sintió un tirón en el pecho y lo desechó consciente de los dos ojos verdes que le estudiaban a pocos metros.

- *Para tu información cruda.*

Xin sintió como algo en su interior se revolvía. Si hubiera podido devolver lo habría hecho.

- *Eres repugnante. Sigo sin saber qué es lo que vio en ti. Tienes suerte de seguir con vida.*

- *La suerte no tiene nada que ver. Me he ganado todo lo que tengo. – Tashmasp se acercó a ella y la olisqueó. Parecía cabreado, pero se controlaba. – Cuanto antes haga lo que tengo que hacer antes podré dejarte morir tranquila.*

- *No necesito nada de ti.*

- *Deja que discrepe. Corres hacia una muerte segura. – Tashmasp jadeó al sentir el mordisco de una boa en el gemelo y su voz se calmó. – En*

este mundo hay mucho más de lo que puedes ver a simple vista. – Xin iba a responder cuando sintió la mano de él tapándole la boca. – No confíes en nadie y no permitas que nadie te arrebatte esto. – Sin preámbulos Tashmasp hundió la mano en el abdomen de Xin. Un dolor agudo la recorría e inmovilizaba.

- ¿Qué...? Te mataré. – Xin trató de alejarlo, no obstante, era imposible. Apenas conseguía mantener los ojos abiertos.

- Respira. Tranquilízate y mírame. – Xin abrió los ojos. – Sé que vas en busca de Dulce y la encontrarás, el problema es que no estará sola. También tienen en su poder a Ítalo.

- No veo...

- No tienes que ver nada, solo escucharme. Te matará. – Xin negó con la cabeza.

- Si quisiera ya lo habría hecho. – Tashmasp comenzó a sacar la mano de su abdomen y esperó a que la primigenia se calmase para proseguir. Iba a ser muy complicado hacerla entrar en razón.

- Es posible. El problema es que no tratará de matarte a ti sino a Petra. Aunque para ti no sois la misma persona, ellos tienen métodos muy efectivos para hacer que su mente se confunda. – Xin tembló inconscientemente.

- ¿Qué es lo que has metido en mí? – Xin sentía que algo se movía en su interior. Como una serpiente que avanzaba y rasgaba a su paso.

- Veneno.

- ¿Quieres apurar el desenlace? Si ya sabes que voy a morir no comprendo por qué...

- A ti no te matará, pero si alguien trata de usar tu sangre morirá. No puedo permitir que traten de usar tu poder en su beneficio. Si supieras las consecuencias lo comprenderías. Y este es el regalo de mi reina. - Tashmasp la tocó de nuevo y una voz conocida irrumpió con fuerza.

Era como tener una visión dentro de otra. Se sentía mareada, incapaz de ubicar la procedencia de aquellas palabras. Su mente trataba de darle sentido.

- Xin. ¡Cuánto tiempo!

- *Sahmaran.*
- *No te lo esperabas ¿eh? – Xin quería llorar de alegría. – Cariño haz caso a Tash en todo lo que te diga. Yo no dejaría que te hiciera daño, pero el peligro sigue ahí. Te prometo cuidar de ti. – Xin estiró la mano con los ojos cerrados. La acariciaba a ella, a su amiga, a su hermana.*
- *No puedo. Ítalo jamás me haría daño.*
- *Tan solo ten cuidado. Protégete. Y sigue tu instinto. Tash te ha devuelto algo que ya te pertenecía. Hace mucho tiempo me pediste que te lo guardara, te perseguían y no querías que nadie se hiciera con él. Sin embargo, ahora lo necesitas para protegerte.*
- *¿Veneno? ¿Necesito veneno? – Cuanto más hablaban menos lograba comprender todo aquello. Se alegraba de que su amiga no hubiera desaparecido y pretendía hacer algo para recuperarla del todo.*
- *Es veneno para ellos. – Sahmaran se quedó callada y Xin deseó escuchar su voz de nuevo. – Es parte de ti, de tu esencia. Aunque no lo creas en otra época tu sangre era venenosa, al igual que la de tus hermanas. Mataba a cualquier ser y eso la hacía muy valiosa.*
- *Tengo sangre, siempre he tenido sangre.*
- *En un ritual hice mutar tu cuerpo. La sangre que hay en tus venas no te pertenece al igual que la que hay en las de Tash. Tan solo te está devolviendo lo que es tuyo. Es doloroso, pero necesario.*
- *Es imposible.*
- *Pequeña, en este mundo nada es imposible. Tan pronto como vuelvas a tu cuerpo la esencia te acompañará. Notarás como tu poder se incrementa en límites insospechados. Aunque... - Sintió la duda en Sahmaran. Su miedo.*
- *¿Qué?*
- *También volverán los recuerdos. Recuerdos que te arrancaron a la fuerza y que te destrozarán, espero estar haciendo lo correcto.*
- *¿Qué es lo que me han quitado? ¿Qué puede ser tan horrible?*
- *Debes descubrirlo tú misma. Lo siento mucho. Ojalá pudiera evitarte ese dolor. Ojalá pudiera hacerlo. – Xin tuvo miedo. Quería seguir hablando, pero Tash se separó de su lado y con él se llevó toda conexión con Sahmaran.*

- *¿Qué ha pasado?*
- *Ella jamás ha muerto. Al menos no para mí.*
- *¿Era ella realmente?*
- *Al menos todo lo que queda. – Tash miró a su alrededor y gruñó impotente. Durante siglos había buscado un cuerpo que pudiera albergarla, pero ninguno lo soportaba. – Debes irte.*

Xin trató de quedarse. Obtener más respuestas, pero fue imposible.”

Xin abrió los ojos de golpe y miró confusa a su alrededor. Se tocó el vientre con miedo, temía encontrar algo anómalo, sin embargo, todo seguía en el mismo sitio. El dolor había desaparecido. Por más que se concentrase no lograba localizar aquella sensación que la había aterrado segundos antes.

Xin miró a Raphael y se preguntó por qué seguía allí. Qué llevaba a aquel hombre a luchar a su lado. ¿Cómo habían acabado todos en una lucha que no les pertenecía? ¿Podía confiar en ellos? ¿Estaba en posición de pedir que se jugaran sus vidas?

Raphael descubrió a Xin observándole de reojo. Para él la mirada que ella le dedicaba era una íntima caricia y no podía evitar hacerle pie. No comprendía qué le estaba ocurriendo, sin embargo, no tenía pensado dejarse embargar por aquellas emociones. Le devolvió una mirada fría, orgullosa y llena de promesas. No eran promesas tiernas ni afectuosas. No era un hombre que se dejara derrotar fácilmente, y tampoco evitaba la batalla. No iba a convertirse en la marioneta a manos de una primigenia.

Era un juego de voluntades. Corrían por el asfalto hacia la más que probable muerte. Sentían que la adrenalina de lo que se acercaba les despertaba, como si hasta entonces hubieran estado aletargados, y sus cuerpos respondían con mucha más intensidad ante cada toque...

- “Deja de molestar.” – Era la quinta vez que Xin sentía aquella manaza sobre su pierna. La quinta vez que el peso del cuerpo de Raphael se precipitaba sobre ella. Su presencia, su cercanía la estaba poniendo realmente nerviosa. Le sentía gruñir y agitarse a su lado como un animal acorralado y sabía que era por ella.

- “Es Yadiel que conduce como el culo. Además, no tengo a donde agarrarme.” – Xin cerró los ojos. Era consciente del sentido de aquellas palabras. Nadie podía oírles, Xin volvía a estar acechando sus pensamientos y

en esta ocasión Raphael parecía más que dispuesto a mostrárselos. ¿Quería molestarla?

- “Metete la mano en el bolsillo antes de que te la corte.”

- “No quiero toparme con ninguna sorpresa.” – Xin sonrió y le miró a los ojos. Aquellos ojos castaños la envolvieron con picardía. Raphael estaba excitado, ella hablaba y su cuerpo reaccionaba instintivamente. Aún podía oler el sexo en su piel, el sudor especiado que desprendía feromonas solo para él. – “¿Aún te duele?”

Xin se dio cuenta de que se acariciaba el cuello distraídamente.

- “No. No quiero volver a hablar de eso. En otras circunstancias jamás habría pasado.”

Raphael se cerró al instante y miró al frente. Xin lo decía en serio, ni siquiera había reparado en él como hombre en cambio Ítalo era una bengala para ella.

Raphael sabía que se había dejado engañar fácilmente. Aquella no era una dama desvalida que necesitara su protección. No sabía que truco estaba usando para atraerle, sin embargo, si creía que lograría controlarle es que no le conocía en absoluto. Iba a hacerle pagar muy caro haberle manipulado como un burdo objeto sexual. Le haría suplicar y quebrarse. La haría desearle como nunca había deseado a nadie más. Si ella creía que jamás habría puesto los ojos en él iba a demostrarle que solo él era capaz de hacerla desear más. Por el momento no quería ni tenerla cerca.

Llevaba mucho tiempo en una vida larga y anodina, pero la promesa de un juego tan carnal y peligroso le encendía. No temía a la muerte, sin embargo, perder no estaba entre sus planes. Un juego de poder que por primera vez estaba deseando jugar.

Xin no había querido ser tan brusca, no quería molestarle, aunque tal vez era lo mejor. No necesitaban más líos. Debían tener la mente fría.

- Estamos llegando. – Lillah no necesitó gritar para que todos miraran por el parachoques. Ante ellos un gran muro de piedra con una gran verja negra. Era imposible ver lo que ocultaba, de poco servía tratar de intentarlo...

Capítulo 37

Kora se movía por el salón como loca. Por tercera vez lanzó la copa que tenía entre manos contra la pared y cogió otra. Se acercó a una muchacha morena y le cortó la muñeca haciendo que la sangre goteara con fuerza. Esperó a que se llenara hasta la mitad y bebió de un trago.

- Debería tranquilizarse. – Kora se giró y observó lo que había conseguido. Sin embargo, no estaba segura de que el riesgo valiera la pena. En su mundo todo podía desintegrarse en un segundo. Un suspiro bastaba para acabar con décadas de liderazgo.

- ¿Sigue viva? – Kora rugió aquella pregunta y volvió a rellenarse la copa. Su pelo negro y lacio se movía a su alrededor con cada giro. Su piel dorada rodeaba los ojos más negros que Laín había visto jamás. Le impresionaba la forma de moverse de su señora. Siempre tan pasional, cada uno de sus gestos denotaba fuerza.

- Ha perdido mucha sangre y el interrogatorio ha durado más de lo necesario, pero no la hemos matado.

- ¿Sigues con eso? – Kora le miró furiosa y apretó la copa con fuerza. Podía romperla, era tan sumamente fácil, se contuvo y se volvió contra él.

- No, mi señora.

- ¿No? Casi parece que lo único que haces ahora es defenderla. Ella se merece lo que le está pasando. Le ofrecí que nos ayudara, tan solo tenía que traicionar a la inmortal.

- Lo sé señora. – Laín sabía que en aquellos arranques su señora era incapaz de razonar. Daba igual lo que hablaran, todo pensamiento quedaba reducido a polvo.

Laín se quedó callado. Alguien le hablaba por el pinganillo de la oreja.

- Señora, hay alguien en la puerta. Creo que es la primigenia y algunos

wampiros. ¿Les dejamos pasar?

Kora sonrió. Era una mujer voluptuosa y realmente hermosa. Su sonrisa se extendió por la cara, estaba harta de la espera. Si querían enfrentarse a ella iban a necesitar mucho más que eso.

- Sé un buen anfitrión y acompañales ante mí.

- No debería ser usted quién les enfrentara. Tan solo tengo que llamar a los guardianes y acabarán con la amenaza en cuestión de minutos. – Kora dudaba de aquella afirmación, pero guardó silencio. Algo se estaba cociendo y sabía que se perdía los detalles importantes. Era por esos detalles por los que se podía ganar o perder una guerra. Le habían traído a la muchacha y se la habían dado sin que ella la pidiera. Le había ofrecido el privilegio de torturarla y tratar de obtener ventaja, algo iba realmente mal...

- He dado una orden y sabes que no me gusta tener que repetirme. – Kora enseñó los colmillos. No necesitaba más, muchos ni siquiera llegaban a obtener esa pequeña amenaza. No había llegado donde estaba con palabras.

El salón era amplio, sin embargo, se le quedaba pequeño. Corría por la estancia y veía como las paredes llegaban con rapidez acortando su avance. Se acercó a la muchacha y sintió pena. Aquella criatura se había ofrecido como comida consciente de lo que ellos eran, como otras antes, lo había hecho con la promesa de ser transformada, pero no llegaría a suceder. No podían hacer vampiro a todo aquel que lo pidiera. Una verdadera pena.

La mordió, desgarró su cuello y sintió la fuerza de la sangre. Era incapaz de beber todo lo que le llegaba a la boca y la sangre caía por su cuello manchándola, sin embargo, era eso lo que quería. El cuerpo de aquella pequeña estaba flácido, la vida se escapaba con rapidez y ya había cerrado los ojos. No trató de luchar, nunca lo hizo. En el fondo tenía sus motivos para estar allí, igual que todos.

- Señora... - Laín entró en la estancia seguido de tres hombres y dos mujeres. En sus caras podía ver a qué habían venido. Querían asesinarla en su propio reino. Tenían que estar locos si pensaban salir de allí con vida. Les haría arrepentirse de aquella decisión, pero todo a su debido tiempo.

- Perdón por mi aspecto. No esperaba visitas. – Kora se limpió las manos en el vestido, negro y suelto que llevaba y les sonrió con inocencia. – Sentaos. – Señaló dos grandes sofás que había en la pared del fondo.

- No gracias. No tenemos pensado quedarnos mucho tiempo. – Lillah miraba a aquella wampira con asco y odio. Su cara se había tensado en una mueca indefinida.

- Eso tengo entendido. Supongo que vendréis por la abominación. Espero que siga con vida, sino habréis venido hasta aquí por nada.

Lillah tenía ganas de saltar y estrangular a aquella wampiro con sus propias manos. Era un ser repugnante, verla allí de pie ante ella con arrogancia, le molestaba sobremanera, pero si había hecho algo a Dulce se lo haría pagar durante una eternidad.

Xin no se dejó engañar por la actuación. Algo en su interior le decía que Dulce seguía con vida y que Kora lo sabía. Se acercó y se paró a unos centímetros de ella. Los ojos negros de Kora giraron a la derecha, hacia Laín, y volvieron a posarse en Xin con curiosidad.

- Supongo que tú eres Petra.

- Si estás así de bien informada en todo... - La ironía de sus palabras taladraron el ego de Kora con fuerza. Laín se colocó tras su señora en un suspiro, si había pelea la protegería.

- Sé más de lo que me gustaría, no obstante, tú me perteneces.

- ¿Yo te pertenezco? – Xin se burló de la wampira consciente del peligro y preparada para saltar a la más mínima amenaza.

Kora sabía algo que los demás no. Se había guardado un as en la manga. Laín levantó la mano y la pared del fondo se iluminó mostrando una mujer derrotada. La sangre le cubría la cara y el pelo. La cabeza de la mujer caía hacia delante, sin fuerzas para sostenerse en su sitio. Le habían clavado las manos y los pies a la silla.

Xin se quedó sin respiración. Aquello era algo grotesco. Quería correr a su lado y sacarla de aquella pesadilla. Poder curar sus heridas y decirle que la protegería, sin embargo, no podía. Si Kora estaba haciendo aquello para desestabilizarles le estaban dando exactamente lo que quería.

- ¿Y? – Xin la miró con asco. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar por su pequeña. Su mente se concentraba en Kora. Los ojos de todos en aquella sala se centraban en Xin, asombrados y asustados a partes iguales, mientras Xin trataba de mantener la compostura. – Yo necesito su sangre, lo que hagas para extraerla no es asunto mío.

Kora miró a Laín. ¿Qué estaba pasando? ¿Sangre? ¿Para qué podía servir la sangre de aquella criatura?

- Tenéis un tesoro entre las manos y ni siquiera sois conscientes de ellos... - Lillah comprendió la estratagema y se giró con todo el dolor de su corazón. Tendría que esperar, rezaba que pudieran salvarla a tiempo.

Raphael se acercó y dejó caer el brazo sobre el hombro de Xin. Xin se contuvo para no arrancárselo de cuajo mientras su cuerpo temblaba de rabia.

- “No me toques.” – Raphael gruñó y se pegó a la espalda de Xin. Iba a enseñarle modales. Nadie le decía lo que podía o no hacer.

- Kora, aunque no lo creas esta pequeña criatura es una primigenia. No digo que sea la más poderosa, la verdad es que... - Xin se giró y trató de golpear a Raphael en la cara. Raphael cogió su mano al vuelo y con un brusco giro la inmovilizó contra la pared. – Ni siquiera está domesticada. Le hace mucha más falta el uso de la silla que a la mujer que nos has enseñado, pero le juré ayudarla y aquí estoy. – Raphael sonaba abatido y hastiado. Sus ojos brillaban y sus dientes se desplegaron, mostrándose en cada movimiento de su boca. Parecía que sus labios no fueran capaces de contener sus caninos.

- No te atrevas a tocarme. – Xin no comprendía la actitud de Raphael, sin embargo, iba a hacerle pagar todas y cada una de aquellas palabras. – No eres más que un gusano. Un gusano que disfruta siendo controlado y sin capacidad de decidir. Fuiste y siempre serás un esclavo. Tan solo cambias de manos.

- ¿En serio? – Raphael acercó a Xin a su cara ante la asombrada mirada de Kora. Yadiel se movía por la estancia, buscaba algo, aprovechando el anonimato que aquella escena le brindaba. – No eres más que una primigenia salida. Nadie consiguió follarte lo suficientemente bien y ahora recurres a esclavos.

Raphael había tenido claro el plan al principio, ahora... el insulto le había dado donde más dolía y respondía con furia. Si tuviera un látigo le habría demostrado lo que era ser un esclavo de verdad.

- No te atrevas... - Los ojos de Xin estaban negros. - Ashnigt buris – Se veía hermosa y peligrosa. Se deshizo de su agarre y cargó contra Raphael con fuerza. Raphael no estaba dispuesto a dejarse derribar y la esquivó con agilidad.

- Eres una engreída. ¿No crees? – Raphael sonreía mientras la veía reponerse a aquel insulto. Su energía salía con fuerza y vibraba a su alrededor. – “Tranquilízate. Tan solo estamos ganando tiempo.” – Raphael podía haberla avisado antes, pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque en el fondo ansiaba aquel enfrentamiento. Quería ver la furia en sus ojos destinada solo a él.

- “Reza porque muera. Si logro salir de aquí con vida haré que sangres por cada uno de tus insultos. Te enseñaré a respetar. No eres más que un perro.” – Xin no pensaba aquello de verdad, sin embargo, las palabras salieron disparadas sin más.

- Quiero a la chica. – El pie derecho de Xin ascendió con rapidez e impactó de lleno en la cara de Kora que salió despedida y rebotó contra la estantería que había a su espalda. Los libros la acompañaron en su caída.

Laín saltó y agarró a Xin por el cuello. Tiraba con fuerza, quería arrancárselo de cuajo. El dolor era agudo y Xin tuvo que girar sobre sí misma para lograr soltarse. En un segundo alguien lo había lanzado lejos. Xin se encontró con Raphael furioso atacando a un Laín que de pronto estaba rodeado. Los gruñidos llenaban la estancia.

- ¿Estos son todos tus soldados? – Kora sonrió y bajó la cabeza.

- No. No creo necesitar más.

- Tu orgullo será tu muerte. – Xin se lanzó sobre la wampira dispuesta a degollarla con el puñal de lava que había aparecido en su mano. Estaba dispuesta a todo hasta que la voz de Ítalo sobresalió entre el ruido.

- ¡Detente! ¡No la toques! – Xin quería pensar que se refería a ella, que la estaba protegiendo. Sabía que no era así. Cuando se giró vio la cicatriz en su cuello y en su brazo. La sangre seca por su ropa y el dolor en sus ojos. Sabía que algo ocurría y debía tener cuidado. No comprendía como en tan pocas horas había pasado al bando contrario.

- ¿Estás bien? – Xin estiró la mano, pero el gesto de Ítalo fue suficiente para que la retirara compungida.

- No deberías estar aquí, aunque supongo que no vienes por mí. ¿Esta es la guerra de la que hablabas? – Xin sintió frío al oírle hablar. Su corazón se había ralentizado y cada latido era un latigazo de dolor. Sentía ganas de acercarse a él. Besarle, desnudarle y curar cada una de sus heridas. Sin embargo, el hielo de su mirada cada vez que se posaba en ella, la detenía. La

odiaba. La odiaba como había pretendido hacerle creer al principio.

- ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

- Han roto tu conjuro. – Ítalo levantó la espada y comenzó a moverla a su alrededor con presteza. Estaba evaluando como matarles a todos. Tanto Raphael como Yadiel conocían demasiado bien aquel gesto.

- ¿Conjuro?

- No te hagas la estúpida. Aunque ver la muerte de mi hermano con mis propios ojos fue lo único que necesité para que me convencieran. Al fin tengo lo que llevo tanto tiempo buscando y te puedo asegurar que me encargaré de que sufras tanto como él. – Xin sentía miedo. Se alejó dos pasos sin ser capaz de respirar. No podían volver a torturarla, no podía volver a sufrir de aquella manera.

- Yo no... - Raphael miraba a Xin e Ítalo alternativamente. Atento a cada movimiento. Listo para defender a Xin, miraba de reojo a Dante, Yadiel y Maya. Se habían colocado a ambos lados de la puerta y parecían estatuas de cera.

- Es verdad... Como no lo recuerdas no fuiste tú quien lo hizo. ¿Es eso? Lamento decirte que fuiste, eres y serás siempre tú. Un monstruo. – Xin tenía ganas de llorar. Sus palabras se clavaban como estacas. Estaba cansada de negar lo que todos recalcan una y otra vez. Para ellos siempre sería eso.

- Primero tendrás que cogerme con vida... - Xin fue descendiendo el tono y las dos últimas palabras las susurró solo para ella. No iba a dejarse atrapar de nuevo.

Dante se movió llamando la atención de Ítalo. Él también tenía preguntas, pero había ido dejando que las horas pasasen. Temía las respuestas.

- Hoy no va a morir.

- Ya te derroté una vez. Volveré a hacerlo.

- Hablas demasiado.

Dante golpeó a Ítalo en la mano y le hizo soltar la espada. A continuación, le agarró por el brazo y lo lanzó con fuerza al suelo. Quería inmovilizarle, sin embargo, Ítalo aprovechó el movimiento y les hizo girar a ambos colocándose sobre él.

- No deberías amenazar cuando no puedes cumplir. – Ítalo cogió la

daga de su cinturón y apuntó al corazón de Dante.

Xin saltó hacia él y le abrazó. Puso toda su fuerza en aquel abrazo y tiró de Ítalo tratando de apartarle de Dante. Lloraba, sentía las lágrimas calientes mojarle la cara. Sus brazos temblaban mientras una parte de ella se sentía reconfortada por el cuerpo de Ítalo. Era ridículo.

Ítalo cerró los ojos inconscientemente. Su presencia le alteraba, estaba herido, acababa de ver como le arrancaban la piel a tiras a su hermano para después dejarle morir al sol. Una muerte lenta y realmente dolorosa. Cuando ya le había dado por muerto, su hermano seguía sufriendo. Mucho del dolor que sentía era culpabilidad, si hubiera seguido buscando podría haberle ayudado.

- Fuiste tú. – Ítalo gruñó antes de girarse. Al instante Xin se vio envuelta por unos brazos, no tan anchos, y alejada de Ítalo.

- Si quieres sufrir puedo torturarte cuando quieras, pero me ha costado demasiado mantenerte con vida. – Raphael la lanzó tras él y se giró dispuesto a pelear. – Eres demasiado voluble. O aprendes a controlar tus deseos o harás que nos maten a todos.

- No le hagas daño... - Xin sentía miedo, pero no era miedo por ella. Temía que algo malo le ocurriera a él.

Raphael golpeó a Ítalo en el pecho y le lanzó lejos. Dante aprovechó para ponerse en pie y respirar con tranquilidad, por un segundo se había visto morir. Miró a Xin confuso.

- ¿Y cómo pretendes que nos defendamos? ¿Quieres que le convezamos hablando? Él quiere tu corazón, pero no de la forma que a ti te gustaría. – Raphael giró los hombros y relajó el cuerpo. Sus sentidos estaban alerta, sus dedos se tensaron en torno al puñal que sostenía. – Siento mucho si no puedes volver a tirártelo, pero su vida termina aquí.

- No quiero que muera y tú tampoco.

- No es por mí por quién debes preocuparte. Puedes estar segura de eso. – Raphael corrió y cuando estaba a punto de llegar junto a Ítalo hizo una pirueta, pasó sobre su cabeza y aterrizó a su espalda. - ¿Sorprendido?

Ítalo saltó, pero Raphael ya le había herido superficialmente y girado de nuevo. Se movía con rapidez, conseguía verle, pero las heridas llegaban a cuenta gotas. Heridas superficiales, sin embargo, Ítalo sabía que la hoja que

blandía Raphael estaba envenenada.

- Dante vete por Dulce. Yo me encargo de él.

Kora trató de impedir la salida de Dante, pero Maya se colocó en su camino. Yadiel al ver como Laín se acercaba a su mujer en silencio, saltó de lleno a la batalla.

Capítulo 38. (12 horas antes)

Ítalo estaba desmayado sobre la silla o al menos eso parecía. Aarón dio un portazo y le zarandeó hasta que sus ojos se abrieron. No iba a darle tregua, iba a quebrar su voluntad hasta que pudiera entrar en su mente. Corrompería cada recuerdo, cada emoción y los usaría a su favor. Cuando terminara con él desearía estar muerto.

- No lo conseguirás. Puedo soportar lo que sea que tengas en mente.
- ¿En serio? – Disfrutaba, cuanto más se resistiera más placentero sería verle doblegarse. Aquel hombretón no era diferente a todos los que habían pasado por sus manos. Antes o después vislumbraría sus debilidades y era ahí precisamente donde atacaría. Nadie permanecía inmune. Le haría suplicar y ni siquiera así conseguiría librarse hasta que él se aburriera.

Sin tregua volvió a cortarle, quemarle y electrocutarle. Su piel chisporroteaba al tiempo que trataba de curarse. El sudor y la sangre se mezclaban. El olor era nauseabundo y le asustaba saber que procedía de su propio cuerpo. Intento aguantar, se encerró en su mente, pensó en todo lo bueno que había vivido. Cantó, rezó y suplicó. Deseaba la inconsciencia o que Xin volviera a él. Sin embargo, nada ocurrió. Tan solo dolor. Horas y horas de dolor sin descanso. Ítalo no pudo soportarlo más, y sus gritos resonaron por la habitación.

Aullidos, rugidos, sonidos indescriptibles que rasgaban el aire tratando de huir. Su cuerpo, su mente luchaba por rescatarle. Estaba perdiendo aquella batalla por mucho que le doliera reconocerlo. Tan solo podía tratar de hacerle el mismo daño a su torturador.

- Sigo sin ver que vio en ti. – Aarón hundió la hoja del cuchillo en el cuello de Ítalo y vio cómo se hundía con facilidad.
- Le doy algo que un medio hombre como tú no podría. – Aarón retorció el cuchillo dentro de su carne. La boca de Ítalo se llenó de sangre y comenzó a

escupir incapaz de respirar.

- Deberías tener cuidado con tus palabras. No estás en la mejor situación para fanfarronear.

- Te quité algo que deseabas y pensar que tan solo quería matarla... Aun así, me prefiere a mí. Sí que tenías que hacerlo realmente mal. - Ítalo trataba de reírse, sin embargo, su cuerpo respondió con una tos suave y húmeda.

- ¿Matarla? – Aarón sacó el cuchillo y le miró con curiosidad. - ¿Por qué?

- A ti que cojones te importa. – Ítalo cerró los ojos. Trató de aferrarse al recuerdo de Xin, a sus besos. Quería saborear otra cosa que no fuera su propia sangre, sentir sus caricias en lugar de aquellas punzadas que le hacían retorcerse de dolor.

- Si quieres que te convenza puedo hacerlo. – Aarón movió el cuchillo ante su cara. – Sin embargo, estoy interesado en lo que puedas decirme y te daré una oportunidad.

- Que considerado.

- No hagas que te arranque la lengua antes de tiempo.

Ítalo sabía que de nada servía ocultárselo. El dolor le estaba perturbando y comenzaba a mezclar la realidad con la inconsciencia. Por el momento deseaba conservar las pocas fuerzas que tenía. Necesitaba ganar la guerra y liberarse. Tan solo iba a concederle la primera batalla.

- Ella mató, en otra vida, a mi hermano. Quería saber cómo ocurrió y vengarme. ¿Contento? – Aarón sintió que perdía la fuerza. Dejó caer el cuchillo y le levantó la cabeza para poder mirarle de cerca. No era posible, era imposible, no podía ser. Miró a Ítalo como si le viera por primera vez. La forma de sus ojos, el color, los labios, el pelo...

- ¿Quién era tu hermano?

- Ibone Alaix. – Ítalo dijo su nombre con amor y tristeza. Su nombre evocaba su recuerdo y seguía doliendo. Por mucho que había vivido varias vidas mortales el dolor no desaparecía. En ocasiones se adormecía durante un par de años, sin embargo, seguía ahí. Su pasado le definía al igual que a cualquier mortal y en su larga vida sangraba. Había perdido al único que

podría haberle acompañado en su aislada existencia.

- No tenía familia...

- ¿Le conocías? – Aarón retrocedió confuso. Un Alaix seguía vivo, si eso era cierto estaba en problemas. Lanzó el cuchillo contra el carrito metálico y se volvió hacia él. Él mismo había acabado con el último cuando había osado interferir en sus planes. Había sido casualidad que se encontraran, pero había disfrutado de lo lindo.

- No sabes quién eres, ¿verdad?

- ¿Quién soy?

- Eres un descendiente de la familia original, ¿cómo es posible que nadie lo sepa? No es algo que puedas ocultar tan fácilmente.

- Hace cientos de años mi hermano me hizo cambiar de apellido. Decía que era peligroso usar el de nuestros padres.

- ¿Peligroso? – Aarón empezó a reírse. Era incapaz de detenerse y se agarró el vientre ante las punzadas que le impedían respirar. Tenía el premio gordo, el problema era averiguar cómo manejarle. Era mucho más útil de su lado. - ¿Cómo sabes que fue ella quien la mató?

- Me lo dijeron mis hombres. – Aarón descubrió que aquel era su día de suerte. No solo no había sido Petra, sino que el asesino de Ibone era él. Falsear unos recuerdos no era sencillo, pero todo sacrificio merecía la pena.

- ¿De verdad quieres descubrir lo que le pasó a tu hermano? ¿Qué harías si lo descubrieras? – Iba a disfrutar al ver la cara de Petra cuando su propio amado tratara de arrancarle el corazón. No tenía pensado dejarla morir, al menos no rápidamente, pero Ítalo le serviría para atraparla.

Ítalo no lo sabía. Ya había tenido a la asesina de su hermano en sus manos, había tenido la oportunidad de llevar a cabo su venganza, pero no había podido. Cada partícula de su ser ansiaba protegerla y venerarla. No sabía el motivo, sin embargo, desde que había posado sus ojos en aquella belleza de pelo ardiente no podía dejar de pensar en tomarla. Hacerla disfrutar y jactarse se había convertido en su objetivo y por ello se sentía horriblemente mal.

- No puedo estar seguro de que dijeran la verdad. Supongo que la castigaría... - Ambos eran conscientes de que su tono descendía, ni siquiera Ítalo parecía confiar en sus propias palabras. Aarón sonrió. Tan solo

necesitaba un buen aliciente y él sabía cómo hacerlo.

Tardó dos horas en prepararlo. Todo un altar y sangre, mucha sangre. Las hierbas quemadas, los cánticos antiguos y su propia imaginación. Necesitaba recordar lo suficiente y modificar el resto. Conectaría sus recuerdos con los del wampiro, pero no serían tan precisos como al wampiro le habría gustado. ¿Por qué había matado a su hermano? Justamente por su apellido y por su deseo de interferir. Sus caminos se habían cruzado en el peor momento posible.

- Bebe esto. – Ítalo no sabía por qué le estaba siguiendo el juego, aunque si quisiera Aarón podría obligarle. Quería saber, no le importaba quién le diera la información. Lo iba a ver con sus propios ojos. Se sentía extraño al saber que iba a ver, después de tantos años, a su hermano a la cara. Podría acompañarle en su final, por mucho que no fuera más que una sombra en la mente de alguien.

Las imágenes llegaron como pequeños flashes. Imágenes cortadas de una película borrosa. Le dolía la cabeza, era incapaz de enfocar las imágenes. Poco a poco tomaron densidad, profundidad. Ítalo no llegó a hacerse la pregunta más importante, ¿cómo sabía Aarón todo aquello si no había estado presente? El problema es que sus ansias eran mucho más poderosas que la razón.

Aarón se esforzó en que el rostro que apareciera no fuera el suyo. Su ser se vio sustituido por una preciosa Petra. La versión que él más había amado. Una mujer no muy alta, pero sumamente voluptuosa. Una mujer rubia cobriza de unos preciosos ojos azules. Una mujer a la que había tenido que ayudar a morir.

- Puede que los recuerdos no sean muy precisos. Trataré de ayudarte, pero no puedo prometerte nada. – Ítalo sabía que lo hacía por algún motivo. Esperaba conseguir algo a cambio, pero siempre estaba a tiempo de negarse.

Ibone caminaba por el bosque. Estaba enfadado, había discutido con su mujer y golpeaba los árboles, furioso. Tuvo que acercarse para poder comprender lo que decía y lo que oyó le dejó sin palabras.

- No puedo dejar morir a alguien tan inocente. No puedo hacerlo por miedo. Si lo hiciera por sobrevivir que valor tendría mi vida. – Hablaba con

alguien. Había alguien más allí. Cuando Ítalo descubrió a la mujer entre las sombras intuyó de quién se trataba.

- Está maldita. No puedes ayudarla. Si la tocas te mataré.

Ibone se agachó y acarició algo. ¿Era un bebé? Pequeño, no tendría más de dos meses. Envuelto en una manta y preparado para ser sacrificado. Aquello no era posible.

- No podrás conmigo. Soy un wampiro Alaix, pero puedes intentarlo. Yo no me dejaré asustar como mi dulce esposa. Te rasgaré la garganta si lo intentas... - Ítalo podía ver como se preparaba para luchar. Su hermano haría lo que fuera por impedir el sacrificio de aquella criatura.

- ¿Alaix? Sabes que tu cabeza tiene precio y aun así no dudas en decirlo. Eso no tiene valor para mí. ¿Por qué te involucras? No sabes nada de ella. - Ibone sonrió sarcástico. Los niños, los bebés eran seres puros. Seres incapaces de defenderse por sí mismos, y no iba a dejar que lo sacrificara.

- No necesito saberlo. Niños no. Es una norma bastante sencilla que hasta tú podrás entender.

- Entonces no solo lo mataré a él.

La mujer sacó algo de entre la ropa. Era una especie de varilla, fina y larga. Sin darle tiempo a reaccionar comenzó a entonar un cántico. Una canción hipnótica que hizo que Ibone se arrodillara, momento exacto en el que le atravesó el pecho.

- No pensé que sería tan fácil. - Ahora la mujer sonreía. Con un cuchillo comenzó a rasgarle la piel. Se tomó su tiempo en realizar los cortes. Ítalo sentía que le fallaban las fuerzas, no podía seguir mirando, esperaba que su hermano no estuviera consciente. Sin embargo, los gritos de agonía que oyó con el primer tirón hicieron realidad sus peores temores. - No puedes moverte por mucho que lo intentes. Has cometido un gran error y ahora morirás por ello.

Tira a tira, la mujer le arrancó la piel. Ítalo aún podía ver respirar a su hermano mientras se acercaba al bebé gateando.

La mujer no se dignó a mirar al pequeño antes de clavarle el puñal en el pecho. Ibone mantenía la mano estirada, rozando aquel pequeño cuerpecillo, incapaz de hacer nada más. Impotente, lloró como un niño al ver la sangre brotar de un cuerpo tan diminuto.

Ítalo creía que lo peor ya había pasado cuando vio cómo se inclinaba sobre el pecho del bebé y comenzaba a beber como loca.

Ítalo no podía ver a Xin en aquella piel, sin embargo, eran la misma persona. Por mucho que se negara a creerlo Xin era ella. Estaba en su naturaleza, no sabía que extraño ritual había llevado a cabo, pero era ella.

- Hermano... - Ítalo quería llorar. Tocarle. – lo siento mucho.

Ibone seguía respirando. Trató de arrastrarse hasta la pequeña. De su rostro caían lágrimas, gruesas, que le lamían la sangre que le había salpicado. Estaba sufriendo una tortura y seguía tratando de salvar a aquella pequeña. ¿Por qué no la había dejado morir sin más?

- ¿Por... por qué? – Ibone escupió sangre. Empezó a convulsionar salpicándolos a ambos y la mujer le golpeó el vientre con el pie lanzándolo lejos de ella con cara de asco.

- Porque sería demasiado poderosa y un motivo para que ella se opusiera a mí. - ¿Ella? Ítalo no sabía a quién se refería, pero ya había visto suficiente. Salió de aquella pesadilla y comenzó a vomitar sobre sus piernas. La cabeza le daba vueltas. Le asqueaba recordar a Xin, él la había tomado entre sus brazos y la había poseído con cada fibra de su cuerpo. Había suspirado por ella y luchado por volver a su lado. Como debía haberse reído de él.

- Supongo que no es algo agradable de ver. – Aarón abrió la puerta y antes de salir del lugar hizo el último acto teatral de la noche. – Espero que a partir de ahora podamos luchar juntos para derrotarla.

- Tú quieres controlarla.

- Es una manera de hacerla sufrir como otra cualquiera, ¿no?

Capítulo 39

Tash salió de entre las sombras y miró la mansión. Era un lugar imponente. Tres enormes plantas rodeadas de dos acres de terreno. Una entrada amplia y demasiada seguridad. Tendría que tener mucho cuidado.

Estudió la zona y sonrió apreciativo. Todo sistema tenía siempre sus puntos débiles, tan solo había que saber dónde buscar. Con el paso de las décadas había aprendido muchas cosas.

- “¿De verdad es necesario?”- Tash la sentía removerse inquieta en su mente. Estaba atrapada en su interior. Al principio había sido un consuelo saber que no la había matado, pero tras cientos de años cohabitando un mismo cuerpo y sin esperanzas de que la situación cambiase empezaba a ser realmente molesto. La amaba sin duda, pero en situaciones como aquella sus opiniones diferían.

- “No voy a dejarla morir. Ya le fallé una vez.”

- “Fue culpa suya por estúpida.”

- “¿Cómo puedes defender algo así?” – Tash chasqueó la lengua y asintió en silencio. Ni siquiera él podía odiar tanto a alguien como para desearle algo así. Por ello en otra época la había ayudado a olvidar y por eso mismo ella no le recordaba.

- “No te vas a callar, ¿verdad?”

- “Hubo un tiempo en el que te encantaba mi voz. Decías que eras capaz de dormirte escuchándome cantar y que mis jadeos...”

- “Sé lo que decía. Era estúpido y estaba enamorado.”

- “¿Ya no lo estás?” – Sahmaran sabía la respuesta. La sentía debajo de la piel, pero necesitaba oírsele decir.

- “Siempre.”
- “Entonces apúrate. Ella está en peligro.”
- “¿Cuándo no lo está? Si por lo menos fuera agradecida.”
- “No debe saber lo que hacemos. Por su bien y por el nuestro. Si alguien se enterara de lo que somos querrían aniquilarnos.”

Tash se internó en las sombras y avanzó con cuidado. En su antebrazo brillaba un extraño objeto, demasiado parecido a una serpiente. Sobre su hombro otra y a su alrededor comenzaba a oírse un extraño siseo.

- “Es hora de pelear hermanas.” – Era Sahmaran. Las serpientes podían oírla y reptaron en su dirección. Ellas la aceptaban como su madre, la diosa de la vida, y la seguirían hasta la muerte.

Una a una las serpientes se colaron en el interior de aquel lugar. Por ventanas y puertas, despacio, desde las sombras y a gran velocidad. Tash atravesó la puerta tras matar al matón que la custodiaba.

Capítulo 40

Xin no podía creer lo que estaba pasando. Le perdía. No sabía por qué dolía tanto, pero ver la fría mirada que le dedicaba la estaba destrozando. Trataba una y otra vez llegar a ella, enterrar en su pecho la espada que blandía. Su rostro estaba desfigurado por la rabia y la dirigía a ella.

- Yo no... - ¿Por qué no podía atacar? ¿Por qué no a él? Lillah se desplazó a su lado y le tocó el hombro.

- No debes dejarte llevar por tus emociones. Debes elegir. No puedes salvarlos a todos. – Xin miró a Ítalo en silencio. No le conocía, al menos no sabía cuál era su comida favorita, pero algo en su interior se había despertado con él. Sabía que era bueno, atento, cariñoso, misericorde... Sabía que era alguien importante, ¿Por qué debía hacerlo?

- Ítalo no me obligues... - Raphael estaba furioso. Trataba de defender a una niña llorosa que se escondía tras él. ¿Dónde estaba la gran primigenia? ¿Dónde la gran fuerza que había demostrado para manipularle horas antes?

- Esta vez seré yo el que te arranque la piel. No habrá nada que puedas decir para evitarlo. Serás mía. – Ítalo sabía que Raphael se estaba cansando. No era un mal guerrero, pero no estaba a la altura. Una verdadera pena, esperaba no tener que acabar también con él. ¿Por qué les había dado a todos por proteger a aquella mujer? ¿Estarían hechizados? Era una buena explicación para lo que se revolvía en su pecho cada vez que veía una lágrima nueva. Algo en su interior se rompía, pero no podía evitarlo. Tenía que ser capaz de destruirla costase lo que costase.

- ¡Serás estúpida! Una niña que merece una buena bofetada. – Raphael la agarró del brazo y la obligó a ponerse en pie. – No eres más que una cobarde que llora mientras espera a que su gran amor la mate. ¿Te sirven de algo las lágrimas? Porque me da la impresión de que no.

- ¡Eres un hijo de puta! ¡No tienes sentimientos!

- ¿En serio? Este hijo de puta es el único que impide que estés ensartada en su espada. Este cabrón insensible te mantiene con vida. Ponte en pie y lucha por ti misma. Deja de ser un objeto inútil a mi sombra. – Raphael la acercó y rotó evitando de nuevo a Ítalo. – Te aseguro que voy a hacerte pagar cada una de esas dudas. O te defiendes ahora mismo o te estrangulo con mis propias manos.

Raphael la acercó todavía más y le dio un mordisco en la boca con fuerza. La sangre brotó y le mojó los labios.

- Te prometo que en cuanto esto termine voy a hacerte suplicar por el perdón. – Y sin más la lanzó contra Ítalo. – Lucha.

Ítalo vio el beso, no le gustó en absoluto ver como Xin no se alejaba. En el fondo aún quería confiar en ella. La atacaba, pero sin llegar a usar todo su poder. Retenía la mayor parte convenciéndose a si mismo de que estaba haciendo lo que debía.

Xin se vio de frente con el hombre que la había poseído. Que la había vuelto loca con un solo beso y que había amenazado con torturarla y asesinarla. Un hombre alto, fuerte y hermoso. Un hombre capaz de hacerla jadear con una sonrisa ladeada y ladina.

- Al fin.

- Raphael tiene razón. – No le gustó oír el nombre de otro hombre en sus labios. Ni la pequeña sonrisa que esbozó.

- ¿Usas el mismo truco con todos? ¿Te lo has tirado o con un par de besos llega para que arriesgue su cuello por ti? – Xin sentía cada palabra de aquel hombre. La decepción en su tono la rompía, pero él no tenía ningún derecho a acusarla de nada.

- Yo no le pertenezco a nadie. Deberías recordarlo.

Xin dejó que el miedo se alejara. Morir no era algo nuevo, al fin y al cabo.

- “Tranquila.” Era Raphael. Xin sonrió al tiempo que sus temores desaparecían. La conexión telepática entre ambos era cada vez más fuerte.

- “Gracias.”

- “No me las des aún. Sobrevive. Te aseguro que voy a castigarte por lo que no has hecho.” – Xin sintió sus deseos y sin embargo no tuvo miedo. Algo le decía que por mucho dolor que le prometiera no iba a hacerle daño.

El poder se extendía por su cuerpo. Sentía la electricidad y la llamada. Se movía por instinto y bailaba entorno a Ítalo sin llegar a decidirse. Era difícil seguir sus movimientos. Pasaba tan rápido entorno a ellos que creaba una estela a su paso. Raphael se quedó absorto, no podía dejar de seguirla con los ojos. Buscarla y adorarla.

Ítalo luchaba sin tregua, detenía los pocos ataques que Xin le dedicaba, pero era imposible detenerla si realmente le atacaba. Ni de lejos estaban al mismo nivel. Ítalo había despertado a un titán y este parecía estar enjuiciándole. Tampoco quería salir de allí con vida si ella no moría primero.

- Mátame o te juro que acabaré contigo. No habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte de mí. – Xin no quería hacerlo, no podía. Sabía que si acababa con su vida jamás podría perdonárselo.

- ¿Ya la tenéis? – Raphael miró a su alrededor y vio llegar a Dante con un cuerpo en brazos. La sostenía con cuidado, casi con adoración. No podía dejar de mirarla absorto, como si de repente su mundo se hubiera abierto y un huracán de emociones lo devastara.

- Sí. – La voz de Dante se partió en aquella sencilla palabra.

Raphael miró al wampiro y se preguntó qué habría pasado allí abajo. En su ropa había marcas de lucha. No sabía quién había sido el otro contrincante, pero por la sangre fresca no había salido bien parado.

- Iros ahora. Os alcanzaré. – Xin los quería lejos. En el fondo temía no ser capaz de hacerlo y no quería perderlos a ellos también. Raphael dudó. No quería dejarla sola. – “Hazlo.”

- “No quiero que te rindas. No te dejes vencer.”

- “No lo haré. Os encontraré en la casa. Te... te lo prometo.”

Ítalo siguió atacando desesperado. Kora quiso detener a los que huían, pero las serpientes comenzaron a salir y atacarla. Laín la defendía, sin embargo, eran demasiadas. No se trataba de que su mordisco fuera mortal para ellos, no obstante, podía herirles y paralizarles por un tiempo. Al final no pudieron hacer nada.

- Supongo que no necesitas ayuda. Aunque vista la encrucijada en la que te encuentras... - Tash se acercó a Xin y miró a Ítalo con pena. Aquel hombre atacaba a la mujer a la que amaba. Al final las historias se repiten por mucho que nos creamos únicos.

- No quiero matarle. – Xin le mantenía a raya sin dificultad. ¿Por cuánto tiempo?

- Si lo deseas puedo ayudarte. Puedo drogarlo y puedo ayudarte a sacarlo de aquí. – Tash miró a Ítalo. Su cara no poseía expresión alguna y sus pies comenzaban a llenarse de reptiles que le seguían allá a donde fuera. Tan solo hacía falta una señal.

- ¡No habléis de mi como si no estuviera presente! ¡Si tratas de tocarme te mataré a ti también! ¡No deberías meterte en peleas que no te incumben!

- Deberías callar. – Tash levantó la mano y en un instante decenas de serpientes reptaron hasta Ítalo y trataron de ascender por sus piernas. Las golpeaba, pisaba, acuchillaba y lanzaba. No sirvió de nada, eran demasiadas. Finalmente, dos llegaron a su cabeza y se enroscaron entorno a su boca impidiéndole hablar. – Mucho mejor. ¿Por dónde iba?

- Me estabas proponiendo un trato.

- Puedo evitarte tener que matarle y convertirle en tu prisionero. A cambio me deberás un favor. – Sahmaran se revolvía ante las últimas palabras, no obstante, solo él podía oírla.

- Está bien.

- Nos veremos pronto.

Las serpientes comenzaron a morder al wampiro y sus ojos se cerraron a la negra oscuridad. Ítalo se defendió con uñas y dientes. A su alrededor la masa de reptiles le cerraba todo movimiento.

Capítulo 41

Dulce se removió inquieta y gruñó sin llegar a despertarse. Estaba atrapada. Era incapaz de mover las manos ni los pies. Sentía dolor y nadie acudiría a calmarlo. No quería llorar más, no podía hacerlo. Solo le quedaba el orgullo de no doblegarse, era lo único que no habían sido capaces de arrebatarse. Se habían introducido en su piel, en su mente, y sus miedos les pertenecían.

- Shhh... Tranquila... - Aquella voz era nueva. Grave y varonil. Le gustaba.

Dante arrojó de nuevo aquel pequeño cuerpo maltratado y salió de la habitación. En el salón las voces se alzaban sin control y temía que pudieran llegar a despertarla. Aquellos ojos... no podía dejar de pensar en eso. Meneó la cabeza y trató de sacar a aquella mujer con cara de ángel de su mente.

- Deberíais tranquilizaros. – Xin se giró hacia él y bufó enfadada. Lillah saltó de su asiento tan pronto le vio entrar. Había costado mucho alejarla de Dulce y se debatía por volver a su lado. – Debe descansar. Y vosotros dos, ¿podéis al menos bajar la voz?

- ¡Díselo a él! ¡Ítalo se quedará con nosotros hasta que consiga hacerle entrar en razón!

- ¿Entrar en razón? – Raphael se acercó y la agarró por el pelo sin llegar a tirar. – Eres una ingenua, nos pones en peligro porque eres incapaz de dejar de desearle. Si lo que necesitas es una buena...

La bofetada lanzó a Raphael contra la pared. La boca le estalló y la sangre salió profusamente.

- No voy a dejarle morir. Si es necesario le haré olvidar... - Xin miró a Lillah que asintió en silencio. – Deberías entender que él me salvó.

- ¿Lo hizo? ¿Él te salvó? – Raphael señalaba escaleras arriba mientras se acercaba de nuevo a Xin. - ¡Largaos ahora! Esta señorita me debe algo. Si

sigue pensando lo mismo cuando termine con ella no me opondré. A no ser que no seas capaz.

- ¿A qué...?

- “Te dije que iba a castigarte.” – Las pupilas de Xin se abrieron. Tenía ganas de correr lejos, pero si aquel era el precio que había de pagar lo haría.

- Podría matarte si quisiera. – Xin lo miró retándole a tocarla.

- Cualquiera lo diría. Empiezo a pensar que no es más que una mentira creada para que nadie se atreva a acabar contigo. A la hora de la verdad no es que seas muy útil. – Xin sonrió y sus ojos se volvieron negros. Su piel había perdido parte de su color y se movía demasiado despacio.

- Pruébame... Si tan convencido estás de ello trata de atacarme. – Raphael saltó hacia delante y la volvió a agarrar por el pelo. – Ambos eran conscientes de que ella se lo había permitido, pero no pudo evitarlo. Era capaz de volverle loco. Sentía las mismas ganas de abofetearla para hacerla entrar en razón que de follarla durante días enteros.

- No sé qué es lo que se ha torcido en tu mente. Tienes que estar completamente loca.

- Lo estoy. Iros, por favor. – Xin miró a su alrededor hasta que se quedaron los dos solos. –¿Qué tienes pensado hacer? ¿Vas a azotarme? ¿Quieres verme sangrar? – Xin agarró la mano que descansaba en su pelo y le retorció los dedos haciendo que la soltara.

- Sería un buen principio.

- No es la primera vez que digo que no lograrás lo que buscas. He sufrido demasiado para que unos azotes consigan hacerme cambiar de idea. Él se queda.

- ¿Tan convencida estás? Te puedo asegurar que si pudiera castigarte harías todo lo que te pidiera. Suplicarías por cumplir mis deseos.

- Jajaja. – Xin exageró la risa y levantó el mentón orgullosa. – Es follarte una vez y te crees especial. Él único que me importa es él, me necesita. – Raphael la odió por aquellas palabras. Quería hacerla desdecirse.

- Entonces no te importará. Serás mi perro y te castigaré. A cambio no tocaré al traidor que escondes arriba. - ¿Perro? Xin tembló ante aquellas palabras. El tono era frío, duro y no presagiaba nada bueno.

- Una hora. Te doy una hora.
- Es muy poco tiempo. ¿No crees? – Xin comenzó a alejarse cuando Raphael la agarró y tiró hacia él. – Harás todo lo que te pida. Si en algún momento te niegas habrás perdido.
- No podrás encontrar nada.
- Eres muy ingenua. No voy a quebrar tu cuerpo sino tu orgullo. Haré que te arrastres.

Caminaron despacio y fueron a la habitación del fondo. Era amplia. Una gran cama de dos metros en el centro y un gran ventanal en la pared del fondo. El cabecero de hierro forjado llamó la atención de Raphael, se acercó y lo acarició con la mano.

- Perra. Ven. – Xin se acercó y le miró a los ojos. Su pose pareció molestarle y la lanzó con fuerza sobre la cama. Agarró su muñeca y con un movimiento rápido la esposó al cabecero. – Mucho mejor.

- ¿Qué estás haciendo?
- No te doy permiso para hablar. Hablarás cuando yo lo diga. Abrirás las piernas cuando lo solicite y ladrarás si es necesario. Durante una hora serás todo lo que yo quiera que seas. ¿Te arrepientes? ¿Quieres negarte? – Xin negó con la cabeza y se dejó caer sobre la cama de nuevo. – Raphael quería castigarla, pero no tenía ni idea de lo que debía hacer. No sabía que le daba derecho de hacerla sufrir, se repetía que lo hacía para darle una lección. No quería que se bloqueara ante nadie, su vida debía ser siempre lo primero, sin embargo, los castigos que venían a su mente eran más regalos a sus deseos que por ella. - ¿Por qué lo hiciste? – Esperó unos segundos, Xin no respondía y se impacientó. - ¡Contesta!

- Me dijiste que no podía hablar. – Raphael frunció el ceño. - ¿Salvarle? Alguien tenía que hacerlo. Era su prisionero y necesitaba ayuda, aunque él no lo supiera.

- ¿Ahora me vas mentir? No puedes mentir. – Xin le miró y se sintió perdida, no quería ahondar en los motivos. Raphael no tenía pensado rendirse y suspiró frustrada. – Me importa. Él es importante y no quiero perderle.
- Sin embargo no tuviste reparo en follarte a su subordinado.
- ¿Es eso? ¿Orgullo herido?

- Eres una embustera. Tal vez ni siquiera tú lo sabes.

- ¡Le deseo! No tienes ni idea de lo que siento cuando estoy con él. Siento que mi piel se inflama, necesito besarle con la misma intensidad que respirar. ¡Le necesito! – Raphael le dio una bofetada. La cabeza de Xin cayó sobre la almohada. Un hilillo de sangre salió por el lateral de sus labios.

- ¿Duele? ¡No duele nada comparado con lo que él iba a hacerte! ¡Estaba dispuesto a acabar con todos por llegar hasta ti! Dulce, a la que tanto querías proteger, seguía sufriendo en la otra habitación. Tenías todas nuestras vidas en tus manos, ¡pero lo importante eran sus besos! Él, que no dudó en ponerse en tu contra, merece tu respeto más que los que luchan a tu lado. ¿Es eso? – Xin se quedó sin palabras, se sentía avergonzada. Notaba como su mejilla latía y retuvo las lágrimas indignada.

- No te pedí que me defendieras.

- ¿Y qué querías? ¡Dime! ¿Qué esperabas? – Xin no lo sabía. Ni siquiera había sido capaz de pensar. Su piel, su sangre, su vida se había congelado en el mismo momento que Ítalo había tratado de acabar con su vida. Quería pensar que habría dudado en el último segundo y no lo habría hecho, sin embargo, no podía saberlo. Se aferraba con uñas y dientes a lo que había pasado entre ellos, a sus besos y caricias, pero no tenía derecho a arriesgar a nadie...

- No lo sé. No sé lo que ocurre. Estoy tan perdida... - Xin sentía que seguía rompiéndose, cuando no lo creía posible volvía a suceder. Raphael le agarró la cara y la besó. Su lengua se internó en su boca, era un contacto cálido y poco a poco le siguió. Era reconfortante y tan solo se dejó llevar. Lo necesitaba. Necesitaba el consuelo de su toque, de su caricia.

- Desnúdate. – Raphael le quitó la esposa y se puso de pie ante la cama. Sus brazos cruzados sobre el pecho, las piernas abiertas y el reto en la mirada.
- ¿A qué esperas?

- ¿Qué vas a hacer?

- Al principio pensé en azotarte. Enseñarte lo que te harían si te cogían, sin embargo, creo que ya lo sabes. Voy a usarte. Voy a hacerte pagar un precio muy pequeño por poner mi vida en riesgo.

Xin sabía que quería usarla. Su cuerpo no era más que un instrumento para darle placer, hacía unas horas había hecho lo mismo con Lillah. Aún podía

recordar sus palabras amenazándola. Si ella estuviera debajo de él le enseñaría a no volver a hacerlo...

No quería pensar, cerró los ojos y comenzó a desnudarse. Sentía calor y frío al mismo tiempo. La ropa desaparecía y su piel se calentaba sin sentido. No quería pensar en lo que habían compartido, evitaba recordar la sensación de plenitud que la había embargado subyugada entre sus brazos.

Por una vez había cedido todo el control a otra persona y el placer la había arrollado con fuerza. Ahora no tenía control que ceder, no tenía nada.

- Las bragas también. – Raphael carraspeó incapaz de hablar con normalidad. Era una belleza. Su pelo rojo caía en cascada sobre su piel. Sus ojos verdes brillaban intensamente sobre sus mejillas sonrojadas y los labios, más rojos y carnosos de la historia. Quería hacerla sentir bien, lo ansiaba, sin embargo, necesitaba mostrarle algo. Aun no sabía muy bien el qué, pero no era capaz de ceder.

Xin deslizó la prenda celeste hasta los pies y lo miró confusa. Se sentía vulnerable, expuesta y pequeña ante su mirada. Él la recorría, sus ojos permanecieron con calma sobre sus pechos y descendieron con precisión hasta sus caderas. Se tomaba tiempo en memorizar cada lunar, quería recordarla eternamente. En su interior crecía el miedo a no volver a tenerla solo para él.

- ¿No vas a hacer nada?

- ¿Y qué quieres que haga? – Raphael levantó la ceja arrogante. – Quieres que me lance hacia ti como si fueras lo más excitante del mundo. ¿Recuerdas como quisiste castigar a Lillah? El problema es que se te fue de las manos. ¿Cómo se siente? Ahora podría hacer lo que quisiera contigo. Tomarte o dejarte. Mirarte o acariciarte. El problema es que no tienes ni idea y tu cerebro no puede detenerse. ¿No?

Le pellizcó un pezón y Xin jadeó. No fue tierno, dolía, quiso alejarse. Apretó los puños y sonrió confusa. Raphael caminó colocándose tras ella. Xin sentía como la humedad se esparcía por su interior y se quedaba sin saliva. Su cuerpo reaccionaba y ni siquiera la había tocado. Tan solo la miraba y la retaba.

Un golpe seco sobre la nalga izquierda. Su piel blanca se enrojeció al instante. Raphael descargó otro golpe y otro más. Xin cerraba los ojos y gruñía consciente del movimiento de su mano al descender sobre su cuerpo.

Quería alejarse, podía hacerlo, sin embargo, si lo hacía, perdería a Ítalo.

- No tienes ni idea de lo que voy a hacer contigo y sin embargo no levantas un dedo por defenderte. ¿Te suena? Incluso podría degollarte, según tus palabras sin ningún tipo de restricción. ¿No tienes vergüenza?

Tenía las ganas concentradas. El dolor en la garganta le impedía responderle. Sentía que si abría los labios sería incapaz de contener el mar de sentimientos que la embargaban. La miraba y tocaba con asco. Cada uno de sus gestos, de sus golpes, la atravesaba ante la impotencia. No eran golpes fuertes, en realidad hacían más ruido que otra cosa.

- Ponte a cuatro patas. – Xin gruñó y una lágrima huyó veloz.

Raphael podía ver su lucha interna, la forma en la que sus músculos temblaban de pura impotencia. La sentía en su propia mente, por mucho que ella tratara de cerrarse. Sin embargo, verla llorar...

La tomó entre sus brazos y la apretó contra él. Xin podía sentirle pegado a su espalda, inmóvil. No quería ceder a ella, era necesario todo lo que estaba haciendo. Apretó su cuerpo caliente más fuerte contra él, sintió sus colmillos deslizarse y apoyó la frente en su hombro incapaz de hacerlo. Ella gimió consternada, se sentía retenida, pero no partícipe.

- “¿Tanto me odias?” – Raphael la sintió en su mente mientras se debatía. Estaba triste, cansada, harta de luchar y se rendía. Tan simple, se dejaba. Ya nada importaba, estaba cansada.

Raphael se despegó de su cuello y la giró. La habían dañado y él también lo hacía. ¿Eran celos? ¿Importaba?

Esta vez el beso fue arrollador y ella se aferró a él incapaz de dejarle marchar. Quería que sus manos borrarán los recuerdos, los miedos. Quería sentirle en lo más profundo de su ser borrando todo lo que había sentido y vivido los últimos días.

Raphael se quitó la camisa y el pantalón quedando ante ella en un bóxer negro.

- Puedes irte si quieres. No tienes por qué hacerlo.

- Lo sé.

- Me has convencido. Puede quedarse. No es necesario que vendas tu cuerpo por él.

Xin no quería irse. Se sentía sola y no lo soportaba.

- Fóllame.

- No creo que obtengas de mí lo mismo que él te da. – Raphael se miró las manos y por primera vez en décadas sintió miedo ante una mujer. Ella conseguía confundirle y toda su seguridad se evaporaba en su presencia.

Le besó y él se dejó llevar. No importaba nada que no fuera la mujer que tenía entre sus brazos. Su calor, su lengua introduciéndose en su boca. Las manos de Xin viajaban intrépidas sobre su piel y bajaron el bóxer de golpe. Se separó y le miró apreciativa.

- Tienes cicatrices, pensé...

- Son anteriores al cambio.

- Son muchas cicatrices. – Raphael se alejó dispuesto a coger su ropa cuando Xin le detuvo.

- Habla conmigo.

- No forma parte del trato. Creo que te has olvidado quién está siendo castigada.

- ¿El gran guerrero tiene miedo?

- Era un esclavo. – No podía ser. ¿Había sido un esclavo? Ella había visto muchos, había visto verdaderas atrocidades.

Raphael agarró con furia los pantalones dispuesto a largarse de allí. No soportaba la mirada que le estaba dedicando. ¡Nadie debía tenerle pena! ¡Era un vampiro!

- No te vayas... - Xin se lanzó a sus brazos y lo besó desesperada. No quería que se alejara, lo retendría y tratarían de mitigar, en brazos del otro, lo que sus almas estaban sintiendo.

Raphael la levantó y la lanzó contra el colchón. De un salto aterrizó sobre ella y la obligó a abrir las piernas.

- Si te acuestas con un monstruo no esperes ternura.

Entró del golpe y la agarró por las caderas. Se aferró a ella y ambos gruñeron incapaces de detenerse. Xin quería besarle, pero Raphael retiró la cara incapaz de un contacto tan íntimo. Se sentía perdido y no podía abrirse a nadie.

- “Quiero probarte mi pequeño exspiravit...”

- “¡No!”- Xin trató de alejarse y Raphael se congeló entre sus piernas. Se quedó inmóvil pendiente de sus palabras. – “Ahora mi sangre es venenosa.”

- “¿Debería preguntar?”

Xin elevó las caderas y le sonrió tratando de hacerle concentrarse en ella. Conectó sus mentes y se dejó llevar por el placer, trasladando sus propias sensaciones a él. No tardaron mucho en perderse en ellas. El placer les arrullaba y alejaba de todo lo que les rodeaba. Guerras, tradiciones, alianzas y traición perdieron sentido. Durante unos minutos solo fueron un hombre y una mujer gozando, sintiéndose y explorándose.

Sus mentes se abrieron al otro, sus secretos desaparecieron, sus miedos fueron compartidos. Xin entrevió su dolor, sus recuerdos y lloró por él en silencio. Las cicatrices de ambos eran profundas y seguían sangrando.

Cuando se vieron incapaces de evitarlo se dejaron llevar en los brazos del otro. Juntos, haciendo fuerza contra las decisiones que habían puesto en marcha. Xin se sintió extrañamente en casa y confusa. No comprendía como era capaz de sentir aquella conexión con dos personas y lo miraba tratando de llegar mucho más allá.

Raphael sabía que una vez la dejara marchar no iba a buscarla más. No podía soportar vivir con las sobras de otro, aun sabiendo que probablemente jamás estarían juntos. La protegería, no sería capaz de vivir sabiendo que le pasaba algo y habría podido evitarlo, pero necesitaba que alguien lo antepusiera a todo lo demás. Lo había necesitado siempre. Era mejor estar solo...

Xin pensó en Ítalo a medida que la bruma del deseo desaparecía y se encontraba a sí misma en los brazos de otro hombre. Un hombre fuerte y apuesto que seguía ahí. Luchaba por ella incluso contra él mismo, había podido sentirlo.

- Gracias.

- Lárgate con él.

Capítulo 42

Aarón se guardó dos botellas de sangre de Ítalo en el bolsillo y salió de aquella mansión sin mirar atrás. Los ancianos habían reclamado su presencia y no era bueno hacerles esperar.

Tardó media hora en llegar, pero conducía despacio. Necesitaba tiempo para pensar, las cosas se habían precipitado y su posición era peliaguda. Aquellas momias creían estar protegidos, estaban demasiado acostumbrados a tomar las decisiones desde la sombra. Era hora de colocarles de lleno en una batalla que el mismo había orquestado. Kora aparecería desangrada en unas horas. Había dejado suficientes pruebas para que no dudaran de quién había acabado con ella y solo había una posible respuesta para aquel que quebrantara una norma. La muerte.

Descendió del vehículo y bajó la cabeza. Adoptó la postura sumisa que tanto odiaba y caminó presuroso hacia el interior de aquel bosque. No sabía por qué amaban la naturaleza, aunque tenía sus sospechas.

Los robles eran antiguos y sus ramas se curvaban y creaban bóvedas bajo las que caminaba. Llegó enseguida ante ellos y aguardó en silencio por sus preguntas. Ellos creían que estaban ahí para tomar una decisión, pero la decisión ya estaba tomada.

- Has tardado. – Baah se removía sin fijar la mirada en nada. Jamás había sido capaz de confiar en el hombre que se postraba ante él. Sabía que tramaba algo y seguía buscando respuestas, sin embargo, mientras no obtuviera pruebas se veía sin ningún tipo de apoyo. Se habían convertido en unos cobardes y eso sería su destrucción.

- Mi vida corre peligro. Como la de todos en estos tiempos. – El miedo a morir era una de las primeras emociones. Aquellos seres temían tanto la muerte como los demás o tal vez más.

- ¿Qué más da? – Katya se colocó ante él y Aarón se inclinó todavía

más. - ¿Dónde está la primigenia?

- No lo sé.

- ¿Cómo que no lo sabes? Eras el encargado de despertarla, de hacerle entender las normas. Tenías que encargarte de ella. – Katya hizo un pequeño gesto y una de las ramas cercanas le golpeó en la espalda haciendo que se irguiera. – Mírame a los ojos cuando te hablo.

- Nos atacaron. Mataron antes de tiempo a Silfrid y se la llevaron. Intenté recuperarla, hacer un trato, pero atacaron a la familia que me ayudaba. Kora ha muerto. – Varios ancianos se juntaron y comenzaron a susurrar. Las voces se elevaban.

- ¡Silencio! – Baah no podía creérselo. - ¿Quién atacó a Kora?

- Ítalo y sus secuaces. También acabaron con el señor de su familia.

- ¡No es posible! ¡Deben morir! – Una mujer bajita y regordeta comenzó a gritar furiosa. Sus mejillas tenían un insano tono rojo. Su pelo blanco caía hasta sus caderas hecho una maraña.

- Tranquilos. No sabemos... - Baah necesitaba tiempo. Tenía que verlo con sus propios ojos. Investigar.

- Señor, yo mismo lo vi. Escapé con vida porque me escondí.

- ¿Me vas a decir que un wampiro no es capaz de localizarte? Nadie se arriesgaría a dejar testigos.

- Soy diestro en las artes antiguas. – Aarón habló con fuerza. Aquel era su momento, todo o nada. No estaba dispuesto a dejarse vencer fácilmente. – Ellos parecían fuera de sí. Ítalo ha tomado el poder y controla a la primigenia. Si no le detenemos mientras estamos a tiempo no podremos hacerlo jamás.

No hacía falta más. Lo vio en los ojos de aquellos viejos, pero quiso dar el punto de gracia. ¿Por qué no? En el fondo necesitaba hacerlo.

- Creo que la primigenia se ha enamorado de él.

- No volvería a cometer el mismo error. – Katya tuvo miedo por primera vez. – Hemos grabado a fuego su pasado para que no cometa los mismos errores.

- El ciclo no se cerró correctamente. Está recuperando TODAS sus vidas.

- ¡Baah, no podemos permitirlo! – Katya se agarró al líder incapaz de sostenerse por si misma.

- Lo sé. – Estaba cansado de dañar a aquella pobre criatura. Jamás podría compensar el dolor que había causado a la primigenia. Lloró por ella.

- Si lo descubre acabará con todos nosotros...

- Lo sé.

Capítulo 43

Ítalo revivía su pesadilla particular una y otra vez. La visión de su hermano siendo torturado, estirando sus dedos para intentar salvar a quién ya yacía muerto a su lado. Aquel bebé no había tenido oportunidad de vivir.

Trató de alejarse, de pensar en los momentos que habían compartido, en la vida que habían disfrutado juntos, pero era incapaz. La imagen de su hermano se había distorsionado y ahora solo veía su dolor. No quedaba nada más, solamente la pena más inmensa por saber cómo habían sido sus últimos minutos de vida.

Se arrepentía de haber buscado respuestas, ahora estas le torturaban incesantemente. Le habría gustado como había llegado hasta aquella situación, por qué su mujer le había dejado solo, sin embargo, ya no importaba. La realidad es que no tenía ganas de seguir removiendo el pasado, los fantasmas podían hacer demasiado daño.

Ítalo había sido siempre consciente de quién había acabado con la persona que más le importaba, lo había aceptado, sin embargo, jamás en sus peores pesadillas se lo había imaginado de aquella manera. Quizás la garganta rasgada y quemado. Tal vez un puñal en el corazón.

Su hermano era un guerrero poderoso, nunca pensó que pudiera perder, y sin embargo no parecía haber tenido posibilidad contra ella.

Ítalo abrió los ojos y trató de incorporarse. No podía. Trató de ubicar las cadenas, de deshacerse de ellas, pero no logró ver nada.

- No podrás escapar. Pierdes el tiempo. – Xin se había sentado en una silla junto a la cama y le observaba. Sus ojos brillaban con luz propia en medio de la oscuridad.

- Crees que estás a salvo y te equivocas. Lograré la forma de llegar hasta ti y cuando lo haga te haré sufrir.

- Sí. Ya lo sé. – Xin lo dijo con aburrimiento. Empezaba a hastiarla

aquella frase. – Deberías dejar de repetirte. Ahora bien, tú tienes un recuerdo que yo no tengo. Lillah dice que debo recuperar todas mis vidas y podrías dejarme entrar para echar un ojo.

- ¡Estás loca! ¡No te atrevas a ponerme un solo dedo encima! ¡No soporto tenerte cerca! ¡Me asquea pensar lo que tú y yo...!

- Puedes pensar que te he violado si así te sientes más tranquilo. Tú honor ha sido restaurado. Sin embargo, no era una petición. Voy a hacerlo. De ti depende que duela más o menos.

Se revolvió furioso. Su cuerpo se contoneaba y crujía mientras trataba de escapar, no necesariamente lejos de ella. Si tan solo pudiera llegar hasta su yugular se aferraría hasta desangrarla. Nada más importaba.

- Te dejo solo unos minutos mientras Lillah se prepara. – Xin se detuvo en la puerta indecisa y volvió a mirarle. Le daba pena verle en aquel estado, deseaba tocarle, consolarle. – Lo siento mucho.

- No mereces estar viva.

- Ni tú y sin embargo aquí sigues. ¿Me vas a decir que no has matado a nadie en todos estos años?

- Tienes razón. Lo hice. Lo que sí puedo decir es que jamás fui tan cruel y retorcido. Jamás causé un dolor tan gratuito y ¡jamás! disfruté como tú lo hiciste. – Xin se estremeció. Era imposible... Ella, si de verdad había sido ella, jamás habría disfrutado de tener que arrebatarse una vida. Para ella no había nada peor que perder a alguien y no haría algo así si podía evitarlo.

- Puedes seguir odiándome si así te sientes mejor.

- No dudes que lo haré. Buscaré la manera de hacértelo pagar. Tengo ganas de que puedas ver lo que hiciste, y que te veas frente a frente con el monstruo que en verdad eres.

Capítulo 44

- Tenemos que sacarla de aquí. Podrían volver a por ella. – Lillah acarició a Dulce con ternura y siguió aplicando unguento a sus heridas. Con cada una de aquellas brechas su alma se fracturaba. Sus quejidos, aún desde la inconsciencia, era puñaladas en su corazón. – Lo siento cariño. Lo siento mucho.

Dante las observaba desde la puerta. No podía dejarlas solas. No quería perder a aquella tierna criatura de vista ni un solo segundo. Si la inmortal tenía pensado hacer algo, aunque fuera por ayudar a su protegida, tendría que contar con él.

- No se va a ninguna parte.

- No está preparada para luchar. Es demasiado importante y si descubren que sigue viva...

- Me importa una mierda. Haz lo que tengas que hacer y lárgate.

- No sé quién te ha dado derecho para hablar por ella. – Lillah se acercó al wampiro altiva. Podría acabar con tu vida sin esfuerzo, no me pongas a prueba. Lo único que te mantiene con vida es haberme ayudado a recuperarla.

- No eras tan prepotente cuando suplicabas por su vida. Hasta te dejaste montar como una prostituta. – Dante vio sus mejillas sonrojarse y se detuvo. No quería herir a la inmortal, pero no iba a alejarlo de Dulce. – Mira, lo siento. La protegeré.

- No podrás. Cuando los ancianos vengan nadie podrá detenerlos. Ni siquiera yo, si mis hermanas me apoyasen... pero jamás lo harán. Para ellas lo que estoy haciendo va contra natura.

- Si saliéramos ahora estaríamos lejos al atardecer. Ahora no tienes por qué temer el sol.

- No irás a ninguna parte. – Xin se acercó y agarró a Lillah por el hombro. – Me vas a ayudar a ver lo que Ítalo cree que hice.

- No deberías hacerlo.

- ¿Por qué?

- Introducirse en los recuerdos de otro sin haber completado el ciclo puede hacer que varias de tus vidas pasadas vuelvan a ti de golpe. No podrías soportarlo.

- Te sorprenderías de lo que soy capaz. Además... - Xin descendió el tono y se acercó a su oído. – Si lo haces os dejaré marchar. - Volvió a incorporarse y miró a Dante. – Siento mucho no haberte dado aún las respuestas que buscas, pero se me echa el tiempo encima. Puedes aprovechar para preguntarme mientras Lillah lo prepara todo. Después los tres os marcharéis lo más lejos posible de aquí.

- Vale.

- ¿Me lo prometes?

- No tengo por qué hacerlo. – Dante golpeó la puerta y esta se rompió en dos. Solo los goznes mantenían las dos maderas en su sitio. – Que ahora hagas lo correcto no borra tus pecados. No borra lo que has hecho y aparecerán muchos buscando venganza.

- Mucho me temo que no será a mí a quién odies cuando termine de contarte lo ocurrido. Lo siento mucho.

Se dirigieron al salón y se sentaron en una silla cercana. Xin se removía inquieta. Estaba a punto de contar una película de terror al único hombre que sabía que podría destruirle. Lo lamentaba, sin embargo, sabía que necesitaba conocer el pasado para ser capaz de comenzar un futuro. Había visto la forma en la que miraba a Dulce, era un buen wampiro, y necesitaba que su mente se liberase de viejos amores. Lo sentía mucho por Agatha, pero era el momento de dejarla marchar.

- Sabes que yo la maté... No te equivocas, pero ella me lo pidió.

- No deberías repetirte. Cuando te oigo hablar de que la mataste tengo unas incomprensibles ganas de arrancarte la cabeza y dársela a los perros para comer. – Dante apoyó la mano en el puñal del cinturón y apretó los dientes. Iba a ser duro y no podía prometer que Xin no acabase muerta.

Capítulo 45

- Antes de comenzar deberías saber que yo era vieja, estaba cansada y ya no era tan impresionable. Fui dura con ella, quizás demasiado, pero al igual que a ti logró encantarme con su bondad y cariño. Era una criatura increíble, de esas que solo nacen cada mil años, y deberías estar orgulloso de lo que hizo por vosotros.

- ¡Empieza!

- Supongo que todavía puedes recordar aquel otoño. Las lluvias fueron feroces y los ataques de los wampiros se descontrolaron por toda Europa. Cientos de personas morían en causas sospechosas y el miedo podía palpase. – Xin/Petra había tratado de tomar parte, al menos al principio salvaba a todos cuantos podía, pero era como luchar contra corriente. Antes o después aquellos que lograba salvar caían a manos de otros. La esperanza de vida para aquellas personas era muy limitada. - ¿Sabías que Agatha tenía una familia humana? Tenía una sobrina. Una sobrina a la que cuidaba desde las sombras. Una mujer impresionantemente hermosa y poderosa. Una hechicera.

- Eso es imposible... Cuando la transformé toda su familia estaba muerta. Ella estaba a punto de morir enferma entre cuerpos putrefactos. La habían desahuciado.

- No todos estaban muertos. Su hermana estaba lejos, había sido raptada y violada. Casi se vuelve loca, sin embargo, finalmente buscó venganza. Cuando logró escapar toda su familia había muerto y ella se vio perdida. Agatha ni siquiera sabía que existía hasta años después. Pura casualidad.

- Me lo habría dicho.

- No lo hizo para protegerte. Ella temía que si lo hacía los ancianos y los señores de las grandes familias fueran a por ti. Su hermana no era querida precisamente. Se había hecho con conjuros y objetos malditos a lo largo de los

años y se dedicaba a erradicar a todos cuantos consideraba culpables. En el fondo libró al mundo de monstruos que no puedes ni imaginar...

Dante se sentó en el sofá. Si todo aquello era cierto ni siquiera conocía a la mujer que le había robado la cordura. La mujer más hermosa y cariñosa que había conocido se presentaba ahora ante sus ojos como una completa desconocida.

- Dijiste que lo hizo por nuestro hijo.
- Es complicado. Lo hizo por su familia. Esabel era poderosa, había logrado eludir a la muerte, y se había erigido a sí misma como la destructora. Allí por donde iba castigaba lo que a sus ojos no debería haber existido jamás.
- A los nuestros.
- Sí. Muchos murieron, pero no solo a ellos. No eran ellos los que les importaban a los ancianos. El problema es que no solo no conseguían detenerla, sino que se quedó embarazada mediante artes oscuras. Al principio lo que había sido un arma lista para ser usada se convirtió en su debilidad.
- Amó a su hijo.
- Lo hizo. Con más fuerza que con la que odiaba a sus enemigos. De pronto vio que había atrapado a su pequeño en una batalla peligrosa, donde antes o después saldría herido, y recurrió a la única que seguía a su lado.

Dante acarició el colgante que pendía en su cuello. Su anillo de boda, el único recuerdo que conservaba de una mujer que había logrado sacarle de su infierno personal. Agatha había estado ahí como una amiga y poco a poco se había introducido en su corazón. No recordaba el momento exacto, pero de pronto era como si siempre hubiera estado ahí y fuera incapaz de imaginarse seguir sin ella.

La había amado con fuerza, pero la respetaba y creía en ella ciegamente. Una palabra suya era ley. Ni, aunque sus propios ojos vieran lo contrario, dudaría de ella.

- Agatha no dudó en ayudarla, pero cuando llegó al lugar el bebé había muerto. Un wampiro yacía a su lado destrozado y no había nada que ella pudiera hacer. Esabel no aparecía y Agatha sintió que su mundo perdía la vida.

- Lo recuerdo. Dejó de comer. Desapareció aquella misma noche y no apareció hasta días después.

- Vino a mí. Al principio lo que me pedía iba contra natura, era inconcebible, pero ella no desistió. Durante días me habló, me hizo ver a través de sus ojos la que podría haber sido la vida de aquella criatura y decidí ayudarla. Yo no podía devolverle la vida, ese no es uno de mis dones, pero si podía encontrar a Esabel y así lo hice.

- ¿Seguía viva?

- La habían capturado. Su hijo había sido su talón de Aquiles y estaba siendo torturada. Jamás olvidaré todo lo que vi aquel día. Lloré por aquella mujer sin conocerla. Casi parecía aliviada cuando la maté.

- ¿Cómo? ¡No entiendo nada! – Dante era incapaz de pararse quieto. Su mente trataba de unir los pedazos de su pasado con aquella absurda historia. No obstante, algo en su interior le decía que era cierto. Solo eso explicaba sus silencios, sus pesadillas. Tan solo había vuelto para morir dos días después.

- No podía liberarla. No, sino quería comenzar una guerra y tampoco podía dejarla en aquel infierno. Me pareció lo más piadoso.

- Si tú lo dices.

- No eres quién para juzgarme. He tenido suficientes juicios por un día. Si no vas a mantener tu lengua controlada quizás es mejor que me calle.

- No, perdona. Sigue. – Dante apretó los puños y respiró con calma. Lo peor aún no había llegado, no lo que a él verdaderamente le importaba.

- Agatha siempre había querido ser madre. Era su sueño. Supongo que ya lo sabías. – Dante asintió y Xin se acarició la muñeca. – Cuando le contamos a Esabel lo que había ocurrido pareció morir en vida. Estaba desconsolada. Cuando la soltamos Agatha tuvo que agarrarla para que no se empalara ella misma. Lo demás es mejor que lo veas por ti mismo.

Xin se cercó dubitativa y apoyó las manos a ambos lados de su cabeza. Las imágenes llegaron con fuerza.

Capítulo 46

Dante se vio transportado a una habitación pequeña. Las paredes de piedra se cernían a su alrededor. Era una casa antigua, hacía décadas que no veía ninguna parecida. El suelo de arena, estaba mezclado con algo húmedo, y se había convertido en un gran charco de barro.

Cuando levantó los ojos sintió que todo su mundo se detenía. Agatha estaba a pocos metros. Erguida, majestuosa hablaba con otra mujer. Quiso acercarse, abrazarla, sin embargo, cuando estiró los dedos no fue capaz de atraparla.

- No hagas tonterías y escucha. Aquí tienes tu respuesta y mi regalo. No lo desperdicies. – Xin desapareció y le concedió algo de intimidad. – Te mostraré lo que tanto ansías saber, pero debemos darnos prisa.

Agatha gruñía e insultaba al techo, algo bastante impropio de su personalidad dulce y tranquila.

- No podemos dejarla morir. No puedes hacerlo. Yo misma la sacaré de aquí. – Agatha se giró hacia la puerta y Petra la detuvo.

- Debes elegir. O ella o la niña, no puedo mantenerlas a ambas a salvo. – Agatha se detuvo y bajó la cabeza. Se acarició su barriga sabiendo que ahí jamás crecería vida. Su hermana ya había vivido una larga existencia, era hora de que su sobrina tuviera una oportunidad. Sin embargo, no podía hacerlo, si elegía no podría perdonárselo jamás.

- Hermana... - Agatha caminó hacia la esquina y se agachó. Dante no había reparado en el bulto hasta aquel instante. Era una mujer, al menos eso intuía por su largo y negro pelo. Sus ojos azules se irguieron y Dante los reconoció. Eran unos ojos familiares capaz de hacerle sentir. – No puedo hacerlo. No puedo dejarte aquí. No puedo abandonarte de nuevo...

Esabel levantó la mano, que tembló en el aire, y cayó sin fuerza sobre la mejilla de Agatha. Agatha la retuvo consciente del gran esfuerzo que había hecho su hermana pequeña.

- Es... es... mi hija... Sálvala. – Comenzó a toser. Con cada convulsión sangre fresca salía disparada. – Ella lo es todo. Es... tu hija.

Agatha cayó hacia atrás. Miró a su hermana y lloró. La abrazó contra su pecho, estaba tan herida que no tenía fuerza para mantenerse erguida.

- Lo haré.

Esabel sonrió cansada y sus labios comenzaron a moverse.

- Da...me la sangre... Por favor... - Se le estaban acabando las fuerzas. Estiró los dedos. Agatha sacó un pequeño cuchillo y se cortó la mano. Su sangre comenzó a gotear por el suelo. – Acerca a mi hija. Petra sacó con cuidado un bulto de debajo de su capa y se lo entregó. Esabel lo cogió con amor y cuidado, había esperanza en sus ojos. Besó aquel bebé muerto en la frente y lloró. No salía sonido alguno de sus labios, pero las lágrimas eran gruesas. – Dame la sangre de tu marido. – Agatha sacó un bote y se lo entregó. Esabel le untó los labios al bebé e hizo un extraño símbolo en su piel. Después con sus propios dedos repitió el mismo ritual con la sangre de Agatha. – Ahora toca el sacrificio. Agatha tu deberás terminar el conjuro. Petra, ¿podrías?

Petra caminó hasta ellas y sacó el puñal de lava.

- Por la vida de mil vidas te dejo marchar y honro tu partida. – Y sin más le rasgó el cuello. La sangre comenzó a caer sobre Agatha y aquel pequeño cuerpo sin vida. Agatha seguía inmersa en su pena mientras dejaba a Esabel sobre el suelo y recogía el cuerpo del bebé, como si ahora, perdido del agarre de su madre, pudiera hacerse daño.

- Familia et vocat te ut filiam vocat vos

El pequeño comenzó a temblar y a los pocos segundos lloraba con fuerza.

- Tenemos que irnos. – Petra trató de levantar a Agatha, pero esta se resistía.

- No, no podemos.

- Agatha hablamos más tarde.

- Ellos sabrán que hemos estado aquí. No quiero que lleguen hasta... mi hijo o hasta Dante. Tengo que morir. – Petra trató de levantarla a la fuerza, pero desistió ante el miedo de dañar a aquella criatura que parecía mirarla confuso.

- Él tiene derecho a decidir. Él puede protegeros.
- Y lo hará, solo que aún no lo sabe. – Agatha se levantó cansada y besó aquel pedazo de cielo. Un pedazo de cielo por el que merecía la pena morir. – Necesito que me hagas dos favores más.
- No puedo hacerlo.
- No confío en nadie más. Dante no lo permitiría y si fuera otro probablemente pagaría con su vida. – Agatha besó el anillo que descansaba en su anular. – Cuida de Yadiel y haz que se reencuentren como iguales. Úneles. Que sus caminos se crucen y no puedan separarse. Al fin y al cabo, es nuestro hijo.

Petra se agarró a la pared y asintió.

- Haré de él un buen hombre. No me recordará.
- Ahora has de matarme.

Capítulo 47

Dante se tumbó sobre el sofá y cerró los ojos. Tenía mucho en lo que pensar.

Xin sentía su tristeza y su impotencia. Sabía que jamás podría perdonarse a sí mismo no haberse dado cuenta, no estar ahí para ella. Le habría gustado conocer las palabras exactas con las que aplacar su dolor, pero tendría que ser él solo el que encontrara la paz. Para ella aún quedaba un gran camino por delante y no tenía tiempo que perder.

Una batalla se acercaba y a medida que el tiempo pasaba una fuerza inimaginable e incontrolable la embargaba. Algo vivo, antiguo y muy fuerte que la avisaba de los peligros. Una intuición a la que pensaba hacer caso cada día.

Xin subió despacio y se paró ante la habitación que ocupaba Ítalo. En otras circunstancias habría entrado corriendo y le habría consumido. Le habría demostrado lo que su piel sentía cuando él estaba cerca, lo necesitaba por mucho que no llegara a comprender los motivos. Ahora comprendería de una vez por todas lo que estaba ocurriendo, pero ¿Era capaz de enfrentarse a ello?

Traspasó el umbral. Lillah ya lo había preparado e Ítalo volvía a yacer inconsciente. Se le veía hermoso a pesar de su rictus en la cara, estaba sufriendo.

- ¿Comenzamos?
- Cuando quieras. No tenemos mucho tiempo.
- Raphael espera fuera. Si fuera tú no haría ninguna tontería.
- Hubo una vez en que fuimos amigas. Podrías confiar un poco en mí. – Xin sonrió de lado y se sentó sobre el colchón al lado del que hace no mucho fuera su amante. - ¿Qué harás después con él? No puedes dejar que se marche.

Xin le acarició con ternura. Su corazón se encogía en su presencia, era

incapaz de mirarlo sin sentir aquellas mariposas en la boca del estómago.

- Ya lo decidiré cuando llegue el momento.

Lillah le entregó un vaso y Xin bebió sin pensar. Pocos minutos después sus párpados se cerraban. Notaba que algo tiraba por su mente y se veía obligada a alejarse de su cuerpo, no le gustaba la sensación y trataba de luchar.

Poco a poco fue perdiendo la batalla y se vio en medio de un boque en la noche más oscura que había visto nunca. Ni una sola estrella iluminaba lo que iba a ver.

Capítulo 48

Ítalo quería echarla, notaba su presencia y luchaba con fiereza, pero fue imposible. Algo mucho más poderoso los unía con un vínculo irrompible y se vio confinado mientras Xin caminaba a sus anchas por el recuerdo más doloroso de su vida.

- No deberías estar aquí.
- Es posible, pero no puedes elegir. Sino vas a cooperar mejor estate callado, no creo que quieras que lo tengamos que repetir.

Ante ella un pequeño altar de piedra. Una mujer y un bebé que reconoció al momento. “No era posible... Yadiel...”

- Algo va mal. Esto no ocurrió así.
- ¿Qué ocurre? ¿Refresca tu memoria? ¿Remordimientos? Disfruta de tu gran obra, ¿no estás orgullosa?

Xin se acercó y observó al bebé con cariño. Ella ya recordaba aquella vida y no había matado a nadie. Sentía curiosidad por lo que iba a pasar a continuación y miedo, terror ante lo que iba a presenciar.

Aunque desde las sombras, había criado al pequeño que iba a morir. Ella le había vigilado y guiado sus pasos. Le había protegido y le quería. Quizás incluso más que a Dulce.

Se vio a sí misma en otra vida, pero ni siquiera el cuerpo coincidía. Algo muy raro estaba ocurriendo.

- Esta no soy yo...
- ¿En serio? ¿Esa es tu defensa?
- ¿Y qué pretendes que te diga? ¡No soy yo!
- Deberías callarte y observar. Creo que lo que vas a presenciar no tiene precio.

Ítalo quería hacerla sufrir. Quería ver como se doblaba al igual que él lo había hecho. La odiaba por aquella violación, pero al menos sacaría algo de todo aquello.

Un wampiro se acercaba por el camino. Parecía molesto y gruñía sin cesar. De repente se detuvo y en cuestión de segundos se plantó delante de la impostora.

- ¿Qué haces? ¿Un sacrificio? Están prohibidos. – La impostora levantó las manos y susurró mientras el cuello del wampiro se fragmentaba en dos y él perdía el conocimiento.

- No interfieras. Una criatura como tú, insignificante, no tiene derecho a hablar conmigo. – Siguió a lo suyo. Consagró el puñal a la luna y bebió sangre del pequeño. ¿Un conjuro para absorber vida? No tenía sentido...

El wampiro se despertó poco antes de que el ritual finalizase y trató de defender al bebé. Podría haber huido, pero prefirió proteger a aquel pequeño. Xin se sintió orgullosa de aquel desconocido, podía ver el parecido, quería pensar que las cosas habían salido bien, sin embargo, ya conocía el resultado.

- No es posible... Lillah, ¿estás ahí?

- Sí.

- Ale, la que faltaba. ¡Salid de mi cabeza!

- Necesito que interfieras. Este recuerdo es real, pero no soy yo.
¿Comprendes lo que digo?

- Quieres que mires si alguien lo ha manipulado.

- Sí, ¿puedes hacerlo?

Ítalo sintió que la sangre se congelaba en sus venas al comprender el significado de aquellas palabras. Si lo que decían era cierto podría haber atacado a la mujer que deseaba, que anhelaba con todas sus fuerzas, por error. Error no, porque había sido incapaz de dudar. Había tomado aquella opción porque coincidía a la perfección con lo que llevaba pensando décadas.

Xin se acercó y tocó su reflejo pasado. La imagen vibraba. A diferencia del resto, parecía inestable. Había algo debajo.

Ítalo comenzó a gritar mientras el dolor trataba de desgarrar su mente. Xin compartía su tortura y se aferraba al miedo de lo que podría descubrir. Sentía que su propia mente tiraba de ella hacia otro lado, pero necesitaba respuestas.

No podía irse aún.

El paisaje era el mismo, el bebé no había cambiado, sin embargo, ahora el que tenía el puñal y comenzaba a torturar a Ibone era un hombre. Un hombre al que todos conocían.

- ¡Hijo de puta! ¡Le mataré! ¡Le torturaré! Xin yo... lo siento... Xin.

Xin miró a Aarón cubierto de sangre y sintió que algo en su interior se desgarraba. Su mente comenzó a dilatarse y recuerdos que no sabía ni que estaban ahí la destrozaron. Su mundo acababa de venirse abajo. En unos segundos saltó de la mente de Ítalo a su propio recuerdo. La única diferencia es que este recuerdo era antiguo, muy antiguo y le pertenecía.

- Lillah, ¿te ha pedido ella que hagas esto? ¿De verdad ha sido Aarón?

- Sí. Manipuló el recuerdo de una manera muy burda, aunque no sé qué pretendías. Al fin y al cabo, en otra vida fue humano.

- Yo la culpé durante tanto tiempo que ahora no tengo ni idea de cómo tratarla, como enfrentarla después de intentar matarla.

- No eres el primero que lo intenta. Es muy buena perdonando. Te comprenderá.

- Ni siquiera yo soy capaz de perdonarme.

- No estoy aquí para hacerte sentir mejor. Hará lo que tenga que hacer. Es una buena mujer. – Lillah miró aquella imagen. Era dura, desgarradora. Aquel wampiro había perdido a quién amaba de una forma horrible. – Debes saber algo. El niño por el que murió sigue vivo.

- No es posible... - Lillah miró la imagen y se preguntó si hacía lo correcto. Las emociones marcaban ahora sus decisiones y sabía por experiencia propia que no era algo bueno.

- Tú le conoces. Petra le ha protegido durante años y le guió para que se reencontrara con su padre.

- ¿Quién es el padre?

- Dante. – Ítalo comenzó a marearse. No era posible. Criaturas como ellos jamás podrían tener algo tan hermoso y tan puro como un bebé.

- Es un wampiro.

- Sí, pero usaron magia. Es complicado. – Lillah miró los ojos de aquel

pequeño. Unos ojos orgullosos, luchadores y leales. Unos ojos capaces de morir por los demás. Unos ojos que jamás dejarían a nadie atrás. – Ya sabes quién es el bebé, ¿verdad?

- Yadiel.
- No esperaba menos de ti.

Capítulo 49

Era el principio. Su principio. Su quinta vida. Una vida marcada por la sencillez y la belleza. Estaba en un paraje virgen, donde los hombres se resguardaban en cuevas y usaban las pieles para cubrir sus cuerpos. Un paraje sin tiempo ni deberes, tan solo luchar por los miembros de sus clanes. Grupos de seres que cooperaban para sobrevivir.

La armonía reinaba en aquel lugar. Era una vida pacífica, donde todos tenían un lugar y lo aceptaban. Cada uno desempeñaba su tarea con orgullo y la lealtad era lo más importante.

Ella era una primigenia y era tratada con devoción. Podía ver el orgullo y el respeto cada vez que la miraban. Sobre todo, en una mirada. Antroh, un humano orgulloso y rudo, que había logrado arrebatarse el corazón.

Todos podían ver que los sentimientos entre ambos eran recíprocos. Xin recordaba aquella vida, pero ahora comprendía que ciertos retazos le habían sido negados. Alguien había ocultado a su marido por algún motivo y tenía ganas de saberlo.

Avanzó hacia el hombre con el que se iba a unir. Estaba ansiosa y emocionada. Habían engalanado su cuerpo pintándolo de ocre e iba envuelta en las mejores pieles zurcidas. Se sentía sexy y deseada. No podía dejar de caminar hacia él, sudaba ante su proximidad. Jamás en toda su vida había estado más nerviosa. Era un gran momento. Una primigenia con un humano, era algo nuevo, pero, ¿qué no lo era? No había normas, ellos crearían las normas para sus hijos.

Petra aceptó a aquel hombre como su compañero y bailó toda la noche a su lado. Cuando se retiraron al que sería su hogar se sintió insegura, pero amada. Le besó consciente de que era la primera vez que lo saboreaba. Sentía el calor extenderse por su piel junto con las caricias que le prodigaba. Se sentía en una nube perfecta. Aferrada a aquellos ojos castaños que no tenían secretos para ella. Aquel hombre la mantenía en

harmonía y era capaz de aplacarla cuando su naturaleza tomaba el control. Ambos eran conscientes de los riesgos y Petra temía por él.

- *No quiero hacerte daño. – Antroh la besó e introdujo la lengua en su boca. Se rozaban, se tentaba y disfrutaban de un contacto tan íntimo.*

- *Podría pasarme la eternidad solamente con tus besos, pero lo quiero todo de ti. Si tengo que morir merecerá la pena.*

- *No digas eso.*

- *Te amo por encima de mi propia vida. Tú eres mi hogar. – Petra sintió que le necesitaba con una intensidad extraña que la llevó a besarle con fiereza. Necesitaba tomarle en su interior, fundirse con él. Estar lo más cerca posible de aquel hombre que la hacía vibrar sin control.*

Antroh la besó a medida que la desnudaba. La tuvo ante él y la veneró durante horas. La besó con calma al principio, pero a medida que su lengua intrépida se internaba en las zonas más sensibles de la anatomía de su mujer no pudo contenerse. Ambos jadeaban y sudaban mientras sus bocas besaban cada porción del cuerpo del otro.

- *Eres perfecta. – Petra se ruborizó y Antroh se colocó sobre ella consciente de lo que vendría a continuación. – Sé que estás preparada, pero va a doler.*

- *Estoy preparada.*

Antroh entró en su interior y jadeó. Sus músculos temblaban ante la necesidad de moverse. Ambos estaban conectados y se mecían con las manos entrelazadas. Los movimientos se volvieron bruscos, anhelantes, y perdieron el poco control que conservaban.

Cuando se dejaron ir Petra supo algo, que su hija había sido concebida en aquel mismo momento. ¿Hija? Las primigenias no podían tener hijas ¿no?

Los meses pasaron rápidamente ante sus ojos. Su cerebro quería mostrarle algo, aunque cada partícula de su ser ya lo intuyera.

Una Petra muy embarazada caminaba por el poblado. Estaba dolorida, el parto se acercaba, y Antroh no aparecía. Había salido a cazar y no volvía. Las horas pasaban y el miedo se incrementaba sin control. No podía perderle, le necesitaba, no podía hacerlo sola...

- *Encontradle. – Varios hombres asintieron y salieron corriendo.*

- *Señora. – Un hombre joven se acercó a Petra. Xin necesitó varios minutos hasta que fue capaz de reconocerlo. Baah apenas era un muchacho y se dirigía a ella con respecto, casi diría que miedo. – Debería acompañarme.*

- *¿Ocurre algo? ¿Le han encontrado?*

- *No señora, pero es necesario que me acompañe.*

Xin quería gritar que no confiara, que no le acompañara. Aquello ya había ocurrido y Petra se levantó y siguió a aquel muchacho con miedo, pero no miedo por ella o por su hija... ¿Qué le habían hecho a su hija?

Petra pareció confusa cuando se vio rodeada. A su alrededor se encontraban los que Xin reconocía como los ancianos, pero en una versión mucho más joven.

- *¿Qué ocurre aquí?*

- *Lo siento señora. – Baah se acercó y la golpeó en la cabeza. Petra no quedó inconsciente, pero se sintió inmovilizada. – El cuchillo rápido. – Petra sabía que no podía transformarse o su hija podría morir. Lágrimas de impotencia y un miedo frío discurriendo por su espalda.*

- *¿Qué queréis? Nunca os he hecho nada.*

- *Lo sé señora. Lo sentimos mucho.*

- *No le hagáis daño a mi hija. Matadme a mí, pero no le hagáis nada.*

Katya se acercó con un rudimentario cuchillo y mientras la agarraban le rasgó el vientre. El dolor la hizo gritar, revolverse con fuerza y consiguió lanzar a varios por el aire, uno incluso se rompió el cuello, sin embargo, eran demasiados.

Katya observaba a la pequeña con un odio oscuro y maldad. Petra comprendió en aquel momento sus intenciones. Quiso transformarse, correr a su auxilio. No le importaba el dolor, ni morir en el intento, tan solo quería llegar hasta ella y ponerla en un lugar seguro. Incluso si eso significaba no poder verla crecer, pero necesitaba que creciera, que viviera.

Luchó como un león, pero alguien la apuñaló en el pecho. Durante unos interminables segundos no pudo hacer otra cosa que observar como usaban al tesoro de su alma, al ser más hermoso que había visto jamás para un

ritual de vida. Los hijos de puta habían usado la vida de su hija para obtener sus poderes y su inmortalidad. Le habían abierto el pecho y la habían desangrado ante los ojos moribundos y feroces de una primigenia que prometía venganza.

- *“Esto no deberías recordarlo, pero al fin puedo mostrártelo hermana. Te dije que no te fiaras jamás de esas criaturas, pero te empeñaste en que tenían salvación. Lo siento mucho, hermana, pero te espera una traición más.” Era la voz de Mantra.*

- *“¿Cómo han podido? ¿Por qué?”*

- *“Son seres primitivos. Aún les falta mucho por evolucionar, jamás debiste involucrarte con ellos.”*

- *“Antroh era diferente. Él me amaba. Éramos felices.”*

- *“Lo sé cariño y por eso no intervine. Te amaba de verdad y murió tratando de defenderos. Lo siento mucho, pero no llegué a tiempo.” – Xin sintió que no podría soportarlo. Jamás había sentido un dolor tan desgarrador. Aquella sensación lo abarcaba todo y convertía la luz en oscuridad. Una pesadilla permanente en la que estaba atrapada. Por primera vez sintió que aquella niña le pertenecía, era parte de ella, pero no como recuerdos impuestos. Aquella pequeña era suya y se la habían arrebatado.*

- *“Les mataré. ¿Por qué no lo he hecho antes?” – Mantra no respondía. Parecía buscar las palabras adecuadas. Xin sabía que no había nada en el mundo que pudiera volver a dañarla. Le habían arrebatado algo que ni siquiera sabía que había tenido y ahora sin embargo no podía ver un futuro sin su hija. No podía seguir sin ella. Mataría, acabaría con cada uno de ellos. Les odiaba. Les arrebataría todo lo que amaban y les destrozaría, les haría sufrir como estaba haciendo ella ahora. – “Dime. Por favor.”*

- *“Alguien te obligó a olvidar y desde entonces se han encargado de controlarte para que no puedas volver a recordar.”*

- *“¿Por qué no me has ayudado nunca?”*

- *“Lo intenté en el pasado, pero las inmortales les ayudaban y el equilibrio estaba en juego. Sin embargo, jamás me he rendido. Siempre te he dejado pistas y poco a poco estabas avanzando.”*

- *“Gracias.”*

- *“Aún hay algo más que debes ver.”*

Capítulo 50

El día terminó ante sus ojos y comenzó de nuevo. Los traidores seguían congregados en aquella cueva. Su cuerpo había desaparecido y el de su niña había sido envuelto en pieles. Habían colocado madera bajo ella y todos parecían nerviosos.

- *¿Cómo sabremos si ha funcionado?*

- *¿Por qué no habría de hacerlo? – Dana, otra de las inmortales, entró en escena con majestuosidad. Su belleza no casaba con su personalidad. Era increíble que tras unos ojos tan azules y una cara angelical se pudiera ocultar tanta maldad. Petra había tratado de pararle los pies y aquella era su venganza. – No trabajáis con seres inferiores. Dijimos que funcionaría y lo hará. Vosotros debéis cumplir con vuestra parte del trato.*

- *Lo haremos.*

Poco a poco las inmortales fueron entrando hasta que solamente faltaba una. Lillah entró finalmente. Su cuerpo había sido maltratado y no levantaba la cabeza del suelo.

- *Hermanas, ¿cómo habéis podido?*

- *Jamás debió enfrentarse a nosotras. Es un aviso de lo más efectivo para el resto, ¿no crees? – Sasha miró el bulto y escupió a su lado con asco. – Sigo sin saber cómo prefirió crear este monstruo, debilitándose en el proceso, a reinar con nosotras.*

- *Hermana, tan solo quería la paz. Podríamos haber convivido en paz. – Lillah lloró y trató de soltarse, pero las cadenas en sus muñecas la mantenían prisionera. – No voy a hacerlo.*

- *Lo harás. No lo dudes. ¿Cómo puedes hablar de paz? Son seres inferiores, necesitan ser guiados. – Sasha se acercó a su hermana menor y más débil y la abofeteó con fuerza. – Lo harás y ¿sabes por qué? Porque si*

no lo haces volverá a por nosotras, ni siquiera tú podrás salvarte de su venganza. Nadie podrá librarse. ¿Es eso lo que quieres?

- *No. – No era lo que quería y sin embargo sentía que se lo merecía. Si hubiera hecho algo... Habían sido amigas, Petra confiaba en ella. La había traicionado y ahora no había nada que pudiera hacer. Había participado en algo cruel e injusto. Había arrebatado la vida de seres inocentes al no intervenir. Su debilidad era su falta. – Lo haré. – Pero lo hacía por Petra, sabía que si no lo hacía no sería capaz de soportar su propia existencia. – Sin embargo, sabéis que tengo que conceder algo a cambio. El equilibrio debe permanecer.*

- *Ten cuidado... Aún podemos encargarnos de ti... - Lillah tenía miedo, pero no iba a dejarse intimidar de nuevo. Sasha se acercó con el cuchillo y Lillah la miró a los ojos.*

- *No deberías subestimarme hermana. Al fin y al cabo, mi palabra es ley. Soy la única que tiene poder individual. Petra ha sido desarmada por no ser capaz de ver la traición. Su instinto le falló. – El pelo de Lillah comenzó a brillar. Cerró los ojos y sus manos resplandecieron cegándolos a todos. – Su poder sabrá ver a través de los destinos y guiar sus pasos. Las mentes se plegarán a ella, no podrán ocultarse. – Lillah miró el altar y sintió que las palabras se le atoraban en la garganta. “Lo siento amiga.” – A cambio olvidará que esto ha ocurrido jamás.*

Los traidores prendieron fuego a la hoguera y su hija comenzó a consumirse. Xin no podía seguir mirando.

Capítulo 51

- *Ella lo sabía todo. – Mantra seguía ahí, podía sentirla sufrir por lo que le había mostrado y sin embargo Xin se sintió sola. No podía confiar en nadie. Todos le fallaban y le arrebataban lo que más amaba. Antes o después se volvían en su contra. ¿Quién podía asegurarle que ella no le mostrara aquello por algún oscuro y pérfido motivo?*

- *¿Quién eres? Si eres una de las cuatro primigenias, ¿cómo es que nunca has hecho nada?*

- *Lo hice, al menos lo intenté. Sin embargo... - Mantra se calló y Xin comenzó a impacientarse. Necesitaba terminar todo aquello, necesitaba volver para poder esconderse y lamerse las heridas. El dolor era cada vez más intenso y su resistencia comenzaba a flaquear.*

- *¡Dilo ya! De sobra sabes que encontraré la forma de averiguarlo.*

- *No me creíste. Ellos controlaban lo que debías recordar cada vez que volvías y, por más que lo intenté, no me reconocías. No confiabas en mí y llegar hasta ti se hizo imposible. Cuando lo conseguí te mataron. – Mantra suspiró y se preguntó cuanto más podría soportar sin romperse. Era su hermana pequeña, siempre había tratado de protegerla de las sombras, y ahora era ella la que estaba destruyendo todo su mundo. Destruir las mentiras que habían cimentado sus vidas posteriores destrozaban mucho más a su paso.*

- *¿Cómo pudieron hacerlo?*

- *No lo consiguieron solos. Éramos ingenuas y no nos dimos cuenta de la envidia que tenían a nuestro poder. – Mantra trató de elegir las palabras con cuidado. Tal vez era mejor esperar, pero estaba en peligro, y jamás habían llegado tan lejos. – Ellos no pueden evitar que las vidas pasadas vuelvan a ti, si lo hicieran, el ciclo no se completaría y morirías. Sin embargo, no necesitas a nadie para que el ciclo se complete, esa es una*

de las mentiras que te han contado.

- *Pero Lillah estaba ahí...Les ayudó.*
- *Lo sé. No quería hacerte daño y, a diferencia de mí, ella y Freya pensaban que recordar acabaría contigo. Creían estar haciendo lo correcto.*
- *Esclavizándome a los que habían acabado con mi hija.*
- *Es mucho más complejo que eso. Cuando aquello ocurrió estalló la guerra. No íbamos a permitir que hicieran eso con nuestra hermana, muchos murieron en el conflicto. La humanidad casi desapareció. El diluvio le llamaron, ciertamente llovió mucho, pero lo que humedecía la tierra no era agua. Te vengamos. – Mantra aún recordaba la furia que había desatado sobre los culpables. Aún se arrepentía de muchas atrocidades que había cometido en nombre de la venganza y el amor, jamás lograría perdonarse por ciertos actos, pero nunca lo reconocería en voz alta. Esa era su carga al igual que había sido su decisión.*
- *No obstante, acabé siendo un arma en las manos del enemigo. Creo que me falta información.*
- *Era una guerra interminable, nuestro poder conjunto estaba igualado y aunque logramos hacerles mucho daño siempre se reponían y contraatacaban con determinación. Sin embargo, si permitimos, si por un momento llegamos a creer que hacerte eso era lo correcto fue por lo que ocurrió cuando volviste en tu siguiente vida. – Mantra sentía como su voz la traicionaba. Vibraba igual que todo su ser, daba igual que tan larga fuera su existencia, su penitencia era y siempre sería sentir el pasado como si acabara de ocurrir, sin embargo, sino hacía algo, Petra jamás tendría un futuro, al menos no uno real.*
- *Pensé que habían tomado el poder. – Xin tembló al tiempo que la necesidad de arrancarles el corazón con sus propias manos crecía en su interior. El dolor la alimentaba y la cegaba a partes iguales. Una porción de su cerebro no dejaba de reproducir la muerte de su hija y era esa misma porción la que no iba a claudicar hasta que el último de ellos estuviera muerto. No dejaría que descansasen ni en la muerte.*
- *Lo intentaron con la ayuda de las inmortales, pero no lo consiguieron. De repente todos querían hacer un trato... tenías que ver como acudían a nosotras implorando ayuda y perdón. Como si lo que habían*

hecho pudiera borrarse tan fácilmente. – Mantra había amado con locura a su sobrina no nata. Sabía que jamás podría estar mucho tiempo junto a ella, pero esperaba verla feliz a través de los ojos de Petra. Quería verla sonreír y disfrutar de una vida plena. – Cuando despertaste comenzaron a desaparecer, uno a uno. Aparecían días después torturados hasta la muerte y sus restos divididos para que no pudieran ser consagrados. Hasta ahí todo me pareció normal, hasta sano, dado lo que te habían hecho. El problema vino cuando comenzaron a esconderse mejor y no lograbas encontrarles. Te sumiste en la oscuridad, el día y la noche dejaron de tener sentido, hasta que finalmente eras poco más que una planta que tan solo sonreía cuando mencionaban a su hija. De vez en cuando parecías despertar, como si la furia te embargara de repente y pobre de aquel que se encontrase contigo en aquel momento. Decidimos que la cosa no podía seguir así cuando casi acabas con una niña, algo que para ti era sagrado. No éramos estúpidas para pensar que querían ayudarte, pero pensamos que lograríamos controlarlo.

- *No fue así.*

- *No, no lo fue. No nos planteamos que sería a ti a quién tendríamos que enfrentarnos. Aún no sabemos cómo lograban contener el vínculo telepático que nos une en la muerte, aunque jamás lograron que yo te abandonase completamente.*

- *Dijiste que me habían matado cuando lograste llegar a mí.*

- *Sí. Eras vieja y estabas cansada, sabías que era lo mejor y te dejaste atrapar. Supongo que lo recuerdas, sin embargo, le pediste algo a aquel hombre.*

- *Que escondiera un objeto. – Xin podía recordar a aquel pobre infeliz. – Pero no logro recordar el motivo. Sé que tengo que recuperarlo, el porqué es otro asunto.*

- *Lo importante es el pasado. Con ese cuchillo mataron a tu hija. – Xin sentía que perdía la fuerza. Había sostenido aquella arma maldita, había pedido que se la guardaran cuando debería haberla destruido.*

- *¿Por qué habría de hacer tal cosa?*

- *Porque con esa arma no solo puedes destruirles, sino que puedes hacer que tu hija descanse en paz.*

- ¿En paz? – Xin comenzaba a marearse. Muy lejos había quedado su necesidad de independencia. Seguía siendo Xin, pero Xin era Petra. Faltaban algunas partes de sí misma. Daba igual las vidas que viviera o los recuerdos que poseyera, su manera de pensar, sus valores, sus sentimientos permanecían. Su esencia. Xin o Petra eran la persona que estaba a punto de volverse loca de dolor. No sabía cómo enfrentarse a aquella sensación que la recorría, que le arrebatava el aire y la congelaba. En un instante quería guerra y al siguiente esconderse para llorar eternamente.

- Quizás es mejor que hablemos más adelante.

- ¡¿Cómo que en paz?! ¡¿Has dejado que sufra durante miles de años?! – Xin no comprendía tanta crueldad, tanto ensañamiento. - ¡¿Por qué?! ¡Era una niña! ¡Un bebé! ¡No le había hecho daño a nadie!

- Era el ser más poderoso e indefenso al mismo tiempo. Una mente controlable que podían canalizar y usar. Es complicado.

- Parece que esa es la excusa perfecta. Yo habría dicho que simplemente es una atrocidad. Una nueva en la infinita lista de los seres “superiores”.

- Lo siento mucho.

- Creo que empezáis a repetiros. No me interesa saber cómo o por qué lo hicieron, sé que no seré capaz de comprenderlo jamás. Solo quiero que me digas como dejar que mi pequeña descanse. Y de los cabrones me encargaré yo tan pronto vuelva. Haré tanto daño que la historia dará ejemplo para que nadie ose volver a enfrentarse a mí.

- No. Petra, hermana, eso es lo que quería evitar. No dañes a inocentes como hicieron ellos.

- No te confundas. Yo soy Xin y no dañaré a nadie que no se lo merezca, pero mi palabra es la ley. Si crees que en algún momento tú, o alguno de los monstruos que trataron de quebrarme, tuvisteis voz es que no me conocéis de nada. Es cierto, me han manipulado y aun así logré volver. Perdona, pero no te necesito. Te daría las gracias, sin embargo, me cuesta creer en la buena voluntad, llámame desconfiada... No solo dejaré que mi niña descanse en paz, sino que pienso traerla de vuelta.

- ¡No puedes hacer eso! ¡Va contra natura!

- ¿En serio? ¿Normas? Por favor... Pienso destruir a los ancianos,

quebrantar todas las normas y hacer revolverse en sus tumbas a todos aquellos que permitieron lo que sucedió. No descansarán ni los que están muertos.

- *Por favor... No vuelvas a hacer esto... No quiero tener que volver a contenerte...*

- *Así que fue esto lo que ocurrió. – Xin sentía rabia, mucha rabia y se contuvo. Sus siguientes palabras estaban rellenas de veneno y autosuficiencia. – Tranquila, esta vez estaré preparada. Si te interpones en mi camino no tendré piedad, es más, comienzo a creer que la piedad es una gran debilidad. No me importa nada más que conseguir que vuelva.*

- *Comprendo tus sentimientos, a mí también me encantaría que volviera...*

- *No trates de comparar nuestros sentimientos. ¡No trates de compararte conmigo! ¡Era mi hija! Te aseguro que no habrá ser en esta tierra que no sienta mi dolor. No sufras, todos serán juzgados y castigados por sus crímenes, sin embargo, el juicio será muy estricto y riguroso. Ante la duda, la ley de Talión.*

- *Desatarás una guerra.*

- *De eso ya se encargaron ellos. Mucho antes de esta conversación. Es una guerra de miles de años en las que perdí demasiadas batallas. Porque al dejarme indefensa permitisteis que siguieran torturándome y arrebatándome lo poco que iba consiguiendo. Las pocas personas que me importaron, y que amé, perecieron también por ello. Porque me arrebatasteis la fuerza para defenderlas.*

- *Puedes hacer las cosas de otra manera.*

- *Puedo, pero no lo haré. Es mi manera la única que a mí me importa. La elección es sencilla. Conmigo o contra mí.*

Capítulo 52

Xin se removió. Notaba a Ítalo tras ella y Raphael no mucho más lejos, pero se negaba a abrir los ojos. Mientras creyeran que seguía inconsciente no le harían preguntas, no la atosigarían incansablemente. Necesitaba descansar, pensar y llorar.

Los grandes problemas habían perdido el valor, ahora quedaba un vacío inmenso y sabía que nada ni nadie podría llenarlo. No le importaba lo que nadie le dijera, deseaba salir a cazar y luchar. Emborracharse con la sangre de sus enemigos, ya no sabía quién estaba de su lado. ¿Alguien había dicho realmente la verdad o tenían sus propios motivos ocultos?

Abrió los ojos cansada de sentirse observada. La habitación estaba a oscuras, pero podría reconocerles en cualquier lado. Por sus posturas estaban incómodos, listos para pelear. Ambos estaban manchados de sangre, no tenía ni idea de lo que había ocurrido, pero ambos estaban bastante manchados.

- Xin... - Ítalo se acercó cuando Raphael le cortó el paso y le empujó.

- No la toques. Creo que vas a aprender a respetar el espacio personal.
– Raphael le gruñó listo para enfatizar sus palabras a puñetazos. Xin se levantó sin fijarse en ellos y caminó hacia la ventana. Volvía a ser de noche, o tal vez aún siguiera en la misma noche. El tiempo había perdido su valor. Ya no tenía ni idea de si habían pasado días, semanas o meses desde que había salido a correr. Aquella mujer inocente había sido anulada y ya no podía reconocerse a sí misma.

- ¿Qué ocurre? ¿Qué haces? – Ítalo la observaba impotente ponerse la chaqueta y recoger dos puñales que acomodó en la parte trasera del cinturón.

- ¿Dónde está Dulce? – Xin miró por encima de su hombro y lanzó la pregunta al aire. Que respondiera el más rápido.

- Se han ido hace horas. Espero que estén lejos. Ella todavía no se había despertado. – Ítalo se quedó con la boca abierta mirando a Raphael, no

había sido lo suficientemente rápido.

- Mejor. Cuanto más lejos estén de aquí más a salvo estarán.
- Xin, ¿Qué ocurre? – Raphael la agarró por la mano y tiró de ella. – Xin habla conmigo.

Ítalo quería arrancarle aquella mano, destrozar al hombre que se atrevía a tocarla, pero había sido ese mismo hombre el que había impedido que acabara con ella. No quería permitirlo, sin embargo, sentía que no tenía derecho a interponerse. Ni siquiera sabía si todavía podría recuperarla. Algo había cambiado, Xin ni siquiera parecía reparar en su presencia.

Por un segundo, Xin sintió la imperiosa necesidad de confesarse, de dejarse consolar y aferrarse a alguien. Confiar. Pero ya había vivido aquella situación y sabía cómo terminaba. La confianza no era para ella, ni el amor. Tan solo le quedaba una cosa por la que luchar y estaba dispuesta a morir o destruir a quien se le interpusiera en el camino.

- Voy a matar a los ancianos. Bueno, para empezar. Voy a tener que hacer una limpieza a fondo. – Xin guiñó un ojo, incluso esbozó una sonrisa. Su expresión mostraba una rabia contenida y hacía de aquellos gestos algo terrorífico. Sus ojos la delataban y se había oscurecido, el blanco había desaparecido por completo.

- Estás furiosa. – Ítalo bajó la cabeza. – Siento mucho lo que traté de hacerte. Comprendo que...

- ¿Crees que estoy así por ti? No me hagas reír...

Raphael no sabía lo que había ocurrido, pero tenía que ser grave para que hablara de aquella manera al hombre que supuestamente quería.

- Xin por favor...

- ¿Por favor? Era una estúpida. Eso es lo que era. ¡Cómo pude pensar que prefería morir a matarte! Hay tantas cosas que ahora no soy capaz de comprender... Tú, siempre aferrado a la venganza de tu hermano, no eres más que un estúpido. ¡No vales nada! No eres más que un wampiro asqueroso que jamás debería haber existido. – Ítalo sabía que hablaba fruto de la ira y aun así sintió el asco de sus palabras, el inmenso odio que escondían. – Los de tu especie son un error y te aseguro que voy a solventarlo.

- ¿Qué vas a hacer?

- Matarlos a todos, pero tranquilos. Hay gente mucho más arriba en la lista. Ahora si me permitís... - Xin se removió y Raphael se interpuso.

- Mira, si ha sacado las uñas. Muy bien, pero deberías pensar con calma. Estamos de tu lado, lucharemos contigo, sin embargo, acabar con una raza me parece excesivo. – Raphael se cuadró y la retó. Pelearía contra ella, la enfrentaría si era necesario, pero no iba a dejarla salir de allí hasta que dejara de ver aquella mirada oscura y fría. Mirarla era como ver el vacío.

- ¿Crees que tienes alguna posibilidad? Tranquilo, tú me caes bien. Tal vez te use para hacer recados, todo depende de lo bien que te portes... - Xin le levantó el mentón y lo evaluó con calma. – No voy a volver a dejarme engañar. Nadie, por muy bien que sepa complacerme conseguirá debilitarme nunca más. – Xin sabía que su marido había luchado, que había muerto por ellas. Era débil. Todos eran débiles. – Lo que hagáis a partir de ahora no me incumbe.

- No sé lo que ha pasado, pero esta no eres tú. No sé qué es lo que has visto, pero no puede ser tan importante como para...

- ¿Importante? – Xin agarró por el cuello a Raphael y le elevó varios centímetros sobre el suelo sin esfuerzo. Su energía se removía en su interior, gritaba por salir y ayudarla. – Era lo único que valía la pena. Ni tú ni nadie será jamás tan importante para mí. ¡Nunca!

- Vale. Quizás no elegí las palabras adecuadas. Solo intento que recapacites. Te seguiré a lo que desees, hagas lo que hagas, pero no te permitiré hacer daño a quién no lo merece. Si lo intentas tendrás que matarme primero. – Raphael permaneció inmóvil entre sus dedos, mientras al mismo tiempo le juraba fidelidad. Xin ni se inmutó.

- Lo dices como si fuera a cambiar algo. Para mi matarte no significa nada. – Xin soltó aquellas palabras y algo en su interior se removió. Algo le pedía que detuviera el ataque verbal al que los estaba sometiendo. Tal vez jamás confiaría en ellos, tal vez quería destruir todo lo que la rodeaba y la había retenido, pero no a ellos.

- Mátame entonces.

- Raphael...

- ¿Qué? Eres muy dura para amenazar, pero luego a la hora de la verdad hace falta ser de una pasta especial para cumplir. Es complicado, ¿verdad? –

Xin sonrió arrogante y lo acercó a su cara. Dos miradas retándose en silencio. Finalmente lo lanzó contra el suelo.

Antes de que Raphael levantara los ojos Xin había saltado sobre él y le había clavado una de las dagas en la pierna.

- ¿Sabes algo peor que intenten matarte? Saber que podrían hacerlo en cualquier momento y no saber cuándo lo harán.

Ítalo trató de retenerla y Xin lo esquivó con soltura.

- ¿Te unes a la fiesta? ¿Ahora le defiendes?

- Esta no eres tú. Una vez me dijiste que los recuerdos no te pertenecían y que no olvidarías jamás quién eras. No dejarías que las otras vidas te absorbieran. – Ítalo bajó las manos avergonzado mientras trataba de llegar hasta ella.

- ¿Ahora te acuerdas de lo que dije? Qué fácil es confiar cuando sabes la verdad. Lo que habría tenido algo de valor habría sido que lo hicieras antes, ¿no?

- Lo sé. Yo...

- No empieces de nuevo. Me voy a matar aberraciones.

- No vas a salir sola de esta habitación. Dime al menos por qué despertaste tan llena de odio.

- Han matado a mi hija.

- ¿Tu hija? – Raphael llegó hasta Xin y la abrazó con fuerza. Xin no se movió, pero tampoco devolvió aquel contacto tan íntimo y reconfortante. - ¿Qué ha pasado? Tengo entendido que jamás tuviste hijas.

- Los wampiros ni siquiera existíais. Fue hace mucho tiempo.

- ¿Fueron los ancianos? – Ítalo se colocó al lado de ambos y la miró temiendo la respuesta a esa pregunta.

- Entre otros, pero fueron los que empuñaron el arma y por ello los primeros de mi lista.

Capítulo 53

- Raphael, ¿podrías dejarnos solos? – Aquella pregunta le quemaba en la garganta. Él, el gran Ítalo, jamás había tenido que pedir nada. Se sintió perdido, pero tenía mucho más miedo de perderla a ella. Xin había sido la primera persona en mucho tiempo en devolverle sentimientos que no fueran el odio y el dolor. Xin era como una luz brillante que lo atraía y le invitaba a refugiarse en ella. Cuando habían hecho el amor se había sentido ligado, conectado a alguien. Al fin sentía que no estaba solo. Podía ver ahora en los ojos de ella que estaba perdida y quería ayudarla.

- Si le haces algo volveré y te mataré.

- Dudo mucho que en esta situación pueda tocarla siquiera. Ambos sabemos que ella podría conmigo. – Xin esbozó una tímida sonrisa de orgullo y se arrepintió en aquel mismo momento. Ya no tenía derecho a sonreír, ni a disfrutar. El mundo debía estar yermo de toda emoción positiva para ella y para los que habían condenado a su hija.

Raphael les dejó solos e Ítalo se acercó. Xin le miraba con resentimiento y desconfianza. Ítalo no sabía que podía decir. Xin había creado un gran muro entre ellos y destrozarlo iba a llevar mucho tiempo, pero en aquel momento lo importante era que ella estuviera bien y no se perdiera en el mismo torbellino que le había engullido a él.

- Duele perder a alguien. Es como si cada parte de su ser tratase de luchar, sin tener un enemigo. El pasado no puede cambiarse y eso te destroza, porque sabes que se ha ido a un lugar donde no puedes alcanzarla.

- ¿Me vas a hacer una gran revelación? ¿Qué intentas conseguir, el perdón? Eres un hipócrita. – Xin se alejó incapaz de permanecer a su lado. Ítalo conseguía confundirla, aún ahora sentía la necesidad tan humana de consuelo. No iba a dejarse vencer por algo tan estúpido. – Aprendí del mejor, ¿no crees?

- Eres mucho mejor que yo. La primera vez lo supe, aunque me costara tanto tiempo reconocerlo en alto. En ti hay luz, fuerza y valentía. Eres un alma hermosa y resistente. Una luchadora incansable por aquello que le importa. – Xin se giró dándole la espalda. ¿Por qué sus palabras seguían removiendo su interior?

- Una pena que no pensaras así hace unas horas.

- No tengo perdón ni lo busco. Tan solo quiero evitar que hagas algo de lo que te arrepientas como hice yo.

- ¿Tú? Ni siquiera eres bueno para eso. Aquí estoy yo, prueba VIVIENTE, y sin un solo rasguño. Deberías practicar más el cuerpo a cuerpo. Dicho esto, me estás haciendo perder mucho tiempo.

- ¿Sabes siquiera donde buscarles?

- Seguiré las miguitas de pan. Tengo todo el tiempo del mundo para cazarles. Convertiré sus existencias en una tortura. Les haré sospechar y dudar de todos los que les rodean como me hicieron a mí. Les arrebataré lo que aman.

- ¿Es eso? Sientes que no puedes confiar en nadie.

- ¿Y puedo? ¿En ti? – Xin se carcajeó. - ¿En Lillah? ¡Es verdad! ¡No lo sabes! Intentó matarnos. Dante ya tiene lo que quiere y se ha largado. Dulce... Dulce no debe involucrarse. Raphael es todo un misterio para mí y los misterios no son buenos. - Ítalo la dejó terminar, necesitaba decir todo lo que quemaba su interior. Sus miedos más profundos.

- Puedes confiar en mí. Trataré de compensar lo que hice.

- No dudo que lo harás. Hay una cosa que no comprendes, la posibilidad... Aunque no lo consiguieras pudo haber pasado. Quisiste herirme, me odiaste.

- Aunque no lo creas a mí también me estaba destrozando.

- Tienes razón no te creo. No puedo creer que una persona que quiere a otra, levante un arma dispuesto a acabar con ella.

Ítalo se acercó a ella y la giró. Sus caras demasiado cerca, sus alientos mezclándose. Xin no se movió, pero no era el deseo el que la retenía, era el reto. Si le ponía un solo dedo encima sin que ella se lo consintiera le arrancaría la mano.

- Sé que me deseas.
 - ¿Crees acaso que soy tan manipulable? Puedes mojarme las bragas lo que quieras y no cambiará nada. Ya te dije que tengo...
 - Es algo más profundo que eso. Me necesitas. Me niego a pensar que fui el único que sintió que algo nos unía. Tú me completas.
 - Sí, puedo sentir el deseo. Las ganas de besarte, de abrazarte y dejarme consolar. Me encantaría poder contar contigo, confiar en que acudirás a mi lado bajo cualquier circunstancia si te necesito, pero no puedo hacerlo. ¿Crees que esto me gusta? Ni siquiera puedo soportar el aire que respiro. Siento que pierdo la cordura a cada segundo, en mi mente tan solo puedo ver a mi hija. ¿Y tú? Tu eres el que podría salvarme, el que podría mantenerme a flote y guiarme en la oscuridad. Yo confié en ti aun cuando me dañabas y amenazabas. Algo en mi interior abogaba por ti cuando todo lo demás me advertía del riesgo.
 - Puedo cambiar... Puedo confiar.
 - No lo dudo. Yo no. He visto demasiado. Quieres que te perdone, lo necesitas con cada poro de tu piel. Como si unas palabras pudieran borrarlo todo. Te perdono, pero no confío en ti.
 - ¿Es por Raphael?
 - Me acosté con él. Es bueno en la cama. – Ítalo se tensó. – Me gusta su aire frío y duro, la forma en la que aprieta la mandíbula cuando...
 - Ya lo he pillado.
 - ¿Te molesta? Es ridículo, ¿no crees?
 - Sé que no tengo derecho.
 - No, no lo tienes. Ahora tengo que irme a decapitar, empalar, enterrar, y muchos más verbos terminados en ar.
 - Quédate esta noche. Descansa. Lloro por la pérdida.
 - Llevo mucho tiempo descansando. Es hora de que empiece a actuar. Vosotros, todos y cada uno de vosotros me habéis cambiado. ¿No te gusta lo que ves?
- Ítalo giró la cara avergonzado.
- No deberías sentirte mal. Estaba destinada a la destrucción. No había

otro final posible.

- Te acompañaré.

- ¿Y tú Raphael? – Xin le había sentido husmeando en su mente en todo momento y se lo había permitido. Raphael se mantenía callado, ausente, sumido en sus propios pensamientos.

Raphael entró y caminó hasta ellos.

- Sé que llegado el momento harás lo correcto.

Xin se preguntó si habría podido amar y ser feliz. Si cualesquiera de esos dos hombres podrían haber sido su hogar, su refugio. Se negaba en redondo a plantearse tal utopía, pero tampoco quiso alejarlos. Se convenció a si misma que les necesitaba, que si aceptaba que la acompañaran era para usarles como objetos desechables. Usar y tirar.

Ítalo anhelaba abrazarla, que ella le buscara. Raphael la agarró y la sostuvo mientras ella lo empujaba. Tuvo que poner todo su esfuerzo en no dejarla ir.

- Sigo diciendo que alguien tiene que controlarte.

- Y yo que si te cortase la lengua te haría un gran favor.

- Sabes que el mundo se perdería un tesoro. Además, ¿cómo sería capaz de educarte entonces? – Xin apoyó la cabeza en su pecho, duro y resistente, y se permitió respirar su aroma.

- Si me acompañáis no seremos iguales. No dudaré en dejaros morir si así puedo ganar algo de ventaja sobre el enemigo. – Raphael no creía aquellas palabras, Ítalo seguía dudando.

- Yo no hablo por este, - Ítalo cerró el puño ante las ganas que le embargaron de estamparlo en la cara de su subordinado. – pero yo sé cuidarme perfectamente. Es más no eres la primera señorita que tengo que salvar de manos del lobo.

- Y yo que creía que tú eras el lobo.

- En otro tiempo lo fui, de eso puedes estar segura. Créeme si te digo que no quieres convertirte en uno.

- Me convertiré en lo que haga falta con tal de obtener mi venganza. Creo que tenerte como herramienta va a ser bastante molesto.

Ítalo salió de allí como alma que lleva el diablo. No podía seguirles viendo en aquella postura tan íntima. ¿De verdad la había perdido? No podía ser. En una vida tan larga sabía que la vida daba muchas vueltas, él esperaría. Estaría ahí y aprovecharía cualquier oportunidad para recordarle lo que sintieron cuando se conocieron. Lo que ambos seguían sintiendo por mucho que ella se negara a reconocerlo. Estaban unidos.

Además, aquella venganza prestada le brindaba la oportunidad de acabar con el verdadero asesino de su hermano. No iba a tener piedad, cuando creía que ya no podía perder nada más le había demostrado lo equivocado que estaba. Él también tenía sus propios motivos para embarcarse en aquella búsqueda.

Capítulo 54

Tres sombras avanzaban resguardadas por la niebla. Se acercaban a Leonis, el hogar de los hermanos, un lugar maldito hace mucho tiempo. De altas y gruesas paredes, no es eso lo que protege el lugar sino magia antigua y poderosa. Hogar de los hechiceros, comúnmente llamados hermanos, ha sido respetado hasta ahora. Nadie había osado a enfrentarse directamente a ellos.

Los hermanos se habían extendido como una plaga y su poder era conocido por todos. Eran una gran y extensa familia, leales y obstinados, que jamás dejarían pasar una afrenta como aquella. Xin esperaba que así fuera, que salieran de sus escondites. No quería dejar a ninguno con vida. Ellos eran los descendientes de los ancianos, los que no habían podido heredar su inmortalidad, pero si el poder suficiente para ser peligrosos. Al menos hasta aquel instante. La balanza iba a cambiar drásticamente.

Xin se movía delante, ni una sola vez miró hacia atrás; aunque ninguno de los dos podía dejar de observarla. Parecía una amazona, feroz, imparable. Sus sentidos estaban concentrados en buscar y eso hacía. No sabía lo que iba a encontrarse, aunque no le importaba. El hecho era que necesitaba hacerlo y sentarse a trazar un plan no iba con ella.

Tras más de tres horas Ítalo creía que se habría detenido a descansar, que habría dicho algo. Xin siguió saltando a la mente de todas las personas con las que se cruzaba. Buscaba cualquier señal, cualquier mínimo resquicio de información. Era sádica y en varias ocasiones no dudó en dañar al humano cuando creía que ocultaban algo. No había acertado con ninguno, sin embargo, Raphael creyó ver pesar en su gesto al terminar. Aún quedaba esperanza.

Dyris estaba haciendo la ronda cuando les vio acercarse. No debería estar sola, es más, jamás lo estaba, pero su hermano había entrado a buscar algo de picar para hacer más soportables aquellas tediosas guardias. No estaba concentrada en su trabajo, jamás ocurría nada, tan solo miraba a lo lejos como las luces de la ciudad creaban un aurea macabra en las calles vacías. No le

gustaba aquel lugar, jamás lo había soportado. La tradición había elegido por ella en demasiadas ocasiones.

Dyris se irguió y buscó entre la oscuridad. Más que verles les sintió. Un aura peligrosa, ansiosa de sangre y pérdida en sus propias pesadillas. Dyris había heredado la empatía de su madre y por un segundo sintió un dolor capaz de hacerla doblarse. Sus ojos trataban de ubicar la amenaza sin suerte y su mente de bloquear aquellas emociones que no le pertenecían.

- ¿Me buscabas? – Xin había aparecido ante la muchacha. Preparada para el combate era un espectro orgulloso listo para llevarse el alma de todo aquel que osase oponerse a su voluntad. Es más, deseaba que lo hicieran. – Ahora vas a ayudarme si no quieres morir de una manera larga y dolorosa. Aparte hoy estoy especialmente imaginativa.

Dyris tragó saliva y buscó su talismán en el bolsillo. Su poder estaba ligado a aquel extraño objeto que pasaba de madre a hija. Las leyendas decían que era un fragmento de un corazón, del corazón de una madre protectora. Dyris no creía en las leyendas, sin embargo, aquella la había fascinado desde niña. Decían que los poderes que tenían pertenecían a un ser puro y bondadoso que cedió todo lo que era a los ancianos para protegerles. La madre del ser al ver que había perdido a su criatura, rompió su corazón en pedazos y se lo repartió entre los ancianos para que les protegieran. Solo los descendientes podían usar aquellos preciosos rubís.

Dyris llegó a rozar la piedra, incluso parecía que la había activado, per Xin, rápida como el aire, le arrebató el objeto y lo miró con curiosidad. Lo sentía caliente en la palma de su mano, vivo. Le fascinó su color, incluso el calor que parecía emitir. Cerró los ojos y su mente se expandió mostrándole miles de vidas. Las vidas que habían sido ligadas a él.

- Son muchas vidas, niña. Nunca has tenido una posibilidad real. ¿Vas a hacer lo que te digo o me busco a otro?

- No puedo hacer nada, aunque quiera. Mi poder está conectado al de mi hermano y al de ese talismán.

- Interesante. Tengo curiosidad. ¿Podrías decirme lo que es?

- Una reliquia familiar.

- Dudo mucho que corrieras a cogerla cuando te ves amenazada sino tuviera ningún poder.

- Canaliza nuestro poder. Aunque supongo que eso ya lo sabes. Tu reputación te precede. Ya sabemos lo que has hecho.
- ¿Podrías explicarte mejor? Últimamente me han acusado de muchas atrocidades y no sé de cual exactamente me hablas.
- Has matado a Kora y a muchos de los suyos. Te buscan.
- Pequeña... No tienes ni idea, pero te aseguro que morirán muchos más y tú vas a ayudarme.
- ¡Jamás! Eres una deshonra para tu especie.
- ¿Nunca te han dicho que la lengua no es necesaria para sobrevivir? Recuerda estas palabras la próxima vez que te dirijas a mí. No tiendo a dar segundas oportunidades. Tenemos mucho que hacer. Muévete.
- Ya te dije que necesito a mi hermano. Es una pena, pero tendrás que buscarte a otro.
- ¿Mellizo? – Dyris se encogió de hombros y sobre sí misma. Quería mostrar valentía, pero su cuerpo la traicionó. – Saluda a tus ancestros de mi parte.
- ¡Dyris! – Bryan corrió hacia su hermana pequeña. De su mano un resplandor rojo. Su boca se movía impulsada por la desesperación en un rápido ataque. - ¡No os acerquéis a ella!

Xin sintió como el calor corría por sus venas. A través de sus ojos se veía a su misma. Confusa corrió, llegó hasta el muchacho y colocó la daga de lava en el cuello de Dyris.

- Deberías respetar a tus mayores. Tranquilízate o ella muere.
Ítalo reconoció al muchacho y susurró algo al oído de Xin.
- Así que no es la primera vez que nos vemos. – Xin parecía resplandeciente. La culpabilidad por sus actos con aquellos dos adolescentes se había evaporado. – Aunque no se podría decir que seas muy efectivo. Supongo que es a él al que necesitas, ¿verdad?

Dyris asintió al tiempo que deseaba que su hermano escapara lo más lejos posible. No era necesario que murieran los dos. Dyris ya había aceptado, desde que la vio, que no iba a salir con vida. Una primigenia solo se transformaba para matar. Era algo simple y cierto. Algo que todo hermano aprendía desde la cuna.

- Haré lo que queráis si la soltáis.

- Muy valiente por tu parte. Ya sabía que no opondrías resistencia. Lo que tiene el amor, no es más que un talón de Aquiles con luces de neón. Espero que al menos merezca la pena. – Xin se veía a sí misma en aquellos muchachos y no le gustaba la sensación ni lo que ella misma estaba haciendo. No era el momento de mostrar debilidad, apretó los dientes, y siguió hablando como si nada de aquello tuviera importancia. – Primero vas a recoger algo por mí y después me vais a ayudar en una pequeña venganza. Si alguno de los dos intenta alguna tontería lo mataré. Vuestras vidas me pertenecen. Ni siquiera lo penséis, lo sabría.

- ¿Qué es lo que quieres? – Bryan sentía que su mente no daba más de sí. Por mucho que buscaba una solución, no la encontraba. Quizás si conseguía ayuda...

- Ni lo pienses. Lo sabría. Si quieres ayudarla no hagas tonterías. Aunque no lo creas siempre cumplo mi palabra y si te digo que al terminar os soltaré lo haré. Y os prometo que cuando acabe tendréis mucho más sitio en este mundo inmundo. – Xin comenzó a reír y todos sintieron auténtico pavor. Su risa evocaba una tortura infinita, era como si Xin pudiera retransmitir en vivo y en directo las emociones que la invadían. Dyris boqueó ante la invasión y miró a su alrededor confusa. Ella más que nadie podía saborear aquel huracán. Su mente se dispersaba y la confundía. Cada célula de su cuerpo vibraba con Xin.

- ¡Para! – Dyris cayó sobre su trasero y comenzó a respirar agitada. – No puedo soportarlo...

- Creo que no me has entendido cuando te dije que dejaras de molestarme.

- Por favor...

Dyris perdió el conocimiento sin llegar a terminar la frase. Raphael recogió el cuerpo de la muchacha mientras Ítalo inmovilizada al hermano.

- ¿Qué quieres hacer?

- Matarlos a todos, pero gracias a esta extraña piedra sé que no están aquí. Aún hay algo que quiero conseguir, sin embargo, primero tengo que asegurarme que no tratarán de traicionarme.

- Aún son unos niños. – Raphael miró a la muchacha que retenía. Estaba

inconsciente y su rostro estaba sereno. Por rasgos añados no podía tener más de 15 años.

- ¿Niños? Deberías dejarte de tonterías. Jamás debieron existir. Todo lo que han vivido se lo han robado a mi hija. Cada uno de sus años y sus recuerdos, ¡Son robados!

- Sabes que eso no es justo.

- ¿Justo? ¿Intentas hablarme de justicia?

- Dejadlo ya. No creo que vayáis a llegar a ninguna parte con eso. – Ítalo se interpuso y arrastró a Bryan con él.

- ¿Ahora la defiendes? Por mucho que te conviertas en su perro no vas a conseguir su perdón. No le haces ningún bien.

- ¿De verdad quieres enfrentarte a mí? Recuerda este momento porque acabo de regalarte la vida. La próxima vez te arrancaré la cabeza.

- Ya nos enfrentamos una vez y aquí sigo.

- Eres estúpido si crees que luchaba en serio. ¿Probamos?

Xin se acercó a Bryan y le miró de cerca. Sus compañeros la observaron en silencio, perdiendo total interés en la pelea que estaban a punto de desarrollar.

- Tienes algo que quiero.

- No sé de qué me hablas.

- Si lo que creo es cierto tú también tienes un cristal. Lo quiero.

- No sé...

- No insultes mi inteligencia. – Xin lo agarró por el cuello y la daga apareció en su mano derecha. Podía oler la adrenalina corriendo por el cuerpo del muchacho, agudizando sus sentidos y dotándole de fuerza extra, pero ni siquiera así podía hacer nada. – Si quieres, se la quito a tu cadáver, pero si lo tengo que hacer tu hermana ya no me servirá de nada. Odio guardar objetos inútiles.

No quería darle la piedra que su padre le había legado. No soportaba desprenderse de ella. Cada fibra de su ser se negaba, Dyris gimió de dolor cuando Xin corrió a su lado y le hizo un pequeño corte en la mano. La sangre corría cayendo en pequeñas gotas. No era profundo.

- Tic tac. Tic tac.

- Xin tranquilízate. – Ítalo trató de interceder, pero Xin cargó contra él rabiosa.

- Jamás. ¡Jamás! Te atrevas a hablarme así. No tienes ningún derecho. No hagas que me arrepienta de soportar tu presencia y arrancarte la cabeza.

- No lo harías, aunque quisieras. Me necesitas tanto como yo a ti.

- Eso debería decirte algo. – Xin volvió la vista hacia Bryan. – Tic Tac. Bryan le lanzó el rubí con rabia. Xin lo atrapó con un sentimiento extraño.

Capítulo 55

Aarón llegó a su refugio y lanzó la chaqueta contra el sofá. Estaba furioso. Finalmente, el hechizo había cedido y Petra lo recordaba todo. Si había planeado convencerla, llegar a ganársela o incluso hechizarla de nuevo la opción ya no era viable.

Golpeó la pared con fuerza, se había roto algún hueso y le ardía la mano, eso hizo que se tranquilizara. Eso era lo que necesitaba. La cabeza fría para tratar de encontrar una solución. Siempre la había, tenía que haberla.

- Nunca has sido un necio. Tienes motivos para temer. – Mara estaba escondida en las sombras. Llevaba observándole en silencio desde que había entrado y finalmente había decidido descubrir su presencia decepcionada. – Veo que has perdido facultades.

- ¿Qué haces aquí?

- Esa no es forma de tratar a una hermana. Hace mucho que dejé de pensar en ti de tal forma.

- Me rompes el corazón. – Mara se sentó a pocos centímetros de él y cruzó las piernas. Su sonrisa, de labios gruesos, cubrió casi toda su cara. Era una mujer menuda, morena y sumamente peligrosa. – Estoy aquí porque estamos en peligro por tu culpa. Sino fuera porque puedes servirme de ayuda te mataría yo misma. Sería una muerte piadosa, al fin y al cabo, hubo un tiempo en el que nos queríamos.

- Vas a hacerme llorar.

- Déjate de tonterías. ¿Has logrado encontrar el cuchillo? Se nos acaba el tiempo.

- No, pero tengo un hechizo que nos indicará el camino.

- Eso está bien, porque han atrapado a dos hermanos y la cosa se está poniendo difícil. Sabes lo que ocurrirá si consigues todas las piedras.

- ¿Te han mandado los ancianos?
- No. – Mara se estiró y miró por la ventana del salón. Ella tenía sus propios planes. – Estoy pensando en derrocarles. Aprovechando que están en guerra les daré el último toque llegado el momento, pero no quiero perecer con ellos. Necesito, necesitamos el cuchillo.
- Soy muy consciente, pero si hago el hechizo los ancianos lo descubrirán. Quedaré al descubierto.
- No te preocupes tú por eso. Déjame a mí. – Mara se levantó. Pasó las manos por su ropa, alisando el vestido, y le miró con la misma sonrisa pintada en la cara. – No pienses en traicionarme. Recuerda lo que le pasó al último que lo intentó.

Capítulo 56

Xin se encerró en la habitación y por primera vez se permitió llorar. Lo que al principio era un llanto ligero ahora cogía intensidad. Comenzó a asfixiarse ante aquel dolor desgarrador. Quiso gritar, aullar a los espíritus y condenarlos a todos. Se preguntaba dónde estaría su niña, si era posible que siguiera cerca, pero desechó la idea por estúpida.

Raphael llamó a la puerta y entró sin que ella llegara a contestar.

Xin estaba a oscuras. Acurrucada sobre la cama, trataba de esconderse del mundo.

- Ya están como pediste.

Xin trató de contener el hipo. No era capaz de hablar, su voz fangosa mostraba su debilidad. Porque en el fondo era eso lo que seguía siendo.

- Debe ser jodido mostrar siempre una cara de monstruo. Aunque no dudo que en esos momentos te sentirás de muerte, no duran y cuando el corazón se calma llegan los remordimientos.

- No tengo remordimientos.

- Pues deberías. No creo que quieras convertirte en aquellos a los que condenas. Si actúas sin mirar a quién dañas serás peor que ellos, al menos los ancianos buscaban algo.

Xin saltó sobre Raphael. Él cayó al suelo y ella le inmovilizó a horcajadas sobre su cuerpo.

- No hay motivo posible para asesinar y quemar a una niña que apenas había respirado. Ni siquiera llegó a abrir los ojos. Me la sacaron de mi vientre y la mataron ante mí. Quería tocarla, quería rozar sus dedos, sentir su cuerpo caliente. Necesitaba estar con ella, pero no pude evitar que lo hicieran.

- No tienes la culpa. – Raphael sintió las lágrimas cayendo sobre su cara, pero no le importó. Ella se agitaba fruto del llanto que trataba de sofocar en vano.

- ¿Sabes lo peor? Lo que me resquebraja y me rompe en dos. Ni siquiera puedo alejarlo de mi mente dos segundos. - Raphael negó incapaz de hablar. No quería que se detuviera, temía que volviera a cerrarse para él. Quería comprenderla, aunque solo rozara la superficie. – Lo peor fue su llanto. Lloró, lloró como si suplicara mi ayuda, cuando la apuñalaron. Por unos segundos lloró con rabia y se agitó. Luchaba por vivir. Me sentí impotente, tenía ganas de rasgar mi propia piel, mi carne, al ver como la luz se apagaba en sus ojos. – Xin se agitaba. Había olvidado que aquella vida había ocurrido hacía miles de años, ya no luchaba contra aquello, nunca nada había sido tan real como aquella pérdida. Era su hija, no había una verdad más absoluta que esa, y la había perdido.

- No pudiste hacer nada.

- Era el ser más poderoso que había. Les permití hacerlo. El miedo a que sufriera si me transformaba me paralizó, ni siquiera pensé que había otras formas, me bloqueé y después fue demasiado tarde. Las inmortales les dieron algo y no pude defenderme. Murió porque confié en ellos. Por mi culpa... - Xin comenzó a deslizarse hasta que acabó apoyada contra su pecho, duro y firme. Raphael la envolvió entre sus brazos y aspiró su aroma. No dijo nada, no había palabras posibles para consolar semejante dolor. Él mismo se habría vuelto loco, ¿cómo podía pedirle que actuara con tranquilidad? Era como pedir al fuego que no quemase.

- Estamos contigo. Haremos que paguen.

- ¿Sabes lo peor? Lo que más odio. Sigo sintiendo pena por esas criaturas, pero no voy a permitirlo. No voy a dejar a uno con vida. No son más que ratas traicioneras. Jamás me dejaron llorarla, me privaron de llevarla conmigo. Me castigaron de la manera más cruel que existía, me robaron su recuerdo. Me arrebataron a mi hija miles de veces.

- Este dolor te está quemando el alma.

- Lo prefiero. Prefiero sufrir esta tortura a que mi niña no sea recordada. ¡Ni siquiera tenía un nombre! No tengo un nombre por el que llamarla, un nombre para colocar en su lápida, un nombre que le pertenezca.

- Quizás es el momento.

Xin se inclinó y le besó. Apenas movió los labios y siguió llorando. Era un beso con sabor y olor a mar. Raphael la atrajo y tomó el control. Introdujo la lengua y absorbió sus lamentos. Xin se dejaba hacer, necesitada de algo que la reconfortara. Durante unos segundos se aferró a aquel contacto, se consoló en aquel abrazo, pero aquel consuelo duró poco.

- Lo siento.

- ¿Qué es lo que sientes? – Raphael estaba confuso. El puñal de lava brillaba en la mano de la primigenia que cambiaba ante sus ojos.

- Eres una debilidad. No puedo permitirme tener ninguna. Prefiero matarte yo que verte morir. Lo siento mucho.

- ¡No! – Ítalo irrumpió en la habitación. Abrazó a Xin y cayó enlazado con ella sobre la cama. – Raphael vete. ¡Ahora!

- No os voy a dejar solos.

- ¡Hazlo! – Ítalo vio como los ojos de Xin se volvían negros. La situación se complicaba por segundos. No creía durar mucho en combate con ella. – Yo al menos tengo una oportunidad. Lárgate ahora.

Capítulo 57

Xin se sentía humillada. La había atrapado desprevenida y era justamente eso lo que quería evitar. No sabía cómo había llegado justo a tiempo, aunque sospechaba que llevaba todo aquel tiempo escuchando una conversación ajena.

- ¿Tantas ganas tienes de morir? Pensaba ir a por ti después.
- ¿Y comerme las sobras? ¿También me ibas a besar? – Ítalo levantó la cabeza y miró sus labios con intensidad. Estaban rojos, a causa del llanto entre otras cosas. Se veían apetecibles. – Veo que tu dolor te autoriza para hacer lo que te salga de los huevos.
- ¿Te suena?
- Das pena. Te aferras con uñas y dientes a esa excusa incapaz de afrontar la verdad.
- No sigas...
- Está muerta y de ella ya no queda nada. No conseguirás nada con esta absurda venganza. Los muchachos que tienes abajo tienen sueños, amigos y familia. Esos chicos no te hicieron nada.

Xin sintió la daga quemándole la piel, reclamaba sangre y ella ansiaba dársela. Aquellas palabras la herían y asqueaban. No sabía cómo habían podido compartir cama. No era más que un hipócrita con una sonrisa encantadora.

- Ellos jamás debieron haber nacido. Si hubiera sido una buena madre habría acabado con todos los ancianos en el acto. Eso era lo correcto. ¿Quieres que sienta pena? ¿No es algo raro que seas precisamente tú el que trata de darme lecciones de moral? Al menos yo sé quiénes son los verdaderos culpables.
- Y lo siento mucho, pero no me das pena. Quieres que te mire con

ojitos tristes y te deje hacer lo que te venga en gana. Lamento disentir. Si quieres matar a los ancianos allá tú, pero usar niños... Has caído muy bajo.

- No tienes ni idea de cuánto. ¿Para qué crees que te pedí que los ataras? Primero voy a jugar con sus mentes. Voy a deformar sus recuerdos de manera que pueda asegurarme su lealtad y cuando no sean útiles, seré compasiva y los mataré.

- Es triste ver en lo que te has convertido.

- Más triste es ver que quien debería comprenderme me juzga. Tú perdiste a un hermano, no tienes ni idea de lo que es perder a una hija. Y sin embargo casi te vuelves loco.

- Solo voy a salvarte de ti misma. Me lo agradecerás.

- Das por supuesto que tienes alguna opción. – Ítalo la miró y asintió triste. Lo que iba a hacer era una locura, no sabía de donde salía aquella idea, pero debía intentarlo. Tenía que funcionar. Lo sentía, ellos eran uno. Eran dos seres que se atraían, capaces de curarse mutuamente. Ella tenía que sentirlo con la misma intensidad que él. Si no era así estaba en un gran aprieto.

- Entonces mátame. Bebe de mí hasta saciarte y apuñálame. Hazlo.

Xin no lo dudó y le hincó el diente.

Capítulo 58

La mente de Ítalo era un laberinto y se vio engullida por él sin previo aviso. Ítalo la lanzaba de un recuerdo a otro con un denominador común, ella.

Se veía a sí misma, llena de sangre y otras sustancias, en brazos de Raphael el día que la habían secuestrado. Vio la actitud protectora de Raphael con ella y sintió curiosidad.

- Si pretendes que me apiade de ti con esta triquiñuela no me conoces en absoluto.

Nadie contestó y pasaron a la alcoba. Ella estaba despeinada, le retaba y se contoneaba sin pudor. La deseaba, pero se contenía. La lucha interna era intensa, podía ver la sensación de traición que aquel sentimiento le provocaba, por mucho que trataba de oponerse a él crecía sin control, aquella negación constante de quién era en realidad. Veía a la fiera escondida bajo la superficie y la inocencia. Por primera vez en mucho tiempo Ítalo se sintió desconcertado y se preguntaba qué era lo correcto.

- Tuviste tiempo para lidiar con ello y aun así cuando supuestamente me viste asesinarlo cargaste contra mí. ¿Crees que hay algo que puedas enseñarme que valga la pena? Todo esto lo he vivido y te digo que no fue para tanto. ¿También vas a mostrarme como comenzaste a torturarme? El corte fue bastante profundo.

- Me arrepentí en el mismo instante que lo hice. No quiero que pases por lo mismo.

- A diferencia de ti se quiénes son los culpables. Les odio. Es lo único que queda dentro de mí. No hay nada más. Todo lo que tanto había deseado proteger se ha evaporado y la verdad es que no me importa. Sacrificaré lo que sea necesario por vengarla.

- Y te ayudaré si es lo que quieres, pero no dejes cadáveres de inocentes por el camino. No castigues a aquellos que no participaron.

- ¿Cómo puedes decir eso? Son hijos de los monstruos, hijos que jamás debieron existir. La bondad, la belleza, el amor. Me lo arrebataron todo. Yo jamás les había hecho nada y me... me... - Xin se agarró el pecho incapaz de seguir. El dolor era inmenso e Ítalo se materializó a su lado. Aquel era su mundo, su mente, y él era todopoderoso en aquel lugar. Xin se abría arrancado el corazón si Ítalo no la hubiera agarrado y no estuvieran en un sueño.

- Pretender arrancarle a alguien lo que a ti te han quitado no es la solución. Sé que piensas que jamás podré entender lo que sientes y es posible, sin embargo, te conozco. Los niños, porque eso es lo que son realmente, que tienes atados abajo no se merecen lo que vas a hacer.

- Y yo que pensaba que hacías esto por salvar tu patética vida. ¿Vas a tratar de protegerles? ¿Crees que podrás retenerme en este lugar?

- No. – Ítalo se acercó a su boca. Xin jadeaba tratando de reducir aquella sensación angustiosa que la quemaba por dentro. - Solo me gustaría hacer que te sintieras mejor. Consolarte. No estás sola.

Xin miró aquellos ojos azules que la habían hecho soñar. Estaban llenos de lágrimas y la miraban solo a ella. Sin embargo, no le creía, no confiaba en él. No podía dejar que nadie interfiriera en sus planes. Por mucho que aquel wampiro despertara en ella sentimientos, que creía que jamás podría saborear, era tarde.

Xin quería apartarle, golpearle e insultarle. Deseaba destruir todo lo que la rodeaba, incapaz de soportar que el mundo siguiera girando.

- ¿Por qué debería significar algo para mí?

- Hay algo especial entre nosotros. Sé que puedes sentirlo. Una conexión que tira del otro y nos hace converger. No puedo ver cómo te autodestruyes. No soporto ver cómo te zambulles de lleno en un infierno tú sola. No estás sola.

- Sí lo estoy. Lo he estado siempre. – Xin colocó la mano sobre su mejilla. Un pequeño fragmento de su ser, el que aún seguía creyendo que existía algo de luz para ella, seguía necesitándole. Por mucho que tratara de negarlo aquel wampiro la hacía sentir a salvo. Con él podía imaginarse siendo feliz, al menos lo había hecho en el pasado. El problema era que ya no había futuro posible sin su hija. Su cara se había grabado en sus retinas, sus llantos desesperados antes de morir... Ninguna madre debería ver el final de su niña.

– Me han torturado, matado y traicionado. Nada, ¡nada! Duele tanto como... ella me necesitaba.

- Siento no haber podido protegeros, sé que crees que soy un mosquito comparado contigo. Sin embargo, puedo ayudarte. Moriré si es necesario para que te des cuenta.

- ¿Y de qué habría de darme cuenta? – Xin deslizó la mano hasta el cuello de Ítalo y apretó. - ¿De qué te quiero? ¿Crees que por un par de polvos estoy a tu merced? Mi corazón está muerto. Deberías haberte dado cuenta.

- Una vez me dijiste que no eras Petra. Te repetías que por mucho que te hicieran revivir siempre seguirías siendo tú. Esa niña no era tuya.

- ¡Sí lo era! ¡Ella era mi vida, mi luz! ¡Lo era todo!

- Ella era la hija de Petra. Su luz, su vida. Tú eres Xin. Eres la mujer dulce y luchadora que prefirió jugarse la vida antes que matar. Eres la primigenia capaz de cambiar las cosas para bien y arriesgar la vida por un simple viejo.

- Ese hijo de puta... Era un puto anciano y le devolví la vida. Y sus palabras... Pretendía hacerme creer que quería ayudarme. – Xin se arrepentía de no haberle torturado. Haberle traído para verle descomponerse lentamente. Ver como la cordura se escapaba de su cuerpo y lo perdía absolutamente todo.

- Sacrificaste tu vida. Una y otra vez creíste que había bondad. No voy a dejar que mates lo que eres. No voy a dejar que te pierdas en el pasado de las primigenias que te han precedido.

- Todas ellas soy yo. He tardado en darme cuenta, pero es la realidad. Todas sus decisiones han sido las mías.

- No te creo. La gente cambia. Tú has cambiado a lo largo de las vidas. Has evolucionado. Eres alguien increíble, pura, fiel. – Ítalo agarró su cara con las dos manos y la besó. Esperaba una gran pelea, su furia y sus acusaciones, pero nada de eso llegó. Xin dejó que los brazos cayeran a ambos lados de su cuerpo y cerró los ojos.

El tiempo no tenía valor. El cariño que aquel simple gesto le produjo, la sensación de tranquilidad, volvió como un puñal al darse cuenta. No quería que nada anesthesiara lo que sentía. No tenía derecho a consuelo alguno.

Necesitaba apartarse. Impedirle que siguiera envolviéndola con sus brazos.

Levantar las manos y apartar aquel torso firme y frío. Aquel wampiro que estaba dispuesto a todo por besar sus labios, por permanecer a su lado.

Xin entreabrió los labios e Ítalo entró. Despacio, con pequeños toques, la tentó. Xin no podía devolver aquel beso, sin embargo, lo saboreaba con intensidad.

Las lágrimas bañaban su cara sin que ella llegara a abrir los ojos. Había abandonado el control de su cuerpo, perdonándose de aquella manera que no quisiera alejarse de él. Dentro de la mente de Ítalo se convenció que estaba en el limbo, un lugar donde podía bajar la guardia y ser débil. Eso era lo que sentía en aquel momento.

Ítalo se separó al fin. No la soltaba, pero la miraba con tristeza. Se veía hermosa y derrotada. Sabía que estaba luchando con cada fibra de su ser contra lo que le había tocado vivir y sufría por aquella hermosa primigenia. Por primera vez su propia venganza no importaba, solo ella. No quería fallarle, no quería abandonarla a una lucha que destruiría todo lo que la definía. Tal vez su fuerza no fuera lo importante sino mantenerse a su vera para que no olvidara quien era realmente.

Allí al borde del abismo, con todo tipo de amenazas cerniéndose sobre ellos, supieron la verdad. No habían curado sus heridas, en realidad estaban más rotos que nunca, pero por algún extraño motivo eran una droga para el otro. Un calmante que necesitaban para poder pensar, y poder afrontar lo que se les venía encima.

Ítalo no preguntó por Raphael. No dijo ni una palabra de la forma que tenía de mirarla, aunque en parte sabía la respuesta. Algo había pasado y Xin había respondido. Los sentimientos eran mutuos por mucho que la primigenia no lo supiera aún. Sin embargo, lo que ellos tenían era como el fuego, estaba vivo y les consumía. No podía dejarla ir y tampoco compartirla. Prefirió callar porque el silencio convertía aquel momento en un momento especial, un momento que tan solo les pertenecía a ambos. Quizás si nunca lo decían en voz alta con el tiempo Raphael se iría alejando. Ítalo no pensaba irse del lado de Xin nunca más.

Xin sabía que Ítalo quería a la mujer que había peleado contra él, que había abogado por él. Quería a aquella descarada que había demandado sexo sin tapujos y suplicado por su sangre. El problema era que sentía que la mujer que él amaba desapareció en el mismo instante que recuperó el recuerdo de su

hija. Era egoísta al guardar silencio, al permitir que la abrazara sabiendo que estaba abrazando un recuerdo, sin embargo, no quería dejarle ir y tampoco podía matarle. En el fondo Raphael tenía razón, había algo oscuro en su interior, algo que crecía cada vez que pensaba en el tiempo que aquellos asesinos habían disfrutado mientras su niña se pudría. Raphael había visto algo en su interior que ni siquiera ella reconocía en sí misma. Aquel deseo había sido real y poderoso. ¿Entonces?

Xin levantó los brazos poco a poco y se ancló al cuello de Ítalo. Recorrió su cara con la yema de los dedos admirando sus rasgos tan duros y masculinos. Todo lo que habría soñado, las palabras perfectas y sin embargo faltaba algo. Quizás faltaba la mujer que las había deseado, la estúpida que se aferraba a una mentalidad infantil llena de sueños.

Le gustaba sentirle contra ella, le deseaba como el primer día y su cuerpo reaccionaba a él. No iba a ser feliz, pero dejarse querer no estaba mal.

- No te pertenezco. No le pertenezco a nadie. No dejaré que nadie me debilite. La sangre de mis enemigos cubrirá las aguas. No voy a tener piedad.

- Haré que me ames. Desearás estar a mi lado y volverás a sonreír. Sé que sigues ahí dentro, por mucho que tu corazón se haya roto. Te fallé, no supe ver lo evidente. Lo siento, pero haré que mi Xin vuelva.

- Xin ha muerto. Yo soy Petra, la gran primigenia, y no deberías hacerte ilusiones. Da gracias. No voy a mataros. Me has convencido.

Ítalo la besó de nuevo y Xin respondió con fiereza. Su cuerpo actuaba con rabia, con furia, y se enfrentaba al deseo como una batalla. Tomó de Ítalo todo lo que él le daba y ella deseaba, mientras una gélida escarcha se esparcía por su interior y la insensibilizaba.

Ítalo sabía que seguía allí. Solo tenía que recordárselo.

Continuará...

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los que seguís ahí día tras día apoyan mis sueños. Espero lograrlo algún día y poder recompensaros como os merecéis.

Gracias a mi prometido y a mis hijas por hacerme sonreír cuando no veo ninguna venta y celebrar cuando un día he recibido una buena crítica.

Gracias a mis lectores por seguir apostando por una novata.

Tan solo puedo daros las gracias a todos y cada uno de vosotros y deciros que jamás imaginé las personas maravillosas que he conocido a lo largo de esta experiencia. Es complicado y probablemente jamás lo consiga, pero mientras tenga energía tendré una oportunidad.

Cada una de mis historias está influida por alguien, ese pequeñito gramo de inspiración que hace que mi cerebro despierte y entre en ebullición. He llegado a acostarme con los dedos doloridos de tanto escribir. Mi record está en 23 páginas un día. Lo sé, no parece mucho, pero esa noche dormí como un bebé.

Por lo demás deciros que podéis encontrarme en twitter: [@A_R_Cid](#) y Facebook: [@EscritoraARCid](#)

Venid a hablar, comentar y criticar. ¡No lo dudéis!



[Comprar](#)

Divertido, emocionante, diferente, y lleno de suspense.

¿Qué es el amor? ¿Una sensación? ¿Un recuerdo?

Lucas está deprimido, confuso y sobre todo solo; o al menos hasta ahora. Incapaz de afrontar la realidad es su mente quién le conforta, sin embargo ¿es todo fantasía? ¿Cómo es posible que se sienta tan vivo cuando nada es real?

¿Qué se esconde tras esa niebla y confusión que parece acercarse cada vez con más frecuencia a él?



[Comprar](#)

Sara llegó al mundo como una niña rosada y curiosa. Lloró con fuerza por primera vez dispuesta a enfrentarse a todo, pero sus ilusiones la doblegaron demasiado pronto.

Cuando Sara regresa al lado de su madre ya ha dejado la infancia atrás. Con apenas nueve años, ya ha visto demasiado. Aun así la esperanza brilla en el fondo de su mirada traviesa, al tiempo que inspira el olor de un hogar hasta entonces lejano.

Sin embargo, es en aquel instante cuando descubre que no encontrará mayor felicidad que la vivida hasta entonces con sus abuelos. Con los ojos cargados de lágrimas, y la mente llena injusticias, Sara trata de sobrevivir.

Cada día, cada paliza, cada pequeña herida, cada desilusión la van cambiando, haciendo que el hielo atravesase su alma y se quede. Una fría coraza lo envuelve todo, llegando a ver normalidad en la crueldad de su trato.

Soñando con lo que podría haber sido, una niña se enfrenta al dolor como único sustento, ve la traición en las manos más queridas, y saborea las lágrimas como latigazos en su orgullo.

Poco a poco Sara va desapareciendo, alguien nuevo se crea en aquel lugar y se va adueñando de la que hasta entonces fue todo ternura e ilusión.

Descubre con nosotros la vida de Sara. Acompáñala por primera vez en su soledad.



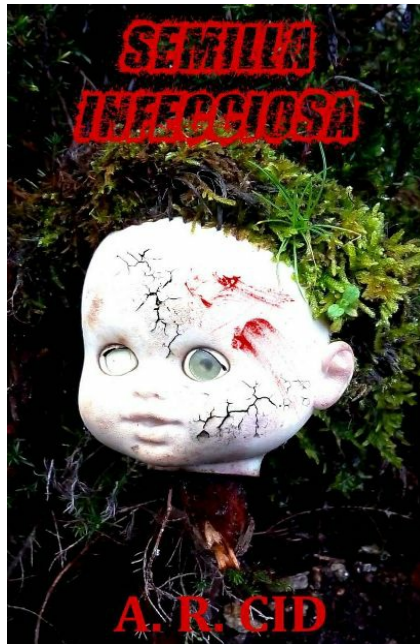
[Comprar](#)

Lumnor se agarró a un deseo con todas sus fuerzas. En silencio suplicó por ayuda. Incapaz de mantenerse en pie se postró a los pies del río rojo. Allí donde los sacrificios se habían realizado, allí moraron sus lágrimas.

Cuando Minerva acudió en su ayuda solo pretendía auxiliarla... pero la vuelta a la vida trajo consigo amargos recuerdos y consecuencias...

Monstruos tenebrosos, amores imperecederos. Celos, traición, vida y muerte. Posesiones, y caminos que se entrelazan para enseñarnos Catuyh, un lugar en el que los cuerpos físicos se diluyen y nuestro verdadero yo asoma las orejas.

¿Será Lumnor capaz de controlar el poder que le pertenece por nacimiento?
¿Podrá Minerva vengar los agravios cometidos por los muertos?

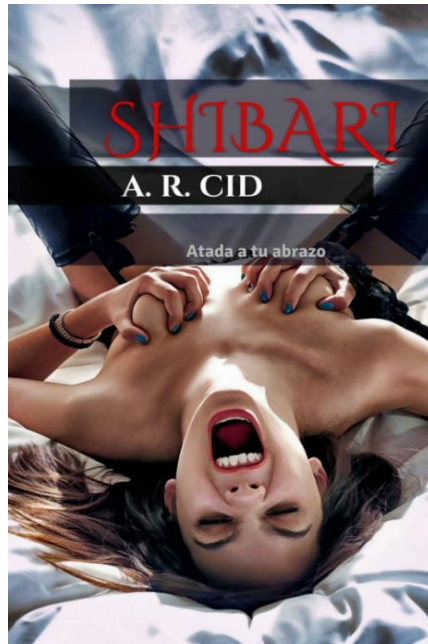


[Comprar](#)

Un peluche es pisoteado mientras un niño intenta llegar hasta su madre. La calle es un campo de batalla y sin saber hacia dónde huir la gente se cruza con él obstaculizándole la vista. Temeroso el niño grita, llora, suplica, pero nadie aparece en su busca. Su madre yace unos metros más atrás abandonada, mientras su cuerpo es vaciado de toda vida mordisco a mordisco. Cuando una mano se apoya en su hombro la esperanza le cruza la cara, el tiempo baila ante sus ojos a la vez que una preciosa niña poco mayor que él le sonrío grotescamente. De forma diabólica se inclina sobre él y le huele mientras sus manitas le aprisionan en un mortal abrazo.

La sangre abona las calles. Miles de personas despiertan lentamente para verse sumidos en el caos, una extraña infección se ha extendido por todo el mundo y su propia supervivencia se han puesto en duda. En cuestión de horas las grandes ciudades caen a manos de sus propios ciudadanos. Sin tiempo a reaccionar las autoridades se ven superadas por su número y ferocidad. Familias enteras se desmiembran mutuamente mientras unos pocos intentan huir o esconderse sin saber lo que ha pasado.

La semilla de la extinción ha sido plantada



[Comprar](#)

El destino es un gran jugador de póker. Paciente, taimado, reparte las cartas de manera fortuita.

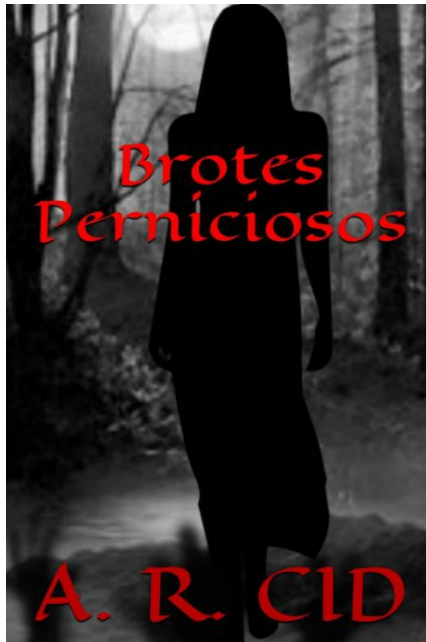
En aquella habitación prohibida, envuelta en el deseo por estirar los dedos y recorrer los cuerpos sudorosos que prometen demasiados placeres, Rebeca se ve incapaz de llevar a cabo sus sueños. Demasiado tiempo manteniendo un férreo autocontrol a sus instintos la ha llevado a desconocer su poder.

Cuando Carlos entra se queda deslumbrado. Sus ojos acarician el arco de su espalda, la forma en la que la tela del vestido resbala con suavidad en cada inspiración, y cuando inconscientemente sus dientecillos atrapan su labio... Carlos siente la necesidad de atraparla, devorarla en un huracán de emociones. Rebeca se convierte en su peor pesadilla cuando a partir de aquella fatídica noche se traslada a sus sueños, a sus labios, a su lengua... cuando su sabor, olor y recuerdo lo invade todo. Un error, tan solo un movimiento equivocado y Rebeca huye con el corazón dolorido y convencida de que debe dejarle atrás.

Luis se cruza en su camino atraído por el brillo de sus ojos, por la elegancia de sus movimientos y sobre todo por la sinceridad de sus palabras. Como un cazador cazado, trata de enredarla en sus juegos, de atarla a sus sábanas y hacerla suplicar; en cambio solo consigue permanecer caballerosamente a la espera de que esas heridas que la han llevado hasta allí cierren, para que sus gemidos, sus orgasmos y su futuro le pertenezcan solo a él.

¿Rebeca? Rebeca no es capaz de decidir. Si Carlos la roza, su piel se inflama; si Luis la besa, un jadeo la delata; y si alguno la deja... ¿Podría ser feliz?
Amor, deseo, placer descarnado, miedo, dudas, y el pasado. Un pasado doloroso que la ancla incapaz de avanzar, pero siempre consciente de lo que pierde en cada segundo.

¿Cómo encontrar la felicidad cuando consiste en perder parte de ella?



[Comprar](#)

Cuando la muerte deja de ser silenciosa y los dueños del mundo solo buscan sangre nos enfrentamos a lo impensable.

Joan quiere proteger a Nora y su hija.

Natasha quiere venganza.

Bayón quiere poder.

Lucas trata de dejarlo todo atrás y proteger su recuerdo de Santi.

Carmen debe seguir adelante y reencontrarse con su hijo.

Fer, Clara, Jose.... todos y cada uno de ellos quieren sobrevivir, o al menos lo intentan.

Los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; ansiarán morir, y la muerte les evadirá. Ap. 9:6.



Comprar

No soy perfecta. En realidad, estoy algo loca.

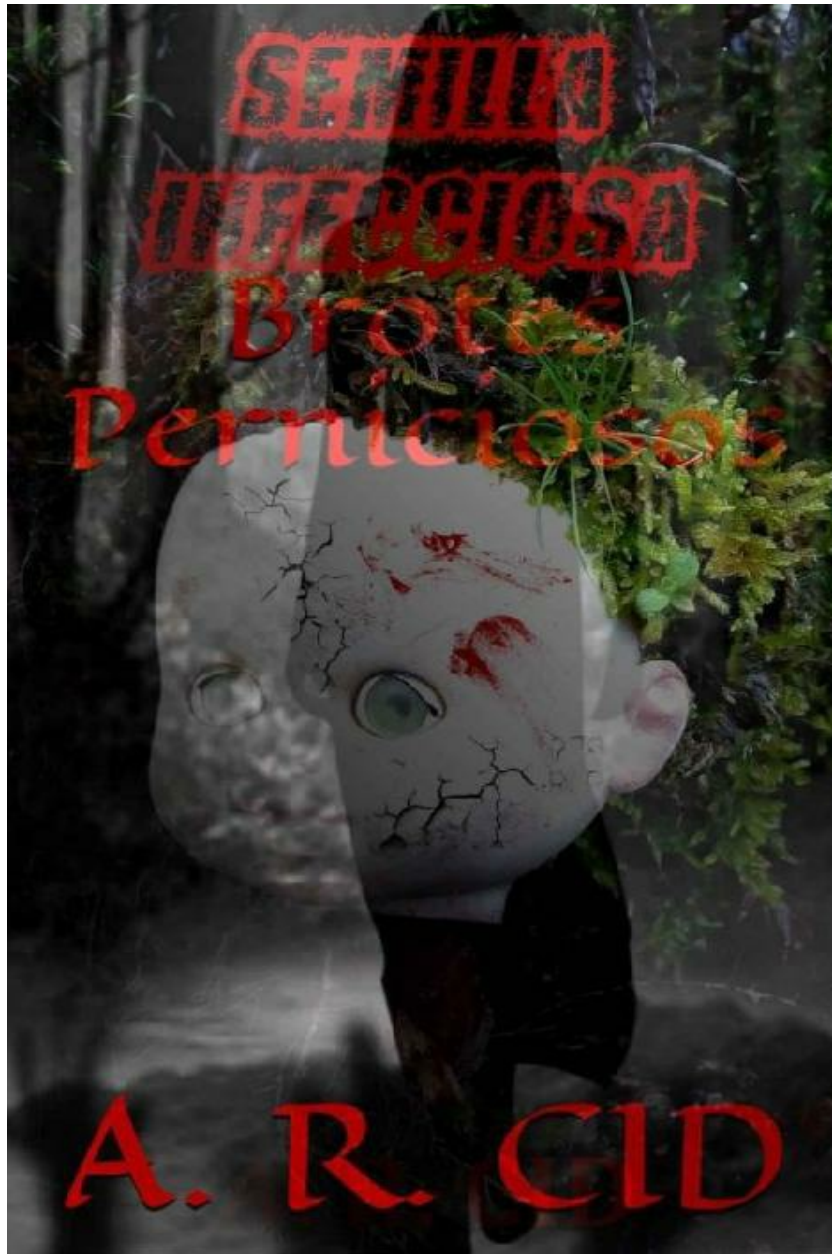
Mis decisiones nunca fueron las más acertadas y sin embargo no cambiaría ninguna de ellas.

Le deseo y él me desea. Contenerme nunca ha ido con mi forma de ser. Anhele besar cada uno de sus abdominales y lo hago porque puedo.

Él me devora y no quiere dejarme marchar. Me hace una propuesta alocada y acepto.

Sin embargo el pasado me mantiene lejos. ¿Podrá traerme de vuelta y retenerme con él?

Oferta



[Comprar](#)